

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

Vol. VI — Julio-Diciembre de 1953 — Nº 14

EN ESTE NUMERO:

El problema de la colonización en el Ecuador, por Rafael Alvarado.

La Universidad en la Cultura Nacional, por Luis Bossano.

Juan José Arévalo en el Ecuador.

Presencia del Ecuador en sus cantares, por Darío Guevara.

José Martí, por Augusto Arias.

El gigante inseguro, por Adalberto Ortiz.

Los blancos sonámbulos, por Miguel Ángel León.

"Recolectores de agua",
dibujo de Galo Galecio.



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

TOMO VI - NUMERO 14

*Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY*

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

TOMO VI

Julio-Diciembre de 1953

No. 14

Director-Fundador
Benjamín Carrión

DIRECTORIO

Benjamín Carrión
Julio Endara
Alfredo Pérez Guerrero
Luis Bossano
Humberto García Ortiz
Eduardo Riofrío Villagómez
Pío Jaramillo Alvarado
Jaime Chaves Granja
Emilio Uzcátegui
Francisco Alexander
Alfredo Pareja Diezcanseco
José Enrique Guerrero
Isaac J. Barrera
Carlos Manuel Larrea
Jorge Casares
Jorge Escudero
Julio Aráuz
Alberto Semanate
Rafael Alvarado

Editor:

Jorge Enrique Adoum

QUITO, Av. 6 DE DICIEMBRE No. 332. APARTADO 67

RAFAEL ALVARADO

EL PROBLEMA DE
LA COLONIZACION
EN EL ECUADOR

El problema político y administrativo de la COLONIZACION, —bien aclarado que tratamos de la colonización agrícola e industrial, de la colonización para poblar y producir, de la colonización para incrementar la riqueza nacional— ha tropezado en nuestro país con notorias y graves dificultades. Las que principalmente han obstado al desarrollo colonial han sido la situación geográfica, la naturaleza del territorio, el régimen de división de las propiedades, la falta de caminos y —ante todo— el pensamiento gubernativo, siempre desconcertado, trunco y medroso en materia de colonización.

Más de ciento veinte años de vida republicana autónoma no han sido suficientes para encauzar debidamente el problema; no hemos iniciado aún con paso firme y certero la colonización. Los capítulos de nuestra historia en este ramo administrativo son, apenas, un lamentable reguero de fracasos. Quienes analicen la obra no cumplida y los efectos del incumplimiento encontrarán explicaciones claras y convincentes del atraso económico y de la pobreza nacional.



Examinemos algunos aspectos y primeramente los factores naturales adversos, anotando la correlación que entre ellos existe,

pues el análisis nos permitirá llegar a la determinación justiciera de la responsabilidad de los Gobiernos, por lo que pudieron y no supieron hacer, por lo que anunciaron y no cumplieron, por lo que alcanzaron a entrever y nunca realizaron en el ramo de colonización.

Factor geográfico

Desde el punto de vista de la atracción inmigratoria y de los planes e instalaciones coloniales, no tiene nuestro país posición ventajosa, menos aún privilegiada. Basta mirar el mapa de las Américas y comparar la situación del reducido territorio ecuatoriano con la de aquellas naciones que miran hacia el Atlántico. Situación privilegiada, así fuera solamente por el miraje de la Geografía, es la de Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela, México y Estados Unidos. Claro es que existen múltiples factores y diversos grados de atracción, riqueza, facilidades, organización y perspectivas, y que no todos los países pueden ofrecer campos inmensos y ubérrimos como los argentinos y norteamericanos; pero la valoración de las corrientes inmigratorias y el historial de las instalaciones coloniales y su florecimiento demuestran, en buena parte, lo que vale la ubicación excepcionalmente ventajosa de ciertos territorios.

Se dirá que el progreso ha borrado las distancias y ha transformado los itinerarios con premuras increíbles, por lo cual no es cuestión de mayor sustancia elegir uno u otro continente, hemisferio, trópico, zona, país o región. Si el campo colonial es propicio, si las ventajas de instalación son notorias, las ofertas, convincentes, y las perspectivas, halagüeñas, a él se dirigirán los hombres de trabajo, los inmigrantes que quieran radicarse, los cultivadores, los pobladores, los colonos, en definitiva. Lo de menos es la distancia o la duración del viaje. De hecho, abundan los ejemplos de instalaciones, empresas y aventuras colonizadoras que afrontaron, como primer esfuerzo, un remotísimo desplazamiento.

Pero aún en la suposición de igualdad o equivalencia de ofertas y garantías —sin que olvidemos los atractivos naturales— no se puede negar lo desfavorable de la ubicación geográfica de nuestro país.

La naturaleza física

Analicemos brevemente la configuración característica del territorio, dejando de lado la posición geográfica. En la mitad del mundo, sobre la línea equinoccial, que hace a los extraños pensar inmediatamente en la zona tórrida y los calores tropicales, el pequeño, rico, extraordinario, multiforme y codiciado suelo ecuatoriano está lleno de asombrosas quiebras e inigualadas asperezas para los propósitos colonizadores. Releamos las primeras páginas de nuestra geografía y contemplemos las tres zonas: litoral, interandina y oriental. Entre ellas, las colosales cordilleras, paradigmas eternos de belleza y grandiosidad. Pero la doble hilera montañosa, con su esplendor cósmico, con el propio tiempo el más poderoso obstáculo para la vialidad; constituye en toda su longitud meridiana —que es la del país— fuente de dificultades y riesgos para las comunicaciones. Las distancias no son grandes; no pueden serlo, dentro del pequeño territorio nacional. Las rugosidades y los riscos, los bruscos desniveles y los declives enormes y fragosos que se encuentran por todas partes, de norte a sur, con ramificaciones que avanzan al occidente y al oriente, han hecho y harán difícil y onerosa la red vial del Ecuador.

Para transmontar la cordillera occidental fue necesario el zigzag estupendo y audaz de la Nariz del Diablo, verdadera escala para subir de la Costa a la Sierra. Y no olvidemos que la vialidad entre las dos regiones es humilde tributaria de un río de escasa importancia: el Chanchán, pues él dispone las periódicas interrupciones. En cuanto al paso de la zona interandina a la oriental, ha sido posible por el esfuerzo ciclópeo del Pastaza, del Paute o del Za-

mora, que se abrieron paso entre los montes y marcaron los rumbos de la vialidad.

En las zonas litoral y oriental abundan las extensiones de fecundidad extraordinaria, de fertilidad tropical, exuberantes a veces hasta el exceso. Pero son campos que sufren los males del trópico: rigores del clima y endemias. En las planicies de la costa y del oriente la vialidad es difícil sólo por la condición pantanosa del suelo. Vencida ésta y efectuado un verdadero saneamiento, los campos litorales y orientales serán tan ricos y atractivos como los mejores del mundo.

La región interandina ofrece a la colonización las bondades del clima templado, pero no posee superficies grandes para el desarrollo colonial. Tiene campos propicios para muchas actividades: agricultura, industria, minería; pero la extensión aprovechable es reducida y luce ya, en muchas partes, la temible calvicie de la erosión. La red vial, muy escasa, como en todo el territorio, tiene alguna ventaja de estabilidad, por la condición del suelo. Lo cual sólo significa que sufre menos la obligada interrupción —que es, con frecuencia desaparacimiento de los caminos— sincronizada con las primeras lluvias de cada temporada invernal. He aquí la síntesis del panorama físico.

El pensamiento y la obra de los Gobiernos

Veamos ahora cómo se han desenvuelto el pensamiento y la obra gubernativos en materia de colonización, y sepamos lo que ha conseguido el país. Si es verdad que el territorio sobreabunda en dificultades, obligación de los Gobiernos es conocerlas, y conociéndolas, han debido ser dominadas por la acción inteligente, precursora y firme de los Poderes Públicos. Vamos a seguir su idea y su obra, a través de leyes, planes, intentos y trabajos encaminados a colonizar diversas regiones del Ecuador.

La primera Ley sobre Colonización —de marzo de 1849—, contiene el enunciado sustancial, la idea magna, la generatriz, que

se ha de repetir sucesivamente, con pequeñas variaciones de forma, en la profusa literatura oficial consagrada a las actividades colonizadoras.

Leamos unos cuantos renglones:

“CONSIDERANDO: Que una población numerosa e inteligente es la base del poder y de la riqueza de las naciones”, dice la primera oración. Y el contenido preceptivo se reduce a estimular, autorizar y empujar al Gobierno para que celebre contratos a fin de establecer colonias en el territorio de la República.

Nada se hizo en aquellos años y en otros muchos años, que, bien sabemos, eran de tremenda turbulencia. Los trastornos políticos y administrativos ahogaban el propósito colonizador de los Gobiernos. En varios lustros de la vida republicana aumentó tal vez la densidad de la inteligencia, pero no creció gran cosa la densidad de la población.

Pasamos al año 1861 y a la segunda Ley que pretende realizar la colonización. Añade nuevos conceptos y fundamentos acerca de su necesidad, pero repite las disposiciones teorizantes y utópicas. No acentúa la necesidad de contar con población “inteligente” como base del poder, (éste se halla en manos de García Moreno), pero la quiere numerosa, eso sí. Leamos:

“CONSIDERANDO: 1º—Que la riqueza y el poderío de las naciones está en proporción a la base de su población; y 2º—Que la República abunda en tierras baldías, fértiles y ricas”.

La Ley determina, según fórmula que será ritual, que constituirá el estribillo de muchas otras leyes, “autorizar y excitar al Ejecutivo para que promueva eficazmente la venida de inmigrantes de Europa y Estados Unidos para colonizar tierras ecuatorianas”.

Siguen los años, numerosos años de continuada y sangrienta borrasca. Las guerras civiles, la inestabilidad de los Gobiernos, el desprestigio financiero y la pobreza reinante se suman a los elementos físicos para impedir o retrasar, por lo menos, la colonización. Pero este ideal sigue alentando a los Poderes Públicos



ma parte sobresaliente de todos los programas, mensajes, manifiestos y promesas. No hay Presidente constitucional, provisional, interino o de encargo, no hay caudillo o caudillejo de revolución o de intento revolucionario, así como no hay jefe de partido o bando político, o simple candidato a la Presidencia, que no lance, entre las fervientes y decorativas ofertas, la "colonización de las tierras ecuatorianas".

Literatura gubernativa fácil, proyectos henchidos de ilusiones patrióticas, leyes que repiten los mismos **Considerandos** y copian las disposiciones; planes truncos y desorientados que inician los Gobiernos; así van llenándose las páginas destinadas a la colonización en el Ecuador.

Los años 1897, 1898, 1910, 1913, 1921, 1927, 1928, 1930, 1935, 1936, 1938, 1941, contemplan leyes y decretos dirigidos a la obra colonizadora. Algunos se refieren al territorio ecuatoriano en general; otros mencionan solamente las tierras baldías; otros, las del Oriente, y algunos, las del Archipiélago de Colón. Se habla de colonización civil y también de colonización militar, destinada a defender zonas fronterizas y linderos de la Patria.

Si la fértil aunque inconsistente producción legislativa y la obra de gobernantes hubieran cuajado en realidades, nuestro territorio estaría lleno de activas colonias y diligentes colonos.

La obra colonizadora en la práctica

Verdad es que no todo ha sido un montón de leyes y decretos sobre colonización, sin trabajos prácticos, sin realizaciones efectivas. Conviene que pasemos revista, siempre con rapidez cinematográfica, a unas cuantas obras colonizadoras que han efectuado los Gobiernos. Son obras célebres, gozan de fama notoria en los anales de la administración ecuatoriana.

La colonia "Ayora" es ejemplo típico de un esfuerzo gubernativo bien intencionado, pero vacío de técnica, coordinación y método. El Gobierno se propuso colonizar en debida forma una zona

rica, de excepcionales condiciones para la producción. Realizó gestiones, bien intencionadas, pero pésimamente cumplidas, para conseguir inmigrantes europeos, y los encontró en algunas ciudades de Austria y Checoslovaquia. Un buen día se encontraban en el Ecuador noventa y nueve personas, aspirantes a "colonos" agrícolas, que entendían de mecánica, peluquería, carpintería, milicia, filatelia y aún medicina, de acuerdo con sus anteriores actividades; pero no sabían una palabra de agricultura. Con intención excelente, el Gobierno quiso iniciar la obra colonizadora en el Ecuador y tuvo que enseñar a los colonos el cultivo de la tierra desde las primeras nociones; quiso mantener la colonia mediante subvenciones —rentas mensuales o sueldos— a los colonos, sistema reconocido como el más artificioso, corruptor e inestable; creyó con beatífica creencia, que la colonia, laborando y cosechando según programa fijo, llegaría rápidamente a vivir vida autónoma y que constituiría para el país la inyección inmigratoria saludable, el factor de producción y la fuente de riqueza que forman la sustancia misma, el alfa y omega, el camino y la meta de la colonización.

Al andar de poquísimos años —dos o tres— el resonante ensayo gubernativo, cuajado todo él de buenas intenciones, culminó en el mayor de los desastres. Había olvidado el Gobierno que la zona colonial, bella y promisoro como pocas, carecía de caminos; no tenía, ni tiene aún, vías de fácil acceso a los centros poblados o a los de exportación. Había ignorado que no es posible organizar una colonia agrícola con inmigrantes recogidos al azar, buenos algunos, díscolos e indisciplinados los más, ignorantes todos del trabajo de la tierra, de las costumbres, de las condiciones geográficas y económicas y del idioma de este país. La célebre colonia "Ayora" se deshizo entre sustos, reclamos y protestas y los inmigrantes huyeron del campo colonial como de una selva peligrosa.

Repeticiones, imitaciones y recaídas

El famoso ensayo de la colonia "Ayora" no es caso único; cuen-

ta la historia nacional otros que se le parecen por varios ángulos o facetas. (La naturaleza de estos apuntes no permite descripción detallada, pero hay que recordarlos sumariamente).

Hace una treintena de años el Gobierno se propuso colonizar las regiones aledañas del legendario río Napo; esta vez con elementos nacionales. Dictó decretos, reunió gente, recogió fondos, compró utensilios y víveres, y despachó al grupo de valientes ecuatorianos rumbo a las ensoñadas y exuberantes tierras orientales.

La colonia se deshizo en el viaje de ida: naufragaron embarcaciones y se perdieron las provisiones e implementos; se dispersaron los colonos, emprendiendo rápido regreso el mayor número, y de la bien intencionada y patriótica colonización oriental quedaron solamente recuerdos penosos y unas pocas estancias o fincas desparramadas en la selva, y sostenidas con abnegación recomendable.

Otra vez fué una colonización con inmigrantes europeos nórdicos en una de las islas del Archipiélago de Colón. Subsistió un tiempo la colonia y parecía prosperar. Grandes ilusiones de aumento de producción y robustecimiento económico surcaron como nubes por el ambiente nacional; pero la colonia desapareció en corto lapso, no obstante haber realizado magníficas instalaciones.

Un grupo de inmigrantes checoslovacos, excelente sin duda alguna, se dirigió, bajo inspiración y auspicio gubernativos, a la zona del río Napo, con propósito colonizador. Esta ocasión, los elementos de la naturaleza se confabularon para impedir a los inmigrantes la llegada al sitio colonial. Furiosas tormentas azotaron a los viajeros en los pasos más difíciles de la cordillera; tembló la tierra, cundió el pavor y se liquidó el intento.

Hay que mencionar, por lo reciente, otra empresa colonizadora, de un grupo de inmigrantes españoles, en la riquísima zona occidental, grande y magnífica, que comienza en la provincia del Pichincha, desde los declives de la cordillera; se extiende hasta Manabí y continúa por las feraces llanuras de su privilegiado suelo. Se instaló la colonia e inició el trabajo agrícola con fe, conocien-

to y entusiasmo. Sin embargo, porque faltó coordinación, apoyo oportuno o cualquiera de los factores necesarios, la colonia fracasó lamentablemente.

No hacen falta más ejemplos para demostrar cómo se han realizado las actividades colonizadoras en el Ecuador y los resultados obtenidos. Contamos más de un siglo de ensayos, casi toda la vida republicana, y nos encontramos hoy como en los primeros balbuceos, cuando redactaban los gobiernos las primeras leyes de colonización derramando elocuencia, poesía y ensueños en los **Considerandos**, y utopías y desconcierto en los preceptos.

Los últimos años, de 1950 a 1953

No han olvidado el problema los Poderes Públicos del Ecuador y contamos siempre, de Legislatura en Legislatura y de Presidencia en Presidencia, con nuevos proyectos y anteproyectos, con esbozos, intentos, promesas y planes, que no aciertan a pasar de la condición de tales.

En 1950 fue presentado al Congreso un proyecto, bajo el consabido título de "Ley de Colonización". Naturalmente, de acuerdo con la costumbre de abandonar o aplazar indefinidamente los problemas fundamentales, el Congreso no tuvo tiempo ni para la primera discusión.

El proyecto, según reza el anuncio, fue elaborado en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Comienza con una frase que tiene fuerza y concisión de apotegma. Coloca en el primer renglón un postulado de claridad y verdad incontrovertibles: "Reconócese la necesidad de la colonización en el Ecuador". Así dice el primer artículo.

La mayor parte del proyecto se compone de consejos, declaraciones teóricas y enunciados didácticos, como el del artículo quinto, que se reduce a una interesante lista de las formas de colonización, que pueden ser, según dice: "agrícola intensiva y extensiva, agropecuaria y agroindustrial, ganadera, forestal, coopera-

tiva, en propiedad, en arrendamiento, en disfrute provisorio, nuclear, autóctona, alóctona (?) y mixta, orientada y dirigida". Las definiciones de estas "formas de colonización" denuncian claramente el plagio de un libro cualquiera de Derecho Administrativo, en el capítulo destinado a las actividades colonizadoras. No ha recogido este proyecto de Ley las duras experiencias nacionales; se ha limitado a reunir preceptos de sabor pedagógico y definiciones, tan inútiles en una ley como inaplicables a la realidad ecuatoriana.

En 1950 y 1951 ha sido estudiado un Proyecto de Colonización italiana, acerca del cual existen varios informes: el de los promotores, con capítulos relativos a la inmigración, y sus resultados en varios países de América; la elección de las zonas destinadas a los colonos; las vías de comunicación; la calidad agrícola de las tierras y los productos más aconsejados; la selección de los colonos y los requisitos para el transporte y la instalación; por fin, la colaboración entre el Gobierno del Ecuador y el de Italia, para destinar recursos que aseguren el plan colonizador y garanticen su éxito.

Sobre este mismo Proyecto han opinado algunas Comisiones Nacionales, integradas por funcionarios públicos, agricultores, ingenieros, economistas y banqueros, y a sus informes han acompañado croquis de las zonas recomendadas para la colonización, levantados por el Instituto Geográfico Militar. Principalmente tratan de la zona de Quevedo, por su riqueza agrícola, realmente privilegiada y por las conexiones viales que tiene con Guayaquil, Manta, Santo Domingo, Latacunga, Quito, y porque es la zona elegida —o señalada por lo menos en primer término— por los promotores de la colonización italiana.

Todas estas labores, según parece, han sido condenadas al tradicional aunque injustificable olvido que persigue y desvanece los propósitos colonizadores en el Ecuador.

En las Legislaturas de 1951 y 1952 han cursado también algunos proyectos parciales, enteramente inconexos y vacíos, acerca del problema de colonización. Proyectos de colonizar territorios orientales y occidentales, sin idea directriz, sin dotación de recursos, sin labor coordinadora, sin noción de los pasos previos indispensables.

En 1953 anunció la Presidencia del Congreso un nuevo proyecto o anteproyecto, que giraba en torno a la creación de un "Instituto de Colonización", pero se quedó, a lo que parece, en la buena voluntad embrionaria. De ésta pasó, tranquilamente, como los proyectos anteriores y a fin de hacerles compañía, al montón informe y descomunal de las cosas inútiles, enriquecido, de año en año, por el Congreso Nacional.



Más de ciento veinte años de República, y en ellos un centenar de Congresos y Asambleas, treinta y cinco Presidencias, docena de oprobiosas dictaduras; todo esto en el comando legislativo y administrativo de la Nación. Una colección de leyes y decretos, con el tema inicial, con la idea promisoriosa de "engrandecer y enriquecer al país por medio de la colonización". En la historia real, en el hecho positivo, unos cuantos fracasos lamentables, iguales en número a los intentos colonizadores. Como resultado, el desprestigio y el desánimo que llevan consigo estos desengaños, de innegable repercusión nacional e internacional.



Un plan constructivo, a base de coordinación

Algo debemos hacer, sin duda. No es posible que el capítulo más interesante y definitivo para el resurgimiento económico nacional prosiga catalogando fracasos.

tiva, en propiedad, en arrendamiento, en disfrute provisorio, nuclear, autóctona, alóctona (?) y mixta, orientada y dirigida". Las definiciones de estas "formas de colonización" denuncian claramente el plagio de un libro cualquiera de Derecho Administrativo, en el capítulo destinado a las actividades colonizadoras. No ha recogido este proyecto de Ley las duras experiencias nacionales; se ha limitado a reunir preceptos de sabor pedagógico y definiciones, tan inútiles en una ley como inaplicables a la realidad ecuatoriana.

En 1950 y 1951 ha sido estudiado un Proyecto de Colonización italiana, acerca del cual existen varios informes: el de los promotores, con capítulos relativos a la inmigración, y sus resultados en varios países de América; la elección de las zonas destinadas a los colonos; las vías de comunicación; la calidad agrícola de las tierras y los productos más aconsejados; la selección de los colonos y los requisitos para el transporte y la instalación; por fin, la colaboración entre el Gobierno del Ecuador y el de Italia, para destinar recursos que aseguren el plan colonizador y garanticen su éxito.

Sobre este mismo Proyecto han opinado algunas Comisiones Nacionales, integradas por funcionarios públicos, agricultores, ingenieros, economistas y banqueros, y a sus informes han acompañado croquis de las zonas recomendadas para la colonización, levantados por el Instituto Geográfico Militar. Principalmente tratan de la zona de Quevedo, por su riqueza agrícola, realmente privilegiada y por las conexiones viales que tiene con Guayaquil, Manta, Santo Domingo, Latacunga, Quito, y porque es la zona elegida —o señalada por lo menos en primer término— por los promotores de la colonización italiana.

Todas estas labores, según parece, han sido condenadas al tradicional aunque injustificable olvido que persigue y desvanece los propósitos colonizadores en el Ecuador.



En las Legislaturas de 1951 y 1952 han cursado también algunos proyectos parciales, enteramente inconexos y vacíos, acerca del problema de colonización. Proyectos de colonizar territorios orientales y occidentales, sin idea directriz, sin dotación de recursos, sin labor coordinadora, sin noción de los pasos previos indispensables.

En 1953 anunció la Presidencia del Congreso un nuevo proyecto o anteproyecto, que giraba en torno a la creación de un "Instituto de Colonización", pero se quedó, a lo que parece, en la buena voluntad embrionaria. De ésta pasó, tranquilamente, como los proyectos anteriores y a fin de hacerles compañía, al montón informe y descomunal de las cosas inútiles, enriquecido, de año en año, por el Congreso Nacional.



Más de ciento veinte años de República, y en ellos un centenar de Congresos y Asambleas, treinta y cinco Presidencias, docena de oprobiosas dictaduras; todo esto en el comando legislativo y administrativo de la Nación. Una colección de leyes y decretos, con el tema inicial, con la idea promisoriosa de "engrandecer y enriquecer al país por medio de la colonización". En la historia real, en el hecho positivo, unos cuantos fracasos lamentables, iguales en número a los intentos colonizadores. Como resultado, el desprestigio y el desánimo que llevan consigo estos desengaños, de innegable repercusión nacional e internacional.



Un plan constructivo, a base de coordinación

Algo debemos hacer, sin duda. No es posible que el capítulo más interesante y definitivo para el resurgimiento económico nacional prosiga catalogando fracasos.

Se requiere, primordialmente, un plan de gobierno, un plan armónico y perseverante, que se proponga realizar la colonización en el Ecuador, coordinando todos los elementos indispensables. Y esos elementos son: hombres, tierras, caminos, recursos, organización y técnica.

No somos partidarios del Instituto de Colonización, porque sería únicamente un nuevo mecanismo burocrático, destinado a satisfacer, como de costumbre, compromisos políticos y a llenar cargos y conceder sueldos a los amigos del régimen, aunque se trate de hombres ineptos, irresponsables e inescrupulosos.

Existen oficinas y departamentos administrativos que pueden y deben cumplir todas las labores concernientes a la colonización, con sólo obedecer las órdenes del Gobierno, si en realidad tiene el Gobierno el plan armónico y perseverante, honorable y serio, científico, eficaz y completo, para hacer "colonización" en nuestro país.

Tenemos la oficina que se llama de "Tierras Baldías y Colonización". Esta no dispone del personal ni de los equipos y recursos que le permitan realizar toda la obra; no puede levantar los planos, estudiar las tierras, inscribir a los colonos, construir los caminos, sanear las localidades, obtener los capitales, negociar la cooperación internacional, celebrar convenios con los países de emigración, vigilar las instalaciones coloniales, enseñar cultivos y encauzar debidamente el fomento y la defensa de la producción que rindan las colonias.

PLANOS.—El levantamiento de los planos, en las tres, cuatro, cinco o más regiones, "cruzadas por caminos", donde vayan a instalarse colonias, puede y debe hacerlo el Instituto Geográfico Militar, y si para esta obra requiere algunos nuevos elementos, el Gobierno está en la obligación de proporcionarlos. Sin planos, no es posible pensar razonablemente en parcelaciones.

CAMINOS.—La construcción de caminos está a cargo del Ministerio de Obras Públicas y sólo hace falta un elemental sentido de colaboración, una idea coordinadora surgida del Gobierno, para

que el plan de vialidad, además del enlace de dos o más puntos poblados, sirva esencialmente a la colonización, habilitando los territorios más fértiles y mejor ubicados, los más extensos y promisoros. La obra vial, sobre la base de una cuantas carreteras troncales, está en plan de realización. Para coordinarlo con el esfuerzo colonizador, sólo hace falta que el Gobierno trace un programa de colonización y tenga la voluntad de cumplirlo. En muchos casos, —quizá en todos— la coordinación radica en una pequeña obra adicional, la vía complementaria para el acceso a los terrenos coloniales. Esta idea elemental es la que ha faltado, aunque parezca increíble, en la sucesión de Gobiernos que ha tenido el Ecuador, y su lamentable historia lo ha comprobado plenamente. (Recuérdese que escribimos estos apuntes sobre COLONIZACION en Diciembre de 1953).

AGRICULTURA.—El estudio de la calidad de las tierras, para indicar los cultivos y enseñar los procedimientos, toca a la Dirección de Agricultura, a los Departamentos de Forestación y Conservación de los suelos, y estas oficinas son adscritas al mismo Ministerio (el de Economía) que tiene a su cargo el ramo de Tierras Baldías y Colonización.

SANIDAD.—El reconocimiento de las zonas —especialmente de las tropicales— para defender la salud de los hombres e instalar racionalmente las poblaciones coloniales, es labor que corresponde a otro Ministerio, el de Previsión Social, que rige el ramo de Sanidad, y que, posiblemente, jamás pensó en coordinar aquella labor con los propósitos colonizadores.

CREDITO.—El pensamiento gubernativo, siempre difuso, trunco y temeroso, en el problema de la colonización, imaginó un día que el "Sistema de Crédito de Fomento" sería el gran realizador de actividades colonizadoras y le impuso, entre varias misiones, la de "establecer colonias agrícolas en tierras no explotadas y la compra de haciendas para subdividir las, con criterio social y económico, en parcelas".

Hoy día, después de varias reformas y transmutaciones, el

Sistema de Fomento, reducido al organismo bancario, dice por ahí, tímidamente, que puede "autorizar la adquisición de grandes haciendas, para proceder con criterio social y económico a su parcelación", y que los Bancos Provinciales pueden "hacer préstamos a corto, mediano y largo plazo para el fomento agrícola, pecuario, forestal e industrial".

En todo caso, hemos de creer siempre, aunque no lo diga la Ley ni lo proponga el Gobierno, que el Banco Nacional de Fomento puede y debe coordinar sus labores con el plan de colonización y buscar recursos para realizarlo. Si tiene la facultad de "contratar empréstitos, en el país o en el exterior, contando con la garantía subsidiaria del Estado, cuando esas operaciones tengan por objeto promover el desarrollo o la explotación de los recursos naturales del país", parece que está indicado uno de los caminos para financiar recursos para la colonización.

COLONOS.—Es natural que el Departamento de Tierras Baldías y Colonización lleve un registro para inscribir a los hombres que quieran dedicarse a trabajos colonizadores. El primer elemento para el éxito de la empresa es el humano, pues no han de ser individuos ignorantes, deshechos de las ciudades, perezosos o inmorales, los colonos llamados a cultivar tierras según los mejores métodos, incrementar la producción en cantidad y calidad e impulsar el progreso.

Pero como el llamamiento a los colonos, a los trabajadores agrícolas, a los futuros adjudicatarios de las tierras, debe ser en escala nacional, ofreciendo iguales posibilidades a todos los ecuatorianos, no puede realizar esta labor el Departamento de Colonización, si no cuenta con la cooperación de las oficinas administrativas seccionales. Las Jefaturas Políticas, que son tantas cuantos son los Cantones de la República, pueden encargarse de abrir las inscripciones y llevar un registro en cada circunscripción.

INMIGRACION.—Por fin, en escala mayor, cuando se trate de colonización a base de fuertes corrientes inmigratorias, cuando

se procure atraer a colonos agrícolas provenientes de los países de emigración, —cómo ha ocurrido con los proyectos, planes o pasos iniciales en Italia, Holanda, y algún otro país—, no se puede prescindir de la colaboración del Ministerio de Relaciones Exteriores. La propaganda de nuestra Nación, el contacto con los organismos internacionales que se ocupan de los problemas migratorios, las facilidades para el traslado e instalación de colonos, y la selección y calificación de éstos son deberes y responsabilidades que incumben directamente a los funcionarios diplomáticos y consulares ecuatorianos. Para conocer y juzgar su obra en materia de inmigración y colonización con elementos extranjeros, no tenemos sino que recorrer la historia de la República en ciento veintitres años y a través de todos los Gobiernos que hemos tenido, de 1830 a 1953.



He aquí algunas partes, las principales, sin duda, que integran el grave y complicado problema de la COLONIZACION. Capítulo de todas las administraciones, promesa de todos los gobernantes y de todos los políticos que, con reales méritos o al solo impulso de la ambición y la audacia, han querido ser gobernantes.

Problema que requiere, ante todo, el pensamiento gubernativo, creador, vigoroso, honrado y perseverante, que sepa coordinar las fuerzas nacionales; que las discipline para la obra armoniosa y eficaz; que obligue a todas las dependencias del Estado a cumplir sus deberes, con sentido nacional y con patriota y fecundo espíritu de cooperación.

Problema de la COLONIZACION que, a pesar de haber llenado los anaqueles de varios Ministerios, Direcciones y Departamentos, permanece tan nebuloso y disperso, tan desorientado y empírico, hoy, en 1953, como lo estaba en 1830.

Problema que ha resultado demasiado grande y demasiado complejo para todos los Gobiernos que en sucesión teatral, mezcla

de comedia, sainete y tragedia, han llenado, entre sorpresas absurdas y lances desconcertantes, la historia del Ecuador.

Problema que está esperando la solución racional, el plan completo y armonioso que sólo requiere seriedad, patriotismo y honradez.



LUIS BOSSANO

LA UNIVERSIDAD EN LA CULTURA NACIONAL

Discurso pronunciado en el día de la Universidad

Señores:

He creído que no podía ni debía eludir este insigne encargo de honor para que os lleve hoy día la palabra, dispensando en mi persona por el Consejo Universitario, con benevolencia desproporcionada a mis merecimientos.

En este renovado conmemorar anual, sencillo y significativo, pero estimulador y tonificante, para acentuar un propósito y reafirmar una profesión de fé que, a la postre, irán ensanchando la perspectiva de nuestro clásico Instituto; ya, en veces anteriores, con sapiente hondura y palabra lúcida. meritísimos predecesores nos dijeron su mensaje denso de doctrina y pleno de nobles certidumbres.

Y habréis de permitirme, ahora, señores, que, meramente para discernir ángulos de contemplación, quiera recordar que, también a quien os habla, hace ya cuatro largos lustros y en parecida ceremonia, cupo en suerte tan señalado privilegio, cuando en su primera juventud de estudiante llevaba el ímpetu tenso de frescas energías indomables y la fé optimista en el ideal y en el esfuerzo constituía su mas pujante aliento.

Si el corrosivo decurrir de los tiempos ha inundado de trágicas imágenes la visión de un mundo atormentado, y la huella de las realidades y el ácido disolvente del análisis destiñeron con rudeza implacable los áureos tonos de los ensueños de la mocedad, empero, a la verdad, las convicciones hoy se han acendrado, se ha cimentado el contorno de firmes esperanzas y, sobre todo, se ha consolidado el imperativo y la confianza en la obra nueva, en el ahinco de la juventud depurada en este augusto claustro, a cuyo impulso creador han de clarificarse en el futuro, con certero rumbo, los destinos de la Nacionalidad.

Por eso ahora, en plena travesía de la azarosa ruta, y saturado el espíritu de relieves tangibles del paisaje en toro y del cotidiano vivir, antes que el discurso protocolar, contraído a elevadas proposiciones de academia, he encontrado más a sabor de mi inquietud venir a platicar con vosotros en cercano contacto con problemas universitarios medularmente ligados al pulso de la Cultura y al porvenir social, en el ámbito de la Patria.

No será inútil recordar, señores, que Universidad y Cultura entrañan conceptos que recíprocamente se entrelazan y corresponden. La Cultura, en el mas amplio y trascendental significado humano de nuestro tiempo, tiene su mejor núcleo de condensación en la Universidad; y de ésta, a su vez, ha de expandirse, por caminos diversos, la obra ingente y múltiple, cuyos marcos no pueden exceder en modo alguno los linderos esenciales de la Cultura.

En tal concepto, estimo indispensable empezar puntualizando un hecho que asume proyecciones invalorable en su contenido vital frente a la específica realidad de nuestro ambiente. En muchos países, entre los que se cuentan no pocos de nuestra América, al registrarse la evidencia de que

los más calificados exponentes de la Cultura acusan una procedencia extraña a los planteles, universitarios, han alzado las más autorizadas voces académicas para reclamar y exigir mayores y más eficientes demostraciones de parte de la Institución superior, hasta reivindicar para ella su rol inalienable y predominante, por lo mismo, en la obra cultural. En nuestro País, en cambio, si miramos detenidamente la formación y trayectoria de nuestros máximos valores representativos, habremos de encontrar, en modo inverso, que el papel de la Universidad nuestra y su señalado influjo en los destinos nacionales, han constituido, casi invariablemente, la sustancia decisiva, varias veces secular, siempre provista de renovados caudales de espirituales excelencias. No es menester detenerse en el ejemplo innumerable para recordar que de ella salieron en las horas más graves de nuestra historia, desde aquellos propios días de nuestro despertar a la inquietud emancipadora, los varoniles alientos que nos fijaron el rumbo o aceleraron nuestra marcha. De ella continúan y continuarán llegando los cardinales elementos de la alta cultura, de la profesión consciente y responsable del pensamiento, el impulso de las rehabilitaciones sociales, el espíritu crítico, el empuje constructor, la potencia directora de la Nacionalidad. ¿Cuán vital y cuán hondo no habrá de ser, pues, en esta medida, el acervo de responsabilidades que incumbe a la Universidad ecuatoriana frente a los imperativos del desenvolvimiento nacional y cuál el campo que, por la misma razón, en ellas corresponde a los poderes del Estado?

Importa tener presente el ámbito de realizaciones que la conciencia de la sociedad contemporánea ha asignado a la institución Universitaria.

Clásica función, diríamos, para colocar en primer térmi-

no, la formación de profesionales, la capacitación de especialistas en variadas ramas de ciencia, de filosofía y de técnica. Estos elementos llenarán en cada línea su función social, realizarán la entrega de su dotación de saber y de poder para los menesteres de la colectividad, en círculos cada vez mas dilatados, hasta integrarse en el bienestar común, llenando al propio tiempo su individual objetivo en la lucha por la existencia. Sólo que a la enseñanza misma, total y severa, de las materias propias de la especialización, hay que agregar la ineludible tarea de ampliar, con visión humana y nueva, la órbita de modelación espiritual del estudiante, en modo que al egresar del aula lleve un patrimonio intelectual y ético concorde con el cometido de la institución que lo albergó y pueda ostentar su intrínseca condición de hombre culto.

Pero, además, la Universidad es, por antonomasia, el centro de la actividad científica. Sede de investigación en ciencia pura, asiento infatigable de estudios aplicados, tiene una función de vital trascendencia en el desarrollo de la sociedad. Allí se cifran dos esferas capitales de la acción de la inteligencia: la ciencia y la técnica, o sea la investigación y sus aplicaciones.

Y tanto el descubrimiento y la exposición de los principios fundamentales del cosmos, como la utilización de los mismos en función de los humanos imperativos, requieren antecedentes básicos de preparación, probadas aptitudes vocacionales, laboriosas experiencias múltiples; y su labor eficiente y su culminación en los planos de la enseñanza, están excluyendo, por punto general, todo esfuerzo que se halle fuera de la órbita de la función universitaria o superior.

La ciencia es la penetración en las fuentes de la natu-

raleza y de la vida; el dominio de sus causas, reducido, por esquematizaciones laboriosas, a principios inmutables. Cuando el hombre, al superar la etapa de su antepasado bárbaro — que, encadenado en el escenario aterrante de la naturaleza, medroso y estremecido por las fuerzas cósmicas, viviera espoleado por la superstición y el misterio — empezó respondiendo con su inteligencia escrutadora para explicar los fenómenos en torno, concibió, sin duda, alcanzar el bien de la humanidad por medio de la comprensión del mundo.

No obstante, el descubrimiento de la verdad, como expresión de la ciencia, nos ha demostrado que ella, por si sola, no puede constituir la totalidad de los fines que con su obra persigue el hombre, ni la consecución de su pleno bienestar a sus expensas. Menester es desarrollar un proceso complementario de la inteligencia sobre la base de esa investigación científica. La ciencia da sus leyes, revela los secretos esenciales a que se ajusta el fluir del universo; tales, los principios de la gravitación, las leyes de la Termodinámica o aquellas que rigen la existencia biótica. Con la posesión de aquellas leyes puede el hombre proyectar su contemplación en el campo en que ellas operan para buscar aprovecharlas ya en su beneficio. Es ésta la utilización de principios científicos subordinada a los imperativos del hombre. Es la técnica científica. Y si es verdad, como se ha dicho, que el hombre labró la tierra o fundió los metales antes de conocer la Agronomía o la Metalurgia, ello no hubo de constituir sino el tanteo acuciado por la necesidad, el esfuerzo mas bien mecánico y rutinario, tratando de imitar a la Naturaleza. Es ésta la que ha de denominarse técnica empírica, la que aún pervive anacrónicamente en varias líneas de nuestra vida y la que necesitamos reemplazar.

La técnica científica sólo puede derivar de la ciencia, en el ámbito y la medida en que esta es alcanzada por el hom-

bre. La ciencia representa simplemente la verdad; sus aplicaciones son lo que la humana conciencia quiere que sean. De allí que la técnica implica concepción y determinación de fines. Y el hombre los lleva a la práctica, así para el logro de su bienestar, como para sus designios destructores. De los estudios de la radioactividad han partido por igual la terapéutica del cáncer, como la invención del sistema de disgregar el átomo. De todas suertes, la técnica es del hombre y para el hombre y los límites de su acción están marcados por la medida de su pensamiento y su querer, siempre fallibles.

Más también, dentro de estos linderos de la ciencia fría y de las contingencias inciertas de una técnica sujeta en veces a arbitrarias o inhumanas inspiraciones, vamos contemplando despertar en estas propias horas del mundo, desesperadas filosofías que pugnan por oponer supremos contrastes a aquellos macabros juguetes de aniquilamiento, aparecidos como un maleficio de dioses desconocidos, omnipresentes entre el imperceptible enjambre de las fuerzas cósmicas, para entregarse a la custodia y el arbitrio de la deleznable ética humana.

Y es que no es dable echar en olvido que la técnica científica y toda posible técnica y trayectoria en el humano convivir, han de hallarse inscritas en un sólido marco de direcciones normativas del comportamiento, orientadas en el campo de los valores. A lo largo de intensos procesos milenarios, entre experiencias de dolor y de lucha, la humana especie ha alcanzado a conformar ciertos principios esenciales en su existencia que trazan los marcos de la conducta, que regulan la vida de relación y se esfuerzan por brindar seguridad y amparo para encaminar a los hombres y a las sociedades por rutas de sana convivencia. Son estos los

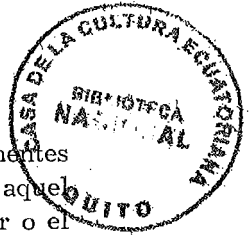
principios que, emanando de la Ética, de la Justicia y del Derecho, han de asociarse como pauta severa a toda obra de la inteligencia en sus proyecciones hacia la verdad y en sus orientaciones de aprovechamiento de la misma. En esta contemplación, la ciencia, por sí sola, no es todavía la cultura: requiere afianzarse en aquellos principios, estableciendo su trama teleológica. De allí que la nueva concepción de la Cultura señala los hitos taxativos de la acción creadora del hombre en la ciencia y en la técnica — así en los planos de la materia como en las esferas de lo vital y de lo humano — en la medida en que el aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza deviene en beneficio de las potencias del espíritu, en el equilibrio fisiológico y nervioso, en el dominio de los resortes negativos del instinto primario, en el afinamiento de la inteligencia y los recónditos acicates del Bien, en todos los medios que otorguen a individuos y sociedades un normal y sereno bienestar, dentro de un orden superior de solidaridad y comprensión creadoras.

Es así, pues, cómo la Institución universitaria, llevando la Cultura como su cometido cardinal, con todo su amplio bagaje y su afanar infatigable de investigación científica y de realizaciones técnicas, ha de cimentarse imperativamente en básicos principios de entrañable trascendencia humana, supremas normas éticas, para cuyo cumplimiento inexorable ha de poner en juego, si es preciso, la vida.

Desde este claro asiento podrá alcanzar finalmente la configuración de su máximo objetivo en la obra de expansión social. Allí, la ininterrumpida contribución de los esfuerzos científicos a los menesteres públicos, la asesoría técnica constante en las vitales funciones del Estado, el enjuiciamiento superior y creador en los grandes problemas nacionales. La Universidad debe ser la suprema formadora

de elites (y perdonad este vocablo paradójicamente bárbaro, pero irremplazable a mi intención, porque entre los solos linderos comprensivos del castizo intelectualidad, no encuentra ya cabida la honda y caudalosa proyección de una genuina cultura que va acendrando en los atributos del espíritu, cuyo conjunto excede y avasalla la exclusiva función del intelecto). Con núcleos, pues, de selecta factura, digo, en cuya preparación académica estará cifrándose la solvencia científica y la conciencia ética, sólidas convicciones de Patria y alto sentido humano, la Universidad habrá de reivindicar para sus hombres el ejercicio de las primordiales funciones directivas, para inmediato beneficio de la sociedad en que vivimos. Los pueblos sólo pueden ser dirigidos y, en rigor, gobernados por los mejores. Y la tarea, demasiado ardua, de representar a aquéllos, y legislar, hacer justicia, afianzar seguridad y crear bienestar, no puede ni debe emanar sino de quienes, con desvelado ahinco, quisieron sistematizar en el claustro su consagración y su esfuerzo dirigidos a la formación integral de su espíritu. Hombres de gobierno y de administración, conductores del pensamiento, pedagogos, periodistas, todos quienes llevan consigo la misión de orientar la opinión y modelar conciencias o encarnan una responsabilidad, corta o duradera, del mas limitado grupo de hombres, han de asumir su cometido a base de prolijas, laboriosas y acendradas escalas de educación y rigurosos procesos de capacitación. Y no es que pretendamos que el hombre de la Universidad ha de lanzarse por atajos de la mísera política; sino, contrariamente, antes que aquel juego sórdido de transacciones y de usurpaciones para los festines burocráticos o las orgías del poder, el título lagítimo de la competencia y de la idoneidad para imprimir recta y honesta función en los organismos del Estado. No hay ya probidad en continuar ignorando la traición que comporta a los supremos imperativos de la Cultura y al interés social esa consagrada

usanza que sanciona y acata la entronización de exponentes de la megalomía indocta en aquellos mandatos como aquel que encarna la fuente de todas las normas del convivir o el que constituye por esencia los brazos hacedores del poder público.

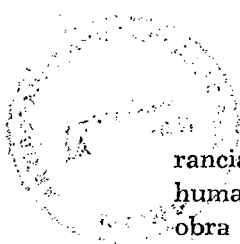


Y hay otra perspectiva culminante que comprende también esta función social de la Universidad. No puede ser en modo alguno extraña al máximo instituto superior la misión de democratizar la Cultura: antes bien, necesita excluirarla, socializarla, haciéndola llegar por los mejores y mas sagaces caminos hasta la mas dilatada entraña del alma popular.

La Universidad, finalmente, no debe limitarse a esperar, indiferente, que los hombres, acudan hasta ella; lleva, antes bien, sobre si la misión de atraer los mejores elementos, empleando, si es menester, la multiplicación de becas, a las capacidades que requieren de esta ayuda.



Toda esta dilatada acción Universitaria, operante entre variados canales y sucesivas etapas y procesos, sencillamente entraña el encargo sagrado por el que, no ya unicamente la inteligencia, sino las altas y depuradas fuerzas del espíritu hayan de rendir sus virtualidades mas profundas mediante la racionalización del pulso de la vida en una modulación integral de auténtica cultura, en la lucha por la abolición de todas las esclavitudes, contra los cancerosos gérmenes del parasitismo y la irresponsabilidad de la igno-



rancia, hacia la rehabilitación, en fin, en plenitud, de los humanos derechos, por la conquista de la libertad para la obra noblemente creadora del pensamiento y por la realización de la justicia social.

Pero tornemos la mirada hacia adentro, en el paisaje íntimo de esta casa materna, perdurable entre procesos varias veces secular, pugnando por rendir airoosamente su ardua faena educadora.

Enhiesta, en verdad, hubo de hallarse siempre en su marcha azarosa, pero perseverante y abnegada, desposeída del suficiente respaldo estatal, soportando la denegación de recursos económicos, las arrogantes embestidas de sus naturales adversarios y la incomprensión en ocasiones sistemática; pero erforzándose, además, con tesón valeroso, por llenar su misión indeficiente en las rutas de la Cultura y en los destinos de la Patria, dócil, en todos los instantes a los clamores recónditos de la tierra ancestral.

Acuciados, en esta hora del mundo, por requerimientos que en veces se nos hacen incolmables en los afanes nuestros y en los crecientes apremios de la nacionalidad, nunca como hoy bulle tan unánime y tan hondo, en la conciencia directora y en la aspiración estudiantil, el propósito de afianzar, con paso irrevocable, el camino de integrales reformas y mayores conquistas.

En el horizonte nacional se perfilan y confluyen los máximos incentivos que alientan, como voces arcanas, nuestro anhelo. El Ecuador, en toda la profundidad de sus realidades y en la total amplitud de los cuatro puntos cardinales, es un país imperiosamente necesitado de la acción humana y de su fuerza inteligente. Atravesado por doble cadena

de audaces montañas, íntegramente surcado por ríos incontables, constituido por el más complicado juego de contrastes telúricos, en sus abismos y sus cumbres, sus llanuras ardientes y sus valles de égloga, sus heladas punas y sus bosques indómitos, por entre todos sus rincones está reclamando sin cesar — en medio de una maravillosa compensación de energías potenciales— el esfuerzo racional de la mano del hombre, la obra de un intenso modelar a golpes de cincel para servir a los fines de la civilización. Y, hacia adentro, problemas, dolencias y abandono en los centros urbanos y en la extensión ilímite del agro, en las esferas múltiples de las realizaciones materiales, en la perentoria exigencia del saneamiento de las comarcas insalubres y en la asistencia biológica y sus arbitrios preventivos. Para qué referirse a ese tétrico estigma de la nacionalidad que representa la realidad de nuestro indígena, y luego, la morbilidad campesina y el sombrío drama del alcoholismo que por escarnio presume de constituir la más estupenda industria del Estado... Pueblos e inmensas zonas fertilísimas existen, colindantes con centros populosos, desprovistos casi por entero de todo medio humano de comunicación. Se halla a la vista la estéril actividad de los institutos de crédito agrícola, la nugatoria acción para el fomento de nuestra débil e incipiente agricultura, sin dirección ni orientaciones técnicas, ni facilidades siquiera para una propicia consecución de maquinarias, abonos ni semillas, menos aún una carta agronómica al alcance de todos, que impida el continuado sacrificio de sucesivas generaciones, en la siembra que no nace, y que si nace, no fructifica o fructifica mal". Entre tales realidades se mueven las expectativas de nuestra economía y la explotación y manejo de nuestras riquezas, la industria y la administración de los negocios, sin técnica científica ni directiva eficaz alguna que las guíe, errando menesterosamente entre el empirismo y la rutina, en medida similar o correspondiente al torbellino del vaivén político...

De dónde, pues, sino de la Institución universitaria, podrán salir los elementos para la obra constructora, orientadora, y creadora?

Y, aún, más, ese núcleo rector de la conciencia nacional, aquella elite indispensable para dar nervio y compás al vivir de la República, deberá alcanzar en la Universidad nuestra su fuente mas vital y caudalosa. Poca fortuna fué la ecuatoriana, que en su heroico amanecer a la vida independiente, se le hubiese decapitado, allá en la masacre nefanda del segundo agosto, desbaratando una viada que se anunciaba pujante, hasta trazar, en tal manera, el mas infausto de los augurios. Seguimos necesitando, sí, fuerzas humanas directoras y operantes en número mayor; mas, no podemos olvidar que un estado de poco más de una centuria de existencia, representa un pueblo apenas en sus pasos primeros, y hay, en el espacio y en el tiempo, todo un acervo de ingentes energías por delante que habrán de alumbrar nuestra carrera por el mundo.

Penetrados estamos, por ventura, del magno contenido del deber que nos atañe y de su concomitante responsabilidad ante la Patria y sus generaciones venideras.

Sabemos bien, ante todo, de la trascendental y dilatada obra por realizarse en nuestro propio campo universitario y no ignoramos que nuestra inquietud creciente — y a veces impaciente — de mejoramiento no ha de cesar ni ha de detenerse con el logro de un ideal de hoy. Una aspiración que se cumple, lleva en su entraña los estímulos de una nueva esperanza. A un anhelo alcanzado ha de suceder el aliento superador de otro afán generoso. Y nuestro descontento presente, que ha de renovarse el próximo mañana, habrá de ser el acicate inagotable de nuestro progreso como institución y como centro de irradiación de cultura integral.

Mas; para dar cauce a reajustes perentorios, para afirmar la marcha docente y educadora con bases materiales amplias y estables mediante laboratorios, gabinetes, seminarios y museos; para la obra de investigación y contribución a orientar y solucionar los problemas nacionales, en la vasta obra de Cultura con que la Universidad ha de darse por entero al País, no puede ser desoído nuestro cordial reclamo para ser asistidos con el aporte franco, eficaz y suficiente del Estado.

No se nos oculta, por lo demás, que de la fuente medular implicada en la gestión misma de la enseñanza y de la severa gestión educativa parten las posibilidades y los medios básicos para la faena total. El eco que dilate y difunda toda obra de acción Universitaria, debe tener su necesario foco de resonancias en el rumor fecundo de las aulas.

Por eso nos esforzamos por dar acento y contenido al tono de veras riguroso en el régimen de trabajo; justa cabalidad en los programas, amplitud y precisión en los planes de estudios, moderna y equilibrada visión en los métodos didácticos. Todos estos recursos tomarán consistencia, si a ellos se asocian enérgicos y firmes sistemas de selección y capacitación indispensables; y junto a una efectividad inexorable, si fuere menester, para la comprobación del rendimiento, nunca omitir los estímulos que dignifiquen y que impriman significado y aliento en la formación moral de la personalidad del estudiante. Menester es definir la convicción de que las pruebas de estudios y el título final representan apenas los testimonios probatorios de todo un laborioso, lento y concienzudo proceso de trabajos de asimilación y capacitación.



Hay un evidente choque de generaciones en el renovado sucederse de la acción docente en el cuerpo estudiantil, a través de la labor de enseñar y educar y orientar para la vida que realiza la Institución universitaria. Allí se plantea, ininterrumpidamente, la eficacia de un resultado o la incógnita perspectiva del cumplimiento de una misión. En el vértice de tan arduo problema y en sus invalores proyecciones está fincándose, con decisivo alcance, la trascendencia que asume la acción de los organismos rectores y, en modo principal, la específica eficiencia del poder de la cátedra.

Afortunadamente, no se nos ha ido en olvido, en el incesante afán renovador y rectificador que nos anima, todo el dilatado acopio de atributos y virtudes que ha de constituir el indeficiente patrimonio espiritual de los agentes de esta gran tarea. Sabe bien la Institución que configurar al profesor universitario equivale a perfilar una conciencia acendrada en arduos crisoles de la inteligencia y del esfuerzo y en la severidad de un camino para llegar a ella. Ni ingenuos sabios enigmáticos, abroquelados en un pálido mundo de abstracciones, ni vanos doctores en fraseología, para disimular, acaso, entre oropeles retóricos, la ausencia de doctrina o la miseria espiritual. Dije ya alguna vez, y es oportuno repetirlo, que no falta dolor en la tarea del catedrático, y hay también un poco de cotidiana angustia entre ese doble horizonte que le concierne: la ambición, siempre inexhausta, de saber, y el anhelo incolmable de saber enseñar. Pero los catedráticos nuestros han conocido ya que si en su función carecen de facultad para dogmatizar, tampoco tienen, en su materia, derecho para ignorar. Su papel se mueve en torno a la ciencia y a la técnica averiguadas y demostradas y su cátedra llevará al alumno el fruto denso y metódico de la consulta múltiple. Tienen ellos, firme y

clara, la pauta del decoro como infalible prenda de su misión: la competencia fundamentará su autoridad, la disciplina afirmará las adecuadas rutas del eficaz rendimiento de la cátedra; y la comprensión, insinuante y sagaz, nunca habrá de hermanarse con la condescendencia o la lisonja. Presente está que en aquel ámbito de trascendencia personal y humana, será el ejemplo la norma tutelar. Nunca existe mas aguda sensibilidad para recoger las proyecciones de la sombra que cuando las luces del saber comienzan a herir el cristal de la conciencia joven. Nítida la conciencia y diáfano el vivir quiere mostrar el catedrático, con la serenidad afable y sencilla de una existencia sin máculas. Y al penetrar bajo los dinteles de la cátedra, no puede caer en la omisión de despojar tras de si el apremio de los personales intereses, los juicios de la política y los prejuicios de toda humana pasión. Porque, en suma, conocen ellos bien que en la virtualidad y en el ministerio del catedrático han de cifrarse la probidad y el desinterés del maestro, la austeridad pulcritud del ciudadano, la integridad insobornable del hombre.

Y se acrecienta nuestra esperanza en el destino y en el campo de realizaciones de esta aula insignic. Quienes, desde la cima del bachillerato ingresan a ella poseídos de limpio propósito de labrar en su conciencia las herramientas del bien social y de un legítimo provecho individual, conocen que tras la dura y laboriosa trayectoria, habrán modelado un instrumento liberador. Magnificad ese camino, estudiantes, con afán indefectible y auténtico de sabiduría y con vuestros mejores recursos de abnegación e inteligencia; tonificadlo con la liviana alegría de vuestro abierto corazón, e iréis plantando, cotidianamente, una promesa irrevocable de elevación humana. Entregad, con ahinco transformador y constructor, el noble caudal de vuestras conscientes rebeldías

en la obra colosal que la tempestuosa etapa en que vivimos impone a vuestro esfuerzo. Menester os es nutrir la acción partiendo de la convulsa entraña del alma colectiva, que os haya de conducirnos a la rehabilitación del indigente y a la liberación del débil. Sabéis bien que no tenéis derecho a sentirnos dichosos mientras subsistan servidumbres o prevalezcan injusticias.

Así dignificaremos nuestra misión de hombres, bajo el signo protector de esta casona ilustre, para dar cumplimiento a un mandato ineludible frente a la Patria: no proclamando en ella excelencias hiperbólicas, sino buscando alcanzarlas con la acción y la pujanza de sus hijos; no con la voz plañidera de las congojas y las quejas, antes bien con el viril aliento de quien lleva en su sér incommovibles los soportes de su conciencia, a cuyo influjo haya de crearse un vital significado para nuestra cultura y un destino cierto para la nacionalidad.

JUAN JOSE AREVALO EN EL ECUADOR

- * Miembro de Honor de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- * Dr. Honoris Causa de la Universidad Central.

El Dr. Juan José Arévalo, Miembro de Honor de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Discurso del Dr. Benjamín Carrión, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, al hacer entrega del título de Miembro de Honor de la Entidad al doctor Juan José Arévalo.

El Ecuador recibe la visita de un hombre.

Acaso es aquí donde debe terminar esta salutación. Pero cuando el mundo vive horas de trágico temor y remotas esperanzas de paz y de justicia; cuando nuestro Continente, llamado del Derecho, de la libertad, de la esperanza y de la paz, vive la verdad más absurda, en contradicción palmaria con la letra de las Cartas y de las Declaraciones y la música de las Conferencias; cuando se ciernen innumerables peligros contra las naciones pequeñas, resueltas a defender lo suyo contra las asechanzas de los fuertes; en circunstancias como éstas, la visita de Juan José Arévalo, el Maestro y el Hombre, debe ser señalada con júbilo cordial.

Arévalo es la lección viva de cómo un pueblo grande, aunque de limitadas significaciones demográficas y territoriales, puede hacer oír su voz entre los otros pueblos y también —quizás esto es lo fundamental— hacer oír su voz entre los hombres, entre todos los hombres. Esta lección es singularmente grata y fecunda para mi patria, el Ecuador; tierra que, por leal a los ideales de

fraternidad continental, ha sido llevada a todos los sacrificios; pero que está resuelta a no ceder más a los cánticos de sirena de una doctrina de confraternidad que, en el momento capital, sólo sirve para engrandecer al fuerte y entregar, en pretorios vergonzosos, a los que se considera débiles e idealistas. Por eso, en esta Patria nuestra, la presencia de un hombre como Juan José Arévalo, expresión de una patria que quiere vivir en democracia auténtica y, sobre todo, gozar de los productos de su suelo, sin que ellos sólo sirvan para el enriquecimiento sin límites de mercaderes extraños; la presencia de un hombre de la Nueva Guatemala es esencialmente grata y ejemplar.

Alcides Arguedas llamó a su nobilísima patria, Bolivia, PUEBLO ENFERMO. Yo, en un libro que Juan José Arévalo conoce, me permití sugerir al malogrado amigo y maestro, que lo llamara más bien PUEBLO NIÑO. Porque eso, niños, son nuestros pueblos. Un poco descaminados algunos, un tanto díscolos los otros. Pero siempre niños, "llevados por el bien". Y, por lo mismo, lo que necesitan, antes que policía o éasa correccional, es maestros, sabios y buenos maestros, que los guien de la mano, procurando previamente desentrañar su raíz y su esencia, su índole y su vocación.

Guatemala, pueblo niño, tuvo casi siempre la mala suerte de encontrarse con el mandón, el sargento, el gendarme, antes que con el maestro y el guía. Igual que casi todos los pueblos niños de la América Ibera. Pero cuando un hombre patriota, reformador y progresista como Justo Rufino Barrios, la dirigió, tratando acaso de escuchar sus voces auténticas, su realidad verdadera, Guatemala respondió con fervor al llamado de su destino. Sólo que Barrios fue acaso demasiado duro y, por la fuerza, ni la felicidad.

Gendarmes al servicio de intereses extraños, dominaron la historia de esta gran tierra Maya, desde 1898 hasta el 20 de Octubre de 1944. Sargentones male-ros, crueles, rapaces y vendidos, gentes que no conciben la patria sino como fuente de riqueza o de poder y que —nosotros conocemos el caso porque se ha querido entregarnos a la Reina María Cristina o a Napoleón el Pequeño— sirven los intereses extranjeros con mengua y tradición del nombre, del destino, de la ruta verdadera de la patria. Estrada Cabrera, Jorge Ubico, Federico Ponce, formaron esta trilogía de peones al servicio de intereses de dinero y lucro extranacional.

Hasta que, por fin, en ese 20 de Octubre, el pueblo de Guatemala, sus estudiantes, sus maestros, sus obreros, sus campesinos, dieron el gran grito de liberación nacional, bajo la conducción de Arbenz, de Torriello y de Arana.

Y la patria liberada y niña buscó al Maestro de juventudes de América, al maestro de escuela Juan José Arévalo, para que la guíe y conduzca, con la cooperación de todas las fuerzas nuevas e incontaminadas, hacia la nueva edificación de un país de justicia, en que la tierra sea de los guatemaltecos, y sus nobles productos, el café, el banano, en lugar de ser herramientas de esclavitud y de ignominia, sean ricos sustentadores de la economía nacional.



Me tocó el privilegio de visitar Guatemala en los primeros pasos de su Revolución. Asistí al espectáculo hermoso de la esperanza de un pueblo que reencuen-

tra su camino. Era una bella amanecida de la confianza del hombre, y había amor y fervor en el ambiente. Era el año de 1945. Y allí, el maestro de niños-hombres y de pueblos-niños, el doctor Juan José Arévalo, encarnaba el optimismo sonriente de esa nueva esperanza. La derrota de cuarenta años de dictadura era su base de sustentación: grandes intereses, grandes fortunas, clases dinásticas y cortesanas formadas a la orilla de esas tiranías: a pesar de ello, Arévalo, con la noble placidez del hombre fuerte y sano, nunca nos habló de un pueblo malvado ni de un pueblo enfermo. Cada tres o cuatro meses tenía que debelar una conjuración de las fuerzas de conservación y de rapiña, de traición y mala patria, que habían dominado años de años a su Guatemala; sin embargo, su ancha sonrisa confiada, subrayaba el elogio de su pueblo, como materia humana fuerte, sana, poderosa, con la que se puede construir la dicha sencilla del hombre sobre el mundo. Nunca le oímos una queja, cuando tres años después, en 1948, ya pasada la mitad de su período, volvimos a ser sus huéspedes: siempre un plan en marcha: elevación por la cultura, integración nacional por la vialidad, afirmación rotunda de lo nacional, por la confianza comunicada a su pueblo, que lo seguía como a un apóstol amable y bondadoso, democrático y sencillo. Era, para todos, "el doctor"; pero no con un sentido de jerarquía, sino con emoción filial y amorosa. Y como un símbolo y un ejemplo, como una reproducción de la leyenda de Orfeo dominando a las serpientes con la música, a un costado del lujosísimo palacio construido por la Dictadura —seguramente el más suntuoso de las tres Américas— estaba ya en funciones un teatro al aire libre, en el que asistían devotamente el ladino calzado y el indio de alpargatas, para escu-



*El Dr. Benjamín Carrión, el Dr. Juan José Arévalo y el
Excmo. Señor Embajador de Guatemala en Quito,
Coronel Rafael O'Meany.*

char, con igual cariño, las músicas populares y las más altas interpretaciones de Bach o de Beethoven. . . Y en la visita larga que nos permitió hacerle, nos enriqueció con libros de filosofía y de educación, que había publicado durante el ejercicio de la primera magistratura de su patria.

Construcción, integración, afirmación nacional: sin extremismos de ninguna clase, pues es un maestro que se halla en la línea de Platón, tanto como filósofo, educador y gobernante. Y así, para guiar a los niños y los pueblos, el doctor Arévalo se complace en citar esta máxima platónica: "No emplees la violencia con los niños cuando les das lecciones; haz de manera que se instruyan jugando, y así te pondrás en mejor situación de conocer las disposiciones de cada uno".

Fé en los destinos de las naciones pequeñas, por la elevación de su cultura, por el perfeccionamiento de sus instituciones hacia la libertad, por el encariñamiento de lo propio sin falsos nacionalismos vocingleros de trasplante. Nadie más nacionalista que él, al reclamar los derechos de Guatemala a la integridad de su territorio; frente a uno de los más grandes poderes de la tierra; nadie más nacionalista que él, al exigir que lo que produce Guatemala no sirva sólo para riqueza extraña, sino para nutrir al hombre de Guatemala y para proveer a su prosperidad. No le ha importado la calumnia extraña: al contrario, como una condecoración de mérito excélsito, él luce el nobilísimo estigma de haber sido abominado por los depredadores, por los explotadores de su Patria.

Mi país sabe que la lucha de los pueblos pequeños, altivamente resueltos a vivir, es su lucha propia: por eso sigue con afecto y simpatía la gran empresa de hacer patria en que se halla empeñada Guatemala, y

que fuera iniciada por nuestro ilustre visitante de hoy y culminada por él en muchos aspectos, durante los seis años de su período presidencial. Por eso nuestro Gobierno, mediante la voz del Primer Magistrado, ha declarado su justa, digna y noble posición dentro del concierto americano, en el momento en que, en torno a una mesa continental, va a decirse la palabra de América. Guatemala, en 1951, la primera, unió su voz a nuestra voz, en forma alta y desinteresada. Hoy, al decir palabras de justicia, diremos palabras ecuatorianas, palabras de América, aun cuando, en hora de siniestro recuerdo, América hubiere callado ante la justicia nuestra.



Nuestra presencia en Guatemala se señaló por la vida, la acción y la muerte de un hombre libre y una conciencia incorruptible: Federico Proaño, sacado del país en la época siniestra en que la dictadura garciana se sentía incómoda con las palabras del hombre, halló hogar y trabajo en Guatemala. Allí, en Quetzaltenango, fundó el primer diario de esa bella ciudad altense, y popularizó el pseudónimo de "Rico de Fé". Allí encontró el descanso final...

Y años atrás, por la del gran poeta, uno de los grandes de América, el fabulista Rafael García Goyena, en cuya personalidad nosotros pusimos la materia prima, el hombre, y Guatemala puso el resto: poeta de Guayaquil y Guatemala, nacido en nuestro trópico, florecido allá. Figura en las antologías de ambos pueblos y eso, antes de inquietarnos, nos hermana. Co-

mo una larga corriente de fraternidad se hiciera entre México y Colombia, por la obra y la personalidad del gran Barba Jacob.

La presencia de Guatemala entre nosotros, está significada por la presencia de ese "aventurero de la libertad", Antonio José de Irisarri, múltiple, dinámico, casi portentoso. En nuestras ciudades fundó periódicos y escribió libros. Desde aquí echó leña a la hoguera histórica interviniendo en la terrible disputa de ¿Quién mató a Sucre? Bella obra de colaboración entre ecuatorianos y guatemaltecos, sería la de esclarecer el paso iluminado de este ciudadano de América, pecador y hombre libre, escritor, poeta, filólogo y aventurero.



Ayer, al visitarnos en esta Casa de la Cultura, y al ver el noble retrato de nuestro Olmedo, Juan José Arévalo, el filósofo, el maestro, el político, el constructor, nos sorprendió recitando, sin una sola vacilación, la extensa estrofa del Canto a Bolívar:

"¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?"

Porque Arévalo siente el culto de la poesía, y la excelencia superior de la cultura, para la afirmación, para la respetabilidad, para la existencia de patrias como las nuestras. El es la gran lección americana del gobernante culto, del maestro de escuela, guiador de niños, que es maestro de la patria, guiador de pueblos.

Muchos, sólidos, fundamentales, bellos libros ha escrito el filósofo, el literato, el educador: desde su **"Viajar es vivir"**, tan lleno de cosmopolitismo y de patria, pasando por su **"Pedagogía de la Personalidad"**, **"La Adolescencia como Evasión y Retorno"**, **"Cinco Centavos de Axiología"**, hasta su libro de niños, **"El Quetzal"**. Sin que olvidemos su obra polémica, en la que se destaca **"Cuatro raíces del servilismo"**, obra que iba a servir de base para que se dictara una ley castigando, como delito especial, el esbirrismo, la "lambonería", como dicen en nuestra Costa, cuyo proyecto fue elaborado por el ilustre político y escritor, tan amigo de nuestro país: Manuel Galich. Y los libros de filosofía, política y educación publicados cuando Presidente.

Fuerza joven, optimismo radiante, dura personalidad de mandatario, amable y guiadora personalidad de maestro. Y, sobre todo, patriota de su Guatemala y patriota de la América Ibero. Y hombre.

El Ecuador recibe la visita de un hombre. Acaso después de estas palabras, debió terminar mi salutación, en nombre de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Palabras de agradecimiento del Dr. Juan José Arévalo

Excelentísimo Señor Presidente Velasco Ibarra:
Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República:

Excelentísimos Señores Representantes de Gobiernos Amigos:

Honorables funcionarios del Estado:

Señores Miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana:

Señoras y Señores:

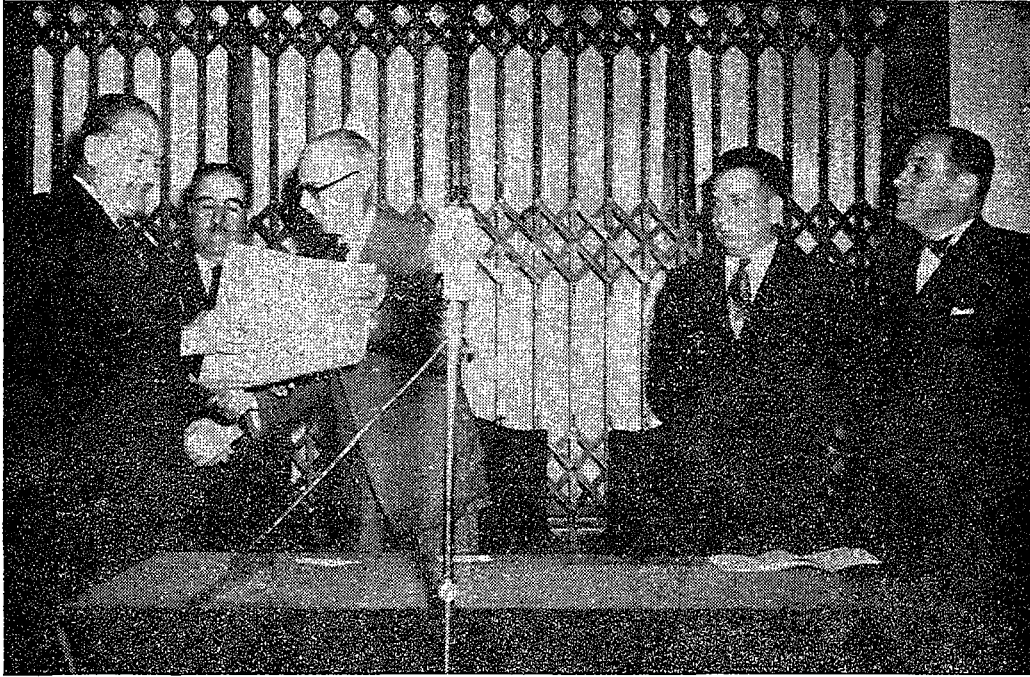
Por la voz de su gran Presidente y Fundador, la Casa de la Cultura Ecuatoriana me inviste hoy con el superior pergamino de Miembro de Honor, que sólo ha dispensado con anterioridad al sabio universal Paul Rivet. Amigo de la polémica y ganoso de polemizar con aquellos que me son superiores en excelencias espirituales, ésta sería la oportunidad para señalar en qué medida Benjamín Carrión y sus colaboradores de esta egregia Casa han excedido las lindes de la generosidad. Mala pareja haremos en esta sala mayor aquel productor de cultura superior, aquel anciano investigador de la ciencia del hombre, con este pedagogo político centroamericano de corta trayectoria intelectual y modestas realizaciones. Más aún si convenimos en

que la sabiduría del francés infatigable ha podido enseñarnos de dónde vino el hombre, mientras el estudiante de humanidades de la pequeña Guatemala pareciera más bien interesado en averiguar a dónde y por dónde debiera ir ese hombre.

La estimación que de mi persona se ha hecho en esta oportunidad sólo tiene un valor afectivo. El ecuatoriano culto y el guatemalteco culto más que se conocen se adivinan y tan pronto como se buscan resultan aliados en las mismas angustias de Patria y en la misma sed de dignidad. Benjamín Carrión y yo nos cruzamos, sin saberlo, en los anchos y coloridos boulevares de París en 1927: su talento precoz y mis nacientes inquietudes tenían un mismo origen: la patria india, —tenían un mismo ideal: la unidad de lo hispánico,— teníamos el mismo maestro: José Vasconcelos. No es de extrañar, entonces, que los directores de la cultura ecuatoriana me hayan reconocido hermano en este instante acongojado en que el Ecuador y Guatemala intentan salvar con su soberanía la esencia española de nuestro destino.

Valga, sí, el homenaje a Guatemala. El pensamiento ecuatoriano de esta hora, fecundo y altísimo, ha hecho hoy justicia al pequeño país del Caribe que ya no quiso ser un mercado más dentro del Imperio Romano, y que optó por ser libre asamblea de hombres libres, a la manera griega.

A Vos, Excelentísimo Señor Presidente, debo agradecer el singular homenaje que me dispensais, y que dispensais a Guatemala, al concurrir personalmente, humilde como los grandes, sumado a vuestros compatriotas, colegas vuestros esta vez en el plano de la cultura superior, para hacer más ecuatoriano y más guatemalteco este agasajo.



El Excmo. Señor Presidente de la República, Dr. José María Velasco Ibarra, pone en manos del Dr. Juan José Arévalo el título de Miembro de Honor de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a pedido del Presidente de la Entidad.

Grande y querido Benjamín Carrión: ilustres miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana: os doy infinitas gracias por haberme incorporado a vuestro claustro de estudios que significa para mí enaltecedora consagración de colega.

Conferencia del Dr. Juan José Arévalo

LA TRANSFORMACION ESPIRITUAL DE GUATEMALA DESDE 1944 (*)

Guatemala ha padecido el sistema totalitario que conocemos en hispanoamérica con el benévolo nombre de dictaduras militares. En el momento en que estalla la segunda guerra mundial la voz del Presidente Roosevelt, ingenuo como todos los norteamericanos, pero mucho más grande que todos ellos juntos, invitó a los pueblos de América a que nos pusiéramos de acuerdo con la democracia. Los norteamericanos se caracterizan por una singular ignorancia de lo que sucede al sur del Río Grande. Ellos no han padecido nunca eso que nosotros llamamos una dictadura militar: por eso es que desde los Estados Unidos no se distingue nunca entre

(*) Con esta disertación el autor aspira a explicar que la revolución guatemalteca se ha movido desde sus orígenes por directivas genuinamente espirituales. Será una forma indirecta, además, de demostrar que el marxismo de que se acusa el gran movimiento popular guatemalteco no ha estado nunca en la substancia del movimiento popular.

una dictadura militar y entre un Gobierno democrático; para ellos del Río Grande hasta el Sur todo es absolutamente un conjunto de hermanos de habla española que dan productos para la industria yanqui. El Presidente Roosevelt, sin saber lo que sucedía en Latinoamérica, nos invitó a ponernos en un planio de acción democrática. Ridiculizó la figura funesta de Hitler, la figura igualmente funesta de Mussolini, los caracterizó en sus grandes peroraciones radiales como las bestias del Apocalipsis y nos dijo a los Latinoamericanos que nos cuidáramos mucho de esas bestias. Roosevelt no sabía que en la mayoría de nuestros pueblos había gobernantes de ese mismo tipo, que estaban sin embargo escuchando la palabra de Washington: invitación a los pueblos para terminar con los dictadores primitivos e ir por el camino de la democracia.

Guatemala era uno de esos pueblos en 1939, 1940, 1941 y cuando sobrevino el ataque a Pearl Harbor allí estaba con nosotros el Presidente Ubico como un pequeño Hitler, con once años de ser Presidente.

No es la misión de la charla de hoy hacer una pintura del estado de Guatemala bajo la dictadura: sería sumamente interesante, pero nos llevaría el tiempo exacto de otra Conferencia. Pintaré con tres renglones nada más, esto que nos va a servir de base para la explicación consiguiente.

Soberbia de parte de los gobernantes; menosprecio a los gobernados; invalidez de las leyes ante la poderosa voluntad del autócrata; inexistencia de derechos humanos; discriminación arbitraria para calificar lo bueno, lo justo. (Explico que me estoy refiriendo únicamente a aquellas notas de la Dictadura que se refieren a los planos espirituales). La inseguridad de la persona y de los bienes; la vida civil sometida a regla-

mentos militares; la inexistencia de una real libertad de prensa; la inexistencia de una vida artística; la cultura controlada en la Cátedra y en los libros; Universidad sin autonomía; el magisterio militarizado; desigualdad jurídica de la mujer con respecto al hombre; corrupción de la función profesional del Ejército convertido en Policía; sometimiento voluntario oficial a entidades o gobiernos extranjeros. Esto era la dictadura en el plano del espíritu, es decir: el signo menos en el plano espiritual. La Junta Revolucionaria de Gobierno tomó el Poder el 20 de Octubre de 1944, con aplauso unánime (cuando decimos unánime nos referimos al pueblo sometido a aquella dictadura: las dictaduras siempre son de minoría en nuestra América). Esa Junta de Gobierno —digo— con el aplauso universal de los guatemaltecos, estableció los principios para una democracia tal como el Presidente Roosevelt lo estaba solicitando. La Junta Revolucionaria en uno de sus Decretos proclamó cuáles eran los principios de esa Revolución y entre esos principios proclamados oficialmente encontramos los siguientes, que son de carácter espiritual: autonomía de la Universidad, ciudadanía para la mujer alfabeta, autonomía y apoliticidad del Ejército. Mientras gobernaba la Junta Revolucionaria el gran movimiento civil popular logró instalarse en el Congreso a título de Asamblea Legislativa, en una primera Asamblea Revolucionaria Legislativa y en una inmediata Asamblea Constituyente. Se propuso la reforma a la Constitución para adecuarla al nuevo sentimiento público. En la Constitución de 1945 podemos encontrar las siguientes notas que caracterizan la voz de las mayorías populares representadas en el Congreso en materia de asuntos espirituales. La Constitución habla de justicia social, reclama justicia social; se re-

conoce el derecho de asilo a los perseguidos políticos; se ampara al periodista que ataca a los funcionarios públicos. En el Artículo 50 se habla de la dignidad del hombre; se dictan los principios para una defensa del hombre que trabaja; se prohíbe la militarización de los servicios públicos; se prohíben los honores al Presidente de la República; se convierte la cultura en obligación primordial del Estado. El Artículo 79 de la Constitución y el 80 se refieren a este aspecto. (En particular advierto, a título de explicación documental, que mientras todo esto se estaba haciendo en el Congreso, yo era ya Presidente electo de Guatemala; se estaba forjando la Constitución para que al tomar posesión Arévalo se encontrase con nuevas normas y entonces, terminado el Gobierno de facto, empezaba lo terrible: el temible ensayo de un nuevo Presidente. Mientras tanto yo actuaba como asesor político de los Diputados que reformaban la Constitución, especialmente en aquellos temas que eran de mi versación, es decir, los temas relativos a la cultura). El Artículo 79 y el 80 casi lo redactamos en mi propio escritorio de Presidente Electo. El Artículo 79 dice: "El fomento y la divulgación de la cultura, en todas sus manifestaciones, constituyen obligación primordial del Estado". El Artículo 80: "Es función cardinal de la educación conservar y acrecentar la cultura universal, promover el mejoramiento étnico e incrementar el patrimonio espiritual de la Nación. La educación debe abarcar simultáneamente la defensa de la salud corporal, la formación cívica y moral, la instrucción y la iniciación en actividades de orden práctico.— Corresponde al magisterio preservar e intensificar la dignidad connatural a la persona de los niños y los jóvenes, y al Estado, dignificar económica, social y culturalmente al maestro".

Estaban los preceptos revolucionarios nada más que iniciales puntualizados en la nueva Constitución. Falta saber si se iban a poner en práctica. La desgracia de nuestra República consiste en que los textos legislativos, los textos legales siempre contienen lo más moderno y lo más avanzado del pensamiento universal; se podrían comparar las Constituciones de nuestras Repúblicas Iberoamericanas que comenzaron imitando la de los Estados Unidos y la de Francia y que, sin embargo, en muchos preceptos alcanzan niveles superiores a cualquier democracia imaginable. Desgraciadamente la Constitución y la realidad política nunca corresponden. El drama de Guatemala consistía en si el Presidente Constitucional iba a poner en vigencia esa Constitución o iba como los otros Presidentes a mantenerla a un lado, mientras se gobernaba autocráticamente.

Llegaba a la Presidencia un hombre comprometido por sus propios libros. No hay mayor pesadumbre para un Presidente que el haber escrito libros antes de ocupar el alto cargo, porque esos libros constituyen precisamente obligación moral ineludible. En este sentido son mucho más felices que nosotros los Profesores Universitarios, aquellos gobernantes que asaltan el Poder y que nunca han escrito ni siquiera cartas de amor. En los ocho años inmediatos a la Presidencia había actuado yo en las Universidades argentinas, y allí tuvieron la gentileza de publicar algunos de mis libros. En uno que se llama "**La Filosofía de los Valores en la Pedagogía**", hice una presentación de estos temas académicos como aspirante a una Cátedra. Era una monografía académica para aspirar en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires al cargo de Profesor Suplente. Pero el tema de la Filosofía de los valores lo cultivaba yo mucho, especialmente en cuanto se re-

fiere a los valores de la personalidad. El tema básico en otro de mis libros era la evolución psicológica de la personalidad, especialmente en la adolescencia. Estos temas sobre los valores humanos, sobre los valores superiores en la vida, me habían llevado a decir muchas cosas y después de explicar en el plano filosófico quise en las últimas páginas de mi ensayo demostrar que la filosofía de los valores, no era únicamente un ensayo de disquisición académica, y que también tenía aplicación concreta en el plano de la vida y en el plano de la política. De ahí viene que esta página que voy a leerles significaba para Arévalo Presidente el mayor de los compromisos con su pueblo y con los pueblos de América.

En este capítulo final entraba yo a hablar del maestro, la significación axiológica del maestro no sólo ante sus niños sino ante sus compatriotas, y decía: "Creemos que la figura del maestro cuando suma condiciones axiológicas a su generosidad cumple en la vida escolar funciones cardinales, **particularmente en nuestra América**". Estas últimas palabras están en bastardilla en el libro; ya estaba yo llamando la atención de los Profesores de Filosofía argentinos sobre un tema que a ellos momentáneamente no les interesaba y era la angustia de nuestra América. "El niño, el muchacho, el joven que merece preferencia en la labor colectiva del aula, crece, florece, se multiplica en actividades, en afectos, en alegrías; se elevan, se entusiasman cuando junto a ellos trabaja una personalidad que configura su vida dentro de marcos de firmeza y sacrificio". Esta es una de las palabras más difíciles de escribir cuando uno es político, y de poner a prueba cuando uno ha llegado a un cargo superior. Sigamos leyendo: "Un marco de firmeza y de sacrificio que resguarda en la medida de

sus fuerzas los valores de que otros hacen mofa. En la aldea que se aniquila en tabernas, en la ciudad que se rebaja en comités... (Yo entonces era un doctrinario adverso a los políticos)..., en la gran urbe poblada de seres frívolos y concupiscentes siguen y seguirán siendo indispensables para niños y jóvenes, ¡para adultos y ancianos! logradas personalidades de maestros cuya presencia sirva de faro y protección, de contraste o de refugio". (Este libro fue escrito y publicado en 1939, en los momentos en que aún no comenzaba la guerra). "Sobre todo en esta hora de subversión, de vanidad y de insolencia en que los pueblos enteros han sido despojados de sus derechos más elementales y en esta América joven llamada a albergar sociedades sin odios, sin clases y sin amos, es más urgente y más fecunda la presencia de maestros ejemplares, prontos para el ejercicio educador y la palabra sabia, portadores de piadosa serenidad y de comprensión universal, así como incapaces para el delito, el vicio o la complicidad: maestros, ya no sólo maestros, sino simplemente hombres cuya contextura espiritual devuelva a la juventud alarmada de nuestra América su fé en el tardío pero posible reinado de los valores excelentes".

Fuera de esto que ya estaba publicado tenía yo escrito un ensayo inédito que se llamaba "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". En el momento de salir de Guatemala en 1936, autoemigrado para no ser cómplice de mi partido político que estaba en el Poder y que estaba organizando una Dictadura peligrosa, incapaz yo mismo de decir ni hacer nada en aquella situación, fuí a la República Argentina y a bordo de un barco escribí ese ensayo que se llama "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". En aquel momento yo trataba de explicar con alguna documentación psicológica, pero no toda muy

legítima, (contenía mucho resentimiento, mucha pasión política) el mecanismo que se pone en marcha en nuestros países, cuando un gobernante es convertido en un semidios mientras el pueblo carece totalmente de valor; entonces, comparando la figura internacional de Hitler, la de Mussolini, con la del gobernante guatemalteco que estaba convertido en un autócrata, traté de explicar en qué consistía el servilismo. Naturalmente que ese escrito no era conocido, no era para mí un compromiso de carácter público, pero era un compromiso de carácter moral; no iba yo a romper en esos momentos ese manuscrito: al contrario, inmediatamente que llegué a la Presidencia, después de estar en el ejercicio del Poder publiqué por primera vez "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". Como en estas condiciones llegaba yo a la Presidencia, estaba obligado para conmigo mismo en primer lugar, (y para con el pueblo de Guatemala, en segundo lugar) a hacer una Presidencia que se podría llamar axiológica, una Presidencia en la cual el Profesor de Buenos Aires que sabía distinguir entre los valores subalternos y los valores superiores, que sabía distinguir entre lo bajo y lo noble de la personalidad humana, pusiera también en el Gobierno un poco de esa filosofía para gobernar con sentido, con tendencia hacia lo superior.

Por de pronto, aparecían tres grandes problemas espirituales dentro del Gobierno. El primer problema para un universitario Profesor de Filosofía especializado en la Filosofía de los Valores, era el problema del **Hombre**. ¿Qué es ese Hombre? ¿Qué vale ese material que llamamos hombre; el mismo de que ahora se están ocupando en Caracas y de que se han ocupado tantas veces los cenáculos internacionales? En Guatemala el hombre no era una entidad valiosa, homogénea. En Gua-

sus fuerzas los valores de que otros hacen mofa. En la aldea que se aniquila en tabernas, en la ciudad que se rebaja en comités... (Yo entonces era un doctrinario adverso a los políticos)...; en la gran urbe poblada de seres frívolos y concupiscentes siguen y seguirán siendo indispensables para niños y jóvenes, ¡para adultos y ancianos! logradas personalidades de maestros cuya presencia sirva de faro y protección, de contraste o de refugio". (Este libro fue escrito y publicado en 1939, en los momentos en que aún no comenzaba la guerra). "Sobre todo en esta hora de subversión, de vanidad y de insolencia en que los pueblos enteros han sido despojados de sus derechos más elementales y en esta América joven llamada a albergar sociedades sin odios, sin clases y sin amos, es más urgente y más fecunda la presencia de maestros ejemplares, prontos para el ejercicio educador y la palabra sabia, portadores de piadosa serenidad y de comprensión universal, así como incapaces para el delito, el vicio o la complicidad: maestros, ya no sólo maestros, sino simplemente hombres cuya contextura espiritual devuelva a la juventud alarmada de nuestra América su fé en el tardío pero posible reinado de los valores excelentes".

Fuera de esto que ya estaba publicado tenía yo escrito un ensayo inédito que se llamaba "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". En el momento de salir de Guatemala en 1936, autoemigrado para no ser cómplice de mi partido político que estaba en el Poder y que estaba organizando una Dictadura peligrosa, incapaz yo mismo de decir ni hacer nada en aquella situación, fui a la República Argentina y a bordo de un barco escribí ese ensayo que se llama "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". En aquel momento yo trataba de explicar con alguna documentación psicológica, pero no toda muy

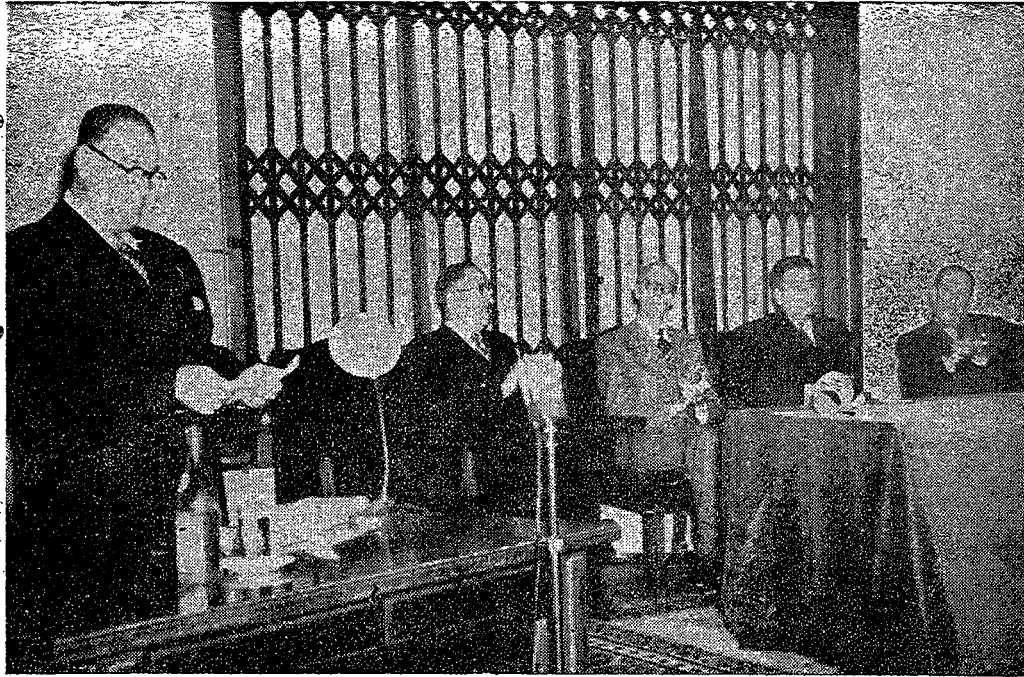
legítima, (contenía mucho resentimiento, mucha pasión política) el mecanismo que se pone en marcha en nuestros países, cuando un gobernante es convertido en un semidios mientras el pueblo carece totalmente de valor; entonces, comparando la figura internacional de Hitler, la de Mussolini, con la del gobernante guatemalteco que estaba convertido en un autócrata, traté de explicar en qué consistía el servilismo. Naturalmente que ese escrito no era conocido, no era para mí un compromiso de carácter público, pero era un compromiso de carácter moral; no iba yo a romper en esos momentos ese manuscrito: al contrario, inmediatamente que llegué a la Presidencia, después de estar en el ejercicio del Poder publiqué por primera vez "**Las Cuatro Raíces del Servilismo**". Como en estas condiciones llegaba yo a la Presidencia, estaba obligado para conmigo mismo en primer lugar, (y para con el pueblo de Guatemala, en segundo lugar) a hacer una Presidencia que se podría llamar axiológica, una Presidencia en la cual el Profesor de Buenos Aires que sabía distinguir entre los valores subalternos y los valores superiores, que sabía distinguir entre lo bajo y lo noble de la personalidad humana, pusiera también en el Gobierno un poco de esa filosofía para gobernar con sentido, con tendencia hacia lo superior.

Por de pronto, aparecían tres grandes problemas espirituales dentro del Gobierno. El primer problema para un universitario Profesor de Filosofía especializado en la Filosofía de los Valores, era el problema del **Hombre**. ¿Qué es ese Hombre? ¿Qué vale ese material que llamamos hombre; el mismo de que ahora se están ocupando en Caracas y de que se han ocupado tantas veces los cenáculos internacionales? En Guatemala el hombre no era una entidad valiosa, homogénea. En Gua-

temala había “hombres” en plural. (Un autor guatemalteco haciendo un poco de ironía escribió un libro titulado “**Ombres contra Hombres**”. La primera palabra la escribió sin h y la segunda con h. Es una humorada literaria para decir que hay hombres que no merecen llevar la h). Estos son los gobernantes de estos trópicos, cuando se trata al compatriota no como hombre, sino como si fuera un ente zoológico a la altura de los cuadrumanos. En Guatemala yo había vivido la tragedia de ese hombre, no la había vivido en mí porque por cierta fatalidad yo nací burgués y terrateniente, con cultura bien llevada adelante y con ínfulas de señorito con corbata; pero había visto en la aldea donde nací, el problema de los otros hombres, esos que no eran terratenientes, que no tenían dinero para vestirse y para ir al Colegio. Yo ví a unos, a los patrones, vapulear al indio guatemalteco, yo ví a otros asesinar, a título de deporte, para ensayar la calidad de un revólver recién comprado. Yo he visto mortificar a una sirvienta de casa vecina, mortificarla a látigos, (como lo hacían los Sacerdotes de la Edad Media con los que no creían como ellos) hasta sacarle sangre, para recuperar unas cuantas monedas de plata que el señor patrón decía haber perdido. Esa experiencia infantil que yo llamaría experiencia macabra, lo que ve un niño en su aldea, las cosas que no se ven en la Capital de un país, habían sedimentado en mi conciencia una preocupación de carácter filosófico-social que en este momento, en la Presidencia, llegaba a tener oportunidad de ponerse en marcha. En ausencia mía de Guatemala, cuando yo estaba en Argentina, la Dictadura había progresado en tales formas que en el año de 1943 llegó el Gobierno a dar una Ley según la cual todo terrateniente tenía derecho a matar en la forma que le parecía conveniente, con hacha o con revólver, a cual-

quier persona dentro de los límites de su finca. (Finca llamamos allá una gran extensión de territorio que se cultiva o no se cultiva, propiedad de una familia). Este derecho de matar al que anda pisando la tierra ajena, que quizá anda buscando agua, o que está persiguiendo a un perro, o por tantos otros motivos, caracterizaba jurídicamente la dictadura oligárquica en su estado final de descomposición. Esto les indica a ustedes cuál era la situación de la persona humana en aquellos años. La misión de la Revolución, entendía yo, debía empezar por la liberación de estas masas de compatriotas que todavía no tenían la condición de hombres. Había un 95% de guatemaltecos que no tenían ciudadanía; tenían únicamente el deber de ir a las elecciones cuando el jefe militar o municipal regional se los ordenaba para depositar un voto en la ficción democrática que todavía se cumple en otras repúblicas latinoamericanas. Una vez que nuestro indígena va a depositar su voto, se le da un empujón, lo echan a su aldea para que vaya a seguir vegetando su mala vida, porque según los simuladores "ya cumplió con el deber democrático para uso del Gobierno". En el discurso con el cual yo asumía la Presidencia, lo dije de antemano: Vamos a terminar con esta democracia electoral, esta democracia de un día cada seis años. La democracia debe ser de todos los días, para todas las cosas, en todos los momentos, y no cada seis años. La misión de la Revolución consistía entonces en dar ciudadanía al 95% de los habitantes que no la tenían, nivelarlos jurídicamente, para comenzar: porque la Revolución de Guatemala fue un poco más allá: nosotros levantamos a los pobres, a las masas, a los trabajadores, un poco por encima de los ricos, de los aristócratas; y esto no por razones sociales, de tendencia partidarista; yo no perte-

neceia a ningún partido, no tenía ideología comprometida con ningún partido político internacional o nacional, sino sencillamente por cierta opinión personal que tenía de lo que vale el país, de lo que debe valer el país. A juicio mío, Guatemala era una República encenque, Guatemala era una República sin posibilidades de energía, porque estaba en manos de un minoría, y a la hora de los grandes sucesos trágicos de la historia, esa minoría no es la que pelea en la trinchera; no es esa minoría la que siembra, la que produce, la que hace la grandeza del país; de modo que, perteneciendo nosotros a esa minoría de usufructuarios, de un sistema feudal, resolvimos, por inspiración cristiana y no por otra cosa, elevar a los pobres, elevar a las masas un poco más arriba de las minorías que siempre habían sido superiores, para que Guatemala fuese un país cada vez más fuerte, cada vez más enérgico, cada vez más capaz. No hay, pues, en este origen de la Revolución Guatemalteca ninguna tendencia comunista, como se ha estado afirmando. Ha sido el propio guatemalteco, ha sido el indio guatemalteco, el campesino guatemalteco, el que nos ha dado el camino, el que nos ha dado la lección. No había necesidad de leer a Carlos Marx para saber que Guatemala necesitaba que esos hombres tuvieran mejor salud, más cultura, que tuvieran ropa, que tuvieran vivienda, que tuvieran instrumentos de trabajo, que tuvieran escuela para los hijos. No fue, otra cosa, pues, que el propósito patriótico, tendiendo a fortalecer a Guatemala; por otro lado, la conciencia universal cristiana. No hay ningún derecho a que en el siglo XX hombres vivan como bestias. El cultísimo Embajador del Brasil aquí presente, nuestro amigo y poeta Da Silveira Martins Ramos, que nos acompañó en varios años, recordaba ayer que en algu-



Conferencia del Dr. Arévalo. — En la mesa de honor, el Excmo. Sr. Alfredo Chiriboga, Vicepresidente de la República; el Excmo. Sr. Dr. José María Velasco Ibarra, Presidente de la República; el Dr. José R. Martínez, Ministro de Educación Pública, y el Dr. Benjamín Carrión, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

nos de mis discursos empleé la frase “desafricanización de América”. Fue en el discurso al Presidente Ríos de Chile, al recibirlo en Guatemala, cuando yo hablé de la “desafricanización de América”. América, decía yo entonces, ha sido africanizada. ¿Qué quiere decir africanizar un territorio? Los europeos ocuparon Africa para explotarla; hace muchos siglos que Africa está produciendo para Europa y continúa la succión de las riquezas africanas hacia Europa. Africa es un continente que en muy pequeños territorios ha podido “desafricanizarse”. Pero América también fue africanizada; por razones históricas, por razones militares, por razones religiosas, América fue africanizada. El Continente Americano se convirtió en otra Africa para España, para Inglaterra, para Francia, para Holanda; eran los grandes territorios para producir y llevarse las mercaderías. Eran el indio que trabaja y el negro que trabaja al servicio del blanco dueño del mundo. Era necesario entonces desafricanizar nuestras Repúblicas porque a la africanización hecha por los europeos, dije entonces en ese discurso, había que agregar que los propios compatriotas, una vez lograda esa inicial independencia de comienzos del siglo XIX, los propios nativos se convirtieron en los africanizadores de sus compatriotas, es decir en sus explotadores. Se fue el español, pero quedó el guatemalteco propietario de una finca, de una gran extensión, donde hay cien peones con sus familias, con sus niños. Y cuando este guatemalteco terrateniente vendía su propiedad, la vendía con el ganado y con los indios campesinos y eso es lo que en estos momentos en Guatemala, gracias a la Reforma Agraria dada por el Presidente Arbenz, ha terminado. Nosotros, tuvimos, pues, un primer empuje estimativo: levantar el valor del trabajador que hace la economía

del país, que les acumula sus millones a los ricos. Alguna vez invoqué yo la colaboración de los ricos en Guatemala, recordándoles que mientras mejor fortalecido estuviera el trabajador, mejor iba a marchar la economía del país y sus propios dineros se multiplicarían; pero ellos recelan mucho de estas reformas sociales y defienden lo suyo con ceguera medioeval.

Mi ensayo sobre **"Las Cuatro Raíces del Servilismo"**; iba a costarme todavía muy caro en la Presidencia. Organizamos nosotros los partidos políticos de la Revolución. En Guatemala no hay un partido político revolucionario; son seis o siete, porque la revolución del año 44 fue tan grande, que abarcaba casi la totalidad del pueblo. Inmediatamente, por afinidades de cultura, se formaron diferentes partidos; pero así como hay varios partidos que apoyan a la revolución y que siguen nuestra línea doctrinaria, hay también varios partidos que combaten esta revolución y que están actuando en la calle exactamente como los partidos de gobierno. Son cuatro o cinco partidos de oposición con sus respectivos periódicos, prensa diaria o semanarios que gozan absolutamente, sin simulación de ninguna especie, de los mismos derechos políticos y cívicos que los partidos de la revolución. Ellos nos han hecho manifestaciones callejeras; ellos nos han ido a tirar piedras en el Palacio Presidencial, han roto los vidrios de los despachos oficiales; ellos en algún momento han subvertido equipos militares y nos han puesto frente al Palacio los tanques y las ametralladoras. Guatemala en estos momentos es un país de grandes disturbios, es un país en donde no puede haber orden ni necesitamos que haya orden, porque las mayorías populares apoyan al Gobierno y éste se puede dar el lujo de ver moverse en público a los enemigos minoritarios **"Las**

Cuatro Raíces del Servilismo", además; nos obligaba a respetar hasta la injuria de los adversarios.

Por eso, no hay nada más falso que afirmar que en Guatemala se ha organizado un totalitarismo comunista. Cualquier visitante que vaya a Guatemala sabrá cómo, al contrario, en estos momentos, Guatemala tiene los caracteres menos parecidos a un Gobierno totalitario. Hay una efervescencia de todos los días, hay una conspiración de cada noventa días; tenemos ya nuestro calendario: cuando llegamos por el día 75 u 80 empiezan los militares del Gobierno y los amigos encargados de estas funciones a averiguar por donde va a salir la nueva conspiración: y la nueva conspiración aparece, porque la libertad que se da en Guatemala al adversario político no tiene límites. Así pues, cuando la prensa internacional habla de ese totalitarismo comunista soviético de Guatemala está diciendo una pequeña gran mentira.

La libertad de prensa de Guatemala ha tomado caracteres irritantes. En esto tengo que confesar una de mis más grandes decepciones de escritor, de intelectual, de hombre de letras. Cuando uno, de buena fe, habla de la libertad de expresión garantizada en esta Constitución en términos tales, como ustedes acaban de saber, que autorizan al adversario político a calumniar al funcionario público, (el periodista que calumnia a un funcionario público en Guatemala no tiene que responder ni ante ese funcionario ni a ningún Tribunal.) Si es funcionario público y si lo está atacando en el ejercicio de sus funciones de modo que es un precepto de los más avanzados que hay en América en materia de libertad de prensa. Esto nos ha dado a nosotros dolores de cabeza extraordinarios, porque desgraciadamente los periodistas protegidos por esta Cons-

titución y por esta revolución no han sabido hacer uso leal de esta libertad de expresión y entonces se han ensañado contra nosotros, han escrito las infamias más grandes contra el Presidente de la República, contra sus colaboradores, calumnias que parecen del tamaño de las pirámides; sin embargo como están amparados por la Constitución ellos hacen del ejercicio de ese derecho una especie de deporte desorbitado. La prensa en Guatemala, la prensa material, esta distribuida en una forma muy desigual; los grandes periódicos, llamémosles grandes por el tamaño del papel, son adversarios al Gobierno; el Gobierno sólo tiene periódicos de pequeños formatos, débiles económicamente, con equipos de periodistas generalmente movibles, porque son muchachos de la revolución, son jóvenes que seis meses están en un periódico y que seis meses tienen que ir a hacer una misión de otro carácter para su partido político (porque son también miembros de partidos políticos) y entonces nuestro periodismo se ha visto rebajado y disminuido en comparación con el otro, el periodismo formal estable que ha tenido economía sólida y que ha estado calumniándonos con un empeño morboso. El periodista guatemalteco sólo en minoría ha hecho buen uso de las libertades revolucionarias; los demás han estado mintiendo deliberadamente, sistemáticamente, para perturbar la opinión pública y la internacional.

El estado sentimental, simpatizante de las masas trabajadoras con que empezó la revolución se concretó jurídicamente en un gran Código de Trabajo. Guatemala estaba tan atrasada en materia laboral que hasta habíase prohibido en la prensa usar la palabra "obrero", era prohibido usar la palabra "Sindicato", palabras terribles para la Dictadura; los trabajadores no tenían más que una u otra legislación de tipo patriar-

cal piadoso, por la cual se les reconocía alguna cosa que no tenía nada que ver con el Código de Trabajo. La revolución organizó inmediatamente un equipo de jóvenes estudiosos versados en la materia, importó técnicos, un técnico costarricense fue importado a Guatemala, porque ya había hecho trabajos similares en otras partes. Dimos en el año 47 un gran Código de Trabajo, que significaba poner a Guatemala en el siglo XX en materia laboral; no había en ese Código un solo precepto que no estuviera en los Estados Unidos, que no estuviese ya en México, que no estuviese ya en Cuba, que no estuviese ya en el Uruguay, que no estuviese ya en el Ecuador, Costa Rica, en Chile; sin embargo parecía ser que la República de Guatemala no tenía derecho de dar esa clase de leyes, y entonces fue cuando empezó la gran peléa internacional con la Compañía Frutera, porque la Compañía Frutera que trabaja en Guatemala es la empresa más grande, por el territorio que ocupa y por la cantidad de trabajadores que necesita; de modo que el Código de Trabajo iba a afectar inmediatamente los intereses de la Compañía Frutera, porque el Código hablaba en primer lugar del derecho de huelga, protegido por el Estado. En segundo lugar, las ocho horas mínimas para el trabajador diurno y menor número de horas de trabajo para el nocturno, la obligación de las vacaciones anuales para todo trabajador de cualquier empresa pagadas por el patrón, la obligación de instaurar tribunales a donde fuesen el patrón y el trabajador a discutir sus problemas. Esta es una de las cuestiones más interesantes en la política del Mar Caribe; la creación de tribunales de Trabajo con jueces autónomos nombrados por el organismo judicial, con prescindencia absoluta del Ejecutivo, para que a esos tribunales vayan el patrono y

el campesino a discutir un problema de salarios: he ahí uno de los aspectos más intolerables para la compañía extranjera que opera en Guatemala, porque estos señores tenían un solo tribunal de trabajo: era el del Excelentísimo Señor Presidente de la República: cada vez que ellos tenían un problema en su finca acudían al despacho paternal y patriarcal del Presidente. "Señor Presidente: los muchachos nos están molestando", (ellos hablan bien español, no voy a imitar sus defectos) "los muchachos nos están molestando, nos están pidiendo aumento de salarios". El Presidente de la República ponía una cara mefistofélica y decía: "¡Aumento de salarios? ¡Comunismo!" Tocaba un timbre y entraba uno de los secretarios. "Dígale al señor Ministro de Guerra que mande tropa a la finca tal para poner en orden a los trabajadores", y allá iba el Ejército de Guatemala convertido en Policía a resolverle sus problemas a la Compañía Norteamericana. Cuando el Código de Trabajo produjo esta revolución que yo llamaría cópérnica, de quitar el tribunal laboral del Despacho Presidencial y pasarlo al organismo judicial, en esa revolución estaba el desastre para los señores de Norteamérica, porque el Excelentísimo Señor Presidente de la República, en el Mar Caribe, es un señor que recibe regalos; que recibe cheques, que recibe dádivas, algunas veces un aparato de radio que vale quinientos dólares, otras veces recibe un automóvil que vale cinco mil, algunas veces es una embarcación para los paseos de fin de semana del señor Presidente, que puede valer de quince a veinte mil dólares. Cada cumpleaños del señor Presidente hay regalos de esta naturaleza, sin contar (lo que está documentado en Guatemala), regalos en efectivo, en cheques, de cien mil, de doscientos mil y de quinientos mil dólares; porque con

los regalos de quinientos mil dólares al Presidente de la República la Compañía se ahorra diez veces más en pocos años. Precisamente los millones de dólares que está pagando ahora la Compañía.

Así, en esa forma un poco atormentada, queda descrito lo que durante mi Gobierno se pudo hacer en favor del hombre; ese problema filosófico que tiene todo gobernante frente a él y que necesita una respuesta, necesita una atención. En Guatemala no lo hemos logrado todo, porque la revolución de Guatemala, ambiciosa en muchos aspectos, cree que dentro de cincuenta años ya estaremos satisfechos y ahora sólo llevamos nueve años de esa revolución, pero algo hemos dado y hemos sentado las premisas para la defensa del hombre, para que el hombre no sea explotado, para que el hombre no sea extorsionado ni humillado; ahora en Guatemala yo puedo afirmar que no hay un solo hombre, por humilde que sea, que tenga un mal trato por parte de un patrón, porque el patrón tiene mucho miedo de lo que nosotros podemos decirle o hacerle, pues sabe que este trabajador inmediatamente encuentra un amparo en el Estado. El Código de Trabajo, incurriendo quizá en alguna herejía jurídica ha agregado, por disposición de los Diputados revolucionarios, que en cualquier momento que haya duda sobre la legitimidad de una disputa, el Estado protegerá al trabajador en contra del patrón.

El segundo gran problema filosófico que tenía la revolución ante sí, era el problema de la **Cultura**. Así como el hombre estaba reducido a una condición zoológica primaria, la cultura en Guatemala estaba rechazada por el gobierno dictatorial. Hubo cosas que no le fue posible destruir, por ejemplo, la Universidad, o las escuelas. ¡Imposible! Porque cada fiesta patria había

que llevar al magisterio y a los niños a hacer un homenaje al señor Presidente y entonces las escuelas servirían para un desfile vistoso de fiesta patria. Pero había odio para la Universidad, había odio hacia los intelectuales, había odio hacia los artistas, había odio al maestro de escuela; al único que no me atrevo a decir que se le tenía odio era al niño. La Universidad era uno de los adversarios principales de la revolución, por razones afectivas, no por razones ideológicas. (Ahora la Universidad de Guatemala nos está siendo adversa pero por razones ideológicas, no por razones afectivas). Aquella vez era el dictador el que odiaba a la Universidad y a los universitarios; por eso los universitarios vivían en una permanente conspiración esperando el momento de salir a la calle, y esa salida a la calle del universitariado en venganza de la dictadura, fue precisamente el 24 y 25 de Junio de 1944, cuando los universitarios y el magisterio hicieron caer la primera gran dictadura de Guatemala.

Siempre en la conciencia de un gobernante hay algo que los psicólogos freudianos podrían decir que son traumas experimentados durante la niñez, pero por alguna razón íntima aquel hombre, dictador semialfabeto, odiaba a los artistas. Estaba prohibido a las Compañías de Teatro, a las Compañías Musicales entrar a Guatemala. Los artistas eran considerados como delinquentes. El artista guatemalteco estaba colocado en la estimación oficial en un plano subalterno. Gracias a que en el artista hay vitaminas superiores a todo poder estatal, es que estos artistas guatemaltecos produjeron en silencio y en la miseria; pero nuestros mejores valores artísticos vivieron siempre humillados por la limitación económica y por sus cercos social y oficial. La revolución rompió totalmente esos moldes. Para no-

... para nosotros el artista es lustre de la República, para nosotros el artista es comandante espiritual. El músico, el poeta, el pintor, el escultor, la danza clásica, todas las formas del arte han tenido protección; en primer lugar vía libre, absolutamente libre; en segundo lugar, protección económica del Estado. A los artistas que necesitan casa para trabajar se les da casa; a los artistas que necesitan materiales, se les da materiales, los artistas que necesitan viajar, viajan a cargo del Estado. Guatemala se convirtió después de 1945 en un verdadero horno de vida espiritual. Grandes artistas, inesperados, llegaron a Guatemala a dar sus enseñanzas. El artista guatemalteco, alegre como nunca, se fue a México, se fue a Europa, vino a Sudamérica. En estos momentos el resultado de esa libertad y de esa protección al artista ha dado uno de los Núcleos más valiosos de artistas en Latinoamérica, vinculados con gente del Ecuador: el grupo que se llama Saker-Ti; es un gran grupo de elementos juveniles que están en la vanguardia de la revolución nacional, simpatizan con la revolución por que son hijos de la revolución, mientras tanto el Estado hace todo lo posible por perfeccionar los temas de educación y de enseñanza artística. La protección a la cultura llegó en el aspecto económico a situaciones muy serias.

Se crearon becas por docenas, en buen castellano, becas "a montones". El que quería viajar lo solicitaba, encontraba algún padrino dentro del Gobierno y pronto tenía un pasaje en avión y cien dólares o doscientos dólares para ver lo que quería en Estados Unidos o el Mar Caribe. En el Ejército se instituyeron becas en tal cantidad que se calcula en trescientos los oficiales que han salido de Guatemala a seguir cursos de perfeccionamiento, a recibir cursos de especialización. El ma-

gisterio salió en equipos: la primera vez mandamos cuarenta maestros de la capital y de otras ciudades de la República a Cuba, y más tarde los alumnos de la Escuela Normal, por ejemplo los veinticinco jóvenes que van a recibir su título de maestros salen a México o a la Habana o a Costa Rica, como en premio por la terminación de sus estudios.

En materia editorial, la revolución se ha convertido en una verdadera empresa; no se discriminan los libros. En primer lugar el adversario político o indiferente político tiene sus imprentas en la ciudad para que se imprima lo suyo. La revolución protege a sus autores; a todo autor revolucionario que necesita protección del Estado, se le da; incluso se ha dado a adversarios políticos. El Estado en Guatemala paga los originales para que no se repita la desventura del intelectual latinoamericano que mantenía guardado cinco o diez años un original, porque no había editor dispuesto a aventurarse. Ahora el aventurero en Guatemala es el Estado y no sólo lo edita comprometiendo el trabajo del obrero, el papel y sus maquinarias, sino que le paga por anticipado una suma moderada en premio de su original.

Y terminamos, Excelencia, (estoy preocupado por su precioso tiempo): terminamos abordando el tercero de los problemas filosóficos que se le plantearon al gobernante guatemalteco. El tercer problema filosófico en materia política era, en este caso, el problema de la **Soberanía**. Para Guatemala este es un problema trágico; el Gobierno de la República había sido compartido por el que se llamaba Presidente de la Nación con los jefes de la United Fruit Company, de modo que el Presidente de la República mandaba en todo aquello que a la gran Compañía Nortea-

americana no le interesaba. Hasta allí llegaba la libertad y la independencia del gobernante guatemalteco; pero cuando se trataba de asuntos de carácter grave para la Compañía, se presentaban éstos en el Despacho presidencial y con muy buenas palabras conseguían del Presidente de la República todo lo que ellos necesitaban. Otro elemento de perturbación que había en Guatemala era el Excmo. Señor Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica. Este funcionario honorable, nunca se quiso colocar en su plano de Representante de un país extranjero y de un país amigo. El era algo así como el jefe del Cuerpo Diplomático, y algo así como el cuco (no sé si en el Ecuador se usa la palabra) que asustaba al Señor Presidente a la hora de los problemas internacionales. Cada vez que había alguna conferencia internacional en La Habana, en Santiago de Chile, en Montevideo, el Embajador de los Estados Unidos en Guatemala era el que tenía a su cargo el cometido agradable de ir a decirle al Presidente de la República qué era lo que la Delegación de Guatemala, tenía que hacer en el extranjero.

El problema de la soberanía tenía, pues, para nosotros dos frentes de batalla: uno económico interno que era la Compañía Frutera y un frente político internacional que era el Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica. Yo llegué a la Presidencia de la República, sin el visto bueno de los Estados Unidos. Mi principal adversario en la contienda cívica de Diciembre de 1944, había sido el Embajador de Guatemala en Washington, durante 17 ó 18 años, de modo que el hombre hablaba muy bien inglés, conocía muy bien a Mr. Corder Hull, había visitado varias veces al Presidente Roosevelt, tenía 700 amigos en Washington y ése era el adversario del Profesor Peda-

gogo que venía de una Universidad sudamericana a enfrentársele en la lucha. El pueblo de Guatemala, por una resolución cuyo acierto la historia juzgará, prefirió al Pedagogo frente al diplomático de Washington.

Cuando en el año 1947 dimos la primera Ley revolucionaria llamada Código del Trabajo, esos dos frentes se pusieron en acción contra el Gobierno que yo presidía. El frente interno tomó el camino de favorecer las conspiraciones del adversario político, y el Departamento de Estado inició sus reclamaciones oficiales contra la Legislación guatemalteca. Al dictarse la Ley de la Reforma Agraria, los dos frentes han vuelto a operar en similares situaciones. Sólo que esta vez se ha hecho mayor escándalo y se ha convertido la reclamación comercial de la United Fruit en un problema de alta política internacional.

Excmo. Señor Presidente Velasco Ibarra: Guatemala está acusada de inconsecuencia. Se nos acusa de inconsecuencia porque dicen que no estamos del lado de los Estados Unidos, porque en los Congresos internacionales votamos en una forma independiente según sea el problema. Pero si se trata de una acusación tan grave, lo mejor sería remontarnos a unos diez años atrás, a la época en que el Presidente Roosevelt presidía los destinos del mundo, a la época en que el General Eisenhower y el Mariscal Stalin discutían amistosamente tomando café sobre las acciones del que entonces se llamaba "glorioso Ejército Rojo". Guatemala, Excelencia, sigue todavía del lado de Roosevelt. Si los Estados Unidos de Norteamérica han cambiado de política internacional, tienen perfecto derecho a hacerlo, porque son una República soberana. Si los Estados Unidos se fatigan de la democracia y simpatizan con el fascismo, también tienen derecho a hacerlo, ampará-

dos en su propia soberanía. Pero que no se acuse a Guatemala de inconsecuente, pues nosotros estamos desde 1944 en el mismo derrotero de simpatía por las clases populares, de lealtad a los pueblos que lucharon contra Hitler y contra el General Franco.

El Dr. Juan José Arévalo, Doctor Honoris Causa de la Universidad Central.

Discurso del Dr. Emilio Uzcátegui, Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central.

No son frases de acostumbrada cortesía las que pronuncio en estos momentos al manifestar que nuestra casa universitaria se siente honrada con la presencia de un hombre de extraordinario relieve en el hemisferio colombino. Todo lo contrario; cuanto diga será la expresión veraz y genuina de pensamientos y emociones surgidas al estímulo de la visita del ilustre guatemalteco a nuestro país.

Triplemente recia la personalidad de Juan José Arévalo: filósofo hondo y sabio; educador de vocación experimentando en su arte; estadista democrático y constructor. En sus varias actuaciones se insinuará siempre el *leit motiv* del axiólogo, el pedagogo y el político de altura.

Si se examina el mapa histórico geográfico de la tierra encontramos gobernantes a granel. Ciertamente centenares de monarcas y presidentes llenan la morralla de las crónicas ya que no las páginas de la Historia, reservadas para unos pocos hombres de selección.

Cuán escasos son los mandatarios que se salvan

del olvido o de la infamia! ¿Qué cosa más fácil que erigirse en gobernante si se carece de esas terribles molestias que son los escrúpulos y la decencia? Qué difícil entregar el poder admirado y querido por los ciudadanos! ¿Qué significa, qué importa, para qué sirve haberse encumbrado al pináculo de la política, haber ejercido la presidencia de una república, si con elecciones o sin ellas, se ha llegado contra el torrente de la voluntad popular o se mantiene extraño a la opinión, indiferente al clamor ciudadano, abúlico o arbitrario en el actuar? Antes que un honor ser un mal presidente o un presidente inocuo es baldón, es oprobio, es ignominia.

Por esto los grandes y verdaderos mandatarios son muy limitados en número. De los de esta estirpe, América tiene una o dos docenas; pero de ellos se ufana y sólo ellos perdurarán en su historia.

Un Lincoln, un Juárez, un Alfaro, un Sarmiento son astros solitarios de primera magnitud y su valor se agiganta con el volar de los tiempos. Y es que estos hombres fueron del pueblo, gobernaron con el pueblo y todo lo hicieron para bien del pueblo. Por esto fueron queridos por los más; aborrecidos por unos cuantos; pero por todos respetados.

En este grupo supo alinearse Arévalo. Fue llamado por sus conciudadanos, no los traicionó, se esforzó por la reforma social y política de su país, impulsó el progreso, estimuló las manifestaciones de la cultura y descendió del solio con la satisfacción del deber cumplido y el aprecio general.

Como verdadero patriota, no desoyó el pedido de los suyos. Abandonó la comodidad de su vida y la placidez de su cátedra en la universidad bonaerense y regresó a su tierra a encabezar el movimiento regene-

rador. A nadie mejor que a él, hombre idealista y pragmático a la vez, podía corresponder el liderato que condujo al triunfo de su pueblo.

Quienes le invitaron a la lucha acertaron al escogerlo. Los óptimos conductores políticos, a más de las prendas morales e intelectuales necesarias para la buena gestión administrativa deben ser auténticos estadistas, filósofos y pedagogos. Todo esto se había de encontrar en este jerarca de la cultura.

En sus **"Cinco Centavos de Axiología"**, primero, y con mayor madurez, más tarde, en su **"Axiología, sentimiento y personalidad"** con que concluye su magnífico ensayo sobre **"La Filosofía de los Valores en la Pedagogía"**, sienta una especie de programa o de declaración de fe democrática a realizarse para cuando, convirtiéndose en realidad el designio de Platón, lleguen a gobernar los filósofos.

No es mi propósito hacer ahora la presentación integral de la obra del esclarecido educador guatemalteco. Demandaría mayor tiempo, mejor meditación que la posible en la solemnidad de estos minutos.

En su valioso aporte literario figuran **"Viajar es Vivir"**, en que a la manera de un Sarmiento de nuestros días, entrega sus impresiones, observaciones y consecuencias de lo mucho aprendido y elaborado en su viaje por Europa. También como el glorioso presidente argentino, sintiéndose maestro vocacionalmente, compone un silabario remozado e inspirado en la didáctica moderna para que los guatemaltecos aprendan a leer. **"El Quetzal"** es de esos pequeños grandes libros, modestísimos para quienes no comprenden la importancia de alfabetizar a las gentes ni vislumbran las complejidades de la metodología; pero de una trascendencia comparable a la de las grandes produccio-

nes del intelecto. Luego vienen libros de mayor profundidad y ciencia; pero inspirados en la misma finalidad: ayudar a la educación de las masas. Admirables páginas psicopedagógicas las de "Pedagogía de la Personalidad" y "La Adolescencia como Evasión y Retorno" que le colocan entre los pedagogos contemporáneos de vanguardia. De hora reciente es la edición cubana de "Escritos Políticos y Discursos". Pero quizá su obra de mayor relieve sea "La Filosofía de los Valores en Pedagogía" publicada en 1939 por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que inicia un derrotero en el campo de la filosofía de la educación.

La axiología es en realidad un problema de la moderna metafísica, aunque como en casi todas las doctrinas y concepciones humanas siempre se halla raíces en la más remota antigüedad. Si bien encontramos en Kant los primeros destellos definidos de lo axiológico, Confucio y otros filósofos ya entrevieron el problema y se aventuraron en la búsqueda de soluciones. Pero es el siglo 19 el de la constitución y desarrollo de la teoría de los valores con Brentano, Nietzsche, Windelband, Münsterberg, Müller-Freienfels, Max Scheller, entre los filósofos europeos, y Coriolano Alberini, Luis Juan Guerrero, Alejandro Korn, Carlos Astrada y Francisco Romero en Argentina que ha producido una brillante generación de filósofos.

Como buen metodólogo, comienza Arévalo por presentar el problema de los valores en sus dos aspectos de génesis interna y de desenvolvimiento externo.

Parte del postulado de que la vida es juego de preferencias, que se manifiestan en las formas más variadas. Se prefiere algo, alguna cosa, algún hecho, alguna idea y tales objetos de preferencia tienen el pri-

vilegio de la utilidad en su sentido lato. El objeto preferido es un objeto benéfico, esto es, un bien. Cuando interviene la conciencia en la preferencia brota la teleología. Es entonces cuando, en frase de Arévalo, "Nació el Derecho y se vistió de Etica". Al mundo de los bienes se junta el de los valores, o sea, "entidades proyectadas en los bienes, flotantes por encima y más allá de los bienes". "Cada hombre vive en cualquier momento de su vida determinada escala o jerarquía de valores, bien que la viva sin saberlo". "Ni sabe lo que son valores ni sospecha lo que deba ser una tabla axiológica. Pero admite valores y vive una escala perfectamente señalable".

La educación se aprovecha de ellos tendiendo, por una parte, a conservarlos, mientras por ótra, los espíritus rebeldes pugnan por modificarlos.

Sentadas las bases del problema filosófico de los valores, Arévalo pasa a estudiar su derivación hacia la pedagogía y expone las ideas sustentadas por Ernesto Dürr para quien la pedagogía es "la ciencia del influjo sistemático en vidas espirituales ajenas con el fin de conservar y acrecentar todos los valores compatibles"; Hugo Münterberg, el cual hace coincidir los fines de la educación con los de la vida humana; Jomás, Cohn, que formula el objetivo de la educación en "la personalidad autónoma, saturada por la participación en la vida cultural histórica"; Guido Della Valle que hace la síntesis de la pedagogía experimental, esto es, de los medios, con la filosofía, o sea, de los fines, en lo que será una genuina pedagogía científica, que implica también la síntesis de los conceptos de valor y trabajo, y, finalmente, el relativista Julio Wagner, que define la educación como un "proceso circulatorio de los bienes culturales".

Concluye Arévalo con que “la axiología ha reconciliado al hombre con la Filosofía”. Reconoce que “la axiología no podrá nunca emanciparse de esa merma de gravedad que se llama subjetivismo”; que “hasta los valores más altos, los mismos valores supremos (Justicia, Verdad, Caridad, etc.) tienen una historia individual, por así decirlo”; que “los valores son **plásticas** creaciones espirituales, obras del género humano que se imponen como desde fuera a las conciencias individuales; pero que viven expuestas a experimentar las rectificaciones que individuos extraordinarios (talentos y genios) les impongan en audaz contribución por el progreso del Espíritu”.

El resentimiento es una escuela, una especie de hermano siamés de las estimaciones. “El hombre es genéricamente resentido; el reino de nuestra afectividad es un piélago pringado de resentimiento. Todos, desde el triunfador al fracasado, desde el hombre “feliz” hasta aquél que vive como si fuese imán de adversidades: todos llevamos por dentro cierta reserva de rencor, de envidia, de amargura de la más diversa procedencia. La cultura y la calidad espiritual de cada uno nos permiten morigerar, frenar, desviar, fingir, o bien exacerbar, aguzar, ostentar esta dolencia subyacente en nuestras almas. La alegría convencional circundante, la austeridad profesional, la anécdota callejera, el trabajo diario, las urgencias biológicas, los seres queridos, etc. nos distraen de este huésped ingrato. Pero es necesario aliar nuestras mejores virtudes para enfrentarlas en forma de **generosidad** ante el resentimiento y producir así una sustantiva voluntad de ficción, una férrea y disciplinada “voluntad de olvidar” que llega a presidir hasta inconscientemente la totalidad de nuestra vida. Hay en el alma del hombre un

drama interno, permanente, que se resuelve en lucha terca por dominar hasta llegar al olvido, ese amo-resentimiento. Pero este dominio jamás es completo. Por los intersticios de nuestra conducta escénica se filtran los hilos delgados del mal, y una de sus vías predilectas en las personas refinadas (una de sus vías más nobles) la encuentra en la oportunidad del reconocimiento o negación de un valor, en el sistema vengativo de sus valoraciones". Continúa con exacto conocimiento de las reconditeces humanas y dice: "dos corrientes de resentimiento presionan en el alma de cada hombre: un resentimiento "genérico" que padecemos, similar ante todos los hombres, y un resentimiento individual, particular, que cada uno se ha ganado como contribución biográfica".

Prosigue: "Subjetivismo y resentimientos, sin embargo, no alcanzan a invalidar la axiología: como las bajas supervivencias zoológicas en el hombre no llegan a desnaturalizar su erguida vida espiritual. Sólo que-ríamos, con estas anotaciones, alumbrar instantáneamente para advertir cuán ingenua es en axiología toda posición absolutista. La pedagogía, por eso, no podrá vivir esperanzada en la tardía o próxima aparición de un sistema "inobjetable" que la provea de recetas de tipo universal para sortear sus dificultades". Y finaliza: "Vemos así cómo la humilde, la eterna "pedagogía del ejemplo" lleva ya en su seno toda una respetable filosofía de los valores".

Para este pensador y maestro de singulares merecimientos, la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, en unánime sentir, ha solicitado del H. Consejo Universitario el otorgamiento del título de doctor Honoris Causa que, como altísima dignidad uni-

versitaria, se confiere con cauteloso discrimen de sapiencia y elevación moral.

No se quiera percibir en este homenaje de cultura y de circunspecto examen de méritos y calidades sabor de partidarismo político que todo lo enturbia. Los hombres que han contribuído con su voto de adhesión al pedagogo y al filósofo, que son todos los componentes de la Facultad, pertenecen a los más variados credos, escuelas y convicciones; pero todos han aquilatado el peso del maestro y catedrático que siempre obró en consonancia con sus sanas prédicas.

El título de doctor Honoris Causa de nuestra universidad por ventura se mantiene como algo excepcional y, por esto, es moneda de buena ley. No se ha desvalorizado como las condecoraciones que se distribuyen sin más ley que la romana del *do ut des* que las convierte en moneda de densa circulación.

Para no caer bajo el anatema de la hora y evadir que se los moteje de comunistas, los catedráticos de esta Facultad pudieron indolentemente dejar inadvertida la presencia del docto centroamericano; pero no habrían cumplido su deber de hombres y no habrían seguido el imperativo categórico de Arévalo que exige del maestro el ejemplo, la independenciam y el valor como cualidades primas. El maestro de escuela y el catedrático han de conservar en toda circunstancia su libertad de criterio y de opinión para defender lo que juzguen bueno. No hay peor cobardía que la de dejar de actuar o expresar un criterio por miedo al qué dirán. Si los cristianos primitivos o los *pioners* de cualquier nueva doctrina se hubiesen dejado amedrentar por los calificativos infamantes no habría progredido el mundo.

Apetecer la libertad política, ambicionar la in-

dependencia económica, anhelar la autodeterminación de los pueblos, defender la paz en la tierra, luchar por la igualdad jurídica de los pueblos chicos con los grandes, exigir respeto a la personalidad de los pequeños puede ser o no marxismo; pero en todo caso se trata de ideales justos y con los cuales pueden compatir individuos de las más extrañas tendencias, a menos que abduquen de su condición de hombres. Alzarse de hombros ante las iniquidades de los poderosos, acorazar los sentidos, encofrar las víseras nobles ante las injusticias por pavor al inri de los tiempos es cobardía del todo incompatible con quien se precie de educador, cuyo primer atributo es la defensa de la verdad por sobre todas las conveniencias.

A través de todas las latitudes los pueblos del mundo han alcanzado su mayor edad y aspiran a gobernarse solos. Los padres inteligentes y psicólogos saben que el adolescente camina fatalmente hacia su emancipación y autogobierno, y, por esto, se apresuran a reconocerlos con oportunidad. Otro tanto tiene que ocurrir con los pueblos grandes que sagazmente han de resignarse a abandonar el papel de tutores y mentores de los chicos. Han de esforzarse por interpretar a cabalidad su persona jurídica y social para respetarlos por igual. La divisa de la Revolución Francesa de libertad, igualdad y fraternidad proclamada entonces para los individuos se extiende ahora a los Estados.

Y si el mundo tiene que entrar en esta nueva era y no retrogradar a una segunda edición de la Edad Media habrá de curarse del daltonismo que todo lo enturbia y proscribir la cremación de las brujas modernas.

Señor Doctor Juan José Arévalo: a vos que habéis defendido con entereza estos principios, la Facultad

génesis de todas las universidades os dice que en vos dignifica al normalista que tuvo orgullo en serlo, al filósofo de pensamiento noble y humano, al hombre— con hache, que diría otro ilustre guatemalteco— que no hizo de sus principios puro ente metafísico sino real entelequia.

Discurso del Dr. Alfredo Pérez Guerrero, Rector de la Universidad Central, al conferir el título de Doctor Honoris Causa al Dr. Juan José Arévalo.

Señores:

La Universidad de Quito honra en este acto al señor doctor Juan José Arévalo, al conferirle el Título de Doctor Honoris Causa. Y, a la vez, ella se enriquece y dignifica, porque incorpora a su hogar y hace partícipe de sus ideales, de sus afanes y de su destino, a un hombre de América que siente en las raíces de su espíritu la cálida savia que se esfuerza en salir a la luz del día, para demostrar al mundo que este Continente nuestro posee la voluntad, el conocimiento y el sentido del porvenir en tan alto grado, que es capaz de crear para los hombres una nueva civilización y una cultura nueva.

Honra a la Universidad de Quito recibir en su recinto a quien en el ejercicio del poder político, no renegó de sus ideas de maestro, sino que, por serlo, por entender profundamente que la política en su expresión más alta es dirección, enseñanza, estímulo, continuó desde la Presidencia de la República de Guatemala, enseñando a sus compatriotas la gran lección de la democracia y de la libertad; continuó, en el decir y en

el hacer, aplicando al tumulto de los problemas de la vida de su pueblo, aquello que había enseñado en libros. Y así, su administración, como nos lo demostró ayer, fue una administración pedagógica. Enseñó a los patrones la verdad negada y desconocida ya, de que los campesinos y obreros son también hombres y no instrumentos: hombres con necesidades, con dolores, con anhelos de una vida de paz, de justicia y de amor. Enseñó a sus enemigos cómo se puede gobernar sin el sable y la metralla, y, cómo la libertad es un valor y un tesoro tan grande, que bien vale la pena, para salvarla, de tolerar la injuria, la calumnia y la incompreensión. Enseñó, en fin, a los pueblos de América que una nación pequeña, débil, sin ejércitos, podía ser capaz de marchar junto a las naciones poderosas de pie y no de rodillas.

Estas lecciones las escuchamos y presenciamos los hombres de esta América, que también somos maestros y que tenemos ideales semejantes. Los ecuatorianos estuvimos y estamos atentos, con inquietud y con angustia, al desarrollo de lo que ocurre o puede ocurrir en Guatemala o en Bolivia. Sabemos que su causa es nuestra causa. Somos también un pueblo pequeño, con un territorio cercenado periódicamente. Cada cierto tiempo esta Patria, Audiencia de Quito, descubridora del Amazonas, en una hazaña sin paralelo en los anales del tiempo, ha ido menguándose por los zarpazos de la usurpación y de la fuerza. Y no hemos salvado de nuestras tragedias y naufragios, sino aquello que para nuestro pueblo es un tesoro máximo que le permite vivir y pervivir después de todas sus heridas: el tesoro de la libertad, el afán de constituir una democracia de hombres que puedan decir su pensamiento y que puedan modelar el porvenir nuestro y, en algo o en mu-

cho, el porvenir de América. Queremos ser un pueblo sin cadenas, sin dictaduras, sin la abyección de someternos incondicionalmente a lo que nos dicten u ordenen otros pueblos, por grandes y por fuertes que sean. Sabemos que la fuerza no vale nada si no está al servicio del espíritu, y que la fuerza sin espíritu ciega y enloquece a los hombres, y no tiene otro camino que el que conduce al caos y al abismo.

Y, por eso, doctor Arévalo, estuvimos y estamos atentos, con inquietud y con angustia, a lo que ocurre en Guatemala. Y tenemos esperanza de que su causa triunfe; de que no se calumnie a ese gran pueblo que está creando, con tanto fervor y pasión, un hogar de paz y de justicia para todos sus hombres. Que no se tache a Guatemala de comunista; que no se emplee este término, para aniquilar y menospreciar a todos aquellos que queremos libertad y justicia y que estamos dispuestos a luchar por ellas, hasta cualquier extremo. Que no se pretenda violar la soberanía de las naciones hispano-americanas, por su debilidad material, por la pequeñez de su territorio, por la cantidad reducida de sus poblaciones.

Por todo esto y por vuestros méritos y virtudes de ciudadano y de hombre, señor doctor Arévalo, la Universidad de Quito os ha conferido el Título de Doctor Honoris Causa. Esta Universidad nació hace varios siglos y en todos los siglos de su vivir ha mantenido en alto las banderas de la Libertad y de la Rebeldía. No la han manchado las vilezas de la humillación y la derrota. Dió su sangre por la libertad política en los albores de la Independencia; y la ha seguido dando siempre que ha habido que defender el Derecho y la Libertad. No ha sido ni podrá ser acallada ni sometida por ninguna fuerza y por ninguna tiranía. En todo



El Dr. Alfredo Pérez Guerrero, Rector de la Universidad, hace entrega del título de Doctor Honoris Causa al Dr. Juan José Arévalo.

momento de dolor de la Patria ha estado presente, porque cree que es ella, en esencia y en verdad, lo más hondo y alto de la Patria. Pertenecéis pues, a una Universidad Libre, una Universidad que ha luchado y luchará por los grandes ideales de América y del Mundo.

Para concluir, quiero recordar, señor doctor Arévalo, vuestras palabras cuando la Universidad de Guatemala os confirió el título de Doctor Honoris Causa, y copiar otras que la Universidad de Quito dijo en ocasión solemne. Espero que os sea grato comprobar cómo nuestra Universidad ha coincidido con la de vuestra Patria, en lo que debe ser su centro, su impulso y su misión.

Vos dijisteis:

“Ha quedado quebrada la doctrina farisea que pretende corromper el alma de la Universidad al exigir que estudiantes y profesores se consagren exclusivamente a sus libros, a sus laboratorios, sin dejarse arrastrar por minúsculas preocupaciones políticas. La Universidad es, ciertamente, una casa de estudios: pero de estudiantes que traen ya a la Universidad el amor patrio; que deben mantener dentro de ella ese amor, cualquiera que sea el ímpetu de su vocación científica, filosófica, artística. Si, por el contrario, la Universidad, y sus claustros, y sus gabinetes y sus bibliotecas sirvieran de pretexto para evadir las responsabilidades ciudadanas, la Universidad obraría como una antipatria, que robaría a la Nación sus mejores talentos, los segaría en el altar de la ciencia, para volverlos insensibles a las angustias colectivas”.

Y la Universidad de Quito, no hace mucho, dijo por mi voz que siempre ha anhelado ser un intérprete de ella:

“Es posible que en otro tiempo la Universidad ha-

ya podido satisfacerse con formar generaciones dotadas de cultura meramente humanística o teológica; pero en la hora actual la misión de la Universidad es otra: tiene que ser solidaria de los hombres; tiene que señalarles su camino en esta noche de tinieblas, tiene que decir su palabra, el verbo creador que levanta las voluntades caídas y enciende los pensamientos desorientados y perdidos. Ha de salir a las calles y a los campos para apreciar la miseria de los campesinos, el abandono de la agricultura, las formas primitivas de nuestra producción, el desierto y el error de nuestra economía, la voracidad y pequeñez de nuestra política, las enfermedades espirituales, físicas y morales que van aniquilando la raza y el alma ecuatoriana. Y, después de conocer esa pobreza, miseria y mezquindad, debe decir su palabra redentora; su palabra de fe que permita a este pueblo nuestro levantarse y seguir las rutas de su destino”.

Palabras de agradecimiento del Dr. Juan José Arévalo

El potencial emotivo que alcanza a soportar una persona ha llegado a un punto extremo ahora que la Universidad me viste con sus galas mayores. Profesor universitario otrora, cuando el ciudadano emigraba en salvaguardia de un tesoro interior puesto en peligro; autor de libros y ensayos académicos otrora, cuando la paz espiritual me daba ese estado de gracia que permite vaciar en prosa las ideas vibrantes; no sabía yo que después de mi caída en la arena política todavía pudiera merecer de egregios claustros, de Profesores eminentes, de jóvenes actuales y actuantes, el agasajo de este pergamino. El alma ecuatoriana, multiplicada y particularizada en la palabra de dos insignes maestros, los doctores Pérez Guerrero y Uzcátegui, se inclina fraternal en el oído del político, compungido bajo la idea del pecado y hace despertar allá en el fondo la recogida vocación intelectual, para decirme su perdón y aconsejarme el dulce retorno a la Biblioteca, a la Cátedra, a la intimidad meditante y creadora.

Porque la consagración de hoy, académica en su contorno, tiene los caracteres de Fiesta Colegial, como cuando se celebra en un compañero la vuelta de via-

je, como cuando se recupera una pieza integrante que parecía perdida. Y prolongado es, el viaje político.

Cuando el intelectual que prestó su colaboración gusta demasiado del fruto seductor que es el poder público, de la brillante vanidad del estrado frente a las multitudes, del deleite sensual y estruendoso de los aplausos y de los coros. Prolongado viaje sin retorno para el intelectual que no estaba seguro de su garra investigadora, y que se queda asido en la seda y el perfume de la concupiscencia subalterna. Pero es viaje con retorno para aquellos que no nos sentíamos ascendidos cuando dábamos al oficio político nuestro curso obligado, cuando el universitario sabía más bien descender unos peldaños mientras ponía en la vida pública el acento estimulante y el rumbo ascendente.

Vuestra resolución, ilustre Rector y gran Decano, cae como simiente fecunda en el campo preparado para bien recibirla. Ayer me habéis oído explicar cómo el universitario se condujo mientras se daban nuevos rumbos a la amada Guatemala: cómo dentro del torbellino de las pasiones subalternas que desata la disputa y el ejercicio del poder público, el profesor de filosofía, el pedagogo, salvó de salpicaduras, preservando con el brazo en alto, como los naufragos un hijo, el legado espiritual sorbido en los diálogos platónicos, en las confesiones de San Agustín, en la Crítica kantiana, en las demoledoras páginas de Nietzsche, en la beatitud de los análisis bergsonianos, en las arengas espirituales de Rodó y en ese Maestro de la dignidad americana que se llamó Juan Montalvo.

Y aquí estoy con vosotros. Vine a buscaros para saber en qué medida me perdonábais. Y la respuesta me la dáis con palabras lustrales, que me salvan de preocupaciones, que limpian de nuevo mi horizonte,



El Dr. Juan José Arévalo agradece su designación de Doctor Honoris Causa de la Universidad Central.

que me inspiran nuevas fuerzas para volver a mis libros, que son los vuestros, que son los universales libros, del aprender y el enseñar. Y a vosotros, maestros, maestros ecuatorianos, voces continentales normadoras, os prometo seguir adelante con mi Montalvo y mi Carrión, recogiendo y dispersando ideas, pero ideas que sirven para mantener a Nuestra América de pie ante su destino, arriba: mucho más arriba de donde estamos ahora.

DARIO GUEVARA

PRESENCIA DEL ECUADOR
EN SUS CANTARES

INTRODUCCION

LA POESIA POPULAR ECUATORIANA

1.—Origen, variedad y propiedad de la copla

Cuando el folklorista colombiano Antonio José Restrepo publicó su **CANCIONERO DE ANTIOQUIA**, el escritor argentino Ernesto Morales le observó que esos “cantares antioqueños” no eran de Antioquia sino en mínima parte, porque casi todos fueron importados de España a la América colonial por la memoria de los rastreadores del vellocino de oro. Y en apoyo de su afirmación transcribió una serie de coplas españolas que, con breves variantes, son del repertorio común de Colombia, Ecuador, Argentina o México.

¿Cuál de los dos estaba en la razón? ¿El que llama “cantares antioqueños” a los que recogió en Antioquia o el que niega esa propiedad colombiana porque las coplas son de origen español?

Es cierto que los cantares de Antioquia, en su mayor porcentaje son originariamente de la Madre Patria de His-

panoamérica, como lo son en igual forma las coplas más populares de Chile, Perú o Ecuador; ¿pero el Cancionero Español no está en el patrimonio que heredamos de la ex-Metrópoli? ¿No es propio lo que se hereda legítimamente?

Claro que lo es. Por consiguiente, los cantares españoles que cantamos en Hispanoamérica desde los albores de la Colonia, nos pertenece a los hispanoamericanos por derecho herencial. Y también porque se aclimataron en nuestro suelo y tomaron posesión de nuestra sensibilidad espiritual. ¿Acaso en ellos no está presente el injerto o cruzamiento lírico, en armonía con el mestizaje que perpetuó el peninsular, en la exuberancia del bronce nativo y la invitación lasciva del ébano esclavo?

Ahora se nos dirá que los "cantares de Antioquia" no son de Antioquia, sino de Hispanoamérica. Eso es cierto y no es. La paradoja se descifra distribuyendo la herencia de la copla hispanoamericana entre las nacionalidades y las regiones geohumanas de cada país, porque en los diferentes sectores socio-geográficos, los cantares toman su clima peculiar y se adecúan a las diferentes parcialidades.

En razón de lo expuesto, las coplas antioqueñas sí son de Antioquia, sin dejar de pertenecer a Hispanoamérica y a la misma España también. Por consiguiente damos por bien nominado al Cancionero de don Antonio José Restrepo, como lo es, asimismo, la antología de CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO por don Juan León Mera.



A modo de paradigmas, traemos aquí algunos casos sobre el origen y variación de la copla hispanoamericana.

Original de España:

Mi mujer y mi caballo
se murieron a un tiempo.
¡Qué mujer ni qué demonios,
mi caballo es lo que siento!

Variación de Argentina:

Mi caballo y mi mujer
se han ido a Salta;
que vuelva mi caballito,
mi mujer no me hace falta.

Original de España:

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero:
pareces campanillita
hecha a manos de un platero.

Variación ecuatoriana Nº 1:

Eres chiquita y bonita
como un grano de cebada:
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de **retobada**.

Variación ecuatoriana Nº 2:

Chiquita y **porondonga**
como un grano de cebada:
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de **retobada**.

Original de España:

La farola del palacio
se está muriendo de risa,

al ver a los estudiantes
con corbata y sin camisa.

Variación quiteña:

Los diablos en el infierno
se están muriendo de risa,
al ver a los colombianos
con casaca y sin camisa.

Esta última variación es rigurosamente histórica. "Con casaca y sin camisa" vieron los quiteños a los granadinos y venezolanos que invadieron su ciudad después de la batalla de Pichincha. Pero la satirilla surtió como una broma y un reproche a los desmanes que esos semidesnudos y desnutrados veteranos cometían en la tierra donde antes oraban las Vírgenes del Sol.

Desde luego, los ejemplos traídos no nos van a llevar a generalizaciones erróneas. No todas las coplas de un país o de una región de Hispanoamérica son aclimataciones o variaciones de las coplas españolas. En cada nación hay un rico emporio de creaciones del género, y eso tenía que ocurrir en pueblos líricos y jóvenes, entregados al crecimiento bio-físico y espiritual de todo orden.

Este aserto se verá en el curso de esta obra, principalmente en la presencia de la historia ecuatoriana. Y de paso nos preguntamos: ¿Es todo quiteña esta cuarteta alusiva a un borracho que repartía agudezas entre los curiosos de su pueblo?

Fabarita se fue al cielo,
y no hallando un **estanquillo**
dijo: "No es esta la gloria",
y se huyó por el portillo.



El pueblo ecuatoriano, al igual que todas las colectividades hispanoamericanas, es hábil, ingenioso y artista para crear y ampliar sus cantares musicalizados. Mas cabe advertir que no todas las coplas fueron o son compuestas por los entes del vulgo. Numerosos ejemplares corresponden a personas de educación literaria que interpretaron fielmente el estro popular y entregaron sus cosechas líricas a la comunidad nacional.

El ambiente de la copla es feraz entre nosotros. Cuando los maestros de escuela de la provincia de Tungurahua hicieron una excursión a la provincia de Imbabura, en 1934, al regreso encontraron que la carretera estaba interrumpida por un torrente ancho de agua. Los autobuses pararon allí, y las mujeres tuvieron que pasar sobre las espaldas de un campesino de por allí. Entonces la copla acudió espontáneamente como el apunte de una crónica:

Del paso del Guailabamba
el trasbordo es lo mejor,
porque pasan las maestras
abrazando a un cargador.

Una de esas maestras era de Latacunga, ciudad que ofrece a todos los transeúntes sus sabrosas "allullas" o galletas de manteca. Y al acercarse a dicha ciudad, los maestros, al son de una música popular, compusieron y cantaron esta cuarteta que recuerda además la venta de "buenos quesos":

Ñuca llacta Latacunga,
tierra de buenos cristianos,

vende allullas y buenos quesos
a costeños y serranos.

2.—Los Cantares del Pueblo Ecuatoriano

Sean de cualquier origen, los cantares del pueblo ecuatoriano constituyen una riqueza incalculable y escasamente recogida. Juan León Mera, el folklorista más acucioso del siglo pasado, compiló una parte de cantares de las provincias de la Sierra en un voluminoso libro antológico titulado **CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO**. Pero de las coplas que llegaron a su empeño, muchas no las publicó porque, como extremado mantenedor de la compostura tradicional, le parecieron contrarias al decoro y la moral corrientes.

Esta circunstancia nos hace pensar que si fuera posible recoger toda la existencia de cantares populares ecuatorianos, llenaríamos grandes volúmenes de utilidad imponderable. Por lo que sabemos, en este tiempo sólo el Profesor Justino Cornejo realiza tan necesaria compilación, principalmente en la Costa que ha sido inexplorada en tal sentido. Los cantares montubios que los publicaba en "El Telégrafo" de Guayaquil, en paralelo con los cantares serranos, son arterias nuevas de poesía popular que nos hacen pedir a gritos de ansiedad la pronta publicación de sus ricos cancioneros inéditos.

Entre los cantares del pueblo ecuatoriano hay una serie que, por puramente emotiva e ideográfica, puede ser común a España y toda Hispanoamérica; pero existe otra de características esencialmente ecuatorianas por la presencia de nuestra historia y nuestra geografía, de nuestras tradiciones y nuestra dialectología, de nuestras peculiaridades físico-naturales y de nuestra idiosincrasia nacional. Esta úl-

tima serie es la que nos guía para plasmar en esta obra la **PRESENCIA DEL ECUADOR EN SUS CANTARES.**

Las coplas y canciones que más patéticamente reflejan la vida nacional del Ecuador son las históricas, porque en ellas palpitan los problemas políticos, sociales y económicos del país.

Nuestro cancionero histórico comienza en el alba de la conquista española, cuando el soldado Saravia envía una cuarteta de contrabando a la mujer del Gobernador de Panamá, diciéndola que Francisco Pizarro había comenzado su empresa de carnicero de indios. Luego el cantar se torna en sátira para zaherir al Tuerto Orellana que dejó pobre a Guayaquil para ir en busca de las Amazonas del río más caudaloso del mundo.

En medio de los calores y fríos de la conquista, los cantares circulan de distintos modos y en distintas formas, al conjuro de arpas y guitarras, bandolas y bandurrias. Y cuando la copla o romancillo no se aviene con la música, se transforma en un epigrama o un epitafio semejante al que se puso junto al cuerpo inmóvil del Virrey Núñez de Vela, decapitado por la insurgencia pizarrista.

Ya en plena colonia, por el filtro de la copla popular pasan los frailes con sus excesos de rijosidad y los feudatarios con sus poses omnipotentes; los indios con su miseria de despojos y los negros con la carga de su esclavitud importada; los nobles con su legajo de pergaminos y privilegios y los cholos con la censura de su sangre; los españoles y los criollos con las pugnas de sus gabelas, y las clases populares con sus achaques plebeyos de humillación y de pobreza.

Es en la época de la emancipación política cuando los cantares anónimos toman las más variadas modalidades preceptivas y celebran un torneo de cintas pasquineras. Por

nuestra parte, los criollos eran los bardos del patriotismo rebelde, y el pueblo se apropiaba de las entregas líricas para el círculo de sus recados secretos que, en pequeña escala, llegaban hasta los esclavos.

Por los coplarios de la vida republicana del Ecuador pasan los partidos políticos, las guerras civiles, el sufrimiento de las tropas, el bandidaje de los soldados, los contrastes sociales, las costumbres distintivas de las regiones, etc. Y es curioso ver que en las transformaciones políticas, el pueblo se inclina más a los revolucionarios, como que está poseído por la ansiedad de renovación o quiere mantenerse en perennes sacudimientos. El mismo Alfaro, no obstante la resistencia del fanatismo clerical, tuvo alabanzas y estímulos de la Musa popular.

La más fecunda procreación lírica del pueblo ecuatoriano corresponde a las más agitadas épocas de su historia. En la garciana, pese a la mordaz vigilancia del Dictador, los cantares jugueteaban como mariposas que se burlan de su perseguidor. En la larga administración de Veintemilla, sobre todo, la copla se multiplicó para castigar a los **tauras** y **cachudos** que avivaron la reivindicación restauradora.

En las administraciones liberales no fueron pocos los cantares satíricos de rojos y azules, o las cuartetos encomiosas de las partes interesadas. También acerca de la invasión peruana de 1941, tenemos un conjunto valioso de cantares glosados por nuestras tropas fronterizas bajo las tiendas de campaña, cuando el enemigo las acechaba con su astucia y su mayor potencia material. Son himnos del patriotismo popular que no han de morir nunca mientras la justicia no le restituya a la nación el derecho y el honor.

El cancionero histórico ecuatoriano anda disperso en los coplarios de Mera y Cornejo, en los tratados de Historia, en las monografías seccionales, en las escasas compilaciones fol-

klóricas, en las novelas y cuentos costumbristas, en las biografías patrias, en los ensayos glotológicos, en los periódicos de empolvados archivos, etc. Pues hasta en los discursos de los legisladores de otros tiempos encontramos la cuarteta alusiva que puso animación sentenciosa en las sesiones. Es que la palabra artística y sabia del pueblo asiste con oportunidad a todas las lides del pensamiento.

3.—Sentido e importancia de nuestra poesía popular

Las principales fases de la vida nacional hállanse en el cancionero popular. En él, los lamentos de los desterrados que desgarran la entraña sensitiva por la patria y la familia; los que se burlaron de la justicia o la administraron en proporción a los bolsillos de los acusados; la tragedia del indio y la explotación del hombre por el hombre; los celos y galanterías, los desdenes y florilegios de amor; las comedias nupciales, las loas genéticas, las elegías frescas, las sátiras y epigramas, los ovillejos y redondillas. En él, la copia de las costumbres, y la indumentaria polícroma, y la vajilla casera, y la danza, y la música, en ritmos de perennidad. En él, la moral llena de máximas salomónicas y refranes sanchopancescos; la naturaleza ecuatoriana con sus regiones naturales y sus regionalismos, su fauna y su flora, sus creencias y supersticiones, su fe religiosa y su credo político.

Todo, todo el hervor espiritual del pueblo ecuatoriano está en ese emporio de cantares que es vibración de sangre, tañer de bronces nativos, aleteo de hojas del árbol patrio, ofluvios tiernos del alma y palpitar del cosmos interior de la nación.

Críticos y poetas de factura **snobista** han pretendido negar la existencia de la poesía popular, arguyendo que los cantares comunes son sólo una expresión de la experiencia

o de los fingimientos de la vida vulgar. Quienes así juzgan, creen que la poesía es un atributo medio divino, privilegio de ungidos, porque el zumo de las musas es algo mágico e inexplicable que se alberga en lo más hondo de los liridas auténticos.

Para tales jueces es falso que todos tenemos algo de poeta, y es falso también que todo niño sea un poeta, por más que cante como los pájaros en los jardines del sueño. Negado esto, el pueblo deja de ser una infancia madura que lleva en las axilas la ansiedad del vuelo por las regiones del Parnaso.

Però si es cierto que el poeta es el mejor intérprete del poeta y su poesía, veamos lo que dice Juan León Mera en torno a la poesía popular. Como autorizado crítico de su *Antología Popular*, expresa:

“El pueblo es poeta; pero si le preguntáis individualmente por los ingenios que pulsan su lira, no os podrá con-
testar. Os enseñará sus coplas y cantares, mas nunca sus
poetas, porque no los conoce. Las flores del Parnaso popu-
lar, modestas y, con frecuencia, olorosas como la violeta,
brotan sin que nadie pueda conocer la mata que las ha pro-
ducido.

“Sin embargo, esto no debe entenderse de una manera absoluta, pues el pueblo halla a veces en los poetas cultos armonías que le son simpáticas y sentimientos que corresponden a los de su corazón, y al punteado de rústica guitarra se le oye cantar estrofas que han sonado acompañadas de lirras de marfil...

“El pueblo ecuatoriano todo lo canta: el suceso de la mañana suena en sus versos por la noche al tañido del arpa o la guitarra; ni hay valiente capitán ni aún criminal de nota que no venga a parar en héroe de nuestros fáciles trovistas de poncho y alpargata. Con frecuencia aciertan éstos a ex-

presar su amor o su pena con encantadora sencillez, o son terribles en cantar sus odios y desdenes: puede decirse que les es familiar el epigrama.

“El retrato moral del pueblo está en sus coplas; retrato a veces hecho de mano maestra, como dicen hizo Rembrandt el suyo propio. Es necesario no menospreciar la musa popular, y se debe recoger y conservar sus frutos escogiéndolos, por supuesto, porque de seguro son útiles por muchos conceptos; y en todo caso se honra al pueblo, que no a causa de su falta de ilustración y de sus maneras incultas deja de formar parte de la familia humana. Especialmente en el sistema republicano el pensamiento y el corazón del pueblo, sus derechos y deberes, sus costumbres y aspiraciones, son partes muy principales de la urdimbre de la vida civil y política; ¿por qué sus afectos y recuerdos, sus dolores y esperanzas expresados sencillamente en serventesios y seguidillas, no han de entrar en la vida literaria? Las florecillas del campo no dejan de ser flores, porque se llaman así las cultivadas con esmero en los jardines; el débil junquillo que crece junto al arroyo, no deja de pertenecer a las gramineas, porque en las márgenes del Amazonas crece la gigante *guadúa*, reina de esa familia vegetal. ¡Y cuántas veces algunos junquillos se han transformado en aquellas monstruosas cañas! Infinidad de grandes poetas ha tenido el mundo nacidos en humilde cuna, y que a no haberse educado felizmente por el arte habrían sido sólo pobres copleros. En el pueblo hay buenos ingenios que se malogran por falta de cultivo. La naturaleza los obliga a manifestarse, y de ahí vienen los torrentes de versos populares que ruedan por nuestras calles y pasan como el agua de las tempestades desbordadas, turbias y dando monótono sonido. A veces no son torrentes, sino arroyos de blando murmurio. A veces no son ni arroyos, son gotas cristalinas que caen para ser absorbidas

por el polvo. Recibamos el agua de esos arroyos para gustar de ella; enseñemos la palma de la mano para que esas bellas gotas no caigan en el polvo.

“Depositemos los versos populares en las páginas de nuestros libros”.



Poeta universal y poeta anónimo es el pueblo. En todas partes y en todos los tiempos cantó espontáneamente y amasó su cultura, al son de rústicos instrumentos, entre risas y lágrimas, alborozos y danzas, bajo una choza o al aire libre, bajo las alas del viento. Cantó y en esos cantos maduró el numen de sus cantares, para vitalizar la historia de su humanidad; pero no mediante el archivo empolvado y la letra pasiva, sino con el sentido de sus introspecciones, el impulso de sus sentimientos y el calor de sus juiciosas ideas.

En los cantares del pueblo ecuatoriano, juntamente con el alma nacional, están la efluencia de la raza cósmica, el recado de la geografía de América y el mensaje liviano de la epopeya hispanoamericana. En ellos, la herencia española pone la gracia del moro, la agudeza de Salomón y la virtualidad artística de la progenitora. Empero, al influjo del nuevo clima y los alumbramientos sucesivos desde que comenzamos nuestra historia literaria, ellos presentan al Ecuador en el marco de sus reales potencias.

Por medio de este joyel poético promisor, podemos llegar a todas las aulas nacionales con las más amenas y variadas entregas de ecuatorianidad, para proyectarnos luego en el corazón de la Gran República bolivariana que agiliza su regreso y después diluirmos en las fraternidades circulares de Hispanoamérica, Panamérica y el Mundo Pancontinental.

La PRESENCIA DEL ECUADOR EN SUS CANTARES

aspira a eso. Perdón por la utopía o inmodestia que se quiera dar a la explosión de anhelos! Sin embargo cabe explicarse que la musa del pueblo será la que actúe en tan codiciado portento! ¡Salud bardo sin nombre ni campanillas! ¡Que la Patria Ecuatoriana no te olvide por todos los siglos de su existencia! ¡Salud!

PRESENCIA DE LA HISTORIA

I

RECADOS DE LA CONQUISTA

1.—La copia del ovillo

Antes de la conquista española, el indio ecuatoriano debió cantar la nostalgia que se retorció en el refugio mitimae; la loa del amor en la loa de la siembra y la esperanza; la queja sentimental asilada en la hondura del corazón por la mujer ausente o en caminos inaccesibles; el milagro cristalizado en la promesa de la cosecha y la hermosura del paisaje; la explosión emotiva de las fiestas al influjo del aire y del sol, de la música y el licor. Y también la omnipotencia de sus dioses y el poderío de sus reyes; los triunfos y las derrotas en la resistencia a las conquistas del Inca. En fin, debió cantar como todos los hijos de un pueblo en el ámbito del mundo y en la curva del tiempo, al son de las armonías espontáneas y los vuelos de las notas en la voz.

Però poco o nada nos ha dejado la furia de la conquista castellana y la ausencia del alfabeto, del alfabeto que perenniza las bellas letras. Y fuera de lo que nos legaron algunos cronistas de Indias o unos pocos indios letrados por la feliz

casualidad, la poesía aborigen es una primicia ausente y siempre ausente por los siglos que vienen y los siglos que van.

Los primeros hilos de una nueva lírica popular llegan a las costas ecuatorianas en la barca de los cazadores del Vellocino de Oro. En sus aguas pacíficas, al calor de los recuerdos y las penalidades, los conquistadores del Tahuantinsuyo parten la hostia del destino entre la copla que mensajea el dulce sabor de la Patria y el instrumento musical que sabe de sus heroísmos y amarguras.

Pizarro, ese Francisco Pizarro que calzó la espuela dorada y cambió su obscuridad genésica por un baúl de pergaminos nobiliarios, siguió la raya del Descubridor, y en Panamá partió la hostia de la piedad ritual con Fray Hernando de Luque y Diego de Almagro, y después se lanzó como una bala de arcabuz a la conquista del imperio incásico que los nativos llamaban el "Birú". Y entre idas y venidas, en juego forzado de ardilla del mar, llegó a Atacames, en donde se olvidó de la hostia tripartita y partió injurias con Almagro. Y allí se hubiera roto el cántaro de la lechera o doña Truhana, si a tiempo no acude el buen juicio de los demás, y don Diego se decide por el retorno en caza de alimentos y otras provisiones de boca y valentía.

Dejando a don Francisco en Tierra Firme y en un escenario tejido de flechas aguzadas, Almagro volvió a Panamá. Pero el soldadito Saravía que integró la compañía de la esopera, despachóle un encarguito para la esposa del señor Gobernador: un ovillo de hilo de algodón que parecía el puño de una mano y que, con ser tan blanco, había sido hilado por los dedos ágiles de bronceínas doncellas.

Aquel ovillojo parecía una jaula de rejas cruzadas porque escondía un pájaro cantor y delator de las locuras de esos quijotes de la cruz y del oro. Era el pájaro protocronista de una copla que ha llegado a la perennidad vitalicia:

Pues, señor Gobernador,
mírelo bien por entero:
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.

¿Fué, acaso, la profecía de lo que iba a suceder? Que respondan Cajamarca y sus millares de indios asesinados con la absolución de Fray Vicente Valverde. Que lo diga la historia!...

2.—La queja del aravico

Armado de hombres, armas y vituallas, volvió "el recogedor" y se juntó al jefe de la "carnicería". En marcha de triunfo y de barbarie llegaron a Cajamarca. Tendieron una emboscada de terror y de sangre, hasta tenerle en cadenas al último Hijo del Sol. Al fin, en ceremonia tragicómica, administráronle el primer sacramento de la cruz, y, apadrinado por Francisco, con el nombre de Francisco, enviáronle al cielo de los cristianos, al son de responsos valverdinios y en medio de un luto riguroso.

Después ningún español lloró por el Inca; antes bien, la fiesta se hizo entre los cristianos, al repartirse el Vellochino de Oro, en proporción a la categoría y los méritos de **tan esforzados vencedores**. Atahualpa quebró su sol en la mitad del día, y en su memoria sólo un **aravico** de Tumbaco entonó la elegía del corazón en versos amargados que se conocen con el título de **Atahualpa Huañui** o la Muerte de Atahualpa. Hélo aquí, en una parte desgarradora que recuerda la tragedia:

Como nieblas ví los blancos.
en muchedumbre llegar.

y oro y más oro queriendo
se aumentaban más y más.

Al venerado Padre Inca,
con una astucia falaz
cogiéronle, y ya rendido
le dieron muerte fatal.

Al mirar los sacerdotes
tan espantosa maldad,
con los hombres que aún vivían
se enterraron de pesar.

¡Ay! no muero recordando
tan funesta adversidad!
¡Y vivo, cuando desgarras
mi corazón el pesar!

3.—El tuerto y el descabezado

De la célula conquistadora desprendióse Sebastián de Benalcázar, como otro proyectil de arcabuz, para perseguir al ínclito Rumiñahui y fundar San Francisco de Quito sobre las faldas del monte que, tres siglos después, verá romperse las cadenas del tutelaje opresor. Pero desde estas alturas níveas en donde quedaban las huellas o las ruinas de los templos del Sol y de la Luna, era preciso bajar al País de la Canela y ver hacia dónde se iban esos ríos dorados de los Andes. En efecto, Gonzalo Pizarro puso su índice en el rey de la amanecida y en esa dirección se fue, llevando consigo un cincuenta por ciento de previsión y al Tuerto Orellana, fundador de Guayaquil.

Para seguir al hermano de don Francisco, su tocayo, Orellana tuvo que dejar la Perla de Balboa, no sin arrancar-

la sus mejores recursos, pese a la oposición de sus paisanos. Mas al día siguiente de su partida, un letrado amaneció pegado en la puerta de la casa del Cabildo (Dic. de 1540):

Ya se fue el Tuerto,
a Guayaquil dejando
cuasi desierto.

El Tuerto vió su futura gloria con la retina de su ojo intuitivo, y con un solo ojo descubrió el Río de las Amazonas o Soberano de los ríos del mundo. Mas en tanto él se abrazaba con las penalidades y la gloria, Gonzalo Pizarro volvía a Quito desposado con la fatalidad. Y lo que es peor, arriba al seno de la discordia para luchar en Iñaquito con la lealtad regia del Virrey Núñez de Vela. Y lo venció con el coraje de su hermano muerto. Y sus soldados, en nombre de una aurora autonomista que sonreía en la lejanía del futuro, le cortaron la testa al Visorrey, para celebrar las exequias con vuelos de campanas y responsos cantados, lo mismo que ante el cadáver de Atahualpa.

La lealtad española no faltó entonces, como no faltó después, hasta en los días de la insurgencia libertadora. Y fué uno de los oscuros soldados de la hueste monárquica, un tal Gonzalo de Pereira, quien puso este epitafio elocuente sobre la tumba de su ilustre muerto:

Aquí yace sepultado
el ínclito Visorrey,
que murió descabezado
como bueno y esforzado,
por la justicia del Rey,
y su fama volará;
aunque murió su persona,
su virtud sonará

y, por eso se le dará
de lealtad la corona.

Los acontecimientos inmediatos siguieron atizando la discordia como una vela de sebo. Luego llegó La Gasca, y en nombre del Dios de los cristianos y del Rey, pagó la cabeza de Núñez de Vela con la del rebelde Gonzalo Pizarro. La ley del talión se cumplió a corto plazo, como una sentencia prescrita sobre el tablado de una tragedia teatral...

II

RECADOS DE LA COLONIA

I.—Dos contra cinco

Cuando la paz se hizo entre los conquistadores de nuestras tierras, el ex-Reino de Quito entró en un período de estructuración colonial, gobernándose primero como Tenencia de la vastísima Gobernación de los Pizarros y luego como Real Audiencia erigida por Cédula Real de Felipe II, en 1563.

El Licenciado don Hernando de Santillán fué el primer Presidente de la Audiencia. Tomó asiento en el Poder bien asido de un manojo de Leyes de Indias, y no bien supo que españoles y criollos festinaban el sudor de los nativos, procedió como debía proceder una flamante autoridad llamada a ejercer justicia, ante el quejido de los unos y la protesta abusiva de los otros. Oyó el clamor de los oprimidos y frenó la explotación de los opresores, sin aflojarse el cinturón

que el Rey de las Españas se lo dió juntamente con el nombramiento.

Lo mismo hizo su sucesor, don Manuel Barros de San Millán, porque sus cuatro Oidores se parecían al cinturón del Rey. Mas hallándose en ese ambiente caldeado de inconformidad española y criolla, llegó la Cédula Real de las Alcabalas que, entregada al público por bando, transformó la ciudad de Quito en un griterío de resistencia e indignación, por más que se decía que el impuesto no era para la Corona, sino para rechazar a los piratas que sembraban el pánico en las costas americanas.

Los ricos y pudientes pusieron su protesta en la voz de las campanas locas, y movieron al Cabildo con la zalamería de un alfeñique democrático, y tras él se fue el pueblo también que nunca estuvo conforme con los gravámenes sobre la escasez de su pan amargo. Así, pues, el segundo Presidente y sus cuatro Oidores, de un rato a otro, se vieron sobre ascuas. Y ese fuego sólo podían apagar las armas que pidieron al Virrey del Perú.

Antes que la represalia llegue de afuera, una mañana asomaron en cartelones dos estrofas que apuntaban su rencoroso lirismo contra los cinco mandones. Ese era un parto del que se apropió la antigualla popular:

Cabildo fuerte de Quito,
que os habéis tan bien mostrado
por aqueste pueblo aflito,
mira bien que os trae engañando
aqueste eunuco maldito.

Si el segundo mandón es malo,
dejadlos que en su rincón
están los que el corazón
le sacarán por un lado
a los cuatro como son.

2.—Un sermón del Reverendo Calisto

La enemistad entre gobernantes y gobernados continuó principalmente en la cabecera de la Audiencia. Y contra aquéllos, las coplitas no dejaron de madrugar o de mecerse en la música de las fiestas de casa adentro. Sobre todo contra el Presidente Pizarro se decía muchas verdades en verso, como aquello de las prebendas que puso en la falda señorial de su mujer y en los brazos manisuelos de sus hijos. ¡Ah!, desde entonces “la sal quiteña” entró en todo su vigor, para una notoriedad tradicional.

El señor Pizaro fué llamado a integrar el Supremo Consejo de Indias. Pero él no quiso ausentarse de este real asiento antes de cancelar una deuda a la Virgen de Guápulo. Se trataba de una misa ofrecida a la imagen cuando el regreso a la Metrópoli aún se escondía entre los pliegues de la Presidencia.

La ceremonia se llevó a cabo con la pompa que competía a tan alto devoto. Y el sermón corrió a cargo de Fray Antonio José Calisto, reputado como gran orador del convento franciscano de Quito. Mas como en predicación pagada había que ponderar la virtud cristiana de su pagador, Fray Calisto dijo que el Presidente cesante era un apóstol y un extraordinario protector de la Iglesia Católica que se extendió por el Nuevo Mundo en gracia de una especial concesión de Dios.

El pueblo de Quito, psicólogo por intuición y dueño de un gran salero de ironía, pronto sacó a luz una bien encajada redondilla:

El Reverendo Calisto
un gran sermón predicó:
mucho habló del mal ladrón,
y nada dijo de Cristo.

3.—Lírica proletaria

Las Leyes de Indias, animadas por el sermonario del Padre Las Casas, nada pudieron contra la explotación y el aniquilamiento de los pobres indígenas. Solamente la clase popular que estaba muy cerca a él, aunque con sus desdenes también, comprendió la significación de esa tragedia que se tradujo en una copla:

Triste suerte la del indio:
come mal y mal se viste,
trabaja como un borrico
y hasta cuando baila es triste.

Pero ayudándole a llevar la pesada carga, como un Cirineo de la cruz, y en la más humillante condición humana, estuvo el negro esclavo. Y para este otro paria de tan negro destino, tampoco faltó la sensibilidad del lirida:

Pobre negrito, qué triste está:
trabaja mucho, no gana ná,
ni pa la chicha ni la empaná.

El español, sin más pasaporte que su procedencia terrígena, constituía la clase social más preponderante de la colonia. Y el que nació acá, al influjo de la mezcla de sangres y bajo el rigor de la pobreza, **cholo** a diestra y siniestra se llamaba. Y tanto se generalizó este término, en sentido denigrante, que el Virrey Amat le bautizó de Perrichola (perrachola) a su célebre amante, Miquita Villegas.

No obstante la acepción de pequeñez o poquedad que llegó a tener ese vocablo, no pocos cholos se sumaron en las filas de los criollos de pura descendencia española. El oro obraba ese milagro, sabido que el oro daba por entonces san-

gre azul y títulos nobiliarios. Pero era evidente, a la luz del vellocino rubio, que donde sonaba el metal precioso no había sangre noble que se resistiera a su fusión con la chola o la mestiza de ultramar. Mas ¿quién sudaba para que ese prodigio rompa el cristal de las castas encopetadas? Una cuarteta romanceada sabrá decirnos:

En este tiempo, los nobles
venden su cuna y su mano,
sin reparar que los pagan
con dinero de un esclavo.

En buenas cuentas, nobles de la colonia eran los españoles enriquecidos en América y los criollos y cholos que se hicieron ricos por igual, a merced del brazo que sudaba bronce y ébano. Recordando un caso, Baltazar Carriedo Arce (alias **Mazorra**), trocó su pobreza peninsular por una fortuna fabulosa, según se dice, casándose con una rica de la jurisdicción de Quito. Y el Mazorra fué dueño absoluto de casi todas las vegas del Patate y del Pastaza superior. Y aludiendo al Mazorra, un poeta de la provincia del Tungurahua echó a rodar esta coplita:

¡Qué bonito es el Patate
bien mirado desde aquí:
por sus aguas corre el oro
del dueño de Puñapí.

Si el Mazorra era dueño y señor de las vegas de Patate, la mejor parte de la provincia de Tungurahua, los Dávalos lo eran de Riobamba y gran parte de lo que hoy se llama provincia de Chimborazo. Ellos, como pocos, conocían el secreto de convertir el oro en panes para aventarlos en la opulencia y el derroche.

Los Dávalos de Riobamba
y el Mazorra de Patate,
sólo ellos como cebada
avientan el oro en panes.

4.—Lupa pelucona

La división antagónica de clases y castas sociales era tremenda en la colonia. Había una clase de blancos de primera que ostentaban títulos nobiliarios y otra de blancos de segunda que carecían de escudos y pergaminos; una de blancos nacidos en España y otra de blancos nacidos en América; una de ricos y otra de pobres; una de mestizos asimilados a los criollos, que descendían de españoles e indias de la nobleza autóctona, y otra de mestizos corrientes que aspiraban la riqueza o la sotana para alzarse a “mejor sociedad”. Y tras ellas iban en escala descendente, los mulatos, los cholos, los zambos, los indios y los negros, dejando entre sus pliegues una variedad confusa e indefinida de tipos y de sangres.

Las llamadas castas “superiores” humillaban a la plebe y a las demás clases desposeídas, imponiendo sus caprichos de autoestimación diferencial. Así, por ejemplo, los indios y negros, cholos y zambos, no podían vestirse al estilo de los mestizos, ni éstos —si eran del pueblo—, al estilo de los nobles, porque para tal “delito” hasta las puertas de los presidios se les abrían, amén de multas, azotes y ridiculizaciones vergonzosas. Y ¡ay del cholo que use guantes o quitasol! Y ¡ay del “blanco” sin “limpieza de sangre” que lleve peluca o un paje de cola! Hasta el paso en las aceras y en las veredas debía ser cedido con rigurosa jerarquía, y cuando este “derecho” era disputado, había que resolverlo con la espada o los dicámenes de los tribunales. Para nosotros que lo atestigüé ese viejo célebre de las “Tradiciones Peruanas”.

A pesar de todo, las limitaciones y prohibiciones de la tradición linajuda llegaba a perder sus linderos al influjo poderoso de don dinero. De esta verdad imperiosa, nos dice a las claras una canción de la época, recogida por el Cronista Vitalicio de la Ciudad de Guayaquil (Dr. Modesto Chávez Franco). Ella es la mensajera de cómo la teoría pelucona se filtraba en la sangre del prójimo para glosar el ridículo:

Tan grande es mi carcajada
que la risa me desnucan,
si un indio veo con peluca
y un negro ciñendo espada;
o es una zamba **tapada**
o es un cuarterón con gola,
o un **torna-atrás** con birola,
mulata con tiesa enaguas
o **morisco** con paraguas
y **cambujo** con estola.
Saber letras y latines
pase que un mestizo pueda;
portar greguescos de seda
y jubón y calcetines;
pero la **china** a maitines
no lleve su propia alfombra
porque el castizo se asombra
si junto a su tapete
un villano alza el copete
y le hace su gola sombra.

5.—La Musa de Mejía

Las letras ecuatorianas de la última década del siglo XVIII y la primera del XIX, fueron neoclásicas, con un asomo de romanticismo político. Entonces el Arte Poética de

Horacio, detallado por Boileau, se hizo presente con los preceptos más rigurosos. Por esa causa era tarea difícil hacer versos o salir a la luz en brazos de las musas.

Pero "quien no arriesga no pasa el mar", y José Mejía Lequerica era de los más esforzados luchadores contra la barrera de prejuicios de su tiempo. Pues si él tenía genio para las ciencias y la elocuencia, ¿por qué no podía dialogar con el Padre de las musas?

Don José Mejía compuso versos, y cierta vez los entregó al juicio de un amigo, el satírico don Juan Larrea, quien emitió su veredicto epigramáticamente:

Para escuchar tus versos, ¡oh Mejía!
los dioses del Olimpo se reunieron;
a la primera estrofa bostezaron
y a la segunda estrofa se durmieron.

III

RECADOS DEL TIEMPO HEROICO

1.—Coplas precursoras

En los primeros albores de nuestra emancipación política, la copla popular descarga los evangelios de la insurgencia sobre los "chapetones" de la comunidad del Rey. Muchos de esos recados líricos se atribuyen al Precursor de nuestra Independencia, al doctor Eugenio de Santa Cruz y Espejo, a quien se da la paternidad de esta proclama subversiva que una mañana y otra y otra, asomó en el tablero de

las casas coloniales de Quito y de otras ciudades de la Audiencia:

A morir o vencer sin Rey,
prevengámonos, valeroso vecindario.
Libertad queremos,
y no tantos pechos y opresiones.

Y no era solamente la pared de la casa solariega la que se ofrecía para tan atrevido recado. La estrofa iba de mano en mano, como de un escondite a otro, a merced de las copias sigilosas. Lo mismo ocurrió con este otro mensaje:

Desde Lima ha llegado
esta receta fiel:
a vencer o morir
conforme nuestra ley.

Igualmente atribuída a Espejo es esta otra cuarteta que la aurora de un día de marzo de 1795, asomó en las paredes del vecindario de Cuenca:

Indios, negros, blancos y mulatos!
ya, ya, ya no se puede sufrir:
como valerosos vecinos
juntos a morir o vivir.

Así llegaron tantas pepitas líricas al Parnaso precursor de nuestra emancipación política. La Luz de América que aún no se prendía a las faldas del Pichincha, disparaba sus luciérnagas que, al andar de los tiempos, debían ser luceros de la epopeya continental.



Cuando los pasquincillos parnasianos no eran despegados de las paredes o rasados de los blanqueados por las manos de los esbirros de la autoridad monárquica, al pie de las estrofas se colgaban estribos de contra y pro, a la manera que aquí la subrayamos:

Desde Lima ha llegado
esta receta fiel:
a morir o vencer
conforme a nuestra ley.
Menos los pechos del Rey.

Indios, negros, blancos y mulatos!
ya, ya, ya no se puede sufrir:
como valerosos vecinos
juntos a morir o vivir.
¡Unánimes hemos de ser!

El papel constituía el instrumento principal de estos recados que, en sustancia, sacudían los impulsos secretos de la liberación. Mas como los agentes de la Audiencia no cesaron de rasgar tales propagandas, el anónimo de la reprensión amenazante no se dejó esperar:

El que rompiere
su vida perder quiere.

2.—La mandolina de Manuelita

Los cantares subversivos de la emancipación política sudamericana anduvieron de brazo con las traducciones de los derechos del hombre y las doctrinas filosóficas de los enciclopedistas. En consecuencia, mientras en las tribunas se hablaba, en voz baja, de la justicia que asistía a los ameri-

canos para ser libres por derecho natural, en las fiestas familiares de los criollos y del pueblo, se oía algún cantar autonomista, afilado como una cuchilla de barbero.

Refiriéndose al actual Ecuador, Concha Peña Pástor nos recuerda un episodio de Manuelita Sáenz, la que más tarde llegó a ser la amante y libertadora del Libertador. Cuenta que la chiquilla inquieta, habida fuera del matrimonio, fué recogida por su padre y llevada al valle de Los Chillos, para que viva en unión de su madrastra y de sus hermanas paternas que le echaban en cara su quiteñidad. La pobre niña, ya entrada en los complejos de la pubertad, soportaba con indignación las humillaciones linajudas de esa gente sin consecuencia a su propia sangre...

Don Simón Sáenz, padre de Manuelita, fué Colector de Rentas Reales de la Audiencia y, por añadidura, español y realista hasta los huesos. Su esposa tenía igual origen y era su propia imagen en eso de izar la españolidad realista en la punta de su lengua. De las hijas de ambos, no se diga nada. Por algo dirá el refrán: "De tal palo, tal astilla".

Cuando sus hermanas y su madrastra se recogían a la ciudad para los cumplidos sociales y la ostentación de sus riquezas en sedas y miriñaques, Manuelita se vengaba de esa parentela, cantando una coplita que le enseñaron sus esclavos para las notas de su mandolina:

Viva nuestro pueblo,
viva la Igualdad,
la Ley, la Justicia
y la Libertad...

3.—Toros por el Rey preso y el Rey coronado

En 1808 cayó Napoleón sobre España como una bomba sobre el castillo de 300 años de esplendor. El astuto Empera-

dor francés, antes de ver en tierra los torrentes de sangre de la herencia del Cid y de Pelayo, interpuso su influjo imperialista para la abdicación de Carlos IV y la coronación de su hijo Fernando VII. Después, en juego de su misma astucia, el corso guardó en prisión a las dos realezas españolas. Pero en las colonias de América había que celebrar el advenimiento de Fernando. Y la fiesta de toros era lo más corriente.

En Quito hubo toros por la gloria del nuevo Soberano. Pero ¡qué gloria! ¡Si el pobre estuvo en prisión, en compañía de su padre destronado! ¡No obstante hubo toros! No se podía perder la oportunidad tan acariciada por la tradición.

En Quito hubo fiesta de toros, sin hacer caso esta no injusta censura:

¡Oh, Quito! sin atención
a los sagrados decoros,
que te diviertes con toros
estando el Rey en prisión!
Ignominia y confusión
del americano suelo,
cuando todos con desvelo
claman la piedad de Dios,
en letargo sólo vos
no haces memoria del Cielo.

Este reproche es, sin duda, de parte realista. Porque para el quiteño y* el americano en general, lo esencial era festejar más que el ascenso del Príncipe de Asturias, el descenso de Carlos IV, juguete de Godoy, públicamente denunciado como amante de la Reina María Luisa. Además aquello de la prisión, ya poco tenía que ver frente a los anhelos de independencia que se maduraban por acá. Pero al

autor de aquella décima había que contestarle con otras de cepa criolla:

¡Oh ignorante Don Quijote,
o a lo menos su heredero,
¿quién te mete, majadero,
a desplegar tu bigote,
y cuál pérfido Izcariote
detraes el mismo bien,
dando a entender que eres quien
pones la cartilla en manos
de los sabios cortesanos,
en vez de decir amén?

Das en rostro con los toros
por ser puro material,
y juzgando a lo animal,
ni sabes qué son decoros;
y contra fueros y foros
darnos pretendes la ley,
quitando homenaje al Rey
a quien fieles celebramos
de Quito los ciudadanos,
que componemos la grey.

Mas tú, como ya expelido
de ella, muy necio murmuras,
y vanamente te apuras,
como hipócrita atrevido,
a expresar que hemos vivido
nosotros sólo en letargo,
sin que hayas visto el amargo
de los fieles corazones;

que en continuas oraciones
derramamos, sin embargo.

No sabes que aunque en la plaza
se ostenta del Rey la jura,
luego el Quiteño procura
pasar a la Santa Casa
de Dios, donde se asegura
en coloquios amorosos,
y con llantos fervorosos
la Real familia encomienda,
sin que Sancho Panza entienda
aquestos actos piadosos.

Pero si cual fariseo
acusáis con impiedad,
mirad, manchego, mirad
que ofendéis al alto empleo;
pues con la crítica veo
insultáis al Magistrado,
y al Señor comisionado
que los toros aceptó,
y aún el mejor día dió,
viniendo en pro del Estado.

Fuera de todo lo que se puede suponer sobre la intención de estas décimas quiteñas, lo evidente es que la fidelidad a la Corona española era puramente formalista y de táctica política para los partidarios de la independencia. La verdad de este aserto llegará sin espera, al hilo de esta misma guerra de versos.

4.—¡Abajo, malditos godos! ¡Viva la Junta!

La prisión de Fernando VII escudó el grito emancipador del 10 de agosto de 1809. Al principio fué necesario entregar a los vientos, la paradójal proclama: ¡Viva el Rey de las Españas! ¡Abajo el feroz Bonaparte! ¡Abajo los **godos** tiranos! ¡Afuera los chapetones! Todo medido y calculado, para justificar la presencia de la Junta Soberana del Gobierno de Quito. Sin embargo, un asomo de la intención ya se pintaba desde los albores, por lo que testimonian estos versos:

Por fin se va vislumbrando
alguna luz en el cielo,
y aunque vuelva el Rey de España,
habrá dicha en este suelo.

Ese feroz Bonaparte
que tiene al Rey en prisiones,
de España ha de ser echado
por los bravos chapetones;

pero estos godos tiranos,
tan déspotas e insolentes,
que vienen por acá hambreados
en todo a clavar los dientes,

en Quito ni en otras partes
no han de ser más aguantados,
y han de ser sustituidos
por los patriotas honrados.

La prueba es que ya tenemos
una Junta respetable,
de gente ilustre y de luces,
y para todos amable:

esa gran Junta, que sabia
todo en razón lo ha de hacer,
no como el Gobierno torpe
que cayó por siempre ayer.

El "Gobierno torpe que cayó" no es el de Fernando, sujeto en parte por la garra napoleónica, sino el de Ruiz de Castilla depuesto o desconocido por la Junta Soberana de Quito. Empero, estas otras estrofas concretan más la causa cólgándose del entusiasmo:

¡Abajo, malditos godos!
¡Viva la Junta!
Libertad queremos todos,
independientes vivir;
con ellos de todos modos
este vivir es morir.

Queremos derechos propios
¡Viva la Junta!
Que nos manden no queremos
autoridades de afuera;
ya no las toleraremos,
y el que contradiga, muera.

Quito es ya libre desde hoy.
¡Viva la Junta!
Ya en toda la Presidencia
reinará la Libertad.
La Divina Providencia
nos dará la potestad.

O somos libres, o no.
¡Viva la Junta!

Si libres no hemos de ser,
más vale como los incas
sepultados perecer,
y no de España ser fincas.

5.—¡Abajo el Pueblo Soberano! ¡Abajo los rebeldes!

Ayer escondieron la mano los insurgentes, después de estampar sus desahogos revolucionarios en el cartelón del público. Ahora, ya los tiempos han cambiado, y son los realistas quienes tienen que devolver los golpes, ocultándose entre las sombras del anonimato. Y así, al amparo de la capa de Pasquino, la Junta Suprema y el Pueblo Soberano fueron acometidos por una serie de décimas, dos de las cuales copiamos de Juan León Mera que nos viene surtiendo de este material precioso de antiguallas del tiempo heroico. Hélas aquí:

¿Qué es la Junta? Un nombre vano
que ha inventado la pasión,
por ocultar la traición
y perseguir al cristiano.
¿Qué es el Pueblo Soberano?
Es un sueño, una quimera,
es una porción ratera
de gente sin Dios ni Rey.
¡Viva, pues, viva la Ley,
y todo canalla muera!

De toda esta gran ciudad
los traidores serán ciento;
los demás con sentimiento
sufren la calamidad.
En tal oportunidad
un hombre de la nobleza,

que preste con entereza
a todos su protección,
cortará fiel la traición
cortando a tres la cabeza.

Para zaherir a los principales patriotas del 10 de agosto y a las señoras Manuela Cañizares, Josefa Tudó y N. Rea que desempeñaron papeles importantes en la maduración de la gesta revolucionaria, los realistas de la contienda lírico-pasquinera sacaron a lucir los ovillejos, siempre al respaldo del anónimo y con el personalismo a discreción. Veamos:

¿Quién ha causado los males?

Morales.

¿Quién los cubre con su toga?

Quiroga.

¿Quién perpetuarlos desea?

Larrea.

Es menester que así sea
para lograr ser mandones,
estos desnudos ladrones
Morales, Quiroga y Rea.

¿Quién angustias os destina?

Salina.

¿Quién quiere que seais bobos?

Villalobos.

Ya se aumentarán los robos
en aquesta infeliz Quito,
pues protegen el delito
Salinas y Villalobos.

¿Quién mis desdichas fraguó?

Tudó.

¿Quién aumenta mis pesares?

Cañizares.

¿Y quién mi ruina desea?

Rea.

Y porque así se desea,
querría verlas ahorcadas
a estas tres tristes **peladas**
Tudó, Cañizares, Rea.

6.—Cuartetas de los "bungas"

Si las mujeres del 10 de agosto fueron ridiculizadas con el mote de **peladas**, porque la lengua ovillejera quiso apocar solamente a la pobreza, los patriotas y los godos se apodaron de **bungas**, en cuartetas que exprimían acusaciones recíprocas de pereza y mal vivir, al estilo de estos dos ejemplares:

Al fin estos godos **bungas**
nos dejarán respirar;
al fin ya tenemos Patria,
ya tenemos Libertad.

La Patria clama y pregunta
¿cuál sea esta Libertad?
—Suplir su necesidad
esos **bungas** de la Junta.

7.—El Testamento de la Independencia

Desde los primeros días de la revolución de Quito, la guerra de pasquines entre godos e insurgentes fué más ac-

tiva que la de las armas y municiones. Unos y otros se decían "vela verde".

Esta campaña cedió en favor de los primeros, después del triunfo realista de Sámano en el norte, cuando las tropas del Virrey del Perú acamparon en Quito. Entonces ellos, victoriosos y petulantes, entregaron a la circulación un "Testamento de la Independencia", repartiendo el reproche y la burla entre los personeros del movimiento político del 10 de agosto, al compás de este estribillo: "¡Viva el Séptimo Fernando!".

Dicho Testamento, reproducido en partes por nosotros, es del tenor siguiente:

El alto Dios su clemencia
en la España va ostentando.
¡Viva el Séptimo Fernando,
y muera la Independencia!

Aunque yo del negro averno
conduje la Rebelión,
robar no puedo al Gobierno
de la Casa de Borbón;
pues me retiro al infierno,
y, dejando mi insurgencia,
verdades voy declarando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Declaro en primer lugar
que en Popayán esperaba
mi obstinación continuar,
y al paso que me obsecaba
con denuedo militar,
despreciando mi insolencia
entró Sámano triunfando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Item, declaro impaciente
que, perdida la esperanza,
ya no seré independiente,
pues que mi fuerza no alcanza
para al Rey hacerle frente;
¿y he de ver sin impaciencia
a los realistas cantando?
¡Viva el Séptimo Fernando!

Item, declaro que España
la América contendrá,
y aunque extienda mi cizaña,
mi cizaña no será
bastante a rendir la caña
conque la sabia Regencia
rige el católico bando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Y puesto que ya me muero
y no tengo de volver,
porque según lo que infiero
siempre el Rey me ha de vencer,
mis legados dejar quiero,
pues me obliga la conciencia
a decir qué voy dejando,
¡Viva el Séptimo Fernando!

A continuación van las herencias.

Les dejó a mis herederos
perpetuos remordimientos,
porque crueles carniceros
dictaban fallos violentos,
violando sagrados fueros...

Fusiles deajo y cañones,
pólvora, balas, y aún deajo
las casacas y calzones,
y las gorras de pellejo,
los bordados y galones,
papeles y menudencias
de tanto decreto y mando...

Y pues que Dios ha jurado
a mis Reyes amparar,
hasta que, el mundo acabado,
no haya España en qué reinar,
según el texto citado,
conozco mi insuficiencia,
lo que acabo confesando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Tanto optimismo hiperbólico ¿en qué mismo quedará?
El Pichincha lo escucha y se sonríe como un mago o profeta de la Libertad. Y Bolívar está sobre las armas. Sin embargo, sigue la música al son de la contienda.

8.—Por los mártires del 2 de Agosto

La revolución del 10 de Agosto de 1809 depuso al Presidente Ruiz de Castilla, que representaba a la Corona española aprisionada por las redes imperialistas de Napoleón. Pero el Magistrado volvió luego al Poder, prometiendo "perdón y olvido". Sin embargo, poco tiempo después, empujado por la venganza realista, echó al fango su "palabra de honor" y encarceló a los patriotas Salinas, Quiroga, Riofrío y otros más, en número de 70. El 2 de agosto del año siguiente, el pueblo quiso libertarlos por asalto; pero la repre-

sión oficial consumó una matanza feroz que consternó a toda la América.

En Quito, teatro del dolor, la elegía se deshojó en quejas tonadas de ira y de venganza:

¡Ay dolor! ¡suerte fatal!
para estos asesinatos,
de nuestros dos virreinos
se trajo a esta Capital

a los hombres desalmados,
gente inicua y criminosa,
impía y facinerosa,
en delitos consumados:

de las cárceles extraídos,
condenados ya a suplicios,
los trajeron por sus vicios
delincuentes forajidos.

Estos que sin religión
no respetan al anciano,
al sacerdote, al cristiano,
virtud ni moderación;

fueron buenos instrumentos
para el robo y la matanza,
para la ira y la venganza,
para el horror y tormentos;

siendo no menos perdidos
sus ladrones oficiales,
que causaron nuestros males,
dignos jefes de bandidos...

Por esta memoria fresca, tras la descripción de la masacre, van pasando los mártires con sus respectivos marcos de tragedia:

Con rigor, desprecio y brío,
vierte el soldado brutal
la sangre sacerdotal
del Presbítero Riofrío.

Opresión, grillos, cadenas,
muerte, soledad y susto
sufrió como varón justo,
humilde, inocente, Arenas.

Como carniceros lobos,
carne y sangre devoraron,
y en huesos secos dejaron
al anciano Villalobos.

Entregado a los dolores
en la sentencia sangrienta,
a su Dios rindió la cuenta
el ilustre Miraflores...

En cuanto al heroico Salinas, brazo vigoroso de la revolución, la elegía lo recuerda de este modo:

En los montes y colinas
resuenan ya mis lamentos,
y con lúgubres acentos
floro también a Salinas.

El héroe de esta redondilla fué el más popular en el corazón de la multitud. El pueblo auténtico lo cantó en una

cópla que ha llegado a nosotros con el mensaje de las guitarras doloridas:

Como león encadenado
el esforzado Salinas
cae, el pecho destrozado
por las balas asesinas.

El monstruoso crimen del 2 de Agosto fué fecundo en lágrimas y sones. Todos los caídos en aras de la Patria fueron bendecidos por la lírica de poetas espontáneos y anónimos. Y la santa venganza quedó en pie:

¡Oh dos de agosto maldito
en que los crueles hispanos
ensangrentaron sus manos
con el más atroz delito!
¡Oh día en que se vió Quito
llena de espanto y horror!
Ha de querer el Señor
que todo lo manda y puede,
que sin venganza no quede
tanto infame matador.

9.—Paréntesis de humorismo

Cuando la sangre del 2 de agosto estaba aún fresca en sus coágulos de infortunio, llegó a Quito don Carlos Montúfar, hijo del Presidente de la revolución, con el cargo de Comisionado Regio y la misión de pacificar la Audiencia. El agente del Rey organizó inmediatamente una Junta Superior de Gobierno presidida por el mismo Conde Ruiz de Castilla y cuya Vicepresidencia la ocupaba don Juan Pío Montúfar, ex-Presidente de la Junta Soberana.

Esta componenda hábil en favor de los insurgentes, no le gustó al Virrey Abascal del Perú y éste, sin que medie atribución alguna, nombró Presidente de Quito a don Joaquín Molina, quien tomó dirección hacia Cuenca con un respetable contingente de fuerzas armadas. Al saber esto, la Junta Superior de Gobierno dispuso que salga el mismo Carlos Montúfar, a la cabeza de un batallón, a contener y rechazar el arbitrario avance de Molina. El Comisionado Regio no alcanzó las victorias codiciadas y regresó a Quito, cuando en el seno de la Junta Superior se quemaba la inquina entre dos bandos. De inmediato, el Jefe de las fuerzas revolucionarias fué destituido y reemplazado por el cubano Francisco Calderón, el que partió también al encuentro de Molina. El nuevo Jefe, al pasar por Latacunga, leyó esta satirilla:

Como al enemigo
no ha visto la cara
y de nunca verla
tiene confianza,
este cuerpo virgen
lleva en la casaca,
sobre cuello verde,
bordado de palmas.
Cargando alpargatas
se vuelven a Cuenca
para en la corrida
calzarse los pies.

Y cuando la anarquía adquirió gravedad para la causa de los independientes, el poeta festivo de Riobamba, don Juan Larrea, compuso —según se cree—, este “Canto lúgubre” de sátira y “buen humor”:

Ya no quiero insurrección,
porque he visto lo que pasa:

Yo juzgué que era melón
y había sido calabaza.

Juzgué que con reflexión
amor a la Patria había;
mas ví tanta picardía,
que no quiero insurrección.

Cada uno para su casa
todas las líneas tiraba.
No me engaño, me engañaba,
porque he visto lo que pasa.

De lejos, sin atención,
vi la flor, las hojas vi;
mas como no conocí,
yo juzgué que era melón.

Me acerqué más, vi la traza
de la planta, y el color,
probé el fruto, busqué olor,
y había sido calabaza.

Debe corresponder a esta misma época turbulenta y caótica de la revolución, el siguiente ovillejo, precursor de una democracia que odia los despotismos, sea cualquiera su procedencia:

¿Quién nos persigue y malquista?

El realista.

¿Quién nos infama y nos bota?

El patriota.

Hagamos de ellos pelota
y zumbémoslos al mar.

pues no se puede aguantar
ni al realista ni al patriota.

10.—La Constitución de Quito y la Constitución de España

Aunque sea al calor de la discordia, los insurgentes de Quito resolvieron estatuirse. Entre los proyectos de Constitución Política se rechazó uno de carácter monárquico que pretendía resucitar el Reino de Quito con un organismo criollo. Luego se aceptó, discutió y aprobó otro de estructura republicana, inspirado en la doctrina de los enciclopedistas y en los derechos del hombre proclamados por la Revolución Francesa. Entonces la ojeriza realista sacó a lucir su condenación en una serie de décimas, una de las cuales se desahoga así:

Dime, insurgente, ¿no es cierto
que con esa tu insolencia
juraste la Independencia
dando a Fernando por muerto?
¿Persiguiendo al descubierto
a todo el que se oponía
a tu infame alevosía?
¿No publicaste, traidor,
que sólo el pueblo es Señor,
con toda soberanía?

El realista de estos versos recuerda también la parte que el masonismo tuvo en la revolución emancipadora de Hispanoamérica. Quizá por su mente pasaron Bolívar y San Martín, ligados para su objeto a las logias masónicas de Europa. El poeta godo dice:

¿No es verdad que al Francmasón
has imitado en el todo,
haciendo siempre a su modo
Leyes y Constitución,
sin que entrase en tu facción
sino gente desalmada,
jugadores, botarates,
los ladrones y tunantes
y otros más de esta manada?



Poco tiempo después de expedida la Carta Política de Quito, llegó de España la consigna de jurar la Constitución expedida por las Cortes de Cádiz, con la intervención de españoles y americanos. Por más que dicho Estatuto democratizaba el gobierno monárquico y concedía algunas garantías a los hijos de Ultramar, en Quito se lo miró como una traba a la autonomía proclamada el 10 de Agosto. El testimonio de esta verdad traen estos versos de los patriotas:

Dizque han publicado
la Constitución;
dizque ya Fernando
no es solo el mandón.

Dizque somos libres
por Constitución;
dizque ha de mandar
siempre el chapetón.

Dizque ya los pueblos
son los soberanos,

menos los de acá
por americanos.

Eso de ser libres
parece muy bien,
menos que nos ponga
chapelón la ley.

Libertad sòlita
con independèncìa,
es cosa muy buena
en Dios y en conciencia.

Pueblos ilustrados
que sabéis de engaños,
buscad el remedio,
huid de los Marios.

Siempre que se os mande
por el chapelón,
no tendréis derechos
ni emancipación.

¿Qué alivio tenemos
con ese Prometeo,
si no lo alcanzamos
con nuestro desvelo?

¿Qué pecho han quitado?
¿Cuál es la ventaja?
De tantos impuestos,
¿ha habido rebaja?

Uno era el tirano,
ahora son doscientos:
esta es la ventaja
de los reglamentos.

Distantes las Cortes,
distantes los Reyes;
siempre han abusado,
no guardan las Leyes.

Así el chapetón
nunca dará almíbar,
y no hay más arbitrio
que estar con Bolívar.

En estas estrofas ya se puede advertir el pensamiento de la más completa emancipación y la fé que se tiene en la espada libertadora de Simón Bolívar. Y glosando el mismo tema de la Constitución española, son todavía más explícitas estas otras estrofas:

Ya América no se engaña,
pues de experiencia está llena:
la Constitución de España
no ha de ser cosa muy buena.

Con su papel y sus Reyes
que se avengan los hispanos:
nosotros queremos Leyes
hechas por americanos.

11.—¡Tente, Ramírez! ¡Este gallo ya no canta!

El Conde Ruiz de Castilla llegó a ser la clásica "figura

decorativa" en el Gobierno de la Junta Superior, hasta cuando el pueblo quiteño se amotinó frente al Palacio, exigiendo el inmediato retiro del Presidente realista. La Junta así lo hizo, nombrándole en reemplazo al Obispo Cuero y Caicedo.

El anciano Ruiz de Castilla, con la vida en el hilo de la agresividad popular, se refugió en la Recoleta de la Merced, en donde —en ocasión próxima— se vió amenazado por los exaltados moradores del barrio de San Roque. Y tal vez hubiera muerto arrollado por la masa patriótica si las autoridades no optan por conducirlo preso a buen recaudo, aunque sin poder evitar la procesión escandalosa de la multitud que cargaba sobre el anciano el guijarro callejero y el dardo injurioso de la lengua.

Pero a los tres días murió el pobre preso, amargado por los vejámenes y el irrespeto. Y no tardó en llegar su sucesor, el General Toribio Montes, militar de prestigio abultado que legalmente, en el orden realista, le sucedió al negligente Molina.

Montes sometió hábilmente a los revolucionarios, y a la vuelta de cinco años de gobierno cuasi pacífico, fué sustituido por el General Juan Ramírez (1817), quien arribó al mando con un pliego de amenazas contra los "perturbadores del orden". En verdad, las represalias por los sucesos pasados íbansé tornando exageradas y al fin provocaron la conjuración que preparó el doctor Ante y que no se llevó a término por denuncias adelantadas...

El Presidente no obtuvo fuerza de acusación y se contentó con las averiguaciones y, según se decía, el alistamiento de un plan siniestro para desaparecer al doctor Ante. Frente a tan terrible amenaza secreta, el representante del pueblo encargó a las esquinas madrugadoras de la urbe, nada menos que este recado:

Tente, Ramírez,
tente en tu silla,
no te suceda
lo que a Castilla.



Siguió a Ramírez el General Mourgeón. Este trajo más fama de venganza que aquél. Mas antes que la nueva autoridad propague sus sombras terroristas, la Ciudad Luz de América le entregó el dibujo de un gallo caricaturesco, que llevaba el siguiente letrero al pie:

Este gallo mucho espanta,
pero no canta...

Mourgeón comprendió la intención de la pulla, y, en un arranque de amenaza y buen humor, hizo agregar a la leyenda:

Luego cantará,
que los aterrará...

12.—Doña Chintá, la costurera de la Bandera de Octubre

Desde la llegada de Montes, la revolución de Quito permaneció en letargo hasta cuando Guayaquil proclamó la suya el 9 de Octubre de 1820. Y para este día memorable, según atestiguan algunos historiadores, se tuvo preparada la Bandera de azul y blanco, muy parecida a la que paseaba San Martín en el Sur. Pero ese emblema, por lo que dicen los memoriales, lo arregló una costurera que llegó del Callao, en septiembre del mismo año. Era una viuda, especie de viuda alegre, pero de un entusiasmo sin igual por el buen

éxito de la revolución de Guayaquil. Se llamaba **Chinta Mora**.

La Bandera de Octubre, de doña Chinta, se presentó al público patriota, con el texto de esta décima que pone de relieve la esperanza inmediata de los guayaquileños:

Cesaron los malos tratos
de este Guayaquil querido,
que al fin nos hemos unido
para salir de los godos.
Cayeron de varios modos,
como pérfidos ilotas
aumentaron sus derrotas,
y ya en Quito tendrán fin,
porque viene San Martín
a ayudar a los patriotas.

13.—La primera Canción de Octubre

Antes que el Poeta José Joaquín Olmedo componga su Canción al Nueve de Octubre, para celebrar en el coro armonioso el primer aniversario de su gesta, el bardo popular entonó sus ¡Albricias!, quizás cuando las primeras fuerzas libertadoras del Puerto ascendían hacia la Sierra para liberar a Quito. La canción primogénita es ésta:

¡Albricias! albricias!
patriotas amados,
que van siendo libres
los americanos!

¡Albricias, señores!
¡Feliz insurgente!
¡Felicísimo año
de ochocientos veinte!

Llegará por fin
el tiempo esperado
en que el insurgente
ya no será esclavo.

Bendigamos todos
humildes al Cielo,
porque ha bendecido
nuestro patrio suelo.

Bendito sea Dios
que sacudiremos
el pesado yugo
de aquellos infiernos.

¡Ah, dichosos pueblos
con Constitución,
y sin que ya os mande
nunca el chapetón!

¡Ay, pobres realistas,
hermosos borricos,
que a costa del pobre
se volvieron ricos!

Ya no hay más ancheta
para su ambición,
porque ya el realista
no será el mandón.

14.—¡Ya vienen San Martín y Bolívar!

Mientras los revolucionarios de Guayaquil se batían con sus propias fuerzas por la causa de la Libertad, las ayu-

das de San Martín y Bolívar convergían al teatro de la guerra de los octubrinos. Entonces éstos cantaban una exortación de positivas esperanzas:

Ya viene, pues, San Martín
desatando las cadenas
conque nos aprisionaban,
sumergiéndonos en penas.

Ya viene nuestro Bolívar
con su tropa generosa,
para que ya terminemos
nuestra libertad gloriosa.

Pero como las fuerzas de ambos libertadores eran fuerzas de la Patria, con el derecho de propiedad, agregaban:

Ya vienen, pues, nuestras tropas
clamando con potestad:
"¡Que muera la dependencia!
¡Que viva la libertad!"

15.—¡Que viva el Cura Loyola!

El buen ejemplo de Guayaquil abrió los botones de la Revolución en varios lugares de la ex-Presidencia de Quito. Cuenca proclamó su independencia el 4 de Noviembre de ese año de gracia (1820). Después de este hecho de la imperiosa colaboración, los patriotas morlacos se vieron gravemente amenazados por las armas del Rey, hasta el caso de disponerse en camino de la retirada, y esto hubiera ocurrido si a tiempo no llegaba el Presbítero Javier Loyola, a la cabeza de un gran refuerzo de hombres armados que tomaron posesión de la plaza. Tan oportuno y glorioso triunfo se ce-

lebró con la tonada de una copla en loanza del corifeo de la libertad azuaya:

¡Qué viva el Cura Loyola!
¡Qué viva la Libertad!
¡Abajo los chapetones!
¡Abajo su terquedad!

16.—Guerra de ojos

Los refuerzos de las tropas granadinas que venían de triunfar en el norte y avanzaban con paso de vencedores a la victoria de Pichincha, en la mochila de su lírica llevaban sus cantares que juntaban los sones de la epopeya, al verse asaltados o correspondidos por las miradas de las bellas admiradoras de la “marcha triunfal”, disparaban —galantes y comedidos— piropos de este estilo:

En Carabobo yo he sido
vencedor, y en Palacé;
pero me siento vencido
por los ojitos de usted.

Después de la batalla de Pichincha que selló nuestra libertad el 24 de Mayo de 1822, gracias a la pericia de Sucre y a la ayuda del Libertador Bolívar, las tropas de Colombia se dedicaron al descanso y a la conquista de amores, pasando por la “guerra de ojos” que abre paso a los acercamientos. Los más favorecidos en esta otra clase de victorias fueron los soldados rasos, cabos y sargentos, porque se vieron correspondidos de las **chinitas**, es decir, de las mujeres de la servidumbre que hasta hoy se entregan abiertamente a los hombres comunes de la Guardia Civil. Pero entonces se compuso este testimonio en una cuarteta dialogada:

—Dime, china bonita
¿quién te mantiene?
—Las tropas de Colombia
que van y vienen.

En verdad, las tropas colombianas, compuestas de venezolanos y granadinos, iban y venían en conjuntos incesantes. Y esos pobres soldados, mal trajeados, sin camisas ni levitones, entraban y salían de la ciudad, descalzos o con alpargatas. Para ellos, la "sal quiteña" compuso esta copla:

Los diablos en el infierno
se están muriendo de risa,
al ver a los colombianos
con casaca y sin camisa.

IV

RECADOS GRANCOLOMBIANOS

1.—Dos joyas de Bolívar

El Libertador Simón Bolívar, creador de la Gran Colombia en homenaje al descubridor de América, tuvo dos grandes pasiones entre los pliegues del ideal mayor: el amor loco a las mujeres hermosas y el amor a los caballos que otrora merecieron la estima de Alejandro y el Cid Campeador.

Por donde iba el Libertador, las multitudes agradecidas y entusiasmadas le ofrecían caballos ensillados con estribos y frenos de plata, hebillas de oro y aderezos de fina tala-

bartería. Y en todas partes, las coronas de laurel cayeron sobre sus sienes de manos de las hijas de Venus.

Cuando llegó a los alrededores de Quito, el 16 de junio de aquel año memorable de 1822, los quiteños le obsequiaron un hermoso corcel llamado **Pastor**, y jinete en esta gran bestia, entró en la urbe de los Shyris, en donde recibió la corona de la Manuelita que debía llamarse la Libertadora del Libertador.

Por el apego de Bolívar a las mujeres bellas y a los caballos de estampa heroica, se hizo muy popular esta estrofa que se cantó en Bogotá y el Socorro, en Bucaramanga y en Quito:

Mi General Bolívar tiene en la boca
un clavel encarnado que me provoca.
Mi General Bolívar tiene un caballo
que al entrar en pelea parece un rayo...

2.—Cantares de los desengaños

Después de la emancipación de nuestra Patria y su anexión a la Gran Colombia, dos cosas extrañaron a los libertados: la carga de impuestos gravados para remediar la crisis de la guerra y los abusos que cometían los soldados ya como mandones o ya como desocupados. Por estas causas, a los pocos días de la victoria de Pichincha, se leía en las paredes de Quito o se oía en los labios de los patriotas desengaños, este dístico paradójal:

Ultimo día de despotismo
y primero de lo mismo.

O este otro:

¡Lo mismo en tiempos del rey
que en los nuevos de la ley!

Y como en un arranque de despecho, se decía en una copla:

Me voy a España ahora mismo
a ser puesto en la picota,
por no ver el despotismo
de tanto pseudo-patriota.

En esta ocasión los cantores populares glosaban iguales pareceres:

¡Qué hermosa es la libertad
con orden y buena ley;
pero si trae maldad
es peor que tener rey.

Tiranos fueron los godos,
los patriotas son lo mismo,
y de unos y de otros modos
la Patria está en un abismo.

Después de habernos librado
de los godos opresores,
los mismos libertadores
en déspotas se han cambiado.

De estas acusaciones no se escapó ni el mismo Libertador. Una redondilla venezolana llegó hasta nosotros con este amargo recado:

Bolívar tumbó a los godos
y desde aquel aciago día,
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos.

3.—Disparos del Sur contra Bolívar y Sucre

No eran únicamente grancolombianos los que dispararon la diatriba contra sus libertadores, al empuje de los desengaños surgidos a consecuencia de una crisis fatal de postguerra. También en el Perú, cuando se quiso deshacerse del gobierno del General Bolívar, se dijo cosas graves contra su libertador. Se atribuye al Presbítero José Joaquín Larriva, antes fervoroso apologista de "Don Simón", esta décima injuriosa:

Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa no hicimos
que cambiar moco por babas.
Nuestras provincias, esclavas
quedaron de otra nación,
mudamos de condición
pero fué sólo pasando
del poder de Don Fernando
al poder de Don Simón.



En 1827 ya fué más grave la agresividad de los sureños contra sus libertadores de la Gran Colombia. Y cuando Sucre se negó a aceptar la Presidencia vitalicia de Bolivia, prometiendo dejar el Poder en el año siguiente, los altoperuanos hicieron bocado común esta cuarteta:

Sucre el año veintiocho
irse a su patria promete,
cómo permitiera Dios
que se fuera el veintisiete.

4.—Hombredad de los veteranos de Portete

El Gran Mariscal de Ayacucho dejó la primera Magistratura de Bolivia y volvió a Quito para juntarse con su mujer. Pero pronto tuvo que interrumpir su reposo y su luna de miel, para marcharse al frente, a combatir a las fuerzas peruanas que se rebelaron contra sus libertadores. Entró en auge la campaña del Portete. No obstante, el amor entre los veteranos de la guerra y sus prometidas de las naciones contendoras, quedó únicamente en suspenso. Así lo revela esta copla que, sin duda, brotó de la fuente de algún soldado grancolombiano que estuvo en la campaña de Junín, animado por la peruanidad afectiva de su Dulcinea:

Es mi amor tan peruano . . .
Desde luego te promete
adoración, cuando acabe
la campaña del Portete.

La campaña del Portete entregó la victoria al General Antonio José de Sucre. El Jefe de los vencidos fué, en razón de circunstancias, un ecuatoriano que presidía el Gobierno del Perú, el General José de Lamar, hijo de Cuenca. Y como para éste y su hermandad política, Colombia representa a la mujer y Perú al hombre, por las ventajas gramaticales, el contrapunteo grancolombiano siguió a la victoria como remate triunfador de positiva hombridad. Así lo dice la décima que sigue, escrita en Quito y achacada al doctor Fidel Quijano:

Equivocado Lamar
creyó que Colombia era
mujer a quien se pudiera
fácilmente derrotar;
pero al enemigo dar
supo ella tal revolcón,
que por fuerza o por razón
todo el mundo hubo de ver
que era el Perú la mujer
y Colombia era el varón.

5.—Cosas y cositas de la época

Tanto en Quito como en Guayaquil y otras ciudades del Distrito del Sur, la época grancolombiana alternó sátiras políticas con los recados del buen humor. Para la broma, el "alza que te han visto" se puso de moda, y en tabernas y juergas de todo color y sabor, se cantaba:

¡Alza! que te han visto,
no te han visto nada;
apenas te han visto
la **nagua** bordada.

Una parodia de este cantar, allá por el año de 1826, asomó en Guayaquil alusivamente, concretándose a un personaje del lugar:

¡Alza que te han visto
por el Malecón,
yendo de bracete
con ño Miguelón.
Alza que te embiste
el toro rabón!

Por el mismo tiempo se hallaba confinado en Guayaquil el Padre Barba de la Orden Mercedaria. Allí se supo que su confinio obedecía al quebrantamiento de la castidad. Pero, de tiempo en tiempo, no dejaba de visitar su casita de Quito, con el permiso de las autoridades eclesiásticas competentes. De allí le vino esta canción porteña:

El P. Barba
que anda por aquí,
come en Quito, mucha
carne con ají.
Bebe chocolate
con harto maní,
y tiene una huambra
de pitimíní.

El virtuoso Padre
tiene una casita,
donde en Quito esconde
su barraganita;
a las cuatro entra
y sale a las diez.
¡Es el Padre Barba
mano de almirez!

6.—Por la muerte del Libertador

La Gran Colombia llegó a su fin decapitada por las ambiciones de los mismos capitanes de Bolívar. Denunciando que "había arado en el mar", el Libertador murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Ante la muerte, mueren los resentimientos de los pechos nobles; y el pueblo más noble que nadie para el reconocimiento de los bienes que recibe, colgó de su garganta esta canción:

Ya Bolívar no existe en la tierra,
él habita en la sacra mansión;
él nos deja de luto cubiertos,
y anegados en llanto y dolor.

Tres Repúblicas lloran la muerte
del guerrero que vida les dió;
por doquiera sus hijos amados
le dan pruebas constantes de amor.

¡Oh Bolívar! Bolívar querido
vuestra muerte nos llena de horror!
Cuando el pueblo tu nombre aclamaba,
tú te ausentas a eterna mansión.

V

RECADOS DE LA REPUBLICA

Primera Parte

I.—Los primeros Congresos

Es cosa sabida, como un espejo de los tiempos, que después del triunfo de la causa emancipadora, los realistas o monárquicos se juntaron a los libertadores, para "servir" a la República. Y no pocos de ellos estuvieron en la Legislatura como "representantes del pueblo"; porque así "convenía" a nuestra incipiente democracia. Pero los quiteños que

se situaban fuera de las componendas políticas, pusieron en los versos su ironía peculiar:

A nadie, pues, ha agraviado
nuestra Junta Electoral,
que de godos y patriotas
eligió número igual.

Quiteños, esto sí es bueno,
ved brillar ya la igualdad;
mirad que a los enemigos
así se debe premiar.

Otro lado flaco que censuró el pueblo quiteño de aquellos tiempos fué, sin duda, la mala calidad de muchos representantes, entre los cuales habían ecuatorianos y extranjeros de la disuelta Gran Colombia. Y para ellos, confundidos entre godos y patriotas, se compusieron estas estrofas satíricas:

Con-sólo ser congresistas
se hacen sabios los borricos,
y santos los más bribones,
sean de aquí o advenedizos.

De ellos muchos ayer fueron
o nada o godos convictos,
y ahora aseguran que son
patriotas muy decididos.

La Patria les ha franqueado
la puerta de los destinos,
y aquí está todo el secreto
de cambio tan repentino.

2.—El Gobierno y el soldado

La nueva vida del Estado ecuatoriano comenzó amenazada por el militarismo y las revoluciones. El primer Gobierno del General Juan José Flores tuvo que balancearse, sobre todo, ante la embestida de los "chihuahuas". Y en uno de esos trances de volcamiento político debió aparecer esta "Proclama de N.N. a sus compatriotas":

Paisanos, no es bufonada,
es cierto lo sucedido:
nuestros toros han servido
para darnos la cornada.
No es sabrosa la tajada,
mas yo no hago caso de eso;
que no es éste el primer hueso
ni es el último bocado:
otros muchos he tragado
por confiado en mi pescuezo.

Yo digiero fácilmente
toda clase de ensaladas;
no me duelen bofetadas,
nada temo de la gente.
Para ustedes no es decente
tal vez esta contradanza
y una tan pronta mudanza
del Gobierno en propiedad,
pues si he de decir la verdad,
más duró el de Sancho Panza.

El Gobierno del General Flores se sostenía sobre las bayonetas, y en los cuarteles se sostenía a los soldados que antes pelearon por la independencia, sin abandonar la discipli-

na del calabozo y del azote. De esas circunstancias, algún soldado se retrató en esta cuarteta:

A mí me gusta ser libre,
y por ser libre he peleado;
en pago en este cuartel
me tienen preso y fregado.

3.—El Cantor de Miñarica

La primera grande oposición contra Flores se inició en 1833, cuando Rocafuerte entró en acción a la cabeza de los **chihuahuas**. Mas a poco el cabecilla cayó prisionero, se reconcilió con el Presidente y en aras de un convenio contribuyó a la reducción de las tropas rebeldes.

Al influjo de esta maniobra política, Flores libró una matanza espantosa en Miñarica, vanagloriándose de tan “espléndido triunfo”. Empero, el poeta José Joaquín Olmedo creyó que esa sangre derramada inmisericordemente iba a ser el preludio de la paz tan codiciada por él y cantó “Al vencedor de Miñarica”, en una oda que tiene cierta primacía entre las mejores composiciones del Píndaro de América.

Pero el canto al General Flores no gustó a un gran sector de la ciudadanía ecuatoriana, y en gesto de reproche al cantor de esa masacre, la cuarteta epigramática llegó a la recordadura de las guitarras con la agudeza que es el fiel reflejo de una época:

El cantor de Miñarica
es como el cantor de antaño,
que cantó al hambriento lobo
que devoró su rebaño.

4.—Sones doloridos del pueblo cuencano

Rocafuerte gobernó de 1835 a 1839. Luego entregó el Poder al mismo General Flores, quien tuvo que hacer frente a una situación internacional difícil. El Gobierno de Nueva Granada, al verse envuelto o sitiado por la revolución de Obando, solicitó la ayuda ecuatoriana a condición de devolvernos la provincia de Pasto. En efecto, nuestro Presidente acudió con más de mil hombres, luchó valientemente, triunfó y nada obtuvo de la oferta.

Para marchar a la guerra de Pasto (1840), el General Flores recogió gente de las guarniciones de todas las provincias del Ecuador. De la ciudad de Cuenca salió, por tanto, su contingente, uno de cuyos soldados debió haber llorado antes de la partida, al son de este cantar:

Dicen que el agua del río
desde el Vado para abajo
está amarga, y razón tiene
con lo que he llorado tanto.

En la misma ocasión y en igual circunstancia, otro soldado cuencano que sabía de versos y de música, compuso este *yaraví* para su despedida:

¡Adiós, agua dulce
de San Sebastián,
otros más felices
de ti gozarán!

¡Adiós, Cruz del Vado,
donde me sentaba
por ver si mi dueño
por allí pasaba!

¡Adiós, padre y madre,
hijos y mujer!
Si acaso no muero
os volveré a ver;

pero si yo muero,
rezaréis por mí,
después de cantar
este yaraví.

5.—El Gobierno Provisorio de Don Gabriel

El General Juan José Flores quiso perpetuarse en el Poder y por su empecinada ambición de mando cayó vencido por las armas de la revolución del 6 de marzo de 1845. A continuación pasaron por la Presidencia de la República don Vicente Ramón Roca, don Manuel de Ascázubi, don Diego Noboa, el General José María Urbina y el General Francisco Robles. En la administración de este último sobrevino el caos nacional por el rompimiento de las relaciones diplomáticas con el Perú y porque se dijo que el Gobierno pretendía vender las Islas de Galápagos a los Estados Unidos de Norteamérica.

La anarquía política se agravó en el país cuando el Presidente Castilla del Perú declaró al Congreso Extraordinario del Ecuador que depondría su actitud belicosa si se derrocaba al Gobierno del Presidente Robles. Y después de una serie de acontecimientos poco o nada decorosos, el Gobierno de Robles fué sustituido por un Triunvirato que presidía el doctor Gabriel García Moreno, principal agitador de la oposición en el Congreso. Luego él mismo fué nombrado Director de Guerra y en calidad de tal partió inmediatamente al encuentro del General Urbina que se aproximaba a San Miguel de Bolívar con 1.500 hombres leales al régimen depues-

to. En Tumbaco se avistaron las fuerzas contendoras y García Moreno recibió la derrota.

Las tropas vencidas comprendieron que el triunfo leal de Tumbaco era fruto de la pericia del General veterano y de la impericia del Director Supremo de la Guerra del Gobierno Provisional. Por eso se dieron a cantar esta copla:

El Gobierno Provisorio
a la guerra nos mandó
y en la loma de Tumbuco
taita Urbina nos fregó.

Urbina persiguió a los vencidos sin desmayar, y tomó la ciudad de Quito, y obligó a capitular en San Vicente de Ibarra a los defensores del Gobierno Provisional. Mas poco antes que esto ocurra, los soldados del batallón "Pichincha" que defendían al Triunvirato, cantaban esta lección de táctica devota:

Tiradores del Pichincha
avancen de dos en dos,
y antes del fuego graneado
pidan la ayuda de Dios.

6.—¡Abajo el Manco León!

Poco tiempo después se restableció el Gobierno Triunviral; mientras tanto en Guayaquil se había proclamado Jefe Supremo el General Guillermo Franco, hombre ambicioso y de entrañas traidoras a la Patria. Este nuevo Dictador, cual si fuera dueño del país, cedió el Oriente Ecuatoriano al Perú, a cambio de armas y municiones para combatir al Gobierno Provisorio. Y ya sintiéndose fuerte para la guerra, despachó sus tropas hacia la Sierra, al mando del Comandante José

Matías León. García Moreno las esperó en la misma zona de San Miguel de Bolívar, y las ventajas se pusieron de su lado. Sus soldados, optimistas, cantaban a la manquedad del Jefe vencido, presagiando la caída de Franco:

¡Qué vivan los provisorios!
¡Abajo el Manco León!
Ya no ha de haber Tumbuco,
ni Franco ha de ser mandón.

7.—Cantares de los provisorios

Las luchas entre **provisorios** y **franquistas** no dejaron de ser encarnizadas. De parte y parte cometían abusos, reclutando gente y haciendo el desconcierto en los hogares humildes principalmente. Y de uno de esos reclutas brotó este cantar a flor de labios:

¡Ay ay ay! qué suerte mía!
de recluta me han cogido!
Voy a morir en la guerra:
¡Adiós mujer, adiós hijos!

De repente las agudezas de los reclutas daban coplas como éstas:

Si me mandan a la guerra,
la ventaja ha de quedarme
de que nadie tendrá el gusto
de volver a reclutarme.

Con consuelo o desconsuelo, con esperanza o sin ella, los reclutas tenían que marchar a la guerra. Y en esos casos: decíase, al fin, resueltamente:

Los señores provisorios
nos mandan a la pelea.
Armas al hombro y marchemos,
pues ya tocan la corneta...

Cuando los reclutas eran casados, a veces los seguían sus esposas, y cuando eran solteros, comunmente llevaban una concubina o **tropeña**, como era costumbre llamarla. Por el destino o la suerte de estas mujeres llegó a la guitarra este cantar:

Pobre mujer del soldado,
mucho lástima me dais;
él se va para la guerra
y vos siguiendo le vais.

De todas maneras la vida del soldado en campaña era vida de intemperie. De ahí vino esta confesión:

Mi cobija una jerguita;
mi colchón el santo suelo;
mi almohada la cartuchera:
¡qué rigor, hermoso cielo!

Algunos soldados iban a la guerra encomendándose a las imágenes sagradas de su devoción. Tradicionalmente era preferida la Virgen del Quinche, y en su nombre se animaba cualquier esperanza para la vuelta. La copla que sigue es un cuadro de esa fé:

Pues si a la Virgen del Quinche
por ti encomendando estoy,
no llores, vida de mi alma,
porque a la guerra me voy.

De la misma época parece esta despedida del amante:

Amor, me voy a la guerra
con mi valiente escuadrón;
si no vuelvo, de seguro
tu pobre **cholo** murió.

La guerra entre provisorios y franquistas tenía que terminar, y terminó. Las tropas serranas dirigidas por García Moreno y el General Flores, por el lado del Estero Salado tomaron la ciudad de Guayaquil que estuviera ocupada por las fuerzas franquistas y las peruanas de Castilla. Este triunfo hizo cantar a los hijos del Altiplano:

Ya pasamos el Salado,
ya estamos en Guayaquil.
¡Viva la tropa serrana!
Cuatro valemós por mil.

Y para no dejar desadvertida la intromisión peruana, vueltos a la Sierra, los soldados cantaban:

Sabrán ustedes, señores,
lo que pasó en **Tierra-abajo**:
el peruano entrometido
también nos echó balazos.

Tras la toma de Guayaquil, la Asamblea Nacional se reunió en Quito y eligió a García Moreno para Presidente de la República en el período de 1861 a 1865.

8.—Cosas de liberales y conservadores, “puendos” y “cachiporras”

García Moreno lavó con sangre la traición a la Patria del General Guillermo Franco. Pero otro lío de contornos internacionales estuvo muy cerca. Dos años después se desencadenó una guerra civil en Colombia, entre las fuerzas conservadoras del General Julio Arboleda y las liberales del General Tomás Cipriano Mosquera. Pues las primeras, en una retirada, atropellaron la frontera ecuatoriana y nuestro Presidente García, no satisfecho con las explicaciones del Gobierno colombiano, se fue a las armas. Personalmente dirigió las batallas y sufrió el desastre final en las inmediaciones de Tulcán.

Pese a la derrota de la tropa ecuatoriana, los soldados tulcanenses dieron pruebas de personal valentía y con orgullo de estirpe de bravos, cantaban su quarteta:

Aunque me vengan mil muertes
en mi puesto me verán,
porque el honor vale mucho
para un bravo de Tulcán.



A la vuelta de un año se encontraba ya el General Mosquera en el Gobierno de Colombia, con fama de liberal y deseoso de restablecer la Gran Colombia. Bajo este aspecto tuvo entendimientos con el ex-Presidente Urbina que se hallaba desterrado en el Perú. García Moreno creyó de su deber repeler a las pretensiones del Gobierno liberal de Colombia, y en nombre de la Patria y la Religión, se fue a la guerra contra él; mas la suerte le fué adversa también esta vez.

De esa contienda que para los ecuatorianos de entonces significaba defensa de Patria y credo religioso, quedó a la posteridad este cantar:

Señores, voy a la guerra
con mi valiente escuadrón,
en defensa de mi tierra
y mi santa religión.

La derrota de García Moreno, en esta guerra, la recibió en Cuaspud. Las tropas ecuatorianas no estaban conformes con la superioridad del vencedor, y en la copla declaraban:

En Cuaspud le dió la suerte
la victoria a **Mascachochas**;
a la suerte que agradezca
y no al valor de sus tropas.

Aún más, se burlaban de los soldados colombianos, recurriendo a los apodos de ambas partes y a la semidesnudez de los enemigos:

En los llanos de Cuaspud
donde fué la escaramuza,
los **cachiporras** gritaban:
puendito dame tu blusa.

Pero desde entonces los soldados que decían pelear por Patria y Religión, unían el honor al partido político instituído por García Moreno, para entonar este credo:

El soldado ecuatoriano
tiene Dios, Patria y honor,
y se llama con orgullo
soldado conservador.

9.—Los leales de Borrero

El machete de Rayo puso a García Moreno en el sepul-

cro. Antonio Borrero alcanzó el Poder por la votación popular; mas como su gobierno no pudo desligarse del **garcianismo**, por "respeto a las leyes", pronto fué depuesto por la revolución de Veintemilla, Comandante General del Distrito del Guayas. Y precisamente por esta circunstancia, el Jefe Supremo fué calificado de "traidor" por los leales, y como tal pasó por los cantares.

Pero el definitivo derrocamiento de Borrero se llevó a cabo después de un período de luchas entre las fuerzas del Gobierno Constitucional y las tropas revolucionarias. Pues el pronunciamiento se produjo el 8 de septiembre de 1876, en Guayaquil, y solamente el 26 de diciembre de ese año pudo Veintemilla entrar en Quito.

Mientras tanto, las tropas leales que salían al encuentro de las rebeldes, por boca de cada soldado iban cantando:

Ya me mandan a la guerra
a pelear por el Gobierno:
cholas preparen los ojos
para llorar por el muerto.

Desde luego algún guerrero, entre pacifista y metafórico, decía:

No me gusta ser soldado
ni a mi prójimo matar,
ni que una **pepa caliente**
me venga frío a dejar.

Antes de la toma de Quito, las armas dictatoriales tuvieron dos triunfos simultáneos: uno en Galte y otro en Los Molinos. En la segunda de las batallas nombradas, intervino personalmente Veintemilla, apodado "El Mudo", quien perdió su mula en la contienda.

De esta guerra en las inmediaciones de la ciudad de Guaranda, un romance refiere lo siguiente:

Más de dos mil veteranos
vinieron con el traidor;
la "Columna Veintemilla"
era entre ellos lo mejor.

Porque era, desde su jefe,
de valientes sin cuartel,
de Chimbo guapos muchachos,
de Guaranda y San Miguel.

De la gente del gobierno
todos sintieron desmayos;
sólo quedamos nosotros
con unos pocos azuayos.

A buscar al enemigo
salimos por Conventillo
sólo ochenta guarandeños
con el Coronel Badillo.

El valiente José Silva
primero el fuego rompió,
y en vez de matar al **Mudo**
sólo a la mula mató.

Una descarga cerrada
el enemigo lanzó,
y un aguacero de balas
sobre nosotros cayó.

La "Columna Veintemilla"
a la vanguardia salió,

y, a pesar de nuestro fuego,
el ancho río vadeó.

El combate fué terrible,
porque entre hermanos peleamos;
pero siendo tan poquitos,
al cabo nos retiramos.

A unirnos con los de Galte
emprendimos el camino;
mas supimos por la posta
su lamentable destino.

Los forasteros vencedores que arribaron a la ciudad de Guaranda, quisieron hacer aquí sus conquistas amorosas, como hacían los soldados de la independencia al ceñirse sus laureles. Pero esta vez los hombres del vencimiento llegaban manchados de sangre fratricida, acusados de "traidores" e increpados de "cobardes", porque se les daba el triunfo más que a la valentía de la "Columna Veintemilla", a la superioridad numérica del contingente. Así no fueron acariciados por el amor, tan pródigo en esa tierra de chiquillas hermosas e idólatras del forastero. Esta canción es el reflejo de esta otra batalla en trances de derrota para el amador:

Si no sabes, amorcito,
cuánto amor mi pecho encierra,
anda busca si hay igual
desde el Carchi hasta mi tierra.

Mas que sepas es preciso
que amor una guarandeña
no consagra a los traidores,
y que al cobarde desdeña.

En tanto los dictatoriales celebraban el triunfo de Los Molinos con sus partidarios de Guaranda, los gobiernistas lamentaban la derrota de Galte, al tenor de este cantar:

En Galte ¡ay dolor! vencieron
la traición y la maldad;
allí sepultados fueron
la patria y la libertad.

Pero ¿qué decían los versos guitarreros de entonces acerca del Presidente Borrero? Al principio, lo siguiente:

Al Presidente Borrero
le han metido en la prisión;
la libertad le han quitado,
no el honor ni el corazón.

¿Y después?

Adiós, Borrero de mi alma,
ya tu gobierno finó;
de tus tropas no te quejes,
sino de quien las mandó.

Cuestión casi corriente ha sido, en nuestras guerras civiles, acusar a los jefes por las derrotas, poniendo en salvo la valentía de los veteranos de las tropas. Y estos reparos o reproches han surgido de los mismos soldados, como se puede colegir de estas coplas:

Cuando empiezan los balazos,
capitancito al zaguán;
pero para dar **planazos**,
¡qué valiente capitán!

Con el plin plin de las balas
mi coronel se murió;
pero al tocar las dianas
glorioso resucitó.



Veintemilla entró en la Capital de la República en medio de una alarma clerical, porque se decía que el nuevo Jefe del Estado era declarado "enemigo de la religión del pueblo". Y contraviniendo a las órdenes del Jefe Supremo, se hicieron procesiones al son de este canto piadoso:

¡Pésame Dios mío!
de haberte ofendido!;
¡por tu sangre y muerte!
¡¡¡perdón Jesús mío!!!

En ayuda de los católicos insurgentes venía desde Colombia el General Manuel Santiago Yépez, llegando a alternarse el canto religioso con este otro cantar en loanza del protector:

Ya viene el General Yépez
desde Imbabura y Tulcán,
con sus bravos voluntarios
a darnos la libertad.

Efectivamente el General Yépez llegó a Quito; mas en vano sus tropas se atrincheraron en las torres de la Merced y el Convento de la Compañía de Jesús, porque la derrota se apoderó de ellas. Veintemilla cantó el triunfo en toda la extensión de la República.

10.—Una promesa de los restauradores

La Convención Nacional de 1878 nombró Presidente de la República al Dictador Veintemilla y este Gobierno se afianzó en las bayonetas de sus **tauras**. Mas estando para terminarse el período presidencial, Veintemilla volvió a proclamarse Jefe Supremo (1882). Ante tan descomunal alevosía, la protesta sumó a liberales y conservadores, y se alzó unánime con el nombre abanderado de "Restauración".

Los restauradores tenían la firme esperanza del triunfo. Creían que era llegada la ocasión de reivindicar a la Patria, azotada por cincuenta revoluciones en cincuenta años de vida autónoma.

La copla alusiva y prometedora, surgió entonces como una bandera de la Restauración:

Cincuenta revoluciones
en cincuenta años tenemos;
como no han sido bien hechas
hasta acertar las haremos.

Y a tanto llegó el odio a la soldadesca abusiva del Dictador, que los civiles querían hacerse soldados para matar **tauras** y **cachudos** de las huestes enemigas.

El cantar apasionado y rencoroso, decía así:

Sólo por matar **cachudos**
soldado me quiero hacer,
y soy capaz de juntarme
con el mismo Lucifer.

11.—Cantares restauradores del Centro

Mientras Eloy Alfaro combatía por la Restauración en

la Costa, en la Sierra dirigían la guerra de la manera siguiente: José María Sarasti, en el Centro; Ezequiel Landázuri, en el Norte, y Francisco Javier Salazar, en el Sur.

Sarasti tenía su centro de operaciones en el valle del Patate, junto a sus haciendas y sus familiares. De aquí salió al encuentro del enemigo que avanzaba desde Babahoyo. Sus tropas vencieron a las dictatoriales en San Andrés, lo que, en ebullición de optimismo, fructificó la cuarteta del romance:

Los valientes de Sarasti
vencieron en San Andrés;
esto de la dictadura
ya no ha de durar ni un mes.

La guerra, en verdad, duró varios meses. Pero la esperanza del triunfo y la fé en sus dirigentes, alimentaban a los restauradores. Sarasti era esperado por sus partidarios como un diminuto mesías:

Ya viene el doctor Sarasti
con su fama y su valor;
a pelear con los soldados
del maldito Dictador.

La fama de Sarasti estaba unida a la del batallón que él organizó con el nombre de "Escuadrón Sagrado", para iniciar la campaña. Los mismos soldados del "cuerpo sagrado" se vanagloriaban al compás de estos versos:

Con el "Escuadrón Sagrado"
no hay Dictadura que valga:
que venga toda su tropa
y a nuestro encuentro que salga.

En Chambo se desvaneció la confianza en las tropas restauradoras del Centro. Las fuerzas de Sarasti sufrieron un descalabro que obligaron al duelo nacional. Y hubiera cesado la contienda, si los restauradores de Quito no hubieran alimentado el empeño. Y así Sarasti volvió a pelear con los 900 hombres que comandaba el coronel pillareño Luis Fernando Ortega. En Quero obtuvo otra ventaja, a la par que sus soldados ironizaban a este tenor:

Díganos, señor Ortega,
¿qué es lo que le ha sucedido?
Con su tropa bien armada
¿por qué no se ha defendido?

El que quiso afianzar
sus charreteras en Quero,
apenas oyó los tiros
para correr fué el primero.

Díganos, mi coronel,
ya que Ud. es tan **bragado**,
¿por qué ha corrido de Quero
como si fuera un venado?

12.—Cantares restauradores del Sur

Al mando del General Salazar, la expedición del Sur avanzó desde Loja. Luchó en el valle del Paute contra las tropas dictatoriales que comandaba el General José María Pesantes. Los fuegos de éste fueron burlados por los restauradores, llegando a bromearse el caso en esta copla:

Es tanta la valentía
de mi general Pesantes,

que ha destrozado a balazos
todas las peras del Paute.

De paso hacia el norte, las tropas sureñas vencieron la resistencia gobiernista del señor Hermida, en la sección de Cañar. Hermida perdió en la contienda la pierna y el armamento de su tropa. De ahí esta comunicación:

Dígame, señor Hermida
¿qué es lo que le ha sucedido?
Con sus bravos cañarejos
pierna y bagaje ha perdido.

13.—Cantares restauradores del Norte

Las tropas restauradores del Sur se unieron a las del Centro y marcharon hacia Quito. A su vez las del Norte tomaron igual dirección, con Landázuri, no sin lamentar la derrota del General Rafael Barriga en Tabacundo, el 31 de diciembre de 1882. Este último jefe restaurador, a la cabeza del batallón "Número Segundo", no se desalentó de ningún modo, y sus escuadras optimistas saludaban al nuevo año:

Ya pasamos la quebrada
del famoso Tabacundo,
derramando fuego y sangre:
¡Viva el "Número Segundo"!

La ciudad de Quito fué sitiada por los revolucionarios de la Restauración. La más tremenda batalla se libró en plena urbe el 10 de enero. A la cabeza de las fuerzas del Gobierno dictatorial luchó la valiente y sin par Marietta de Veintemilla, sobrina del Dictador, llamada desde entonces "la Generala".

En esta contienda, desfavorable a la Dictadura, jugaron gran papel los "Tiradores del Norte", cuerpo integrado principalmente por dictatoriales de Tulcán, de quienes se cuenta que en el fragor de la batalla solían recordar su copla:

Aunque me vengan mil muertes
en mi puesto me verán,
porque el honor vale mucho
para un bravo de Tulcán.

A la usanza de la época, después de la batalla, vencedores y vencidos se entregaron al saqueo; pero los versos acusaron solamente a los segundos, principalmente a los "Tiradores del Norte":

Tiradores del Norte
de ña Marietta,
más tiraron las uñas
que la escopeta.

Tiradores del Norte,
las armas dejen,
y en las tiendas las uñas
más bien manejen.

14.—Cantares restauradores de la Costa

Una vez tomada la Capital de la República y con ella, toda la Sierra ecuatoriana, los contingentes restauradores acudieron a la rendición de la Costa y la toma de Guayaquil, tarea sostenida por Eloy Alfaro desde el comienzo de la guerra.

A la hora del cercamiento del Puerto, los revolucionarios relataban:

Llegamos a San Antonio
con placer, gusto y valor;
pasamos a la Sabana
en busca del Dictador.

Pero Veintemilla resistió cuanto pudo, atrincherado en el cerro de Santa Ana, de donde tuvo que apelar al Banco del Ecuador para fugarse con una buena suma de pesos. La copla entonces dijo:

Supuesto que fué valiente,
¿por qué no bajó a la pampa?
No atrincherado en el cerro,
echando mano a la plata.

15.—La cuarteta de la caída del Dictador

La caída del Dictador se operó en medio del beneplácito general. Los restauradores celebraron el acontecimiento con esta cuarteta:

Si quieren saber, señores,
la suerte de Veintemilla,
los bravos restauradores
le bajamos de la silla.

16.—Epílogo de los cantares de la Restauración

El triunfo restaurador dejó al país con tres gobiernos: uno en Quito, otro en Guayaquil y otro en Cuenca. Esta repartición del poder, a los ojos del pueblo no era gobierno. La copla decía así:

Dicen que es cosa muy buena
eso de tener gobierno;
pero lo que es en mi tierra,
cuando haya lo sabremos.

La Asamblea Constituyente fué convocada por los tres gobiernos. En ella triunfó la abrumadora mayoría conservadora. El pueblo amargado, más que por el retorno del poderío clericalista, por las consecuencias de la sangrienta guerra, reflexionaba con su dialéctica sabia:

La suerte de los soldados
es destrozarse en la lid;
otros hacen de sus cuerpos
escalas para subir.

De tantas revoluciones
el pueblo nada aprovecha;
él solo siembra su sangre
y otros hacen la cosecha.

VI

RECADOS DE LA REPUBLICA

Segunda Parte

1.—El negociado de la Bandera

Militarismo, clericalismo y tradicionalismo, en maridaje despótico, gobernaron el Ecuador durante 64 años. Este período intransigente se volvió ya insoportable a los imperativos de la democracia. Y de la misma manera que la invasión napoleónica fué el resorte decidor para la emancipación hispanoamericana, así también una oportunidad insospechada derrumbó el andamiaje del conservadorismo dominante.

So pretexto de reforzar las armas para la defensa de nuestro Oriente y de reafirmar la amistad con Chile, el Gobierno del doctor Luis Cordero medió en un negocio internacional de ese país con el Japón, sin prever que con ello se hería gravemente el decoro y el patriotismo nacionales, a la vez que se preparaba la fosa para su propio entierro. La acción era suicida...

Chile vendió al Japón, en guerra con la China, su crucero "Esmeralda", por la suma de doscientas veinte mil libras; mas como ese país había declarado antes su neutralidad, buscó un intermediario y lo encontró en el Ecuador. El trato lo llenó directamente el ex-Presidente Caamaño, con la aquiescencia del Gobierno y su Gabinete, y con la obligada intervención de Noguera, cónsul del Ecuador en Valparaíso.

Según era juicio corriente y la historia no ha llegado a desdecir, Chile negoció el crucero en doscientas veinte mil libras, y el intermediario directo, en nombre del gobierno de su país, entregó el buque al Japón por el valor de trescientas mil libras, despachándolo con la bandera ecuatoriana. La utilidad, que no sabía el gobierno ecuatoriano, iba a ser de ochenta mil libras; pero esta ganancia se esfumó en la nada, porque de inmediato surgió la protesta nacional que volcó el orden político desde el Gobernador hasta el Gobierno.

Ante esta situación creada por la "argolla", el pueblo ecuatoriano compuso una copla que la cantó día y noche, con la severidad del juez:

Ladrones los de la argolla,
vendieron nuestra bandera,
y nos salen con la farsa
de que fué la de Noguera.

2.—Cantares contra el Viejo Luchador

El régimen de la deshonra nacional cayó sancionado por la revolución liberal-radical del 5 de Junio de 1895. El General Eloy Alfaro fué proclamado Jefe Supremo, y la lucha entre leales y rebeldes se desplegó entre disparos de fusiles y de coplas.

Los primeros tomaron rumbo hacia la Costa y los segundos hacia la Sierra, resueltos al choque marcial de sus principios políticos. Aquellos iban azuzados por los personeros de la religión que, olvidándose del masonismo libertador, condenaban a Alfaro por masón. Su copla alusiva decía entonces:

A la guerra voy con gusto
dejando a quien mi alma estima,

para pelear contra Alfaro
que dizque es masón de Lima.

Los civiles conservadores, a su vez, entonaban este voto de fé:

Cuando yo me esté muriendo
pondránme un Cristo en la mano:
como no soy alfarista,
moriré como cristiano.

Empero, los mismos, encendían la alarma sobre la base de un anhelo fingido:

Quisiera ver a Alfaro
mandando en Guayaquil,
y a todo fraile y monja
de estopa de fusil.

3.—Cantares alfaristas

Las tropas de Alfaro, ya se dijo, marcharon hacia la Sierra. Aquí las esperaban las de Sarasti, Director General de la Guerra leal. Entre tanto, el pueblo guayaquileño, partidario del caudillo liberal, entonaba su cantar:

Con Alfaro por la Sierra
los patriotas marchan ya
y Sarasti en las trincheras
temblando de miedo está.

En Gatazo triunfó el ejército revolucionario y el Jefe del Radicalismo avanzó victorioso a la posesión de la Capital. La gente serrana, a la aproximación del vencedor, decía:

Ya viene don Eloy Alfaro
del pueblo de Guayaquil
y en el maletero trae
el matrimonio civil.

En verdad, el matrimonio civil era parte de su programa político; pero la ley se expidió en la administración siguiente que correspondió al General Leonidas Plaza Gutiérrez.



Después del afianzamiento del Gobierno Radical, la popularidad de Alfaro se hizo presente en los grandes círculos de la Sierra y de la Costa. En los primeros era corriente lanzar al aire esta copla:

La ropa de Eloy Alfaro
no se lava con jabón,
se lava con **chaguarango**
y sangre del corazón.

Los otros la repetían con una variante de significación:

La ropa de Eloy Alfaro
no se lava con jabón,
se lava con **agua e rosas**
que alegra el corazón.

4.—La canción del "Curuchupa"

Al término de su primera Dictadura, Alfaro fué elegido Presidente de la República para el período de 1897 a 1901. Durante este lapso, Sarasti fué el Jefe de la rebelión con-

servadora. Y fué vencido por los coroneles Flavio Alfaro y Julio Andrade, primero en Guangoloma y luego en Sanan-
cajas. Estos hechos recuerda la Canción del **Curuchupa** que
conserva el folklore literario de la Provincia de Tungura-
hua. Héla aquí:

En las llanuras del Chimborazo
do sólo crecen áridas pajas,
tendió la muerte su negro brazo
tomando el sitio de Sanancajas.

Día horroroso, temible día
en que el destino quiso sellar
con sangre humana la tiranía
del que por fuerza quiso mandar.

De frente a frente los enemigos
desesperados por combatir,
cada soldado toma consigo
de su héroe el lema: "Triunfo o morir!"

En la quebrada de Guangoloma
en que pelearon con gran furor,
quedó empañada la cinta aurora,
hermoso emblema conservador.

Sobre la arena grabé mi nombre
y un leve viento lo arrebató:
pasaron días, pasaron meses,
pasaron años y no volvió.

5.—Regionalismo de la guerra civil

Al General Alfaro le sucedió, en la segunda administra-

ción, el señor Lizardo García, hombre achacoso que murió al comienzo de su gobierno. Y mientras agonizaba el Presidente, dos revoluciones liberales se pronunciaron en Esmeraldas y Guayaquil, con Flavio Alfaro y Pedro J. Montero, respectivamente.

El Encargado del Poder, doctor Carlos Freile Zaldumbide, por intermedio del Jefe del Ejército, General Leonidas Plaza Gutiérrez, combatió rudamente a los revolucionarios que, unidos en una sola causa ya, ponían a la Costa frente a la Sierra. En cierto modo ésa era una guerra regionalista, y entre sus hombres brotaron los cantos regionalistas también. Se atribuye a los esmeraldeños esta copla montuvia:

Como en tiempo e' los cristianos
ha de **morí** mucha gente;
la balá busca al serrano
como el palo a la serpiente.

Los serranos, por su parte, cantaban alusivamente:

Ya vienen los **monos**
de la loma arriba
y el **mono** más viejo
viene boca arriba.

Mamita, mamita el **mono**.
Si este **mono** se muriera,
capaz que me lo comiera,
capaz que me lo comiera,
revuelto con **arroz seco**
la parte de la cadera.

6.—Después de la muerte de Alfaro

Los revolucionarios unidos de la Costa proclamaron la Jefatura Suprema de Eloy Alfaro. La revolución fracasó y los jefes vencidos fueron inmolados brutalmente por las masas vengativas de Quito. Pero el recuerdo heroico del Viejo Luchador quedó vibrando de varios modos sobre el cielo de la Patria. En Esmeraldas se le recordaba al guerrero en coplas como ésta:

Alfaro trajo un cañón
de la misma Inglaterra,
que cada vez que dispara
hace temblar la tierra.
¡Ayayay, guacuco!
¡La escopeta y el trabuco!



Tras de la tragedia alfarista, Plaza volvió al Poder y en casi toda su administración fué estorbado por las rebeliones liberales de Carlos Concha y sus negros macheteros, atrincherados en las montañas de Esmeraldas. Entonces los soldados de color cantaban a su Jefe:

Carlos Concha e' mi papá,
bajao desde el infinito;
si Carlos Concha se muere,
el negro queda solito.
¡Ayayay ea!
¡La papaya y la badea!

7.—Trovadores y defensores de la frontera

Empezó 1941 con un sino de amenazas contra el Ecu-

dor. Amenazas injustas, nacidas del caos mundial! Pues mientras Europa y América luchaban en la hecatombe universal por "salvar la Democracia", el Perú se alistaba para invadir el suelo ecuatoriano, seguro de la superioridad de sus armas.

De lo que sucedía en la diplomacia de los dos países limítrofes, lo sabía solamente el gobierno del doctor Carlos Arroyo del Río, y de lo que ocurría en las fronteras del Sur y del Oriente, eran testigos y actores los soldados de las guarniciones que fueron situadas como vigías y defensoras del patrimonio patrio.

Nuestros soldados de la frontera sabían que el enemigo iba apuntalando la amenaza y que aún había invadido ciertos sectores del territorio nacional. Entonces un cabo Tobar decía a sus camaradas de armas:

Lo heredado y bien habido
dan salud, dinero y amor;
pero lo mal adquirido,
lo robado y sin honor,
dan gusano y podrido...

Luego, dirigiendo una broma al sargento Santander, agregó:

Estando Dios aburrido,
y no teniendo qué hacer,
hizo de barro podrido
al sargento Santander!

Repartidas en diversos cuarteles, las tropas ecuatorianas soportaban la amenaza de la desigualdad de armas, de las privaciones existenciales y del alejamiento desfavorecido materialmente al que habían sido reducidas. Y allá, en esos

retiros donde el sentimiento de Patria latía en plenitud, la guitarra era la mejor compañera y la canción el mejor desahogo.

La guarnición de Zarumilla concursaba sus cantares, y en lucha de payadores, unos y otros decíanse las verdades de la hora agitada. El soldado Hernández, a guisa de “sal quiteña”, cantaba:

Carne de tigre y venado,
fritos de loro y de mono,
cebiche de lagartija,
aquí se come de todo!

Un compañero suyo, llamado el “Gato Hernández”, agregó:

Soldados que no se quejan
del rancho, el hambre ni el agua;
soldados de la frontera
que ofrendan su vida entera!

Mientras los amos de arriba,
sordos, ciegos y sin Patria,
en teniendo la quincena
sólo piensan en su cena!

La sátira contra los altos Jefes del Ejército y contra el mismo Gobierno, arrancó un estruendo de aplausos. En seguida, en un complemento de entusiasmo lírico, el soldado Borja agregó:

Estas coplas acabemos,
pues al frente está el peruano,
preparando, lo sabemos,
para el próximo verano...

El ataque "combinado",
para robarnos El Oro,
cuando de Quito le avisen:
"Amarrado ya está el toro!"

Las verdades iban saliendo fuera del freno de la censura, a merced de las improvisaciones copleras. Y con un último cantar, cerraron la sesión trovera, entonando el "Himno del Zarumilla" que los mismos soldados lo habían compuesto y musicalizado en **minga** patriótica:

Zarumilla y Palmales,
Hualtaco, Chacras, Huaquillas,
La Faical y Balsamales,
nunca caerán de rodillas;
pues formando un eslabón
con El Cruce y Rancho Chico,
Poza del Caucho y Carcabón
está también Balsalito.

Quebrada Seca es el muro
en que han de estrellarse en combate,
los limeños y el **guayruro**,
cuando el "Cayambe" les plante!
La "Sucre" irá cañoneando
al invasor fratricida,
y el "Montecristi" atacando,
lo arrojará a su guarida!

Peruanos, malos vecinos,
de la América los Caínes:
nuestros montes y caminos,
vosotros, cual si mastines
ebrios de loca ambición,

ya queréis que os los rindamos
pisoteando la tradición
que de la España heredamos!

Con sangre del pueblo heroico
se regará esta montaña,
y con valor firme, estoico,
clamarán, para el mañana,
con voz de trueno y rugido:
—Por nuestro honor ofendido,
Venganza, americanos!—
Todos, montuvios, serranos:
—Por nuestro honor ofendido,
Venganza, ECUATORIANOS!

La invasión se consumó. En vano los cielos ecuatorianos que oyeron esas voces, repetían: “Por nuestro honor ofendido, venganza ¡oh americanos!”. Pues con la aceptación de las potencias de América se firmó el nefasto Protocolo de Río de Janeiro. Hoy tal vez sólo queda la última parte del Himno: “Por nuestro honor ofendido, venganza ¡OH ECUATORIANOS!”.

PRESENCIA SOCIO - GEOGRAFICA

VII

RECADOS DE LA VIDA NACIONAL

Primera Parte

1.—Cantares del exilio

Remedio favorito de nuestros gobiernos para verse sin estorbos políticos, ha sido el destierro, sobre todo desde que se abolió la pena capital. En vano los opositores clamaban la buenaventura de la Patria o de sus compatriotas! En vano decían que sus rebeldías querían únicamente el bienestar nacional!

Uno de aquellos desterrados del Ecuador, dejó a la posteridad su grito de dolor en esta copla:

¡Adiós padre y madre mía,
hijos y esposa y hermanos!
Porque idolatro a mi Patria
me arrojan a suelo extraño.

Antes del destierro era costumbre amedrentar a los presos políticos con grillos y cadenas. Y después, la ausencia del hogar y de la tierra fueron también grilletes que oprimían el corazón. Es sabido que Montalvo lloró alguna vez al golpe de la nostalgia de los ilustres varones.

De los desterrados ecuatorianos son los cantares que siguen:

Ausente de mi Patria,
cautivo en tierras ajenas,
lloro mis acerbos males
al compás de mis cadenas.

Hecho trapos mi vestido,
muerto de hambre y de congoja,
triste proscrito, recuerdo
las dulzuras de mi choza.

Para el triste desterrado
no hay más que recuerdos tristes:
para todo gusto es muerto,
para el pesar sólo vive.

Como Montalvo, muchos desterrados buscaron asilo en la vecina República de Colombia. Uno de éstos cantaba así:

Río abajo, río arriba,
me voy por el Magdalena,
llorando con desconsuelo,
huerfanito en tierra ajena.

Pero el deseo máximo del desterrado que no se acomoda en tierra extraña, ¿qué podía ser? Nada más ni nada menos que lo que estas otras coplas dicen:



Fortuna, ¿a qué me trajiste
de mi tierra para acá?
Yo no nací para ausente,
vuélveme a llevar allá.

El regresar a mi tierra
es mi único frenesí;
toda mi dicha se encierra
en la tierra en que nací.

2.—Declaraciones cívicas

En nombre del sufragio universal, el Ecuador ha tenido elecciones directas desde los comienzos de su vida republicana. El pueblo ha intervenido en ese torneo cívico, aunque sugestionado por los que esclavizan su conciencia o explotan su ignorancia. Entonces el triunfo ha sido de aparente legalidad, cuando no ha mediado el fraude electoral.

Sin embargo no faltó el poeta del pueblo que comprendió su incapacidad para el voto consciente y le dijo en verso a su compinche:

Anda tú darás el voto
por quien la gana te dé:
yo no voy, pues no soy tonto
para hacer lo que no sé.

Siempre el voto popular ha sido el alarde de los ungidos. Sobre todo los Presidentes electos han declamado esa "popularidad", sin que el pueblo sepa lo que hizo al votar, ni qué clase de sujeto es el que le va a gobernar. De ahí vino este hermoso símil:

Pescador, echa el anzuelo
sin saber qué ha de salir:

así el pueblo echa su voto
Presidente al elegir.

3.—Lo que dijeron en amor serranos y costeños

De repente, el regionalismo entre la Sierra y la Costa ecuatorianas se refundían en desdenes de amor. La copla que sigue debió nacer del desprecio o indiferencia de una campesina de la Costa a las solicitudes de un serrano:

Yo le dije a una **montuvia**
que se dejara querer
y no sé por qué sería,
no me quiso responder.

Otra vez la galantería del costeño se desenvolvió en este diálogo:

—¿Qué vendes tú, serranita?
—Señor, yo vendo pancito.
—Si te me das de **vendaje**,
yo te lo compro todito.

4.—Pasquines regionalistas

Muchas veces el regionalismo entre la Sierra y la Costa del Ecuador, abandonó su sentido edificante para batirse en el insulto. Sin duda, la cuarteta que viene fué para un costeño que llegó a Quito, ansioso de curarse su tuberculosis al conjuro de las bondades climatéricas del Altiplano. El cantar dice:

Un esqueleto vestido
andaba en la Calle-Angosta;

viéndole bien había sido
un tísico de la Costa.

Otra copla indolente, en caso igual, expresa:

Si la **pepita** ya está
que no se cura en su tierra,
lo mismo es toser allá
que toser aquí en la Sierra.



Los habitantes de la Costa, a su vez, ridiculizaron a los de la Sierra, mediante versos como éstos:

Un serrano fué a Bodegas
con venta de mantequilla,
y todo su cargamento
cambió con fiebre amarilla.

Anoche, en media Sabana
encontré un bulto tendido;
pensé que era una marrana,
y una serrana había sido.

5.—Raza, linaje y amor

Los españoles de la colonia dejaron entre nosotros una escala oprobiosa de clases sociales, cuyos prejuicios repercutieron principalmente en los campos del amor. Mas no siempre la tradición del linaje triunfaba. Algún blanco o mestizo que rompió la consigna establecida, explicó su caso así:

Yo me enamoré de una negra
y con ella me casé;

pues dentro del cuerpo negro,
una alma blanca encontré.

Para esas señoras de copete que esconden sus vicios o sus defectos bajo la tela de un apellido sonoro o de una tradición señorial, el pueblo compuso esta comparación romancesca:

Hay señoras que tienen
el alma negra,
y hay **chol**as con el alma
como una perla.

Son frecuentes las ocasiones en que el ricacho o potentado conquista a las hermosas hijas del pueblo, a merced de la rijosidad del dinero; pero hay casos en que el reproche le sale al encuentro, increpadoramente, como se puede ver:

No piense que con su plata
ha de conseguir mi amor;
pues aunque soy **chola** y pobre,
yo también tengo mi honor.

Y como para rematar la misma escena se compuso la copla que sigue:

Para la **chola** el **cholito**,
para señora el señor:
váyase caballerito
a otra parte con su amor.



Muchas señoritas que escogen el linaje para correspon-

der en el amor, de repente reparan la "mancha" de la sangre del papá o de la mamá del pretendiente, para contradecir a veces a los impulsos naturales del corazón. Para ellas se hizo esta copla:

Me desprecias, porque dices
que una **chola** me parió;
pero dime, ¿no naciste
lo mismo que nací yo?

Esta ironía se compagina con esta otra:

¡Ay! dices que no me quieres
porque soy de sangre baja;
si quieres querer a reyes,
cuatro tiene la baraja.



La lucha antagónica de carácter amoroso, por la condición social, existe también entre la gente de la urbe y del pueblo y entre esta última y la aldeana o campesina, aunque en limitada escala ahora. La excepción de ayer se justificó en esta cuarteta:

Mi novia es una **chagrita**
hermosa como una estrella,
buena como una santita,
y yo me muero por ella.

Fuera de las conquistas abusivas de amos o patrones que ejercitan con las mujeres de la servidumbre, existe una abultada muralla social para el amor entre el señor y la sirvienta, llamada **china** en el Ecuador. Pero un amador rompió este prejuicio y lo declaró de esta manera muy ingeniosa:

Estoy queriendo a una **china**
que no es china de nación;
es china, porque rechina
por ella mi corazón.



El negro es apto para las más arriesgadas empresas. En la independencia de Hispanoamérica alcanzó generalatos, y hoy no son hechos extraños los enlaces matrimoniales entre negros y blancas o viceversa, de lo que, en cuanto al ayer se refiere, el recado comunica:

Una rubia se casó
con un negro colorín
y los hijitos nacieron
del color del aserrín.

6.—Otros cantares del amor

El campo más fecundo de los cantares es el amor y sus pasiones derivadas, que ora son celos y desengaños y ora quejas y promesas, cuando no se ofrece el cielo en la mano. Una estadística de coplas en nuestro país daría más del noventa por ciento a los fueros de Venus y Cupido.

La cita de los enamorados, a la costumbre de nuestro pueblo, es patética y elocuente en estas estrofas:

Vendráse a la oracioncita
y toseráme no más,
que en la puerta de la calle
aguardando le he de estar.

Si alguno viene detrás
y usted acaso lo ha sentido,

hágase el desentendido
y toseráme no más.

No se vaya a descuidar,
pues es cosa que conviene;
y así, mientras usted viene,
aguardándole he de estar.

Cuando la cita no es posible por razón de distancia, de impedimentos o cualquiera otra causa, la carta mensajea el sentimiento de los enamorados. Seguramente, uno de los amantes debió faltar a su compromiso, para que la parte agraviada diga esto:

Una carta te escribí
con más suspiros que letras,
y he sido tan infeliz
que no he tenido respuesta.

Las coplas que anteceden, bien no pudieran ser de origen ecuatoriano, pero viven arraigadas en el alma de nuestro pueblo. En cambio estas otras llevan por entero el sello dialectológico del Ecuador:

Te casaste, ¡caramba!
ya te casaste;
¡ayayay! linda zamba
ya te **fregaste**.

Zamba, zamba del diablo
ya no te quiero...
¡Caramba! qué es lo que hablo:
¡Por tí me muero!

Dile a **taita curita**
que te descase,
¡ay, caramba, zambita!
y a mí te pase.

La variedad de cuartetas es incalculable; mas para ser
prontos, recordemos aquella cancioncita que más parece un
juego de amor, semejante a la "Pájara Pinta" o "Matantiru-
lirulán" del corro español presente entre nosotros. Se inti-
tula: "Denme maridito":

Denme, denme, denme
pronto un maridito,
sea de levita,
sea de ponchito.

Denme, denme, denme
pronto un maridote,
sea un caballero
o un **yana cogote**.

Denme, denme, denme
cualquier animal,
antes que me vuelva
perra con el mal.

Denme, denme, denme,
quiero ser casada;
porque no me caso
vivo renegada.

Denme, denme, denme
cualquier compañero:
si ahora no me caso,
mañana me muero.

7.—Promesas, razones y quejas

Los aspectos de la vida ecuatoriana que matizó nuestros cantares son polícromos y auténticos. Recordemos un caso: el **concertaje** fué carga fatal y legal que pesó sobre nuestros indios hasta hace poco tiempo. Consistía en alquilar los servicios a un hacendado o terrateniente, previo contrato celebrado ante una autoridad que ponía su esbirrismo a las plantas del gamonal. El contratado se llamaba **concierto**, y en la vida era una especie de esclavo porque volvía a **contratarse** antes de concluir el servicio del contrato anterior, para morir dejando a veces la deuda sobre los hombros de la familia.

Este achaque histórico social ecuatoriano movió al poeta del pueblo a ofrecerse en concertaje de amor a la mujer amada:

Si quieres, donde el **Teniente**
te haré el papel de **concierto**
y me tendrás **concertado**
de vivo y después de muerto.

Una manta o chal de flecos largos y listas vivas que usan las mujeres del pueblo azuayo de preferencia, se llaman **macanas**. Sobre todo las **cholitas** cuencanas, ponderadas por sus atractivos físicos, usan tal prenda, simulando una flor regional. Probablemente por una de esas mujeres fué inspirada esta copla:

Cuando pasa la bonita,
la de **macanita** azul,
mis ojos le van siguiendo
y el pecho dice tul-tul.

En los campos del amor, el hijo del pueblo —y aún el hijo del señor— no siempre alcanza la venia de los padres de la presunta novia, y al verse obstaculizado por esa causa, como ayer, el amante hace esta declaración:

Hago muy bien en querer
con mi gusto y con mi gana:
en eso no tienen parte
ni tu **taíta**, ni tu **mama**.

Tanto el indio como el mestizo campesino tocan el **rondador**, instrumento de cañas escaladas muy adecuado para las piezas tristes. Por eso el bardo anónimo legó esta confesión:

El **rondador** en la boca,
me voy por el callejón,
a ver si se van las penàs
de mi pobre corazón.

8.—El dinero y los celos

El celo de marido a mujer es moneda corriente en el pueblo, y los maridos celan hasta como medida de avivar el amor de las esposas. Sin duda es mujer la que compuso esta copla, para decirle al marido que el celo no compete al que se olvida de sus obligaciones hogareñas:

Celando siempre vives,
pero nunca me das **medio**,
como si los celos fueran
de mi pobreza remedio.

Fuera de los celos pasajeros, hay otros que trascienden

a traición y ocasionan el escándalo social. El hecho se llama, en expresión popular. “poner cachos”, “poner cuernos” o “cuernear”, lo mismo que se alude en la redondilla que viene; pues la **bocina** es, precisamente, un instrumento de cuerno de ganado vacuno que se toca para conducir al mismo.

Por tu causa gran cochina,
ya está el pobre al expirar,
y mañana a sepultar
le han de llevar con **bocina**.

El poeta de esta copla quiso decir que el moribundo esposo de la mujer infiel, iba a despedirse del mundo “adornado de cuernos”, según el modismo vulgarizado. Y quién sabe si por los caminos de esa tragedia conyugal transitó también don Dinero.

9.—El precio de las mujeres y los hombres

En sus cantares, al son del arpa o la guitarra, de repente los músicos del pueblo estipulan el precio de las mujeres. De niños oímos esta gradación literariamente precisa:

Las solteras son de oro,
Las casadas son de plata,
las viudas son de cobre
y las viejas de hojalata.

La parodia surtió fresca en la provincia del Cañar, aunque acomodándola al sexo feo que se consuela con este adagio: “El hombre mientras más oso es más hermoso”. La parodia en cuestión dice:

Los de Quito son de lino,
los de Ambato de algodón,

nosotros los cañarejos,
ladrones del corazón.

Pero vamos con el precio de las mujeres. Alguna vez el poeta quiso ridiculizar a alguna solterona o viuda próxima a la vejez, y el precio que la puso bajó a la última cuantía:

Vejarrona de cincuenta,
trasto viejo de **estanquillo**,
aunque te pongas de venta
quién te ha de dar ni un **cuartillo**.

Ahora volvemos al precio del hombre, como una tragedia familiar que se fué y no deja de estar presente en muchos hogares pobres:

La mujer enferma en cama,
los hijos llorando de hambre,
yo sin **calé** en el bolsillo:
¡Qué suerte tan envidiable!

10.—Otros precios en verso

Nada es tan amargo como el pan ajeno, repite el hombre sin cesar. Y en relación con esto mismo, el pueblo expresó en su cantar:

Quinquin cucho vale mucho;
cualquiera en su pobre casa
qué contento que se pasa
con su **mashca** y su **cariuchu**.



En campos y pueblos serraniegos hay músicos que andan de fiesta en fiesta. Generalmente tocan de balde, como gratificación o **jocha** o en desquite de lo que comen, beben y fuman. Pero alguno de estos artistas no estuvo conforme con las atenciones que le prestaran y reflexionó de esta manera:

Ser músico en este pueblo
es ser loco o muy sencillo,
pues pagan por noche y día
un trago y un **papelillo**.

11.—El “Costillar” y el “Mashalla”

Se sabe que el **costillar** fué un fandango español; pero más tarde, en las décadas idas de nuestra República, letra, música y baile, en una sola trinidad de regocijo, constituyeron el mejor número de las fiestas privadas del pueblo ecuatoriano.

La copla recuerda el costillar en todo su valor fandanguero:

Cuando yo toco en mi arpita
el tono del **costillar**,
hasta **mama** abuelita
sale al momento a bailar.

Pero en las diversiones campesinas de la Sierra fué más corriente el **Mashalla**, término quichua traducido por “yernecito” o “yerno mío”. Es una dramatización epitalámica que se desarrolla al son de una música triste que se diluye como narcótico entre los asistentes, para reventar la paradoja del buen humor.

La madre de la recién casada inicia la melopeya casera,

al son de cuartetos en serie que terminan con un estribillo que, en buen romance, se traduce por "yernito, yerno mío!; nuerita, nuera mía!".

He aquí el **Mashalla** en acción:

Señores, muy buenos días.
Alabado sea Dios.
Al noble auditorio
le pido atención.

Y también le pido,
me ha de dispensar
que a mi prenda amada
venga aquí a buscar.

Por acá, señores,
se me ha noticiado,
que una hijita mía
se me ha cautivado.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

La hija se presenta ante la madre y le oye esta lección:

Al fin ya te encuentro,
aunque cautivada.
Me has dejado sola,
¡oh mi prenda amada!

Pues ya te has casado,
tendrías razón;
ahora cumplirás
con tu obligación.

En el santo estado
que elegisteis vos,
marido y mujer
serviréis a Dios.

Este duro estado
no es fácil cortar:
sólo el Dios del cielo
lo ha de remediar.

Es un grande barco
cargado de males;
para ambos casados
todos son iguales.

Este sacramento
siempre ha de durar,
y sólo la muerte
lo ha de terminar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Después de esta piadosa explicación sobre el significado del matrimonio a la luz de las tradiciones y las creencias religiosas, la madre se concreta a darle las instrucciones y consejos que la hija necesita, a su modo de ver, para que se desempeñe como buena esposa:

Hijita querida,
te quiero advertir
que sólo a tu esposo
tienes que servir.

Todas las mañanas
has de madrugar,
a ver la cocina
y hacer almorzar.

Cuando va al trabajo
fatiga a sufrir,
con el desayuno
a buena hora has de ir.

Todos los domingos
ligerita acude
con la ropa limpia
para que se mude.

Como una balanza
te has de manejar,
para que tu esposo
no tenga que hablar.

Nunca a tus amigas
has de visitar
por contar tus penas
y triste llorar;

porque esas amigas
te han de murmurar,
pues son cuchillitos
que saben cortar.

Las necesidades
mejor es callar;
sólo Dios lo puede
todo remediar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Luego le aconseja que, por el matrimonio religioso, ella es parte de un lazo indisoluble y la llamada a desempeñarse con "amor y respeto" al esposo. Y así le dice:

A tu amado esposo
nunca celarás,
y cualquiera falta
disimularás.

En esto de celos
piense la mujer
que al mejor marido
lo puede perder.

Enredos ningunos
no sepas oír;
lo que Dios ha unido
suele desunir.

Con tu amado esposo
nunca porfiarás,
y con este modo
vivirás en paz.

Amor y respeto
siempre lo tendrás,
y a él tan sólo en todo
te sujetarás.

En todo prudente
te has de manejar;

y así de tu esposo
te harás estimar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

La amable consejera, ahora se dirige al yerno, y ella le dice lo que olvidó el sacerdote o sembró en el viento de sus latinismos intraducibles para los esposos.

Hijito de mi alma
te quiero advertir,
que a San José igual
procures vivir.

Ya que eres mi yerno
te voy a encargar
qué a mi amada hijita
me la has de estimar.

Como hombre prudente
te manejarás,
y cualquiera yerro
le dispensarás.

Como mujer débil
ella puede errar;
con palabras dulces
le has de amonestar.

Con el buen esposo
hay felicidad,
y en la casa no entra
la necesidad.

Con el mal esposo
no hay buen matrimonio;
con Dios todo es bueno,
no con el demonio.

Cristo con su Iglesia
nos sabe enseñar:
de casados dignos
es buen ejemplar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Pero como el yerno es la llave principal para la felicidad del nuevo hogar, la madre política sigue:

¡Ay, hijito mío!
No te digo en vano:
vive con tu esposa
como buen cristiano.

Jamás en tu casa
amigos admitas,
que a inquietar te vayan
dándote copitas.

En casa de juego
jamás entrarás,
pues cuanto has buscado
allí perderás.

Tus malos amigos
llevarte querrán,
y sin compasión
te desnudarán.

Trabajando mucho
siempre has de vivir,
y como hombre honrado
así has de adquirir;

pero lo que ganeš
con tanto sudor,
en juegos no botes,
ni en tomar licor.

Los muchos engaños
que este mundo tiene,
como hombre juicioso
que evites conviene.

De malas palabras
guardarás tu boca,
pues la mala lengua
los pleitos provoca.

Para lo que es malo
ojos no tendrás,
y los dos oídos
también cerrarás.

Con otras mujeres
no quieras meterte;
con la tuya sólo
vive hasta la muerte.

Como hombre virtuoso
te has de aconsejar,
que por buen camino
te sepan guiar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

A continuación de los consejos individuales a los desposados, la buena mujer los junta a su lado, como una sacerdotisa, para hablarles de los deberes para con los hijos. Y en esta aula, la estúpida tradición colonial se impone todavía, negándose la escuela al retoño femenino. ¡Ah!, se decía hasta hace poco que el saber leer y escribir perjudica a la hembra, porque ése es un recurso diabólico para "cartearse con los enamorados".

La maestra de este drama inicia su nuevo discurso con una hermosa paradoja que abre paso a los demás consejos:

Que habéis de ser padres
es cosa segura;
los hijos dan gusto
con mucha amargura.

Con mucho cuidado
habéis de criarlos;
desde antes que nazcan
a Dios entregadlos.

De todos los vicios
los sabréis guardar,
y desde chiquitos
sepan trabajar.

Temprano a la escuela
el varón irá;
la hija de la madre
no se separará.

Todos viviréis
de Dios con temor,
pidiendo a la Virgen
que os dé su favor.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Dentro de los fueros de sentido religioso, la buena madre de estos consejos epitalámicos, extiende su sermonario hogareño también a los padrinos del matrimonio, que allí están presentes en otra pareja conyugal. Para ellos este recado:

Señores padrinos,
como bien casados,
daréis buen ejemplo
a vuestros ahijados.

Si ustedes reparan
que lo pasan mal,
a ustedes les toca
ponerlos en paz.

De mi parte pido,
suplico a los dos,
que a pasar lo enseñen
como manda Dios.

De estos tiernos novios
espejo serán:
para ser dichosos
en él se verán.

Ya he dicho a mis hijos
muy buenas razones;
¡ojalá guarden
en sus corazones!

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Toca ahora a los recién casados disponerse a la partida, para recogerse en el nuevo nido que en el noviazgo lo prepararon. Les toca ya iniciar la vida en hogar aparte, lejos o cerca de las casas paternas. Hija y madre entonces se despiden así:

—Adiós, madre mía,
digo con dolor;
adiós, mi consuelo,
adiós, pues, mi amor.

—Adiós, hija mía,
por quien tanto lloro;
adiós, pues, mi joya,
mi rico tesoro.

—Adiós, mi mamita,
adiós mi respeto;
de sus tiernos brazos
llorando me ausento.

—Adiós, pues, mi hija,
adiós, corazón,
adiós, mi amorcito,
adiós, mi pasión.

—Adiós, pues, mamita,
deme ya su abrazo;
de usted se separa
otro dulce lazo.

—Adiós, vida mía,
adiós, ya te vas;
de esta pobre madre
no te olvidarás!

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

En última instancia se presenta el padre de la desposada. En seguida la madre dispone:

Ahora ante los padres
hínquense los dos,
como si estuvieran
delante de Dios.

Besen cada uno
humildes la mano;
la bendición pidan
con modo cristiano.

Los jóvenes esposos así lo hacen, para recibir inmediatamente las cruces de sus íntimos mayores:

—Hijos, yo os bendigo
como padre vuestro,
en el nombre santo
de Dios Señor nuestro.

—Hijos, yo os bendigo,
como vuestra madre,
en el santo nombre
de Dios nuestro padre.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**



Hemos transcrito todo el texto de esta **melopeya casera**, como la hemos llamado, por la musicalización total, porque la pieza sintetiza una fase importante de la vida nacional en la Sierra Ecuatoriana. En ella está el evangelio que se predicó ayer entre nosotros y parcialmente también hoy, con todo el significado de la sencillez campesina y el alma mestiza de la serranía. En ella, la costumbre, la tradición, la moral ingenua, el religiosismo fiel. En ella, en fin, algo que perdurará en la historia como una página suya, aunque sin protagonistas concretos ni tiempo determinado. Y precisamente su letra y su música han resucitado en estos tiempos para hacernos presente un largo pasado y para repartir en el mundo sus notas dolidas, cual si los artistas hubieran comprendido que el matrimonio de los pobres del pueblo y del campesinado, lleva en la entraña el dolor sumado a las delicias del cariño.

El **Mashalla**, presente en las bodas de las clases humildes, sirvió grandemente para la escenificación teatral de las demás fiestas privadas, en las que el baile debía abrir un paréntesis al teatro. Y eso era útil, muy útil y festivo, porque en torno no faltaban novios y candidatos al noviazgo que tenían que aprender un largo futuro en esa aula que reivindicaba a la que se le negaba a la mujer.

12.—Recados de las bodas montuvias

El drama epitalámico de los campesinos de la Costa ecuatoriana es más objetivo y al desnudo. Entre ellos se improvisan los recados en los ratos que las bodas se colman de entusiasmo o buen humor al influjo de la música, la danza y las bebidas alcohólicas. Y se dice en la copla, la ética positiva de lo que las necesidades biológicas reclaman al minuto.

En esos cantares espontáneos, los músicos concursan los recados uno tras de otro, y en otros casos, fuera de las bodas, dicen al oído de los novios:

—El que de casarse trate,
es casa, colchón y catre
y ropa pa su mujer.

—Luego sin dilación
su lavadero ha de hacer,
también ha de poner
manteca, carne y carbón,
sin que falte el almidón
como suele acontecer.

—También ha de poner,
agua, batea y jabón,
no les cause admiración
los que pretendan mujer.

—Olla, cuchara y recado,
piedra, rallo y cuchillo
lleva a su casa el casado.

—Cuando vienen los hijitos,
ellos se juntan a toftos,
pa pedir pán y queso,
y si no hay está amolao,
el hombre que se ha casao.

VIII

RECADOS DE LA VIDA NACIONAL

Segunda Parte

1.—La suerte del indio al ojo de los cantares

Tema de honda preocupación ha sido la suerte del indio americano, desde los albores de la colonia. Y por más que Olmedo clamó en las Cortes de Cádiz, demandando justicia para la “raza vencida”, esa voz no se oyó plenamente ni en el desenvolvimiento de la República.

Por largo tiempo en el Ecuador, el concertaje esclavizó a los indios. Las cargas religiosas los desnutrieron hasta la aniquilación. Empero, la mayordomía puso un capataz de la raza para la misma extorsión de los suyos.

Y no por hablar del pasado debemos olvidar que todavía el indio no se libera de su tragedia, no obstante la protección legal del Estado y las sugerencias iluminadas de los indigenistas.

Pues ya dijimos que el mayordomo se estableció para explotar y atropellar al indio por el indio; mas no por eso el capataz mereció la recompensa a su esbirrismo. Algo de ese destino nos revela esta copla:

Pobre de aquel mayordomo
en lo ajeno desvelado,
en el día de las cuentas
bien servido y mal pagado.



Pero la suerte del indio es patética y cierta en este Testamento dictado en su nombre, por algún blanco o mestizo que hizo de escribano y poeta en algún rato. Transcribámoslo:

Este pobre testamento
que voy aquí a referir,
lo hizo un indio desdichado
poquito antes de morir.

Item declaro que dejo
mi alma pecadora a Dios,
y el cuerpo a la madre tierra
de la que Dios lo formó.

Casado y velado he sido
no más que una sola vez,
y cuatro hijos Dios me ha dado
en esta única mujer.

Item declaro que dejo
esta triste choza vieja,
para que vivan mis hijos,
si mi amo quiere y les deja.

Dejo una **cullma** que tiene
más de cuarenta agujeros,

y un calzón más remendado
que el calzón de un limosnero.

Dejo mi poncho de jerga,
aunque ya no es sino hilachas,
y mi sombrero, tan viejo,
que ya no tiene ni faldas.

Dejo mi **shigrita** vieja
y mi **puquito**, aunque roto,
y también mis **maquicaras**
hechas de cuero de zorro.

Lo que son tierras, no dejo,
porque yo no tengo más
que el hueco del cementerio
en que me van a enterrar.

Este es el indio concierito de ayer y aún hoy tiene los achaques de una abusiva servidumbre sobre sí. Y es cierto también, que ante una vida de penalidades, hambres y miserias, ese indio procuró robar al amo para satisfacer sus necesidades imperiosas, como si supiera la sentencia de San Pablo: El que trabaja tiene derecho a comer. Mas como el amo se negó a ese derecho —y probablemente lo niega todavía—, él tuvo que recurrir al arte del engaño, y en igual caso lo seguirá engañando, por más que los castigos y las cárceles estén listos a su martirio.

Las estrofas de “Los consejos de un indio”, por más que pretendan denostarlo, tienen un fondo de verdad justificada por la misma moral de San Pablo. Veamos algunas:

Un indio estando muriendo
a su hijo le aconsejaba:
—Has de saber hijo mío . . .

Aunque tu patrón te quiera,
nunca le has de querer,
porque el querer de los amos
lo mismo es que aborrecer.

Si te nombran de vaquero,
hazte el que enlazas de errada
mata la mejor vacona
y dí: Se murió rodada.

Si te nombran de ovejero,
hazte el dormido o el bobo,
cómete al carnero padre
y dí que lo comió el lobo.

Si te hacen cuidar gallinas,
cómete la más hermosa,
y mostrándole las plumas,
dí: Se comió la raposa.

Si te nombran **chagracama**
los **choglios** has de robar,
y si te habla o si te pega
al perro le has de culpar.

Si te cogiere la noche
y entras a pedir posada,
hurta siquiera el cuchillo
y **pega** la madrugada.

Cuando te cojan en algo
lo que es verdad no has de hablar,
pues a **punta de** mentiras
del apuro has de zafar.

Fuera del anonimato, Luis Cordero interpretó dos fases de la vida del indio ecuatoriano de las décadas del siglo pasado. En "El adiós del indio", el pobre paria de la "raza vencida" se queja del amo que le despide del **huasipungo** y le arroja a vivir en tierras extrañas o de dueños desconocidos. El indio de la despedida expresa:

Rico fuí; su tiranía
me ha dejado miserable:
él me ha quitado de lleno
cuanto al gran Dios plugo darme.

Suya es mi casa, son tuyas
mis perdidas heredades:
¡ay, Patria, Patria! yo vivo
cual paja que lleva el aire...

En las "Coplas de contento", dirígese el nativo a los legisladores que se afanaban por quitarle una parte de su carga fatal, y como si la ley ya estuviera expedida, estalla en este inocente alborozo:

¡Oh padres! de gozo henchidos
nos tiene nuestra ternura;
¿conque también el diesmero
cayó por fin en la tumba?

Desde ahora, para el que siembre
será lo que el maíz produzca:
en hora buena, con flores
lozanas, el fruto anuncia.

Mujer, hijo, hermano, hermana,
trabajemos más que nunca;

nuestra cosecha de pobres
la recogerá el que suda.

En las demás estrofas de este romance desfilan los diezmeros retratados en la infamia del abuso y en la oprobiosa costumbre de quitar prendas cuando el diezmo no ha sido satisfecho. Pero por gran tiempo la ley no surtió efecto por la fuerza feroz de la costumbre amparada, si cabe decirse, por los ministros del catolicismo, quienes continuaban despachando al infierno a todos los que se negaban a la prescripción de los "mandamientos de la iglesia". Hasta ahora perdura la obligación piadosa para indios, blancos y mestizos del campo, a quienes se los niega los sacramentos previos a la "cristiana muerte" si no disponen el pago de diezmos.

2.—Coplas sobre la injusticia social

El pueblo suele decir las más duras verdades en sus cantares. En ellos vierte su filosofía, la aguda crítica, el realismo desnudo y la desventura de su suerte.

Hay numerosas coplas acerca de la injusticia social o de la injusticia de los que administran justicia. Esta vez, el poeta del pueblo nos quiere hablar de la desigualdad social hasta en la morada de los muertos:

Las cruces de este mundo
son muy diversas:
pues unas son de fierro
y otras de yesca.

Este bardo de la cuarteta sentenciosa, a la manera ecuatoriana, pone en cuatro octosílabos esta famosa sentencia de Jesús: "Más pronto pasará un camello por el ojo de una aguja, antes que un rico entre en el reino de los cielos". Héla aquí:

Los pobres comen **muyuelo**
y los ricos comen **ave**;
para los pobres hay cielo,
para los ricos ¡quién sabe!

Es cosa corriente y cierta afirmarse que los amigos son amigos solamente cuando media el interés del dinero y la mano suelta. Esto quiso decir el bardo de esta cuarteta típica:

Mis amigos muchos fueron
cuando tuve harto **sancocho**;
cuando con hambre me vieron
tocaron **uno y diez y ocho**.

Es mal quizá de toda la América Hispana eso de inclinar la balanza de la justicia en favor de los potentados. El pueblo ecuatoriano, por lo que ocurre entre nosotros, reprocha de esta manera:

Para el rico que roba harto
no hay ley, ni juez, ni prisión;
mas si un pobre roba un **cuarto**
¡al panóptico, ladrón!

Efectivamente, el indio o el miserable de la plebe que roba una gallina o un haz de leña, humillado por sayones se va a la prisión; no así los señoritos que desfalcán miles y millones del erario nacional, porque para ellos abundan las "garantías", si es que no tomaron el vuelo para disfrutar la fortuna en el exterior.

En el Ecuador, bien lo sabemos, son los comisarios los que preferentemente ejercen las funciones de autoridad de justicia. Y ante sus quiebras escandalosas, el cantar ironiza con estro diestro:

Alhaja es mi señor comisario:
al perro sabe imitar,
que sólo al de poncho muerde
y al de levita, jamás.

Empero, la mejor sátira contra la injusta justicia parece ésta:

Dizque hay leyes en mi tierra
desde Loja hasta Tulcán:
como para nada sirven,
durmiendo todas están.



En relación con esa burla de la justicia al influjo del poderío de las castas tradicionales y del dinero, sin duda, se escribió esa canción de "El Tacuamán". Al respecto, Juan León Mera dice: "El suceso que dió lugar a que se hicieran estos versos, es rigurosamente histórico. Todavía se los canta en una tonada que lleva el mismo nombre. El pueblo castigó con ellos así al asesino como a los jueces que lo absolvieron".

El Tacuamán

A la otra banda del río
llamado Culapachán,
asparon a puñaladas
al pobre de Tacuamán.

Ya se reunió el Jurado;
lo que sucedè verá:
el muerto quedará muertò,
y libre Ambrosio Terán.

Siete fueron los Jurados
con la burra de Balahán,
que a Terán dejaron libre
sin vengar a Tacuamán.

De los jurados de Ambato
que me libre Dios bendito:
Tacuamán quedó **fregado**
y sin castigo el delito.

Por la pila está corriendo
la sangre de Tacuamán,
pidiendo justicia al Cielo
contra el Ambrosio Terán.

3.—Cantares anecdóticos

La anécdota, episodio brevísimo, interesante y sugeridor de moralejas, en los cantares micrográficos tiene un asiento frecuente. Debe venir de los tiempos más remotos de la española o cuando los juglares anecdotizaron el chascarrillo en el ágil relato para concluirlo con la cuarteta picante, propicia a la risa de los oyentes. Pero es innegable que la copla anecdótica o chascarrillesca nos vino de España para enseñarnos la bondad de su clima y los secretos de su arte.

Con tan buenas muestras, nuestros antepasados se refugiaron en la anécdota propia, lo cual nos revela la copla que el humorista Juan Larrea dedicó a José Mejía o los dísticos que los quiteños cambiaron con el Presidente Mourgeón de los años de nuestra insurgencia emancipadora.

Fuera de los cantares anecdóticos aquí recordados, el coplarío ecuatoriano nos trae otros. En un caso se cuenta que en Quito vivió un notable abogado de apellido Lequerica,

Llamado sabio por el pueblo en gracia a su portentosa memoria. Desgraciadamente ese jurisperito se entregó a la copa y murió sin reparación en una casa de salud.

A ese abogado se refiere esta copla que, en broma, constituye un elogio a la embriaguez consuetudinaria:

Para ser **jumo** dejó
de ser sabio Lequerica;
pues con razón digo yo
que ser **jumo** es cosa rica.

También se cuenta que un ricacho de apellido Grijalva, fué condenado a prisión por un crimen pasional; pero que el recluso, al verse privado de la libertad, creyó suplir el mal colocándose grillos de plata con cadena de oro. Para ese capricho extraño, sin duda se inspiró en esa copla:

De qué le sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta?

Pero el recluso que quiso dramatizar el romance, viviéndolo en carne viva, lo acomodó así:

De qué le sirve a Grijalva
tener los grillos de plata,
de oro fino las cadenas,
si la libertad le falta?

4.—Un requiebro en elogio de Quito

Los quiteños, orgullosos por la belleza de su ciudad nativa, llaman a Quito "la cara de Dios". Y un poeta que en-

contró a la urbe asiéndose de los cabellos celestes, la llamó "balcón del cielo".

Pero viene desde lo antiguo un requiebro que es el mejor elogio de la capital de los Shyris:

Bajo del cielo, Quito
y en el cielo un huequito
para seguir mirando a Quito.

En relación con este requiebro, el peruano Carlos Camino Calderón refiere que llegó a Piura, a cumplir un desierto, el primer personaje de este epigrama de Luis Cordeiro:

Molestina y Ordeñana,
Ordeñana y Molestina,
pareja tan chabacana,
pareja tan peregrina:
¡sepan que ya tengo gana
de ordeñar a Molestina,
y molestar a Ordeñana!...

Pues el señor Molestina, según Camino Calderón, fué un pedante, ingrato a la hospitalidad peruana. "Para el señor Molestina, dice, —que había sido gran viajero durante su juventud— New York era inmenso, pero allí la gente vivía en perpetuo mareo. San Francisco era linda, pero muy húmeda. Chicago olía a puro cerdo. En México no había de notable sino el pulque y el bosque de Chapultepec...

"El señor Seminario (piurano y amigo de aquél) oía, oía pacientemente, como todos los días!...

"Después de pasar revista a las ciudades centroamericanas donde nada valía tres pepinos, tocó su turno a Sudamérica: Caracas era fea hasta en el nombre de sus calles, pues

había una que llamaba calle Miseria. Bogotá no poseía sino la Quinta de Guanacas donde habitó Bolívar. Lima —ya lo había dicho el poeta— si bien era paraíso de mujeres, era purgatorio de hombres e infierno de borricos. Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago y Montevideo, no entusiasmaban al señor Molestina quien terminó así: —**En cuanto a Piura, ¡no hablemos de Piura Negros carachosos en la Mangachería! Indios llorones en el Tacalá! Mucho sol! Mucho calor! Convézase Ud. señor Seminario, en la tierra ¡Quito! Y en el cielo, un huequito para ver a Quito! . . .**”

Y sigue el señor Camino Calderón: “Dicen los viejos piuranos que ante tal procacidad, por primera vez el señor Seminario sintió que le faltaba paciencia. Se levantó de la banca; tomó de un brazo al descortés ecuatoriano, y sacudiéndolo nerviosamente, exclamó: —**¡Eso es mentira! En la tierra ¡Piura! Y en el cielo, una rajadura para ver a Piura! . . .**”

No vale la pena escarbar la verdad de esta tradición piurana, pero sí es dable recordar que el requiebro quiteño y sus derivados, tienen sus inspiradores en la vieja España. Pensemos en estos dos dísticos estribillados:

Quien conoce Sevilla,
conoce maravilla!

Quien conoce Granada,
no conoce nada! . . .

5.—Pareados acerca de Quito y Lima

Como en el caso anterior, gran parte de los versos típicamente ecuatorianos tienen sus antecesores en la España de la dominación colonial. Por allá fué y es viejo este decir muy significativo en la historia:

Quien va de Sevilla,
pierde la silla.

En la Capital del Ecuador, este pareado tomó dos expresiones peculiares:

Quien va de Quito,
pierde el banquito!

Quien va a Quito,
pierde el banquito!

La primera forma se ha aplicado a aquellos políticos, principalmente Presidentes y Dictadores, que abandonaran Quito para hacer frente a ciertos conflictos que impidieron regresar al solio por aquello de los "volcamientos políticos". Eso ocurrió con Juan José Flores en su última administración.

La segunda forma la han sentenciado en las provincias, aludiéndose a los que "abandonan" sus cargos de funcionarios para buscar en Quito mejores acomodos. Muchos de éstos se quedaron sin nada, o como se dice entre nosotros: "en el aire".

Pero se dieron circunstancias en que los desterrados que fueron a combatir a sus regímenes desde la Capital del Perú, volvieron de allí a asumir el gobierno de la República. García Moreno fué uno de ellos. Pero veamos cómo se parearon los dísticos:

Quien va de Quito,
pierde el banquito!

Quien viene de Lima,
se sienta encima!

6.—Cuartetas tipológicas de algunas ciudades serranas

La alusión o el recuerdo de nuestros lugares geográficos, con el extracto de sus peculiaridades geohumanas, es frecuente en la copla ecuatoriana. Preferentemente ciudades y pueblos —expresiones de grupos sociales de la familia nacional—, están presentes en esos versos, como veremos luego.

Se cuenta que en lustros idos, las mujeres de Guaranda daban la vida por los forasteros que llegaban a su ciudad, para radicarse temporalmente allí en goce de empleos. En cambio los hombres, por causas de justo celo, se tornaban enemigos de los “afuereños”. Cuando el autor de estas páginas fijó su residencia en la capital de la provincia de Bolívar, ya no encontró el antiforasterismo que se alude y sí el abrazo ancho de la juventud.

Pero la copla que viene se refiere al pasado más lejano. Su recado apunta:

En la ciudad de Guaranda
se han formado dos esteros,
en donde echan a ahogar
a todos los forasteros.

Ya que de Guaranda se trata aquí, vale recordar su célebre fiesta de Carnaval, llamada justamente “el Carnaval de Guaranda”. La fiesta en cuestión es típica, pródiga en cantares originales que hacen bailar a lugareños y forasteros, al son de una música triste, pero que tiene el don de suministrar una alegría desbordante. La letra más corriente que se canta en esa guerra cordial de polvo y agua, es la siguiente:

Al golpe del carnaval
todo el mundo se levanta;

más conociendo la voz
del que suspirando canta.

Así se hace, así se hace carnaval!
Así se hace, así se hace carnaval!
Taralá-laá-laá, taralá-laá-laá,
taralá-laá-laá, taralaláaa...

Tira la bala
por la ventana,
hiéreme el cuerpo,
menos el alma.

(Sigue el estribillo).



Entre las ciudades ecuatorianas de la Sierra, Riobamba es la que más ostenta el abolengo tradicional de la colonia, llamándose heráldicamente la "Sultana de los Andes". En ella perviven los blasones de la nobleza, y, por lo que se cuenta, en sus dominios los amoríos se someten a los filtros de la selección o confrontación de la azulinidad que corre por las venas de los pretendientes. Además se sabe que las chiquillas solteras de la edad florida poco se dejan ver de sus galanes y casi sólo a través de los vidrios de las ventanas.

Enfocando esta tipología femenina, el poeta compuso este cantar:

En la ciudad de Riobamba
se ha formado una laguna,
donde lloran los solteros
sin esperanza ninguna.

Mas los solteros heridos de esa manera en el fuero de sus conquistas varoniles, revocaron la copla a los casados, lo que de hecho entraña una malicia que se toca con la fidelidad conyugal. Y véase cómo el cambio de una sola palabra vuelca la intención de la cuarteta:

En la ciudad de Riobamba
se ha formado una laguna,
donde lloran los casados
sin esperanza ninguna.



Ciudad típicamente ecuatoriana es también Otavalo, situada en un paraje privilegiado y próxima al lago más grande y más hermoso del Ecuador. Ella es, a juicio de todos los turistas, la mejor joya de la provincia de Imbabura. Y antes de que así la juzguen los de afuera, los mismos poetas nativos la valoraron ya en su cantar:

De las tierras de Imbabura,
Otavalo es lo mejor,
donde se alegran los tristes
con **pingullo** y **rondador**.

Otavalo tiene también la fama de sus mujeres bellas que, como las de otras partes, se inclinan al amor de los forasteros, despertando los celos consiguientes. Sin duda, uno de esos galanes correspondidos dejó esta copla:

En la plaza de Otavalo
me han ofrecido matar,
quisiera que ese valiente
me dejara confesar.

Pujilí, pequeña ciudad de la provincia de Cotopaxi, cuenta en su haber un distintivo con la industria de cerámica. Los indios de la población y sus contornos trabajan estatuillas de barro y toda una fauna atrayente de colores vivos, aunque de toscos contornos. Esas son las "figuras de Pujilí" que no faltan en los mercados de la República.

El vate popular, dueño de ojo estético para valorar las cosas y el mérito de las mujeres, recurrió a la cerámica de Pujilí para esta comparación:

La mujer alta y garbosa
es la que más me gusta a mí;
la que es *omota*, parece
figura de Pujilí.

7.—Tránsito lírico por ciudades y pueblos de la Costa

En la jira de trovadores enamorados, Guayaquil es ciudad muy mentada por la atracción de sus jardines femeninos y por la hombría de sus hijos. Mas, para las conquistas amorosas, no siempre los bardos estuvieron satisfechos con el perfume de las flores de casa y buscaron ese halago más allá. A lo menos eso lo expresa esta cuarteta del tránsito de un amante:

En Guayaquil tengo mi alma,
en Vernaza los sentidos
y en el puente de Las Ranas
tengo mi amor escondido.

Otro cantor halló lejos de la ciudad porteña una hermosa más hermosa que las beldades de Guayaquil y Lima. Sin duda su decir fué un recurso de galantería para redondear

su piropo, en cuya composición le iba faltando la consonancia de los extremos. La redondilla en cuestión expresa:

Ni en Lima ni en Guayaquil
habrá hermosa que te iguale,
ni la luna cuando sale
el 15 del mes de abril.

Mas si Guayaquil, con todas sus beldades, no ha sido tan favorecida por estos recados del poeta, en este otro cantar se pone de relieve lo que en la Perla del Pacífico pudo un supervaliente:

De Guayaquil para abajo
hice levantar un puente,
con las costillas de un bravo
y lo demás de un valiente.



Entre los cantores del pueblo no falta el lirida que ostenta poderes tenorianos. Oigámosle a uno de ellos:

Yo soy el que compra gusto,
yo soy el que paga ganas.
De Vernaza a La Bocana
tengo flores a mi gusto.

Otro, en cambio, se reparte de este modo:

En Alajuela mi nombre,
en Manabí mi apellido;
en el centro de esta casa
tengo mi amor escondido.

8.—Cantares de evocación geográfica

Recurso de buena poesía es encontrar la expresión geográfica para la identificación con los zumos del espíritu. Este símil sírvanos de ejemplo:

A los pies del Chimborazo,
si no llueve está nevando.
Así estará mi negrita:
si no llora, suspirando.

Aunque no de la magnitud del Rey de los Andes, otro nevado importante del Ecuador es el Antisana, en cuyas faldas existen haciendas ganaderas con vacunos bravísimos que vienen proporcionando ejemplares para las corridas de toros de Quito, Machachi y varios pueblos vecinos del coloso. Esos animales, cuando se colocan en la plaza, sin toreros ni toreadores para embestir, mugen de ira y son capaces de arremeter contra el mismo viento que les golpea en la cara o en las ancas.

Este hecho taurino inspiró la copla del "amante despreciado de su dama", copla que en esta parte tiene su puesto:

Qué triste es ver a un amante
despreciado de su dama,
mugiendo de ira y despecho
como toro de Antisana.



También las predicciones del tiempo en relación con las lluvias, tienen su acierto en la Musa popular. En la hoya de Quito el invierno es recio y prolongado, llegándose a decir hiperbólicamente que "en Quito llueve trece meses al año".

Pero lo cierto es que en la Capital de la República llueve intensamente de enero a junio y más en los tres últimos meses de este período. De ahí provinieron estos pareados en gradación que más se parecen consonancias infantiles:

Abril,
aguas mil;
mayo,
hasta que se rompa el sayo;
junio,
hasta que se rompa el puño.

△

Y aquí viene otro pasaje de la vida geohumana del Ecuador.

Los serranos llaman **Tierra-abajo** a la región baja del trópico territorial. En esa parte del país no pocos hallaron fortuna y algunos también la muerte. En tiempos pasados, la bubónica y la fiebre amarilla les abrieron sus brazos descarnados de mortandad feroz.

Seguramente algún serrano de aquel tiempo debió cantar este despecho:

Ya me voy a **Tierra-abajo**,
pues esa tierra es muy buena:
allí pronto con la fiebre
cualquier infeliz despena.

Aún en tiempos de peligros pestíferos, el serrano iba a Tierra-abajo, a "buscar la vida", es decir, a buscar trabajo lucrativo para subsistir. Esta copla atestigua esa costumbre que, con la benignidad de los nuevos tiempos, sigue en auge todavía. Dice:

Pues ya no tengo valor,
me voy a buscar la vida,
porque esta vida que tengo
es una luz consumida.



El Oriente Ecuatoriano entra, a su vez, en este torneo de geografismo poético. Para la elección y selección de la mujer-esposa, el pueblo recurrió a la comparación de la escogida con el oro del río Napo, oro que tiene la fama de ser muy bueno desde los tiempos de la Colonia. La cuarteta de referencia luce un símil de este modo:

El oro para ser bueno
del Napo se ha de sacar;
la mujer para casada
como ese oro ha de brillar.

9.—Poesía vegetal de la Sierra

La flora de un país es rica para los hallazgos poéticos de similitud con los sentimientos o concepciones del hombre. Poetas hay que se han vertido en ella como en un cántaro de afinidades, formas, colores y semejanzas. Al fin el hombre es también una planta que se sustenta a la tierra con las raíces de su destino, para dar flores y frutos de perennidad.

Un poeta popular de la flora azuaya encontró su símil dolorido en la flor de una leguminosa, el haba, cuyas flores son matizadas de blanco y negro. La copla entonces le brotó de los labios como una confesión:

Esta vida que yo vivo
es como flor de mi **habal**,

con blanco de mis recuerdos,
con negro de mi orfandad.



En contraposición al símil introspectivo, otro cantor halló el "grano de cebada" para retratar a una mujer en cuerpo y alma. El coplario de Juan León Mera trae al respecto este cantar:

Eres bonita y chiquita
como un grano de cebada;
lo que te falta de cuerpo
te sobra de **retobada**.

La misma copla, en la provincia de Bolívar tiene este texto más expresivo, más preciso en la comparación de los dos primeros versos, gracias al empleo de un vulgarismo oportuno:

Chiquita y **porondonga**
como un grano de cebada;
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de **retobada**.



Por acaso sea necesaria una explicación anticipada para la cuarteta que viene, bueno será recordar que en el Ecuador tenemos algunas variedades del agave americano, siendo dos las más conocidas por su gran utilidad entre los campesinos: la **cabuya mexicana** y la **cabuya blanca**. Ambas florecen sobre un mástil conocido con el nombre de **chahuarquero**,

el que secado es sumamente liviano. De ahí que una cruz de esa madera pesa muy poco, como para que nadie se queje de llevarla en el sacramento matrimonial.

Entre nosotros es corriente decir "cargar la cruz" a la vida conyugal. Y esa cruz pesa en proporción a la vida que pasan los casados, hablándose por ello de "cruces pesadas" y "cruces livianas".

También se dice que el palo de romero tiene el atributo de escoger o encontrar las cosas difíciles, y cuando las dificultades rebasan de lo posible, se sentencia: "Eso no hallarás ni con palo de romero".

El bardo del folklore ha unido las dos circunstancias en una cuarteta bien rimada:

No soy cruz de **chahuarquero**,
no te vengas a quejar;
ni con palo de romero,
mejor marido has de hallar.



El bardo del folklore ha unido las dos circunstancias en sus acepciones. Y la yerba tierna es muy apetecida por los animales, lo que es cosa muy sabida. Pero vamos, que un copletero quiso ser animalito para comerse un **yuyo** de carne y hueso. El dice:

Si tú **yuyito** fueras
y yo ovejita,
te comiera a bocados
linda **chagrita**.



Los ecuatorianos llamamos **deshoje** al hecho de separar la mazorca de maíz de su envoltorio que el vulgo llama "hojas". Pero, en verdad, antes de **deshojar** la mazorca de maíz, no se sabe con certeza la calidad de los granos, por más que la apariencia sea buena. Por eso está bien lo que expresa este cantar ecuatoriano:

En el **deshoje** te he visto
y quisiera **deshojarte**,
para ver si tienes alma,
y si no, para olvidarte.

10.—Poesía vegetal de la Costa

Hay una palma subtropical conocida por el nombre de **cumbi** en el Ecuador. De su fruto blanco y duro hacen anillos que, en muchos casos campestres, constituyen la promesa de matrimonio. Y tal costumbre inspiró la copla que aquí traemos con la muestra tropológica de una bella sinécdoque:

Por esa mano derecha
con su anillito de **coco**,
si no me la entrega el cura,
yo voy a volverme loco.



La caña de azúcar que crece tanto en el Trópico como en los valles calientes de la Sierra, sirvió de motivo al **montuvio** para componer este hermoso símil:

El amor de las morenas
e' duro como la **caña**,

pero cuando ha entrado e' diente
brota el jugo por la entraña.

Otras comparaciones sobre el amor y las mujeres abundan en el parnaso campesino del Ecuador, y son en buena parte, parodias de coplas españolas difundidas por toda Hispanoamérica. Las que aquí traemos corresponden a nuestro Litoral:

Las mocitas de este tiempo
son como la **yerba-buena**:
no se contentan con uno,
sino con media docena.

Las muchachas de Esmeraldas
son como carbón molido;
apenas tienen pechitos:
"Mamita, quiero marido".

Nótese la alusión directa al tipo de mujer negra que abunda en esa provincia. Su pelo motoso es exactamente como "carbón molido", y es característica en ella la precocidad sexual.

Es evidente también que los geobotánicos estiman mucho la tierra morena, rica en abonos naturales, para el cultivo de las plantas. Y si recordamos la preferencia que merecen las morenas para el amor, esta copla viene en testimonio:

Morena tiene que ser
la tierra para claveles;
y la mujer para el hombre,
morenita y con desdenes.



El Cronista Vitalicio de la Ciudad de Guayaquil, Dr. Modesto Chávez Franco, refiere que donde hoy se asienta la ciudad de Milagro, antes era un sitio despoblado, conocido por el nombre de Chirijo, rico en la producción de piñas. No muy lejos estaba el Yaguachi antiguo, notable por la gran producción de arroz y por la devoción a San Jacinto que hasta ahora es el patrono de ese lugar.

Basándose en estas características agrícolas, el vate montuvio hizo su copla:

Padre San Jacinto
pide siempre a Dios,
en Chirijo piñas
y en Yaguachi arroz.

1.—Cantares de la pescadora de Guayaquil

Por noticias del mismo Cronista, antes era muy popular en Guayaquil esta canción atribuida a Juan Eusebio Molestina:

Nací entre juncos
y entre espadañas;
crecí entre cañas
de Guayaquil.
Desde muy niña
me dicen que era
cual hechicera
rosa de abril.
Y hoy en las bellas
risueñas playas

del manso Guayas
muero de amor;
pues soy la novia,
pués soy la amante
firme y constante
de un pescador.

¿Cómo alcanzó esta dicha del corazón? Esta cuarteta trae la explicación:

Para los peces él tiene anzuelos,
yo mis anzuelos tengo para él;
pues al mirarlo con desenfado
lo tengo al lado rendido y fiel.

12.—La fauna en otros cantares

La poesía de similitud es fecunda en el parnaso del pueblo. Este poeta descubre semejanzas en todos los reinos de natura. Aquí viene el recuerdo del **quinde** o picaflor que, como una lanza, se clava en las corolas para libar el divino licor de las flores. Pues su deseo anotó así:

Tu boquita parece
clavel rosado;
yo quisiera ser **quinde**
para lograrlo.

En los fueros de la comparación abundan las parodias de este cantar generalizado en varios países de Hispanoamérica:

Las mujeres de este tiempo
son como el **gallinazo**:
después de comer la carne,
del hueso ya no hacen caso.

Otra copla que hace la comparación con el alacrán también es muy común. La misma, aclimatada en la Atenas Ecuatoriana, expresa:

Todas las cholitas de Cuenca
son como el alacrán:
cuando ven al hombre pobre,
alzan el rabo y se van.



Entre los cantares españoles y argentinos encontramos esta cuarteta de rima perfecta:

La suerte me dió el alazo,
soy pobre, pero orgulloso;
y soy como el espinazo:
pelado, pero sabroso.

Una variación de la misma, pero con significado tal vez más armonioso, la tenemos nosotros:

Señora, yo soy un pobre,
pobre pero cariñoso,
como espinazo de puerco,
pelado, pero sabroso.

13.—Un pedido final

El poeta José Joaquín Olmedo, al final de su Canto a Bolívar demanda como premio a "su osadía", "una mirada tierna de las Gracias", "el aprecio y amor" de sus hermanos, "una sonrisa de la Patria" y "el odio y el furor de los tiranos". El trovador popular también pide su "algo", como epí-

logo de esta tarea que se ha impuesto uno de sus devotos. Pero él, con la sonrisa en los labios y la malicia inocente entre dientes, frente al Píndaro de América declara su antojo como Sancho ante Don Quijote.

Quien pide poco, es un loco;
yo que jamás quiero poco,
en pedir soy atrevido,
y a la fortuna le pido
cien mil pesos cien mil veces,
mujer de doscientos meses,
la salud y el gusto enteros,
no lidiar con majaderos,
morirme cuando yo quiera,
irme al cielo cuando muera.

VOCABULARIO DIALECTAL

A

- Afuereño:** — Forastero, persona venida de afuera.
- Albajaquita:** — Diminutivo de albahaquero o maceta.
- Alza que te han visto:** — Fandango y canción de origen nacional, inspirado posiblemente en el “costillar” de las danzas españolas de la colonia.
- Allulla:** — Galleta de manteca, fabricada en Latacunga.
- A punta de:** — Modismo usado por el pueblo en vez de “a fuerza de”. Dícese en el cantar: **A punta de mentiras**, por “a fuerza de mentiras”.
- Aspar a puñaladas:** — Coser a puñaladas o apuñalar con aspas de acero.

Arroz seco: — Una comida de arroz con manteca, que se sirve preferentemente con carne.

Ave: — En una copla el pueblo emplea este término como sinónimo de gallina, para hacer fácil la rima.

Aravico o aravec: — Poeta del Incario.

B

Bocina: — Instrumento de sopro, fabricado de cuerno, que tocan los indios de la Región Andina del Ecuador, para conducir el ganado vacuno y en las corridas de toros.

Bragado: — Valiente, temerario o con bragas o calzones. En la expresión corriente, “tener bragas” o “tener calzones” significa ser valiente, valeroso, corajudo, etc.

Bungas: — Personas de la gente vaga o de la gente de mal vivir moral.

C

Cachudos: — Apodo que se daba a los soldados de la Caballería de Veintemilla, porque llevaban casco o morrión con remate metálico a manera de cornezuelo.

Cachudo se deriva de **cacho**, que significa cuerno.

Cacho: — Cuerno, en una acepción, y chascarrillo, en otra.

Cachiporros: — Sobrenombre que en la guerra colombo-ecuatoriana de 1863, se daba a los colombianos.

Cachunlla: — Quichuismo que significa “nuera mía” o “mi nuerita”.

Calé: — Vulgarismo ecuatoriano que equivale a un cuarto de real o un cuarto de décimo de sucre.

Cambujo: — Don Modesto Chávez Franco dice que así se denominaba al “hijo de albarazado con negra. Alba-

razado era el hijo de cambayo y mulata; y cambayo era el brote de sambayo e india; y sambayo era el de lobo e india; y lobo el de indio y torna-atrás". (Esta última palabra véase en este Vocabulario).

Caña: — Caña de azúcar. En otra acepción: bambú.

Cariuchu: — Quichuismo que se traduce literalmente por "ají macho" y que constituye el nombre de una comida preparada con papas, ají molido, cebolla, etc.

Cebiche: — Guiso de pescado o de mariscos.

Coco: — Fruto de la palmera. La variedad a que hace referencia una copla, se llama **cumbi**, de cuyo fruto duro llamado también **coco**, se hacen anillos y objetos minúsculos.

Concierto: — Individuo del **concertaje** o sea de la facultad legal que antes tenían los indios del Ecuador para contratar sus servicios al amo o terrateniente, en una forma que seguía a perpetuidad y llegaba a ser una especie de esclavitud. El liberalismo-radical, después de conquistado el Poder del Estado, puso fin a esa ley oprobiosa, aunque los "concertadores" aún no cesan de hallar maneras para burlarse de la ley abolicionista. El pueblo, en una copla, metafórica hermosamente la palabra concierto, para expresar que quiere ser esclavo del amor.

Costillar: — Fandango español que tanto se popularizó en Hispanoamérica. El "Martín Fierro" de José Hernández lo evoca alegremente, y Juan León Mera hace lo propio en su Antología de Cantares del Pueblo Ecuatoriano.

Cuartillo: — Cuarto de real.

Cuarto: — Cuarto de real también o del décimo de sucre.

Cuernear: — Poner cuernos o traicionar al esposo o la esposa.

Cumbi: — Una variedad de palmera de coco, cuyo fruto sirve para fabricar anillos y objetos pequeños.

Cushma: — Quichuismo que sirve para nombrar a una camiseta sin mangas.

CH

Chagrita: — Diminutivo de **chagra**. Este nombre le da el individuo de la ciudad al del pueblo y éste al campesino.

Chagracama: — Palabra de origen quichua que quiere decir: cuidador de sementeras.

Chahuarquero: — Capoc terminal o mástil del maguey, agave o cabuya. Es largo, delgado y tiene el corazón esponjoso, suave y liviano como algodón compacto, cuando está seco. Esta materia liviana llama el vulgo **yesca**.

Chahuarango: — Estolón o hijuelo de la cabuya que se usa como jabón exquisito entre el campesinado de Tungurahua. Por eso en una copla ecuatoriana se dice que la ropa de Alfaro hay que lavarla con **chahuarango**, en vez del "agua de rosas" de la copla montuvia.

Chapetones: — En la América colonial se llamaba con este nombre a los españoles nacidos en España, para diferenciarlos de los criollos o españoles nacidos en América.

Chihuahuas: — Maniqués de fuegos artificiales o pirotécnicos que, en las fiestas religiosas son encendidos y transportados de un lugar a otro, como toro bravo que lanza chispas y revienta cohetes. Con dicho nombre se bautizó a los revolucionarios de 1833-1835, porque asomaban también bravos bajo las

sombras y desaparecían disparando sus armas y atemorizando a los enemigos.

China: — Juan León Mera dice que esta palabra, con la acepción vulgar que en nosotros tiene, procede del quichua y significa criada, moza de servicio. Pero es cierto que en el Ecuador llamamos **chinas** a las sirvientes, principalmente a las cocineras y niñeras.

Chinta: — Variante de **cinta**, del terminal de Jacinta. Parece que la persona que en el folklore asoma como **Chinta**, debió llamarse Jacinta.

Choglo: — Fruto del maíz en estado tierno

Cholo: — Tipo cruzado de mestizo e indio o de mulato e indio, es decir, con predominio de sangre indígena. El término, usado en diminutivo, es usual entre nosotros y admitido como expresión de confianza y afecto.

Chushig: — Buho.

D

Deshoje: — Sustantivo derivado del verbo **deshojar** o quitar las glumas del maíz en la cosecha. **Deshoje**, tropológicamente, equivale también a “cosecha del maíz maduro”.

E

Estanquillo: — Diminutivo de estanco. Con el nombre subrayado se denomina a la taberna pequeña o cantina donde se vende aguardiente.

F

Fregar: — Es un verbo de mucho uso en el pueblo ecuato-

riano. Equivale a ruina, molestia, amenaza de sanción, etc. En tal sentido se dice en la copla: **fregó, fregaste**, etc.

G

Godos: — Los americanos autonomistas llamaban godos a los españoles realistas. Ahora se usa **godo** como sinónimo de ultramontano, conservador, fanático, **curuchupa**.

Guacuco: — Esmeraldeñismo que sirve para nombrar a un pez cartilaginoso de río.

Guadúa: — Bambú.

Guaruro: — Sobrenombre de los policías peruanos.

H

Habal: — Campo sembrado de habas, que la Real Academia de la Lengua Española llama **habar**. Honorato Vásquez cree, justamente, que el término como usa el pueblo ecuatoriano es castizo, y dice: "Habal y no habar seguiremos llamando al campo cundido de esa delicada leguminosa".

Hínquense: — Imperativo del verbo hincar que el pueblo lo usa con el significado de arrodillarse o hincar la rodilla.

Huambra: — Muchacho o muchacha, en el dialecto de la Sierra Ecuatoriana.

Huasipungo: — Terreno y casa que el terrateniente da al indio para que, en vez de arriendo, siga pagando el beneficio por medios de días de trabajo semanales.

J

Jocha: — Tributo espontáneo que se paga en las fiestas privadas de los campesinos serranos, para disfrutar de ellas. Es una deuda que se paga en iguales circunstancias.

Jumar o ajumar: — Embriagar, emborracharse.

L

Limosnero: — El pueblo lo emplea como sinónimo de mendigo, pordiosero, pedidor de caridad. J. L. Mera dice: "Limosnero es el que da limosna, no el que recibe". Creemos que también es el que recibe, no como caridad, sino como los monaguillos en las misas.

M

Macanita: — Diminutivo de **macana** o chal de hilo de algodón, con flecos y listas de color, que usa la mujer del pueblo, principalmente en la provincia del Azuay.

Mama: — Como palabra grave equivale a mamá. Los glotólogos dicen que es palabra quichua, porque los incas llamaban **Mama Ocello** a una mujer de la realeza. Pero es evidente que **mama** es término común a muchas lenguas americanas y europeas, porque proviene del balbuceo onomatopéyico de la lactancia.

Mashalla: — Yernito, yerno mío, en quichua.

Mashca: — Harina de cebada. En otra variedad se dice **má-chica**.

Maquicaras: — Mangas de piel cruda que usan los indios para proteger los brazos.

Marimba: — Instrumento musical construido con piezas de chonta, como teclas, y con canutos de bambú o gua-

dúa que hacen de caja de resonancia. Generalmente lo tocan entre varias personas. Es propio de los negros.

Mascachochas: — Apodo del General colombiano Cipriano Mosquera.

Mayordomo: — Jefe de indios de una hacienda. Se desvela por los intereses económicos del patrón y a veces se convierte en verdugo de sus subordinados que son de su misma clase y condición.

Medio: — La mitad de un real o la vigésima parte del sucre.

Me voy a buscar la vida: — Expresión favorita que equivale a: "Me voy a tierra ajena, a probar suerte y a ver si consigo trabajo lucrativo, para regresar con dinero".

Minga: — Trabajo colectivo, de cooperación o de beneficio común. Originariamente es de costumbre indígena, pero ahora se ha extendido a todas las clases sociales, con positivos beneficios nacionales.

Monos: — Apodo que dan los serranos a los costeños. Tiene una explicación histórica en "Leyendas, tradiciones y páginas de Historia de Guayaquil", por J. Gabriel Pino Roca.

Montuvio: — Campesino de la Costa o Región Tropical del Ecuador.

Morisco: — Hijo de español y mulata.

Mulato: — Hijo de español y negra o viceversa.

Mudo: — Uno de los apodos del General Ignacio de Veintemilla.

Muyuelo: — Pan especial con mucho huevo.

N

Nacimiento: — Altarcillo belénico que se arregla en Navidad.

Ñ

Ño y ña: — Monosílabos que usan tradicionalmente los sirvientes para tratar a sus amos, en vez de patrón y patrona, señor y señora, niño y niña. Unos creen que son abreviaciones de **señó** y **señá**, vulgarismos españoles de señor y señora. Otros, tal vez con más razón, están porque **ño** y **ña** son terminales de niño y niña, porque **ño** y **ña** dicen a niños y adultos, a la par que niño y niña también.

Nuca llacta: — Quichuismo equivalente a mi tierra, mi patria.

O

Omota: — Juan León Mera dice que es una palabra de origen quichua, derivada de **umucho** o **umutu** que significa enano, rechoncho.

P

Pelado, pelada: — Persona pobre, sin porvenir.

Papelillo: — Cigarrillo de envolver o papel con polvillo de tabaco.

Pepa caliente: — Proyectil disparado.

Pepita: — Diminutivo de **pepa**, mal de gallinas consistente en una película que cubre la punta de la lengua y secreta babaza, lo que ahoga a las aves enfermas.

Perra con mal: — Perra con hidrofobia.

Pingullo: — Instrumento musical de aire que los indios tocan como clarinete. Es fabricado de bambú delgado, conocido por el nombre de **tunda**.

Pitimíní: — Término castellano que nombra un rosal de flores rizadas. El pueblo halló semejanza entre estas flores y las mujeres de pelo crespo.

Planazo: — Cíntarazo o dar de plano con la espada.

Porondonga: — Regordeta.

Puendo: — Apodo que los colombianos daban y aún dan a los ecuatorianos.

Puño: — Cántaro de barro.

Puñapí: — Hacienda de las vegas del Patate.

Puquito: — Diminutivo de **puco**, nombre que los indios dan a una taza de barro.

Q

Quinde: — Picaflor.

Quinquín cucho: — Dos palabras quichuas que se traducen por rincón propio.

R

Retobada: — Mal genio, testaruda, caprichosa.

Rondador: — Instrumento musical de sopro, fabricado de carrizos graduados por el tamaño y el grosor. Es muy usual entre los indios y adecuado para las tonadas tristes.

S

Sal quiteña: — Agudeza festiva propia de los quiteños.

Sancocho: — Una variedad de salcocho. Consiste en una sopa preparada con plátanos y papas o plátanos y yuca.

Shigra: — Bolsa de hilo de cabuya, tejida a la manera del **crochet**.

Silla: — Gobierno. En una copla se dice "le botamos de la silla", por "le arrojamos del Poder".

T

Taita: — Papá.

Tapada: — Dama colonial que se embozaba con la manta a la moda morisca, dejándose ver los ojos muy apenas.

Tauras: — Apodo de los soldados de las tropas de Veintemilla. Llegó a significar también "foragidos", por los abusos que esa soldadesca cometía.

Tierra-abajo: — Costa o tierra baja; Litoral.

Teniente: — Teniente Político o autoridad civil de la parroquia.

Torna-atrás: — Hija de español y albina, la que a su vez era hija de español y morisca o viceversa.

Trago: — Aguardiente o licor de la caña de azúcar.

Tropeña: — Mujer de tropa o mujer del soldado.

Tunda: — Bambú delgado del que se hacen cerbatanas e instrumentos musicales de aire o soplo.

U

Uno y diez y ocho: — Toque de corneta que antes se usaba en el Ecuador, para dispersar a las tropas.

V

Vado: — Un sitio del río Cuenca, en la parte occidental.

Vendaje: — Adehala o gratificación que se hace sobre la cantidad justa de la venta.

Y

Yana: — Negro, en quichua.

Yaraví: — Composición propia del aravec o aravico, poeta del Incario. Se caracteriza por la expresión de dolor y tristeza. Tiene música del mismo estilo.

Yerba-buena: — Planta medicinal.

Yesca: — Corazón del **chahuarquero** o mástil de la cabuya.
Seco, es muy liviano y esponjoso.

Yuyito: — Diminutivo de **yuyo** o hierba tierna.

Z

Zumbar: — Usase en el Ecuador como sinónimo de arrojar.

FUENTES DE INFORMACION Y RECOPIACION DE ESTOS CANTARES

- 1.—**Cantares del Pueblo Ecuatoriano**, por Juan León Mera.
- 2.—**Coplas Montuvias y Coplas Serranas**, publicadas por el Profesor Justino Cornejo en "El Telégrafo" de Guayaquil.
- 3.—**Leyendas, Tradiciones y Páginas de Historia de Guayaquil**, por J. Gabriel Pino Roca.
- 4.—**Quito Colonial**, por Isaac J. Barrera.
- 5.—**Crónicas del Guayaquil Antiguo**, por Modesto Chávez Franco.
- 6.—**Monografías Históricas**, de provincias, cantones y parroquias, por varios autores.
- 7.—**El General Sucre, Precursor del Periodismo Continental**, por Angel Grisanti.
- 8.—**Colección de cantares**, compilados por D. G.
- 9.—**Alfaro, Garibaldi Americano**, por "Antiguo Secretario".
- 10.—**Centón Lírico**, por José E. Machado.
- 11.—**Resumen de la Historia del Ecuador**, por P. F. Cevallos.
- 12.—**Montúfar**, Biografía histórica, por Neptalí Zúñiga.
- 13.—**Historias de la Literatura Ecuatoriana**, por varios autores.

- 14.—**Fuera del Diccionario**, por Justino Cornejo.
- 15.—**Reparos sobre nuestro lenguaje usual**, por Honorato Vásquez.
- 16.—**Juyungo**, por Adalberto Ortiz.
- 17.—**Novelas y cuentos nacionales**, de diversos autores.
- 18.—**Manuelita Sáenz**, por Concha Peña Pástor.
- 19.—**Rayos Catódicos, Fuegos Fatuos, Cintas Alegres**, etc., por José Antonio Campos.
- 20.—**La Poesía Popular del Ecuador**, por Isaac J. Barrera.
- 21.—**La Independencia de Cuenca**, por Víctor Manuel Albornoz.
- 22.—**La Poesía Popular en América**, por Ernesto Morales.
- 23.—**Tradiciones de Trujillo**, por Carlos Camino Calderón.
- 24.—**Hoguera Bárbara**, por A. Pareja Diez-Canseco.
- 25.—**Interpretación de la Poesía Popular**, por Octavio Quiñones Pardo.
- 26.—**Revista de Folklore**, de Colombia.
- 27.—**Contribuciones**, de amigos.
- 28.—**Sucedió en la Frontera**, por Leonardo Chiriboga O.

AUGUSTO ARIAS

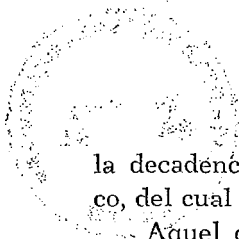
JOSE MARTI

A Emeterio Santovenia, gran marti-
tíolatra y biografista de Eloy Alfaro.



José Martí, muerto el 19 de mayo de 1895 en Boca de dos Ríos, es el que no se ha ido, el que siempre vuelve. Tal como en la parábola de su existencia urgida, ha podido asistir a los ciclos de revisión y consagración en los cuales, tras de la jornada primeriza, han llegado los días de penetrar en su obra para examinarla al detalle, y las horas para señalar su ejemplo, puro como ninguno, marcado por el alto sino del sacrificio y tendido en una rara vastedad amorosa y patriótica, en la que brillan por igual el encendimiento de su palabra y el ardor de su pecho, y se relacionan la endeblez de su figura media de hombre americano, enmagrecido por el estudio y la vigilia fecunda y la resistencia de su brazo que levantó el fusil, cuando al desembarcar con cinco cubanos en la isla revolucionada, aún cuando se le alcanzase en presentimiento la muerte de plomo, el sueño de bronce que la metáfora homerista pidiera para los héroes, al vislumbrar, al plazo de su holocausto, la liberación de la Gran Antilla, dijo, en breve giro, mientras sus ojos de avellana oscura se detenían, por la postrera vez, en la figura familiar de la palmera: "Veo claro el camino".

Tres años después ya se pudo escribir sobre los vientos del Caribe, la frase vibrante, "Cuba libre", mientras en la Península, como apuntaba Gómez de Baquero, la pérdida geográfica de los últimos dominios antillanos, sacudida y desmoronamiento, originaba un ansia de interpretación y de reforma, surgía un espíritu cívico y el problema histórico de



la decadencia española adquiriría un nuevo interés dramático, del cual derivó el sentido general de los ensayistas del 98.

Aquel que dijo, "los que tienen Patria que la honren, los que no que la conquisten", y que viene, como la mayor parte de los hombres americanos, de raíces españolas, siente el afán filudo, por lo que punza y acicatea, de salvar a su Patria, de ennoblecerla. Como el surco de Rodríguez en el espíritu del Libertador, se impresionan en el Martí niño las enseñanzas de su maestro Rafael María Mendive, cuya prisión por las ideas revolucionarias que aleteaban en su pensamiento, deja un triste rezago en el catecúmeno que adopta una precoz actitud, como dotada de meditaciones. Mas tarde, con alguna evocación de su niñez, escribirá los versos del **Ismaelillo** y ha de fundar **La Edad de Oro**, revista para los niños, resucitada después por García Monge. Las almas de seda se afirman en el amor a los niños. Así el cubano cuyo poemario a Pepito tiene los enternecimientos varoniles de la raíz sobre la cual se mece el retoño y frutece en un sentimiento de advertencia y caricia. El que dijo, acendrado de pureza, "como un niño me voy a la tumba", no encontró en la novela precursora de Manuel de Jesús Galván, el **Enriquillo**, figura más atractiva que la del cacique Huarocuya en sus años de infancia, y de aquel relato dominicano aprovecha para **La Edad de Oro** de un episodio que magnifica con su imaginación y anima con el patetismo de su entraña: el del Padre de las Casas que viajando entre los indios, sin arcabuz que truene y abra rosas sangrientas en la carne prieta, vá solo con los brazos abiertos, y en viendo a Huarocuya infante, le besa en la carita bronceada.

La vida de Martí no ha de ser fija y estable. No reposará, por más que en rumbo vario, como en la repetida conseja del regreso, se perfile, en imagen de nostalgia, la techumbre de la casa materna. En unas veces deportado, y en otras extrañándose voluntariamente, quiere trabajar, des-

de lejos, por la libertad de su Isla. Así se define su primer viaje, cuando a los diez y siete años se le destierra a España. Vuelve al solar de su padre en donde se consagra al estudio de las ciencias jurídicas y escribe otras de sus primeras cuartillas. Cuando regrese a Cuba, aparentemente para ejercer su profesión, dará salida a sus confesiones en fáciles octosílabos: "Yo soy un hombre sincero— de donde crece la palma.— Y antes de morirme quiero— echar mis versos del alma.— Callo, y entiendo y me quito— la pompa del rimador.— Cuelgo de un árbol marchito— mi muceta de doctor". . .

Pero la inestabilidad de su paso corresponde a su incansable señuelo de americanista, como el de quien preparara una nueva Anfictionía. Recorre México, Nueva York, Venezuela, Argentina, Costa Rica, Guatemala, Haití. . . Y en todos estos países trabaja. Busca a los refugiados cubanos, promueve la idea de la patria libre, y mientras dispone, con penuria, de los recursos para su cumplimiento, se entrega, con fervorosidad, a la devoción de la letra. En pocos como en él se habrá visto tan enteramente unidos el pensamiento y la voluntad. Rayo es el de su idea que se prende en zigzags lumínicos y fustiga. Pero como en la física de la tormenta, al término de la tarde convulsa, la paz de la naturaleza se aquieta en la sonrisa del verso sencillo. Y como en la sucesiva marcha de los géneros, Martí es dramático cuando trae a sus prosas el vaivén de la tragedia; épico cuando repule, en su párrafo de personal sintáxis, la figura del héroe, y lírico cuando refugiándose en sí, se confía a la paterna cantilena o deposita en el verso dúctil el recuerdo amoroso que ha refrescado la frente del empedernido caminante.

Martí no descansa. En el 78, después de la cárcel, viaja de nuevo a España en donde ha de vigorizarse su cultura, filtrándose el vino nuevo desde las viejas cepas. Decurre

luego, ganándose la vida a golpes de pluma y hasta en el trabajo de traductor, para llevar a su lengua que tanto conoció y amó, los poemas de Hugo, las novelas de Conway y de Jackson y la lógica de Stanley Jevons.

Más tarde, en la Florida, se reúne con los cubanos. En 1892 constituye el Partido Revolucionario. En los campos del vivac su palabra atrae y conquista. Llega a Santo Domingo en donde le aguardan los generales Antonio Maceo y Máximo Gómez, y para 1895 ha estallado la proclama. En abril desembarca en Cuba. En Mayo viaja para más lejos. Pero su anhelo se queda prendido con tenacidad. Y florece, después, triunfante.



No hubiera podido dudarse de su auténtico temperamento de escritor, aún sin las plumadas naturalmente inexpertas de *El Diablo Cojuelo*, el periódico en el cual se anuncia, soñador y realista al propio tiempo, doblemente rebelde y disciplinado, en la búsqueda humana de la libertad y en la profesión de fé de quien acepta al dolor como a maestro ejemplar, yunque y forja del arte, estímulo que nos libra de la sequedad del espíritu.

Quienes se han detenido en sus letras, no prescindieron de considerarlas así en su poesía como en su verso. Porque la poesía de Martí que se extiende constante y triunfante en todas las horas de su existencia, aun cuando no se tratara de la palabra medida, alienta en las páginas del escritor, hasta en las de sentido polémico o discursiva forma de convencimiento, y varias de sus imágenes poéticas se han vertido en su prosa.

Una continuidad que no sufrirá remisión alguna señala en sus jornadas de patriota y escritor fé sin apagamiento y lealtad entera. Si Martí se prefigura desde sus versos ado-

lescentes —Abdala es el que muere, “luchando audaz por defender su patria”— y si en sus versos de amor dá en el símil de un afecto que ha trepado por su vida como una enredadera y que aún se ha entrado por su sangre, desde los días del comienzo se apartará de la vagarosa palabra, insistirá en sus afirmaciones; se buscará en la acción sin rehuir la propia entraña del drama. Inevitable volver a esa página de movilidad de sus versos sencillos. Allí se completa la elegía en toques alternos de virilidad y de ternura. Es breve la confesión, pero alcanza a deshojarse enteramente la flor del cuento y no queda en nosotros la menor incertidumbre acerca de que la niña de la mano afilada murió del mismo amor del que Martí había vivido:

“Quiero, a la sombra de un ala
contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!”

Precursor del modernismo, por el acento, por el nuevo color, por la melodiosa adivinación de las horas que van a llegar, si se sale, en sus versos, de la medida floresta de los clásicos, aún sin evitar las brisas románticas, amanece con él un don hasta entonces desconocido, de relacionar y descubrir, mientras se adelgazan los ritmos y los adjetivos ensayan una profusión de matices...

El que había intimado con los endecasílabos o dádose a las redondillas para la simple expresión de sus afectos, o completado, en antes, el acto único de su "Amor con amor se paga", en los octosílabos del teatro del siglo de oro español, ofrece, en la primera página de sus **Flores del Destierro**, y entre composiciones que no cree acabadas sino sólo "imágenes tomadas al vuelo, como para que no se escapasen entre la muchedumbre anti-ática de las calles", unas líneas que fluyen, en la libre voluntad del verso blanco, "contra el verso retórico". Y esas imágenes trazan, como en anticipado vuelo surrealista, algo como el esquema de su propia lucha, con tan valerosas sentencias como la de que el destino del hombre debe comenzar en fuego y parar en ala:

Contra el verso retórico y ornado
el verso natural. Acá un torrente:
aquí una piedra seca. Allá un dorado
pájaro, que en las ramas verdes brilla,
como una marañuela entre esmeraldas.
Acá la huella fétida y viscosa
de un gusano: los ojos, dos burbujas
de fango, pardo el vientre, craso, inmundo.
Por sobre el árbol, más arriba, sola
en el cielo de acero una segura
estrella; y a los pies el horno,
el horno a cuyo ardor la tierra cuece
llamas, llamas que luchan, con abiertos

huecos como ojos; lenguas como brazos;
savia como de hombre, punta aguda
cual de espada: la espada de la vida
que incendio a incendio gana al fin la tierra!
Trepas: viene de adentro; ruge; aborta.
Empieza el hombre en fuego y para en ala”.

Ya se ha dicho que el poeta de ritmos varios, el de numerosa visión, acaba por desembocar en “el río ancho de la prosa”, y este principio, no obstante las excepciones que pudieran aducirse, se cumple en la mayor parte de los escritores que merecen ser llamados así, pues que la obra esporádica o continua de manchar las cuartillas, no ha de confundirse con la predestinación y el aprendizaje, frecuentemente unidos, del escritor verdadero. En tan alta calidad ha de ser considerado José Martí, justamente porque se viene desde los precoces ensayos y porque en su ruta, si breve en años, fecunda y dilatada en cambio, como para ofrecerse a varios, se llenan sus papeles con una letra de ecumenismo cierto; se bañan con luces de universalía, y florecen, sobre todo, en los campos de América, agudizándose alertamente, con un vértice de corazón, en los senderos de su Antilla.

Difícil empeño el de buscar clasificaciones para la prosa de Martí. Arriesgado detenerse en el análisis de lo que en ella hay de clásico o de romántico, en sus antecedentes y en sus semejanzas. Pero las conclusiones tendrán que surgir a propósito de una forma “martiana” que seguirá ejerciendo ese poder que de él emanaba, conquistado por las inflexiones de su palabra, por su severidad y su sentimiento.

Si el triunfo del poeta lírico, aparentemente recluso en la historia de su alma, es el de que nos encontremos en sus confesiones y expansiones, nos reconozcamos en sus es-

tados de ánimo y quedemos prendados de aquel canto que sentimos como afin sin haber podido expresarlo, la victoria del escritor puede residir en la insinuación o el convencimiento con que vuelve a decir sus palabras, cerca de nuestro espíritu despierto o de nuestra adormilada conciencia. De ambos modos llega Martí en las páginas de su prosa fluente, cuya facilidad se aprecia aún en las diferencias materiales de la tipografía; en los folletos de la época, precariamente impresos, en las reediciones que le ha consagrado la devoción cubana o en las hojas de breviario de sus obras completas. Y es que nos habla, siempre en primera persona, desde sus cartas o sus crónicas, desde sus breves ensayos o sus artículos de crítica, con igual voz persuasiva, como del fondo de una fé que no se ha disfigurado, a prueba del infortunio y de la desesperanza.

Escribe sin perseguir las galas retóricas, pero en su pura espontaneidad es en donde las halla, como propias e inseparables de su expresión, brotadas de su entraña y así de la claridad como de la redondez de la idea. No es, por lo mismo, un escritor que deje fugarse el pensamiento, ni que vague en pos de los colores sin cuidarse mucho de la precisión de las figuras y del vigor del movimiento. En su prosa, si la idea es sustancia, para llegar a objetivarla, para que aparezca nítida y fácil, como algo que ya habíamos conocido, se vale así de la realidad como de la magia de las formas. "Hay algo de plástico en el lenguaje y tiene él su forma escultórica y su color, que solo se percibe viendo en él mucho", escribe en sus cuadernos de trabajo, y para señalar el procedimiento personal de estilistas que utilizaron medios pictóricos, busca en el de los Goncourt la maestría en el arte del agua fuerte, puesto que su palabra era "ya como la cera, como el cobre bruñido, como la púa de dibujar, como los ácidos". . .

Pictórico también el escritor esencial, cuyas ideas, des-

de su folleto madrileño de los diez y ocho años, **El Presidio Político en Cuba**, se vierten en frases cabales, hechas de filosofía e imagen: —“La lágrima es la fuente de sentimiento eterno”—, no deja en olvido los indispensables recursos de la pincelada: “El estilo tiene su plasticidad y después de producirlo como poeta, se le debe juzgar y retocar como pintor: componer las distancias y valores, agrupar con concierto, concentrar los colores esenciales, desvanecer los que dañan la energía central. El estilo tiene sus leyes de dibujo y perspectiva. Aunque es mejor componer el cuadro en la mente de primera intención y echarlo al papel completo para que no haya luego que recalentarlo, cuando falten al juego rehecho algunos de los elementos propicios”.

A quien encontró aquella armonía de América, cuyo concierto definitivo esperamos aún, los valores del arte, intercambiados y coexistentes, se le revelan con plasticidad y música, a camino de cincel o en nuevas geometrías de arquitectura. Puede haber el incompleto músico sin oído o el pintor cuya sabiduría comienza y acaba sobre la sola paleta, desde el dedo pulgar que la sujeta por su agujero, hasta la manchada cabellera de su brocha que no ha llegado a ser espiritualizado pincel. Aquel músico es incapaz de escuchar a la poesía. Este pintor no acertará a infundir palabra tácita a los sujetos de sus cuadros. Martí avanza, devoto de la vida cuya inmortalidad pertenece solamente al arte, entre la relación de sus atributos y el origen común de sus expresiones; y cuando dá en su vena, logra el cuadro así de color como de movimiento, con las figuras que por más esbozadas que fuesen o pareciesen, ya se quedan o siguen, con la fuerza de ser, como en esa rápida estampa de la casa de Don Jesús, en sus **Apuntes de un viaje**:

“A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde ví la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que hallaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé

porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor.— Y ahora ¿que vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su **túbano** encendido entre los dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa se asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas, en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes; y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio”.

Como en la definición del estilo dada por Azorín, el suyo es el del movimiento, de las transiciones que lo forman. Cree que el escritor diario no puede pretender ser sublime. (“Lo sublime es la esencia de la vida: la montaña remata en pico: lo sublime es el pico de la montaña”.) Escribe cotidianamente, para varios periódicos de las ciudades de América, o en los desahogos de un temperamento, en los “cuadernos” varios o profusos como los que acompañaron a Montalvo o a Barrés, en la diferencia de las épocas y de las circunstancias. Escritor igual, y a trechos, en virtud de las propias sinuosidades del hombre que le dan resalto y calidez, desigual y diverso, alcanza a veces rasgos sublimes, páginas de progresiva emoción, capítulos modelos. Completa en ocasiones retratos siempre móviles, como el de Echeagaray:

“Abrían todos paso. Para abrirlo era; que del brazo de un hombre sereno venía una dama de magnífica belleza.

Sobre la griega frente, anchas bandas de cabellos negros, como apretándole en la sien los pensamientos: bajo las puras cejas dos espléndidos ojos árabes —que solo las cubanas pueden tener ojos cubanos—: tal era la mujer. Hombre movible y resuelto, de paso inquieto que se avenía mal al paso ceremonioso del teatro, de palabra animada y nerviosa; con el ademán breve y sencillo; de corta barba entera; de pálido color; con el rostro prolongado hacia adelante, como de quien hoza en lo desconocido, con lentes brillantísimos, no por el reflejo de las luces, sino por el fuego de la vivaz mirada de sus ojos; de frente alta y aguda, como elevándose hacia el cielo; tal era el hombre”.

En otras, la pluma evocadora, acierta en la memoria elegíaca, delicada y entera como un epigrama griego, como en las quince líneas trazadas para “La Patria” de Nueva York, en recuerdo de Augusto de Armas:

“Una noticia de veras triste viene de París. El artista que a los veinticuatro años de su vida, tenía ya domadas dos lenguas, y con igual esmero y elegancia ponía su poesía, aún más literaria que real, en francés y en español, el que con sus “Rimas Bizantinas” cuyo título revela todo su color y exceso, ganó plaza de notable en la difícil literatura de París, el talento fino y descontentadizo que preparaba una edición suntuosa a su “Poema de un Cerebro”, en versos franceses, ha muerto en la soledad, lejos de los suyos. Diez días después de su muerte, preguntaron por él, y estaba la buhardilla vacía. No por su libro, que no llegó al Norte, lo conoce **Patria**, ni por lo que dicen de su existencia huraña los que lo trataron en París; sino por una carta cincelada como una joya, donde escribió el pobre poeta el amor viril que para Cuba tenía su corazón”.



El estudio de las simpatías y las diferencias de que hablara Alfonso Reyes, con ser de importancia para el aguzamiento del juicio, para la prueba del conocer y el discernir, ofrece en cambio dificultades cuando aplicándose a la crítica con entusiasmo o premura; sirve para el planteamiento de los más difíciles paralelos o para marchar hacia una floresta de antecedentes en la cual nos perdamos sin dar con la rama original o la raíz primaria. Sobreentendidas ya las coincidencias y las semejanzas; el florecer parecido de espíritus que ni siquiera llegaron a conocerse, nada hemos de añadir acerca de aquel infuso milagro por el cual pueden decirse las cosas viejas en las nuevas palabras y extraerse de lecturas y reminiscencias, de verdad y fantasía, de sueño y de vigilia, esencias que perteneciéndose al patrimonio colectivo, se alquitaran de pronto, adquiriendo vigor y frescura.

¿Qué Martí pudo tener algo de Gracián, de Saavedra Fajardo; que se aproximaba a los dos Luises, al de León por la certeza de los términos; al de Granada por sus mejores períodos de música verbal? Escabroso seguirle sobre las líneas de las literaturas comparadas, con más que su prosa, como la de otros escritores de América, se caracterizaba por una libertad en la que nos gustaría reconocer el aliento mundonovista que aligeraba sus páginas como anunciación y ejemplo.

Ni clásico, ni romántico, ni realista, escolarmente hablando. Habría más bien para detenerse en su formación clasicista, asimilada en larga lectura y aireada con un viento de original independencia. "Ni vale que Horacio diga que el uso es la única regla del lenguaje, —escribe en sus "Cuadernos"—: que de los grandes ha de imitarse lo bueno y no lo malo; y Horacio también echó en tierra su escudo en el combate y huyó presto, lo cual no ha de imitarse cier-

tamente, aún cuando lo haya hecho Horacio. Lo que es razón para que tampoco se le imite en lo otro”.

Ni culterano, ni menos conceptista, puesto que si en algunos de sus escritos hay adjetivos superpuestos o tendencia al hipérbaton, a lo menos que aspira es a la idea difusa, a la retorcida imagen. ¿Clásico por los símiles humanistas y hasta por los párrafos circulares, moldeados en locuciones perfectas, en avance que se destina a la complejidad? No hay de cierto en el estilo de Martí, ni la pomposidad ni la estricta concisión, ni el vuelo sostenido de los períodos, ni la brevedad que corta, que puntúa con demasiada frecuencia. Su letra responde en todo caso a la materia de que trata, y así en los discursos anchos, como en la rapidez de la crónica, hay la médula martiana y el toque característico, como para que se afirme la verdad de un estilo.

A veces creemos encontrar en él alguna resonancia de Montalvo, especialmente en su aptitud para relacionar y juzgar; para remover la sequedad esencial con una ligera brisa poética y para levantarse sobre el coturno de la indignación, ya que no de la ira, sentimientos que Martí distinguió con una decorosa inteligencia, con una honrada lógica.

El suyo es, si se quiere, el estilo de América. Sus imágenes las de nuestra naturaleza, de torrentes y remansos; de montañas y de valles, y en su frase, además de la materna voz española, hay el rescoldo habanero, la luz que atersa el cielo de la Antilla, el balanceo tropical de la palmera.

Dice de Bolívar en imagen tomada de nuestros bravíos paisajes: “Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde”. . . “De Bolívar solo se puede hablar con una montaña por tribuna,

o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en un puño y la tiranía descabezada a los pies".

América le obsede, y no vacila en ponerla, salvando los tiempos y las distancias, al lado del fulgor de las más ilustres civilizaciones: "¡Que Augusta la Iliada de Grecia! ¡Que brillante la Iliada indígena! Las lágrimas de Homero son de oro; copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias".

Su estilo se rige por el acuerdo del sustantivo y el verbo, de modo que el sujeto corresponda a las acciones para las cuales está dotado o se las sobreponga. Y en los dones o las sobreposiciones, el adjetivo anuncia o confirma, califica o despierta; dá tanto la posesión como el desposeimiento. Suele construir a veces con el verbo al final de su período. Así confiere vigor a las acciones; remate de presencia a una vida de la que no quiso jamás huír; a una muerte a la que llegó como temblando del heroísmo de sobrevivirse. Sus gerundios están bien puestos y llegan siempre a su prosa, porque él mismo fue constante acción, paso sin tregua. Sus infinitivos aparecen cargados tanto de fé como de tenacidad, de valentía y de confianza. No se prodiga en las admiraciones, con haber sido propenso a la emoción y de una templada ternura. Cuando abre interrogantes no es obligado por la duda y si más bien en estímulo que salía de su corazón sin grietas, de su conciencia sin recodos. El sentido metafórico de sus verbos se levanta hacia las montañas de América, corre por el cauce de sus ríos, brama en sus volcanes, acaricia el lomo añil del Caribe. Sus neologismos son americanos, como cuando habla de "lo herédico" del gran poeta autor de un Canto al Niágara.

"De la beldad vivía su alma", dice de Julián del Casal. Tiene la certeza del participio y al elogiar al mismo poeta que rompió las auroras del modernismo, se afila en un infinito gerundio: "Así vamos todos, en esta pobre tierra nues-

tra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, **viviendo sin persona** en los pueblos ajenos”.

Pronto al elogio, brilla en el poder de las síntesis y en sus enumeraciones dá lo mejor para los mejores. Cuando escribe de la vida y de los versos de Longfellow, a la orilla de su muerte, traza estas palabras: “Y que hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes; la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de muerte que hace la vida bella”... “Le mordieron los envidiosos que tienen los dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz”... “Parecía un hombre que había domado a un águila”... “Son sus versos como urnas sonoras y como estatuas griegas. Parecen, al ojo frívolo, pequeños, como parece de primera vista todo lo grande...”

En ocasiones cierra el movimiento verbal con la sustancia de los nombres. De Carlyle dice: “Pone constantemente en paralelo la forma o teoría que disfrazo con los intentos reales que encubre: lee a la vez en las dos líneas de la vida. Su revelación constante e implacable aturde. Tiene hambre de médula”.

De América es la lengua de Martí y sus palabras como que hubieran sido escritas, en gran parte, para su propia, certera y desinteresada vocación: “Ni será escritor inmortal en América, sino aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, despropiadas, ameduladas, informadas por sumo genio artístico. Lenguaje que del propio materno reciba el molde, y de las lenguas que hoy influyen en la América soporte el necesario influjo...”



José Martí buscaba temas universales, sin modosidad, sin afán de aparecer magistral en sus críticas; ni profuso en sus conocimientos. Baste advertir las líneas sencillas y esenciales que traza en su carta a la que se ha llamado testamento literario, en cuanto a la ordenación y publicación de sus papeles. Versos suyos no quiere que aparezca ninguno, en el reposo, si vale decir, del libro que ha de ser definitivo, anteriores a los del *Ismaelillo*. Desconfía de su obra dramática, a la que llama "escenas", pues le parece que estas andan revueltas "y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a luz". Recomienda, en cambio, algunos de sus retratos espirituales, como los de San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller. Y añade algunos de los de Norte América: Emerson, Sheridan, Withman. Pero si en su propia época, pese al desentendimiento ambiente que no deja de rodear a veces a los que llevan palabras de valor, había logrado fama de estilista y se creía en la seguridad de su pensamiento, puesto en el caso de meditar en sus obras, ya fuese como compilador o antologista, disponía sus artículos, sus breves ensayos, en las series biográficas, en las de crónicas, en la crítica, en la educación y en la pintura. . .

Como si hubiese presentido que de la miga de sus libros, de tanto rasgo aforístico que salía sin esfuerzo así de su madurez congenial como de su novísimo gusto; de la variedad de sus imágenes; del vuelo de sus audacias y de la profundidad de sus meditaciones, serían extraídos alguna vez sus "granos de oro", su "idearium", piensa en un libro, en una especie de *Espíritu*, como dice, que se compondría "de las salidas más pintorescas y jugosas" que pudieran encontrarse en sus artículos ocasionales. Y añade, dirigiéndose a Gonzalo de Quesada, su albacea intelectual y amigo entraña-

ble: "¿Que habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?"

Hasta los apuntes de menor circunstancia de la pluma de Martí, son vivos. Y así, dejados en los cuadernos que a veces no pidieron ni su reelectura, frescos de emoción y espontaneidad, (se le oía a través de los amplios trazos de su letra nerviosa, dice Enrique José Varona), garantizan su resistencia y actualidad en el agrado con que han de ser leídos a las luces de nuestra edad, no solo por su contenido humano, si no también porque Martí, precursor en muchos aspectos, estaba siempre adelantándose a su tiempo.

Concertador de ritmos y de ideas, de figuras y de acciones, es interesante seguirle en sus propuestas de estética y en lo que también, aún cuando sea de paso, insinúa o afirma a propósito de la unidad de las artes. Así si su verso es frecuentemente músico, si hay armonías en su prosa, en varias veces ha tratado del pictoricismo del literato, de la plasticidad del estilo. No era, pues, esporádico ni asombroso que se detuviese ante los pintores, que examinase sus cuadros, explorando en su realismo y en su psicología. Detrás del sobrio disimulo de su valor de hombre bueno, no es difícil creer que hasta hubiera dado con alguno de los tratados técnicos de la pintura, con más que su inteligencia abarcadora tenía que adelantarse a toda preceptiva, y superarla...

Al leer la historia de su vida, y penetrar en ella, sobre todo por las líneas de sus propios escritos, se le vé, visitante de museos, tomando notas, como él mismo dice, "sobre las rodillas". Unos sugestivos apuntes sobre Goya fueron encontrados en uno de sus cuadernos del año 1879, por lo que es fácil afirmar que su escritura corresponde a los días de su segunda estadía en Madrid. Acércase a Goya con ánimo de poeta y afán de comprender, que es el que distingue al crítico flexible. Parecen trazados en varios días

de sus entrevistas con los cuadros del magnífico baturro, y, asimismo "sobre las rodillas", o en un ángulo de museo, o después, en su hotel, para llamar a los recuerdos, para pensar en los fantasmas goyescos, tan fantasmas de hombre, para volver a mirar a la maja o a la tirana. . .

Y no son, de ningún modo, notas dispares. He allí como se han relacionado, hasta conformar un pequeño ensayo que para que nos parezca "muy moderno" hasta se distingue por su gracia aparentemente fragmentaria, por su tacto relacionador, por su ausencia de toques de tratado magistral. Adelantando ensayo porque representa un viaje ameno hacia los modernizados reinos de la didascálica.

Así vé a la maja, no importa saberlo si de primera vista: "Nunca negros ojos de mujer, ni encendida mejilla, ni morisca ceja, ni breve, afilada y roja boca, —ni lánguida pereza, ni cuanto de bello y deleitoso el pensamiento del amor andaluz, sin nada que pretenda revelarlo exteriormente ni lo afee—, halló expresión más rica que en *La Maja*. No piensa en un hombre; sueña. ¿Quiso acaso Goya, vencedor de toda dificultad, vestir a Venus, darle matiz andaluz, realce humano, existencia femenil, palpable, cierta?"

Al pasar del entusiasmo distintamente erótico que le produce la maja, a la que mira en esta entrevista con ojos ensoñadores, subraya algunos conceptos sobre la técnica goyesca:

"Había hecho Goya gran estudio al pie de los cadalsos, por entre los sayones de Corpus Christi y de Semana Santa. Gusta de pintar agujeros por ojos, puntos gruesos rojizos por bocas, divertimientos feroces por rostros. Donde no hay apenas colores, vése un sorprendente efecto de coloración, por el feliz concierto de los que usa. Como para amontonar dificultades, suele usar los vivos. Ama y prefiere los oscuros: gris, pardo, castaño, negro humo, interrumpidos por manchas verdes, amarillas, rojas-rosadas, inesperadas y bri-

llantes. . . Tal como en noche de agitado sueño, danzan por el cerebro infames fantasmas, así los vierte al lienzo, ora en **El Entierro de la Sardina** —donde lo feo llega a lo hermoso, y parecen gran lección y gran intuición, no nobles seres vivos, sino cadáveres desenterrados y pintados los que bailan—, ora en la **Casa de Locos** . . .”

Imposible decir que Martí no juzga. Cuando ha observado, sobre esta última obra, como pinta Goya, “con una sola tinta”, toda una escena abigarrada, formada de diversas manías que se unen no solo por el tema del delirio, si no también por el encierro de la promiscua estancia, escribe: “Aquí más que la forma sorprende el atrevimiento de haberla desdeñado. ¡El genio embellece los monstruos que crea!”

Parécele como de Van Dyck el auto retrato de Goya. Pero cree que, en esta vez, el pintor español superó al de los retratos inigualables. “Hay más humanismo —dice— aún en la carne, con todos los juegos de la sombra, y con todo el corvo vuelo del párpado, con todas esas sinuosidades del rostro humano, plegada boca, hondos hoyuelos, ojos cuya bóveda resalta y cuya mirada se sorprende. Acá en la abierta frente, golpe enérgico y a la par suave, de luz. Por entre ella flotan esos menudos cabellos que nacen de la raíz. En el resto del rostro, vigoroso tono rosado, diestramente no interrumpido, sino mezclado en la sombra”.

Prueba en esas notas no sólo el valor de superar las formas regulares, sino también la creación de otras que corresponden a un pensamiento que vence sobre los pulidos contornos y las armoniosas tersuras. Así para dar la impresión de la mirada siniestra, Goya ha pintado solo dos puntos negros por ojos, pero cuán profundos y amenazadores. “Cada aparente error de dibujo o de color de Goya, cada monstruosidad, cada deforme cuerpo, cada extravagante tinta, cada línea desviada, es una áspera, tremenda

crítica. He aquí un gran filósofo ese pintor, un gran vindicador, un gran demoledor de todo lo infame y lo terrible. Yo no conozco obra más completa en la sátira humana..."

También es interesante seguirle en sus preferencias por las figuras femeninas de los pinceles de Goya. Muchos son los que han declarado sus simpatías por La Maja. Quien gusta de la vestida, quienes siguen amando a la desnuda. Aún se ha dado el caso de los eclécticos. Pero Martí pasa, casi un poco madrigalesco, por el recinto en donde La Maja, (Goya le dió, ya para siempre, las mayúsculas), le parece que sueña, que espera sobre sus almohadones. No así en la Academia de San Fernando, frente a la Tirana María Fernández, "de tamaño natural". Su diálogo con ella es más dilatado, tanto para que, sobre su cuaderno, quisiera trazar él también, con mano nerviosa, otro retrato de tan soberbio modelo:

"La Tirana, descansando el cuerpo robusto sobre el pie derecho, ladea un tanto al apoyarlo, el izquierdo. Véase este culto invencible a la elegancia en toda la figura: la vaporosa tela de la saya —aquella faja de pálido carmín, de visible raso, cuyos flecos de oro, venciendo todas las dificultades del sobre-color, besan los nunca bien celebrados chapines. No es esta la cara de árabe perezosa de La Maja. También esta quemá, pero así también amenaza cuando mira... Gran energía acusa la ceja poblada, cargada al entrecejo, y hacia el otro extremo en prolongado arco levantada. De esos ojos —impresión real— tan pronto brotan efluvios amorosos, enloquecedoras miradas, dulcísimas promesas, como robando suavidad a la fisonomía, con esa extraña rudeza que dá a las mujeres la cólera, chispean y relampaguean, a modo de quien se irrita de que la miren y la copien. Atrevidamente se destaca La Tirana de un fondo azul cenizo, sin que más que un ligerísimo ambiente azul desleído, envuelva en el fondo general a la espléndida figura. Y sin embar-

go, como que se adelanta a gran distancia de aquella barandilla y aquella fuente, tras de las cuales aún se adivinan árboles, jardines, agua, césped... Como que me premia la prolijidad con que la estudio y me mira con amor... La mano izquierda, saliendo de entre la manga que cubre casi todo el brazo, cuelga, pudo ser más elegante y menos oscura. La garganta, suavemente torneada, es humana, y como de La Tirana, bella. El cuello, puro; el cabello, rizado, echado sobre la frente, alzando sobre la cabeza peinado a modo de revuelta montera, que al lado izquierdo se eleva y recoge con breve peineta... No sé decirle adios".



El escrito en el cual se revela y se retrata, se condensa y se perfila, es el que consagra a Cecilio Acosta, en su "Revista Venezolana" de Caracas, de 15 de julio de 1881. No ha llegado a los treinta años, pero una madurez de anticipada prueba triunfa en esas páginas, sin dañar la ternura del fruto y en sus líneas se contornea una serenidad llena de lírico arrebató. En **Cecilio Acosta** no hay línea perdida y si solo hubiera escrito ese capítulo sería para tenerle entre los mejores prosistas de América. Se trata no solo de la prefiguración del ensayo. Aquí están íntegras las cualidades del ensayista. El trazo nítido de un biografismo de Acosta, le sirve para una singular convocatoria de recuerdos, para un viaje por el universo de la memoria, en el cual hay la justeza de las citas, el acierto de las comparaciones, la exaltación de virtudes que en contados seres como en el venezolano, pudieron concertarse en un panorama de alma tan apacible y simpática; tan iluminada sin brillar y tan poderosa para otear las distancias sin propósito de ascender o dominar.

Es la verdad que las páginas escritas con más vigorosa

certidumbre, aquellas en las cuales se pone la fibra cordial y el pensamiento encariñado, trascienden a rasgos autobiográficos. Los escritores como José Martí, al retratar a sus parecidos, acaban, al final, por reflejarse a si propios. Les dan algo de su naturaleza. Les atribuyen su ambición y sus sueños; su pasión de la vida o su sabor de muerte que les vuelve ligeros sobre las injusticias de la tierra; su vocación de milite o agonista; quizá su armadura de ángel.

Cuando reelemos el Cecilio Acosta, la figura de Martí es la que se alza y decurre; sus perfiles espirituales los que aparecen; su misma formación universal la que atrae y sugestiona; su buscar en la letra de todos los tiempos, el que sorprende con el principio de la verdadera juventud del escritor que solo es tal cuando se viene de la más luenga antigüedad... Cuanto recuerdo clásico en este ensayo, cuanta reminiscencia siempre oportuna, que sabe dar a la frase la perspectiva de la historia, el gusto perdurable del tiempo que se conoce como en su propio día...

“En él no riñen —dice de Acosta—, la odre clásica y el mosto nuevo; sino que, para hacer mejor el vino, le echa a bullir con la sustancia de la vieja cepa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado, ni nadie —¡singular energía a muy pocos dada!— ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones”.

Y en esa penetración lúcida de lo que Acosta tiene, como todas las inteligencias integrales, de viejo y nuevo, es decir de permanente, no desparrama si no más bien que sujeta sus apuntes a uno como troquel; labra la fisonomía como a fina cinceladura; anima de veras al hombre del que dice que “se tenía a mal que amase tanto” puesto que “todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen”.

Al penetrar en su alma y en su pensamiento, grávidos

de la sustancia de los tiempos, advierte que "todo pensador enérgico se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos", porque, "dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno, como si lo viera de montaña", para concluir con esa soberbia afirmación digna de sí propio: "Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra".

Daríamos, movidos por el entusiasmo que despierta tan precioso ensayo, en la transcripción íntegra. Cecilio Acosta ha desaparecido de la vida y esta biografía tiene tono elegíaco. Se mantiene en pretérito, pero con excepcional actualismo y es que Acosta, como Martí, es de los que no se marchan, de los que conocerán únicamente la muerte física, de aquellos para los cuales es posible subrayar esa palabra eterna: siempre.

"Subía como Moratín a aquella alegre casa de Francisca en la calle de Hortaleza". De tal modo insinúa la estancia madrileña de Cecilio Acosta y le da compañía de su gusto, aún cuando distante en las edades. Adjetiva magníficamente al referirse a sus lecturas ecuménicas, como las que él buscó no obstante las zozobras de su camino: "Lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez"... "Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora y le prendaba Moratín, como él encogido de carácter y como él terso en el habla y límpido"... "Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón se postra. No halla rival para Gallego y le seducen y encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenioso y el divino hechizo de los dos Luises, tan sanos y tan tiernos".

Si dice que pasma lo que Cecilio Acosta supo, este jui-

cio, como otros, como casi todos, es aplicable a su caso y cuando completa una original definición de su estilo, parece que está consagrando el suyo: "En su estilo se ve como desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la última causa de cada estremecimiento".

Cuando murió su madre, dejó más que huérfano, viudo al hijo. Vivía Cecilio en angosta casa y era su madrecita toda llena de lágrimas. Visto de cerca era tan humilde; poseía esa fortuna de ser niño siendo viejo. Era querido en todas partes que es más que conocido y más difícil. Su vivienda era desnuda de muebles, como él de vanidades...

Nos retienen y detienen tan cautivadoras páginas. La vista juega entre sus apretadas líneas. El pensamiento es denso y a la vez jugoso. No nos atreveríamos a cambiar un epíteto ni mudar de su sitio a una sola partícula. Aquí es clásico, pero con un decisivo y armonioso anuncio de modernidad. Para dar la impresión de la irreprochable pureza de Acosta dice que "él era inmaculado como vellón de cabritillo no nacido... Era en vano volverle y revolverle; no se veían manchas de lodo". En todo el artículo repasa el nombre de Apóstol que él mereció con excepcional propiedad. El párrafo final, conviniendo a Cecilio Acosta, puede ser íntegramente reproducido como el mejor elogio de Martí:

"Este fué el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico.

y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. ¡Y cuando él alzó el vuelo tenía limpias las alas!”.

En esta prosa se alcanza ya, serena y móvil, lo mismo para tallada en mármol como en alabastro, la de perfección sin rajadura.



El Martí escritor es tan grande como el héroe cívico. “El poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia” escribirá rotundamente. “Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la Patria, se unirá el mar del sur al mar del norte y nacerá una serpiente de un huevo de águila”, dirá desde Nueva York.

Dos sentimientos dominantes que acuerdan en lo más noble del espíritu humano, prevalecen en la obra de Martí: la libertad y el amor. “Que se marque al que no amé —decía—, para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar”. Y dejando que se cuajara la

lágrima, corazón adentro, reconstruía esa anécdota del gallego Pablo Insúa, comenzando por su retrato, más anímico que físico: "De cuerpo era pequeño, combo y cargado de canas. En su hablar había pena, como quien lleva en sí la de los demás. Su muerte fue muy bella..." Insúa, en la guerra cubana, y como supiese que había un hogar sin jefe, solo con mujeres y niños desvalidos, sin advertencia de nadie, ansioso y fatigado, corrió para llevarle alimento. Había mucha nieve. Cruzó por la calle helada con la mano en el corazón. Subió muy de prisa. Dejó el auxilio y luego, como huyendo de los agradecimientos, regresó, para ascender, veloz, por la grada del ferrocarril. El corazón del gallego combo y cargado de canas, había fallado. Y cayó Pablo Insúa, sobre la nieve, muriéndose por el dolor de los que han hambre de pan y de justicia.

El amoroso defiende a los pobres y a los humildes y alienta su corazón por la tristeza de los negros. "Cuba ñañigo y bachata, —Haití, vodú y calabaza,— Puerto Rico, burundanga...—Por la encendida calle antillana— va Tembambumba de la Quimbamba,— Rumba, macumba, candombe, bábula—" comenzarían a cantar los negritos en el tono nasal al que acompaña el gesto de su faz de chocolate. Martí se dolía de la esclavitud de los negros, sombra para la sombra. ¿Bajo esa piel de betún no se guarda, acaso, un cráneo marfileño como el de todos los hombres? Su nariz achatada suele dilatarse ante el perfume de las flores más níveas y en la sinfonía en blanco de sus córneas y de su dentadura, hay esa nota que suele irrumpir, a veces, fina, en la noche cerrada. "Martí y el negro representan lo más profundo de la inspiración cubana. Los dos son la protesta ardida. Hernández Cata escribe una Mitología de Martí y poemas negros", observa Luis Alberto Sánchez. Martí se alzaba en indignación, en sus memorias del destierro, por el negrito Tomás, sentenciado político a los once años. Trazaba para los niños, en

La Edad de Oro, un cuento que abraza: La Muñeca Negra. Entre los colaboradores de su gesta hay uno, de la más extraordinaria forma, valiente y sagaz. Ese es Antonio Maceo, el general negro, un "Áyax tallado en ébano y de terciopelo el ademán y la palabra".



José Martí es el primero en emplear ese nombre de propiedad y de concierto para nuestros países: Nuestra América. Su biografía le muestra en andanza sin remate por tierras del Continente, y en cada una de ellas deja su letra, la simiente de su advertencia. Pasa o se queda, comparando y diferenciando, pero sobre todo aproximando y uniendo, y en sus meditaciones marcha más lejos que el abuelo Bolívar.

En reciente estudio observó Eduardo Salazar Gómez la circunstancia de que Martí hubiese salido, para el vértice definitivo de su gesta, de Montecristi, en Centro América, pueblo del mismo nombre que el del nacimiento de Eloy Alfaro, en la costa del Ecuador. Hitos nominales que sobre los paisajes de América, que no dejan de parecerse en la física y en el espíritu, también unen y relacionan a los hombres que llevaron consigo un idéntico pensamiento de libertad. En pos de tales parentescos llegó uno de los martianos más ilustres, Emeterio Santovenia, para que la biografía de Alfaro volviera a surgir de las dimensiones de una segura pluma cubana. Y le siguió en sus pasos alertas, en su afán de iluminar las zonas del alma americana; en su virilidad y en sus enternecimientos; en sus luchas y en su martirio.

"El bravo Eloy Alfaro, que es de los pocos americanos de creación" afirmó en el artículo que consagrara a la memoria de Federico Proaño, el periodista del Ecuador, muerto en Guatemala en setiembre de 1894. Con él también se ha-

bía encontrado en el igual destino de no dar a su paso por los campos de América el carácter de una erranza. En el de superarse en países que deben sernos comunes, y en el de perseguir, sin señales diplomáticas, esas coincidencias en las cuales América debía mostrarse propicia, primero por la fuerza espiritual, para que se pudiera tratar de la mutua defensa, del intercambio económico y, por sobre todo, de la entera dignidad con la que debíamos hacernos dignos de nuestra suerte, sin que considerásemos el carácter de los pueblos pequeños o de las naciones pobres, porque debíamos llegar a ser una sola y victoriosa, afirmada en la fé democrática.

Bellas, agudas palabras, escribe Martí acerca de Federico Proaño:

“El hombre anduvo por la América Occidental, con la pluma a costas. Caía en un país, Perú o Costa Rica, o Salvador o Guatemala, y ya Fígaro o Veuillot, iba la pluma ampollando. No podía él vivir sin la letra impresa. Todo, hasta el pecado, por el pensamiento libre. Corona a la idea, no coronilla. Proaño en **La Nueva Era**, azota a García Moreno, que lo destierra por el desierto, gran maestro de literatura, y lo echa a padecer, que es cátedra magna. En Bogotá publica su **Tines**, tamaño como un colibrí, y lo ama Adriano Páez que fue alma de mieles, y escribe en su pró Montalvo que fue gigantesco mestizo, con el númen de Cervantes y la maza de Lutero. Por los altos vivió en Guatemala, donde Palma lo quiso, y publicó, siempre ameno y picante, **El Diario de Occidente**. Reía, no sin amargura; y en verdad su risa era como la vaina de los sables, toda lustre por fuera, y plata u oro donde juega el sol, y dentro rugosa sombra. Risa es crítica. Pero Proaño no podía ver pájaro preso sin darle libertad; ni castigar a una bestia sin tundir a quien la castigase; ni merma alguna de hombre, sin que se le escrespase

la pluma, como al quetzal, de ojo de oro, cuando se ve la esclavitud encima”.

En esta prosa vibrante acierta Martí en una imagen que relievaa la unidad de América en la que creía y confiaba; la transfundición de nuestros valores; el buscarnos para encontrarnos en nuestros paisajes y así en las raíces de nuestro principio, como también en las alas con las cuales podamos volar. En tierra guatemalteca, olvidada del desierto o del exilio, la pluma de Proaño podía encrespase, como el quetzal, libre pájaro de ojo de oro.



Como en el estudio que ha de hacerse de todas las vidas fecundas, después de los días terrenos de Martí, interesan con fuerza apasionante los papeles numerosos y desperdigados del escritor. Su amigo Gonzalo de Quesada emprende en la tarea de ordenar sus obras completas. Y le siguen Américo Lugo y Alberto Ghirardo. Unamuno, encontrándose tal vez en algo de la fortaleza martiana, le consagra sus páginas nerviosas, hechas como del azogue espejeante para recibir la figura menuda del gran desasosegado. Los españoles también serán martiíolatras. Don Fernando de los Ríos inclina su rebelde barba ante el humano sentido de la vida de Martí. Benjamín Jarnés cede a su elogio e Isidro Méndez es el que llega tanto a los más minuciosos pasos de la biografía como a la edición definitiva de sus obras.

García Calderón se alista entre “los enamorados” de la obra de Martí. Y están a su lado Santiago Arguello y los Henríquez Ureña, Torres Rioseco y Díez Canedo. Y ya contemplado el hombre total, en libros sintéticos o en ensayos de conjunto, revisto el campo de su siembra, los aspectos parciales que corresponden desde luego al brillo del conjunto, como en la suerte diamantina de las facetas, conquis-

tan a los monografistas. Y se escriben la **Iconografía de Martí**, por Arturo de Carricarte; **Martí periodista** por Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo del primer compilador de su obra; **Los periódicos de Martí**, por Joaquín Llaverías... Casi bajo la advocación del Apóstol, aparece en La Habana el Grupo Minorista, en el cual se reúnen, con desinteresados signos, los valores de la Antilla Mayor. Y de ellos no solo que brota el estudio martiano, si no que también apunta, en algunos, la misma fé reverdecida y constante del hombre culto que tanto supo del amor de la libertad. Por afinidades o aficiones, los minoristas analizan y completan el trabajo de revalorización de Martí, así calificado por Manuel Pedro González. Y si Juan Marinello nos habla de la poesía de Martí, Félix Lizaso reúne sus cartas que arrancaron de Unamuno un elogio tal como para considerar al cubano como "al máximo epistológrafo de nuestra lengua". Y si E. Roig de Leuchsenring, siguiéndole a través de **La Edad de Oro**, de los versos de la primicia, trata del Martí niño, dando en la fuerza nunca contradicha de su corazón tierno y maduro a la vez, Jorge Mañach escribe para **Las Vidas Españolas e Hispano-americanas del Siglo XIX** de la Espasa Calpe de Madrid, una biografía perfecta, por cuyos ámbitos de realidad vuelve a pasar Martí con el mismo tiento magnético de su vida. Y a la completación de la exégesis martiana, contribuyen, entre otros, Núñez y Domínguez, con su **Martí en México**; Carlos Jinesta, con su ensayo documentado, patético en el episodio, **Jose Martí en Costa Rica**; Andrés Iduarte...

Oswaldo Bazil en sus **Vidas Iluminadas** persigue las "huellas de Martí en Rubén Darío", y si la tesis ha valido para más de un interrogante, no es por eso menos seductora. Su calidad de precursor del modernismo es indiscutible. El Martí de los versos libres es el anunciador, al lado de Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, no solo de la música que Darío te- situra en compases inauditos, si no también de las imágenes

novedosas que iban exprimiéndose, como de todo origen, de la misma voluntad del romanticismo finisecular; pero la prosa martiana es la que influye más decisivamente en la del chorotea de los ojos cuajados de paisajes y de los labios músicos y libadores.

En Gabriela Mistral, autora de un ensayo, fino como un estilete y perfecto como un poema, acerca de *La Lengua de Martí*, se ha querido buscar también el punto de las ascendencias o de las semejanzas. Ardida en noble fuego, en su estilo másculo hay el fondo en donde acrece corriente de amor femenino, mecido en piedad. Canta a los hijos que no llegaron, como si estuviesen dormidos en la entraña, inmunes, con tiento de caricia franca, en expresiones en algo afines a las del autor de Ismaelillo. También ama a los niños y suele convocarlos para el nuevo sermón de la montaña, como en *La Edad de Oro*. Su pensar universal convoca paisajes y figuras, y su prosa, ni maciza ni liviana, entra también, como la de Martí, en ese delicado secreto en donde confluyen las fuerzas del principio y las semillas sonoras del porvenir.

Y otros libros más. Y los que han de llegar para quien vivirá siempre. La entrevista de Bolívar y Martí ha preocupado en interpretaciones, densas y ágiles a la vez, a Emeterio Santovenia. La pura misión de su obra les identifica y les une. Pero la palabra de aquel que hablaba para el futuro, cruzará siempre por nuestros espacios, con su signo tanto de inconformidad como de esperanza: "El Libertador hace falta en América, por que lo que él no realizó, todavía está por hacerse".



Jorge Mañach ha retratado a Martí y de su fisonomía espiritual y corpórea hay algunas logradas semblanzas en las

letras de América. Grave y lírico era ese libertador y no amenguaba su capullo niño, aún en los estíos de su mediodía. De la frente despejada huía la melena riza, según la hermosa imagen de Mañach. En el semblante pálido hundíanse los ojos, casi oscuros de lejos y de cerca del color de la avellana. Bajo la nariz recta un negro bigotillo de mosquetero. La estatura pequeña y el busto brevemente agobiado. Síntomas de alguna dolencia sin declararse en sus ademanes nerviosos, sucesivamente violentos o fatigados. La voz débil, sin promesa de herir, pero creciente a medida que hablaba, subyugando.

“La fascinación arcangélica de Martí —ha dicho Concha Meléndez en sus líneas evocadoras— actúa en cuantos se le acercan, nubla los límites precisos, mientras quedan sin definir los valores más firmes de su producción literaria”. Y Tejera, recogiendo unánime testimonio, escribe que “el que no oyó a Martí en la intimidad, no puede darse cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”. Aparece, en su biografismo, que las mujeres le admiraban “por su verba fluida, rica en todos los matices de la insinuación, por su galantería y su risa de cristal”. Y acaso también por la aureola de su fama y la tenacidad de sus ojos. Pero en los avatares amorosos de Martí, no hay el día, de sorprenderse sin buscarlo, del encuentro perfecto. Puede que anduviera el proscrito, eligiendo o dudando, detrás de la mujer a la que desearía hecha a imagen y semejanza de su sueño. Mas ella no fue ni Blanca de Montalvo, rubia y de color nevado; ni Concha Padilla, dueña de los encantos del arte; ni María García, la quinceañera guatemalteca. Ni halló tampoco el dulce equilibrio en Rosario de la Peña, aquella que arrancó de Manuel Acuña la elegía erótica tan conocida, antes de que emprendiera para nunca en el viaje romántico. Y así su vida en predestinación para el combate,

no consiguió de cierto el regazo que la fatiga reclama y anhela el corazón sin tregua del agonista.



Sus penúltimos días fueron los de Costa Rica. Cuando preparaba el empuje final para caer en la Isla con Guzmán Blanco y Antonio Maceo, a la cabeza de los emigrados que merecieron la hospitalidad de la tierra costarricense, meciedo la nostalgia de su patria distante con el afecto de los "hermaníticos". La decisión de Martí había llegado a lo hiperbólico: "Si me dan diez mil pesos para la revolución —decía— salgo desnudo en mulo". En medio de una nubada de presentimientos, cerníase para él la luz que tanto había perseguido. Podía abandonar allí su pertinaz empeño y ya quedaba hecho lo bastante con la organización de las fuerzas, y sobre todo con la directiva de su pensamiento. Pero quería llegar él mismo, y combatir, como en los mejores tiempos heroicos, aún cuando le asaltase la idea de que moriría. Con Máximo Gómez y cuatro compañeros saltó en la isla. Los demás, pocos y mal armados, llegaron con distancia. Nos caemos riendo, dice en su postrer epistolario, cuando marcha a salto de breña. Y esos eran los últimos episodios de su angustia. No se le aparece la muerte con terror desconocido de la sombra, ni como el latigazo de la tragedia. A lo largo de sus páginas hay para ella, si no las vehemencias de un llamamiento, la fuerza masculina, carne de la naturaleza, de una tranquila y a veces gozosa aceptación. De tal modo Martí va hacia la muerte, sonriendo y casi cantando. Ha de recibirla, además, de pie, y en el mismo campo que quiere libre para los suyos. Llega, al lado de los vencidos, en traje de campaña, con vestido azul, oscuro sombrero y alpargatas. Jinesta ha reconstruido el diálogo imaginario, vital y simbólico, de sus postrimerías: "Marchemos

a la victoria, compatriotas— Y los soldados: tú a la gloria Martí. Y placenteros: vamos a morir. El maestro, prodigioso de visión: para **vivir**” Martí arengó a los voluntarios. Ellos iban férvidos. Y cayó con el fusil en la diestra. Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en la cruz, dijo para cerrar los labios de la palabra que no ha de marchitarse.



En el barrio de San Isidro de La Habana y en una “casa pobre” de la Calle de Paula, que ahora se llama de Leonor Pérez, en homenaje a la madre, nació, cien años ha, José Julián Martí. La obra de su reconstrucción ha logrado mantener los viejos terrones de sus paredes, sin que se descomponga su añeja estructura. Un revoque la conserva y defiende, mientras se han dispuesto, ya en el lugar en el cual abrió los ojos aquel que estuvo destinado a la existencia de los grandes, de gloria e infortunio; ya en el breve patio rectangular, o en la exigua galería de la planta baja, las señales del recuerdo.

La de Martí es, con exactitud, una “parva domus”, y en recorriéndola se piensa en el destino, casi siempre vacío, espiritualmente hablando, de los palacetes, así como en la suerte constelada de valores de las viviendas humildes sobre cuyas baldosas se orientaron, hacia un porvenir de fecundidad o de lucha, los primeros pasos de los hombres elegidos. Se asiste, asimismo, entre estos corredores estrechos y bajo estos cielos rasos que casi están al alcance de la mano, a una como víspera de profundidad en la que la vida de Martí se prefigura y se conforma; a una impresión de distancia, por las largas jornadas de una existencia que no fue dilatada; a la verdad acerca de qué la sabiduría

o la virtud constituyen, con excepciones que serían contadas, la corona de un cruento aprendizaje.

En la misma prueba de su saber; en sus páginas variadas, vivaces, substanciosas o líricas, de cierta inquietud filosófica, encendidas en auténtico sentido de libertad, se alcanza el viaje por los libros y las meditaciones, por la fé y el desengaño, por la contradicción y la esperanza. Allí, en su casa de la calle de Paula, el niño Martí comenzaría a circular entre los volúmenes que fueron impresionándose en su pensamiento; suscitando la originalidad de sus ideas; acordando con el latir de su corazón, vigoroso y tierno. Porque una de sus características es la del ápice niño que no sólo conserva, puesto que sabe cultivar y acrecer hasta la heroica madurez de su mediodía, en el que cae, de "cara al sol", como había previsto en una de las estrofas de sus versos sencillos. Imposible escapar, en el ambiente de sus años infantiles, a las evocaciones de aquellos. Si la suya fue un alma sincera, es por no haber perdido, ni frente a las ventiscas del destino o a la injuria de los tiempos, la sedeña corola, bañada de un limpio rocío, de la edad niña. La de oro la llamaría cuando en su Revista de Nueva York se dedicara a contar a los pequeños, en frase de amena concisión o de ennobecedora fantasía, la vida de los héroes o el argumento de La Iliada; a describir el perfil de las ilustres ciudades, o a guiarles por los altos memorables de la historia.

Así la frescura de sus libros; ese tiento de adolescencia perenne que suele rejuvenecer hasta las viejas materias de que trata y que es el secreto de su originalidad y el imán de su simpatía, se viene desde la formación primeriza, entre las paredes de su casa, cuando el niño ya se adiestraba, más por tendencia congenial que por disciplina de preceptos, en la medida frase del verso que inquietaba al padre y que pondría en los ojos de la madre la entristecida dulzura del presentimiento. Paupérrima infancia y juventud difícil que

podiera merecer el verso con el que Darío recordaba la suya: —“Mi juventud, ¿fue juventud la mía?”—, pero, no obstante, y como para probar las excelencias de ese espíritu, ninguna reacción colérica, ningún soterrado resentimiento; ni asomo de aridez, ni arruga pesimista, ni adelantada fatiga. De tal modo escribe a su madre, en su carta augural de marzo de 1895, cuando se halla, según sus premoniciones, en la víspera de su “largo viaje” —que sería definitivo—, que no se duela, “en la cólera de su amor”, del “sacrificio” de su vida, pensando en las razones que tiene para marchar “más contento y seguro de lo que pudiera imaginarse”, porque sabe que “no son inútiles la verdad y la ternura”.

Ese largo viaje, que no era hacia la muerte física, sino más bien a la segura inmortalidad de su ejemplo y de su palabra, se había trazado desde los pasos que hubieron de quedar señalados con el aura que se ha dicho “magnética” del huésped predestinado, en las habitaciones de la casa de la calle de Paula...

Después, viajó para extenderse y prodigarse; para suscitarse y realizar; para combatir y amar. No perdió en sus largas andanzas el tierno don de su alma. En la Caracas finisecular escribe sus poemas del Ismaelillo, el libro paterno cuyas estancias se unen por el hilo profundo de un tema que amanece sin duda con su propia vida, puesto que en el hijo no deja de reconocerse a sí propio y florecen en su vigilancia las mismas experiencias que probó desde la cuna sin encaje y desde el banco de la cena familiar, y desde la mesa bañada con tenue luz de lámpara, sobre la que alcanzaban sus papeles la letra de los que llegarían a ser el verso precursor y la prosa anunciadora.

Viajó, desterrado o deportado, o en propia voluntad de unir los países de América, o como representante consular de sus naciones; como pedagogo nato; como escritor que cautivaba y difundía, anticipando la forma de movilidad y sín-

tesis de la crónica moderna. Pero ese cubano esencial, con ascendencia valenciana y canaria, retornó siempre a La Habana, en física y en espíritu; se consagró a su libertad; escribió para ella las mejores de sus oraciones laicas; se rodeó de la amistad de las gentes humildes; apuntó en el verso dúctil o en esa su brillante oruga de ensayo, así el derecho como la sensibilidad de los negros.

De allí su presencia que casi llena todo el ámbito, en Cuba y en su natal Habana y su vigilancia en el Continente, como la de un Rector que siempre tendrá palabras que decir, porque buscarle en sus libros y en sus escritos, es encontrar la advertencia para el presente y el futuro, sus adivinaciones certeras y su fé en una América, quizá más unida en su tiempo que en la época nuestra de un parcelado Mundo Nuevo con dictaduras esporádicas y constitucionalidades bravías.

No es posible apartarse del pensamiento que se afina en contraste, de aquel hombre magro y nervioso, poeta y combatiente, pensador y repúblico, niño y cargado de experiencia, que salió en una vez de aquella casa de pocos metros, para ganarse en todos los caminos del mundo. E imposible, asimismo, no situar a la casa de infancia, casi inadvertida en antes, en una callejuela de la colonial Habana, frente al espacio que le ofreció larga vereda para sus paseos y que, a la postre, había de mostrarse como embebido de la propia aura martiana.

Los recuerdos más íntimos se reúnen ahora en el lugar nativo y las fechas decisivas se relievan en ese pequeño museo de la casa de Martí. Alígeras vitrinas que ofrecen las ediciones príncipes de sus libros, de sus folletos, de sus periódicos. Un ejemplar de sus Versos Sencillos, en la primera impresión de Nueva York, con una dedicatoria a la madre, salida más de la entraña que de la pluma. Prendas de vestir que no llegarán a deshacerse por la guardia alcan-

forada que las acompaña. Breves fanales que mantienen su cabellera cortada de los primeros años. En la galería interior, y en reproducciones que completan una serie de cuadros iguales, la iconografía familiar, obtenida de viejos retratos, de fotografías desteñidas, de grupos salvados en ejemplares únicos que reposaron en poder de sus amigos y devotos. Aquí se cumple la memoria, desde las raíces paternas, hasta las imágenes de sus arriesgados pasos del final, y desde la fisonomía del Martí escolar, hasta los retratos últimos, cuando la frente está ya en golfo y el bigote espeso y la perilla, caracterizan al revolucionario romántico y también realista, que siempre sería superior a su edad biológica, por lo henchido de resoluciones y sabiduría.

La escalera de pocos peldaños, es como la de casi una centuria, una flaca escalera. En la pieza alta, apenas capaz para un nido, nació José Martí y Pérez, en enero de 1853. En el lugar del alumbramiento se levanta una columna sin ostenta. Y allí, a un lado, están la cuna del niño y la cestilla de costura de la madre. Al salir de la casa volvemos los ojos hacia su modesta fachada, igual a la de ese ayer, relativamente lejano. Puerta simple, toscas rejas; dos ventanas iguales arriba; el tejado bajito.

Otro de los lugares de Martí, este de un crudelísimo tiempo suyo, se ha convertido en la que hoy se denomina la Fragua Martiana: el de las canteras de San Lázaro, a donde concurría cotidianamente, cuando de colegial, por acusársele de infidente y amigo de las ideas libertarias, fue condenado a trabajos forzados. Una larga línea marca en el plano de La Habana el recorrido de Martí, desde la cárcel situada en la fortaleza porteña, hasta la distante mina de piedra en donde el adolescente daría sus golpes de pica, entre un aire de cal y bajo la canícula antillana. Largo camino para cuyo esfuerzo castigador pesaban también el grillete del tobillo y la cadena de tres recias cuentas, ajustada a la

cinturá. Fragua, en realidad, por la dolorosa, purificadora prueba. Por el clima casi de llama al que injustamente se le sujetaba, pero cuya influencia, como en donación de precoz martirio, ejercitaba tanto en su carne como sobre todo en su espíritu, una obra de crisol dando los recursos de la fragua para la reciedumbre del hombre, doblemente delicado y viril, puesto que solo el dolor es forja y pulimento.

De aquel tiempo, —1869— se conserva un raro retrato suyo, el del niño crecido, con su faz para entonces altiva y asombrada, con su vestido de tela blanca y el pie del grillete a discreción, adelantado para levantar su peso. Al reverso hay una estrofa del condenado de la Brigada 113, una dedicatoria a la madre, en cuyos endecasílabos, por las espinas que han de herirla en nombre de su pena, piensa en la rosa triunfante que brotará en algún día: “Mírame madre, y por tu amor no llores;— si esclavo de mi edad y mis doctrinas— tu mártir corazón llené de espinas— piensa que nacen entre espinas flores”.

Un edificio de líneas modernas rodea al lugar de las canteras de San Lázaro. Casi de monumento se vuelve el sitio en donde trabajaba. La piedra caliza se desmorona lentamente. La presencia del gran cubano se aclara entre la de sus amigos. Un busto de Gonzalo de Quesada se ha descubierto hace poco. La iconografía de sus viajes, de sus pasos por los países de América, de su discurrir entre los buenos tabaqueros, entre los refugiados cubanos, extiéndese en fotografías que recomponen toda una historia gráfica de sus andanzas y de sus fatigas.

En la Plaza Catedral, frontero a la barroca Metropolitana, está el palacete de recio soportal y arcos dieciochescos, en donde se ha establecido la Casa del Historiador de la Ciudad. Para este centenario ostentaban sus paredes fotografías y planos de los hechos de Martí y exposición completa de las ediciones de sus libros, desde las de los folle-

tos vigorosos salidos de las prensas de España, hasta las de sus Obras Completas, y desde las de sus versos del siglo XIX, hasta la reciente antología de la colección madrileña de Afrodísio Aguado. Cartas y proclamas, dedicatorias y notas de telégrafo; diarios de campaña, apuntes de cuadernos en donde lo aparentemente discorde aparece como la unidad del talento profuso. Armas de la época, algunas de las cuales empuñara Martí en los días de su gesta.

Entona el espacio que se dá en su patria al recuerdo de Martí. Algo más, conforta ese que ya no es sólo un reconocimiento de absoluta unanimidad, si no más bien una identificación profunda de la isla de Cuba con su Apóstol. Lo es también de América con el hombre que supo comprenderla tan viva, tan apasionada, tan íntegramente.

Por donde vayáis en la Habana, la presencia inconsútil pero convincente de Martí se levanta con esa promesa leal de cultivar la rosa blanca para el amigo sincero, de la que habló en las memorables estrofas de los versos sencillos. Y su ejemplo de no dar ni cardo ni ortiga, (oruga aparece en el original), ni para el cruel que "le arranca" el corazón con que vive. Los niños deletrean su cuento en redondillas de Los Zapaticos de Rosa, y cuando se abre la perspectiva del Malecón a las circundantes manchas verdes en las que se alzan los árboles con el ágil gigantismo del trópico, se piensa en el de perfiles arcangélicos que dijo de si propio que era un hombre sincero y en el esencialmente humilde, sin nada del postizo ademán o el falso orgullo de los santos forzados, que anhelaba quitarse la pompa de la rima.

No existió para él la cuarentena de la gloria. Se había probado desde el comienzo. Después de sólo diez años de su muerte, se erige en el Parque Central su estatua en mármol limpio, de pie, con la diestra levantada, sobre un pedestal al que nunca faltan flores y en cuyos flancos hay las figuras simbólicas de la Patria y la Victoria y la de un jó-

ven que pudiera muy bien representar la suavidad de su corazón o el viaje resuelto desde la infancia pobre hasta el dosel en donde se vuelven de un perenne oriente las lágrimas puras del hombre. En la entrada de la ciudad hay otra piedra de su efigie, asimismo de la blancura de la rosa que amó. Aparece sentado, meditativo, sosteniendo en la rodilla los papeles de sus escritos, como en la obra de las notas incansables en las que su pluma fijaba las visiones de su camino y la fé de quien puso sobre todos sus amores, el que profesó a la tierra de su nacimiento.

ADALBERTO ORTIZ

EL VIGILANTE INSEPULTO

(14 Estampas Poéticas)

Quienes hayan seguido paso a paso la evolución lírica de Adalberto Ortiz, su acongojada órbita de poeta elemental, encontrarán motivos de inquietud, o de asombro, en la estremecida red de intuiciones y avisos emocionales que forman la urdimbre de su creación última. Pues el vigoroso y directo cantor de una parcela geográfica y de una definida raza, el Adalberto Ortiz de "Tierra, Son y Tambor", inicia ahora una actividad poética que lo sitúa justamente en el muro opuesto, en el paredón de los aparecidos europeos.

Los poemas que acompañan a estas líneas entran, de lleno, en el campo de la gran tradición europea, de esa reciente tradición de arte que inauguran Apollinaire y Max Jacob. Hay, en especial, una proximidad al primer Eliot, el ácido y somero Eliot que traza con pulso de sonámbulo la radiografía de su circunstancia histórica, y que se aleja después. Quizá Adalberto Ortiz alimenta, bajo su áspera impassibilidad, un delgado reguerrillo de fe, de esperanza en el hombre, que no encontramos en el autor suajón.

La ironía y el desgarrado humor, la afición críptica, la búsqueda de sutiles entronques imaginativos y conceptuales, lidian en él, en el Ortiz último, con una inmensurable ternura de simple hombre, con un arañado corazón de simple poeta. Léanse, por ejemplo, los tres versos finales de "La Noticia". Y no resulta difícil atisbar, tras los escuetos barrotes de un habla deliberadamente prosaica, el ágil y tembloroso salto de esa gran fiera cordial, sentimental, que todo auténtico creador de poesía refrena y fustiga a un mismo tiempo.

Podríamos divagar sobradamente en torno a la nueva aventura de Adalberto. Ya Joaquín Gallegos, con aguda visión, anotó la pugna de espíritus —hija de la pugna de sangres— en el padre literario del negro Juyungo. La mitad blanca del escritor esmeraldeño, lo europeo y occidental de su vera efigie jánica, acaba de tomar la palabra.

EZEQUIEL GONZALEZ MAS.

EL VIGILANTE INSEPULTO

A Benjamín Carrión

Como él era un entusiasta soplador de su silbato
todos temíamos su silbato.

Brillaba su visera doce horas bajo el sol,
chorreaba doce horas enteras debajo de la lluvia.

Al desarrollar intensos logaritmos con sus manos,
todos vivíamos pendientes de sus manos.

El vigilante vino de provincias

luciendo como nadie su uniforme almidonado.

Se ajustaba como nadie sus lustrosas correas charoladas
y, con todo, el alto vigilante iba descalzo.

Y sus ojos todo lo veían.

Pero los obreros son sordos al silbato

y no interpretaban el complicado logaritmo de sus
manos,

Por ello el vigilante recibió un tiro tras la oreja
y cayó muerto.

Doce horas pasó bajo la lluvia,

doce horas inmóvil bajo el sol.

Treinta días hinchándose bajo la lluvia,

treinta días disecándose en el sol.

Los peatones presurosos pasaban a las casas comerciales,

las jóvenes hermosas entraban en las oficinas,

y nadie atendía por hoy al insepulto.

Un día pasó un pordiosero ciego y dijo:

"Por fin tiene zapatos nuevos el vigilante".

1951

EL PELO Y LOS PERIODICOS

A Enrique Gil Gilbert

Mi amigo, el peluquero,
cree, a pie juntillas, en todas las noticias
de la Prensa Unida y Asociada,
en los partes de guerra de Corea,
y en los Discursos de Truman y Eisenhower.
Cuando electrocutaron a los esposos Rosenberg,
fué a la Catedral y oró contritamente,
por el perdón de sus culpas de espionaje atómico,
después de haber gozado en la lectura
de todos los detalles.
Cree en la honestidad, proclamada en los periódicos,
de todos los contrabandistas,
prevaricadores y coimeros,
convertidos en pro-hombres de la Patria.

El diario de la mañana es su Evangelio
y la fuente inagotable de sus temas
para distraer a sus clientes.
A mí me aburre.
Pero debo subir a su silla pasando una semana,
con un escalofrío, mirarme en el espejo
y acordarme de la inocencia y sacrificio de los Ro-
senberg,
porque tengo un pelo muy difícil
y él es un hábil peluquero.



1953

323

¿COMO VA LA ZANAHORIA?

¿Cómo irá la zanahoria? Pobrecita.

Siete veces mejor que en el mercado, pobrecita.

Mi mujer, con su libro de dietética me dice:

—Es muy saludable en jugo helado,
pero se pone tan cara la zanahoria
cuando hay derrumbes en la línea férrea . . .

Es muy raro el color de la zanahoria,

como la linda cabeza de Chelita

donde se tortura mi amigo el pintor

con oscuridades solanescas

y problemas de líneas, colores y estructuras,

buscando ontológicamente la esencia de las cosas.

Mientras ella canta, baila, coquetea y juega *hockey*,

él vuelve a la paleta con sus prostitutas monstruosas,

sus barrios suburbanos

y su colección de insectos en maravilloso *technicolor*.

Yo miro, sueño y me pregunto:

¿Cómo irá la zanahoria? Pobrecita.

1953

EL DULCE BIMOTOR

Sale de madrugada

cuando aún no he descabezado un sueño,

y retorna dulcemente por las noches

arrojando llamas por el culo,
y uno tiene que levantarse de la cama
y cargar con las maletas a esa hora.
Cuando el poderoso bimotor
pasa sobre los campos,
una palúdica muchacha sueña
en países de cineastas y mancebos rubios.
El joven empleado piensa en el dinero
que recogería en electrificadas tierras,
si no fuera porque hay que romperse eternamente
para mantener a la familia.

Mi amigo Benjamín, el literato, lo aborrece
porque al pasajero de adelante
lo descabezó una hélice imprudente.
Por ello juró que prefería viajar en burro.
Pero muchos me han notificado
que ya ha quebrantado su promesa.

Otro amigo que vino de la guerra
parece un avestruz cuando lo oye
y se cuida con miedo y con ridículo
de que le partan la cabeza nuevamente.
Pero yo digo que todo es lo mismo en ciertas partes,
aunque este sacaroso bimotor
me haga recordar a una gorda mujer que conocí.

1953

LA MADERA DE ENCOFRADO

El rudo peón de construcciones de concreto
con su pesado cajón de mezcla 1, 2 y 4.

bajaba hasta la misma losa de las fundaciones,
a concretar sus esperanzas.
¡Qué hermoso va a quedar este edificio!
¡Primer Premio Nacional de Arquitectura!
¡Orgullo ornamental de la ciudad!
El duro peón entusiasmado con esta perspectiva
subía presuroso con su cajón de mezcla 3 por 1,
hasta la misma terraza del octavo piso,
y se ponía a dominar con su mirada alegre
los trajinados barrios de la urbe.
Pasmaba a todos los curiosos
con su maravilloso equilibrio en los andamios.
Era feliz en ese *rascacielos*
construído con sus manos de Aladino.
Cuando estuvo terminada aquella casa
trajo en dos carretas sus muebles
y se acomodó graciosamente
en un buen departamento.
Colgó su hamaca de mocora
y púsose a descansar a pierna suelta;
pero antes de un minuto despertó en la calle.
Alguien que sabe de estas cosas
hoy me ha dicho que le están ya preparando
un ataúd con la madera de encofrado.

1953

NOCHE AL HORIZONTE

—Poeta —dijo el soldado que volvió del agujero—
vuestro día que ha transcurrido
en el ojo del pescado y en la rosa,
en la nube serena

y el ave-mariposa,
no vale la vida de estos hombres agotados
y el movimiento inapelable de las cosas.

—Poetas que no esperáis nada del hombre.
Satisfechos con marfiles, oropeles y con nardos
que añochecen en un cráter de la luna.
Poetas del lodo, la náusea y la tristeza
del verse envejecer junto a los cardos
y el saborear tendidos el vino y la aceituna,
vosotros si tenéis, en verdad, “las manos sucias”.

—Poetas insensibles, sin memoria:
vengo de ciertos sitios donde el trébol
florecía con mi sangre,
y brillaba con luz tenue
en las profundidades,
y en la duda de acostarme con la muerte,
me renovaba siempre alegre
al despertar a mi lado con la vida
y la esperanza de la paz en las pupilas.
Mas, siempre aletea una orquesta de motores
horrendos por el aire,
y tripas volteadas reposando vigilantes,
cubiertas con fracs, uniformes y chisteras,
donde ni el radar siquiera desgarraría esa tiniebla.

Explorando la paz para los míos.
Salto de trinchera en trinchera,
voy de ciudad en ciudad y la deseo.
Voy de país en país
y por ella lucho, vivo y muero.
Pero veo protervas intenciones asesinas de este lado,
ocultas en meteoros humanos

tentando la ilusión de otros planetas.
La máscara de un sabio monstruoso
indeclinable, indiferente,
que desintegra absorto la materia
mientras yo busco la sonrisa de mi hijo,
la mano de mi amada,
y otra vez el sol y el día.
Empero oigo la palabra de mi amigo lejano agonizante
herido por metralla, que murmura:
—Sigue habiendo noche al horizonte.

1953

CASI COMO ANTES

Desde aquí,
o desde el más arisco páramo del Ande,
volved vuestros ojos indiferentes
de muchachos recién llegados al mundo,
vuestras pupilas de turistas sin sombrero
y sin cabeza,
hacia las tierras áridas y mustias,
dónde el agua que no llega, cultiva la tristeza
de estos pueblos oscuros
—con su hambre—
entre águilas y cóndores de obesos capitanes.

En la calle sin asfalto, ensalivada y orinada,
se mueven niños callados
como ancianos sin esperanzas.
Junto a iglesias torvas y solemnes de líneas coloniales,

vigilan dioses bárbaros de piedra.
Tiempos idos,
tiempo aún vivo.

Un fruto se desprende del vientre de la madre
y cae al suelo entre lodos y boñigas,
mientras el abuelo duerme acurrucado como un niño
entre las nopaleras y las milpas,
aguardando todos los años la máxima cosecha.

La tierra cariñosa y áspera
con su polvo sin espinas ha tapado los ojos del padre.

1947

DISLATE RITMICO

Si mal se mira
agua a tu ojo.
Llora la ninfa
el vicio estalla.
Rueda la lima
ojo a tu agua.
Va por la línea
nube que prende
joven herida
va lacerada
su dulce cita.
Mi noche noche
según se mira
vuelve el enojo.

1951

CATACLISMO

Esta noche,
vientos mayores orearon la cornisa del agua
y pusieron en la ruta de los gorriones, cabezas de tortuga,
los ríos tornáronse pesados subterráneos,
dejando al aire azules relojes sin sepulcro,
y el ábside del rostro del cangrejo bifálico
quedó estampado en los ladrillos arqueológicos.

Entonces,
bajo el temblor del eucalipto y de la imagen
donde ella cantó con la amplia llama
de su caprichoso cuerpo
un himno sin término de húmeda ternura
comprendió que me estaba muriendo en ella:
y esa misma tarde me graduó de solitario impenitente.
Cuando le regalé un amuleto de peregrino maldecido
mi amada olvidó mi rostro
con los viajes.

1952

LA DEUDA

En memoria de Joaquín Gallegos Lara

Yo te debo por lo menos un poema,
varón profundo y cumbre,
águila eternamente herida,
guardián y esclavo de la lumbre,

·sabio generoso, obsequiabas lo mejor de tu cosecha,
por tí las flores del pueblo amanecían,
por tí las naves del puerto que tú amabas
no zarparon ese día.
Por tu viaje.

·Cuánta noche ha transcurrido,
desde que entraras dubitando en la otra noche,
no lo sé;
pero algo me acorta la distancia
que de tí me separara,
algo hacia tí otra vez me acerca,
ese algo que ha muerto también en mí,
ah, pero el recuerdo.

Yo que antes no había escrito sobre esto,
puedo saludarte a mi vez, irreparable amigo,
y dejarte mi soledad como un presente,
mi soledad como un testigo;
ah, pero en el aire.

Tu encendida palabra en oro convertida,
tu carne dolorosa y dolida antes pensante,
en la mitad del polvo yacen;
ah, pero tu alma.

Por tí, inválido glorioso,
que amabas la vida como un galán sin esperanza,
recorro inquieto el campo donde semilla esparces,
y llego hasta la magna roca donde tu barco errante
se ha estrellado.

Y yo sé que me esperas, mudo y yerto,
en la mitad de tu enseñanza.

JUNTO AL RIO

Hay una agua tan salobre en este dulce río
grave y dorado;
en estas aguas profundas un silencio.
Un vino tan amargo en esta copa de yerbales
de esparcida sangre y árboles borrachos;
una claridad sin luz bajo este sol mediterráneo
de lapachos florecidos y espinares
dentro de mí.
Se oye un vacío lleno de tu ausencia
bajo las noches sin nubes y estrelladas
de esta rojiza tierra en que me miro,
que lleva aún las huellas del enemigo.
Llego hasta tu recuerdo con todo lo que tengo,
con un inquieto amor y mi sonrisa,
con esta ánima errante y una honda tristeza,
con todo lo que toco y espero
en la mitad actual de mi camino
—y tú al comienzo—.

1949

LA AFIRMACION

Por tí padezco una lujuria enternecida,
por tí camino, por tí fluye mi sangre
hasta el extremo secreto y poderoso de mi sexo:
Incomprensible y separado de mí mismo,
tedioso, impersonal, sereno, atento, ariscó,

activo dios terrenal independiente, enhiesto y silencioso
—a quien envidio su dulce profesión de buzo—
no alentado por mi alma estremecida de agonías,
sino obediente a tu enorme ternura acumulada
más allá de tu flor —mariposa marina—.

Donde mi ojo ciego —de él— se escurre y ve
los más estrictos surcos de mis propios orígenes,

Donde él ve y yo pienso
que estás marcada de un pasado sin medida,
de una locura de supuestos goces y tristezas inevitables;
pasado inocuo de mansa potranca
con su inútil pureza mancillada.

Donde él ve y yo pienso
en el impetuoso presente de ciruela
cabalgando entre una yegua y un ángel,
cercano a la libertad que engendra sólo muerte,
cercano al abismo que habitan mis fantasmas.

Donde él ve y yo pienso
que este presente es ya pasado,
y corre a un futuro sin límites y oscuro
frenado por una incierta admonición,
para la ninfa del oasis remoto de Israel
y el geniecillo absurdo herido en la base del corazón.

1950

LA NOTICIA

Entre cuatro whiskies sin gaseosa
y 22 cervezas congeladas,
llegó mi médico que había andado por Europa.
Vino en tercera con cabina
disfrutando de su larga beca.
En efecto, él había visto tanto mundo.
Nos contó cómo las estupendas rubias nórdicas
abolieron los prejuicios sexuales y complejos,
interesándose mucho en estos días
por "los ardientes hombres del Sur",
especialmente los morenos.
Nos contó cómo en España, en Francia y en Italia
las gentes no tienen gran afecto por el baño.
Así, pues, un compañero del mismo pensionado en
Madrid,
escribió a su vieja que vivía en Logroño:
"Madre:
Aquí hay dos locos sudamericanos
que se duchan diariamente".
La resignada señora contestó sobre la marcha:
"Si tienen esa ingenua manía, imítalos,
y que sea lo que Dios quiera, hijo mío".
Entre copa que venía y copa que se iba,
nos contó de sus andanzas por el Louvre, y dijo:
—Ahí tenés, cholito. ¡Qué alhaja ha sido la Gioconda!
Luego pidió al mozo dos platos de chifles con hornado
y vaciando el ajicero, se los devoró solito.
¡No hay como la Patria de uno, después de tantos años!
Siguió hablando de lo cara o lo barata que es la vida
en aquellas naciones y ciudades
e interpretó, a su manera, la política europea.

Y, sobre todo, previo un brindis muy pomposo y singular,
me informó muy quedamente
que Lulú había muerto.

1954

GRADUADOS DEL AÑO 37

El asunto estaba en celebrar, por cualquier cosa,
una reunión de antiguos normalistas:
el "diablo" Granja y Rafaelito, de calvicie prematura,
Paco González, hoy poderoso comerciante,
mi compadre Dagoberto que ejerce el Magisterio,
con sana vocación y sufriendo privaciones.
El ingenioso calavera Fulmirreche
que ha viajado por aquí y por otras partes
y ha desempeñado todos los oficios.
El gordo abogado Caisaguano, antes el flaco,
el "sabio" Lucho Flores y el Cusumbo agricultor;
todos ellos, *maistros* retirados.
Hicimos memoria chacotera de los viejos profesores:
los buenos, los capaces, los malos y los torpes.
Recordamos al poeta Zambranito
que murió en un combate callejero,
entre negros fusiles y claveles,
cuando ninguno de nosotros lo esperaba.
Y a Perico, el zumbador, que tomó arsénico,
para no sufrir la vergüenza de los cuernos.
Revistamos a todos aquellos ex-muchachos,

que no pueden estar entre nosotros,
por ser muy ocupados o tener malas costumbres.
Entre zanganadas y diabluras de tiempos juveniles,
vimos que toda celebración, como todo bien, acaban.
Y que no hay discurso que se iguale
a ese momento inolvidable,
en que llega el maestresala con la cuenta.

1954

MIGUEL ANGEL LEON

LABIOS SONAMBULOS

REMEMBRANZA DE MIGUEL ANGEL LEON

Han transcurrido diez años desde la muerte de Miguel Angel León en su Riobamba nativa, a la que tanto amó y enalteció.

Para quienes disfrutamos del privilegio de conocerlo en la estremecida intimidad de su espíritu, su remembranza se mantiene limpia como si fuera recién ayer la vez última que interrumpiéramos nuestro diálogo inconcluso. Así el vestigio de su presencia dura y perdura en nosotros, sin que la distancia ni la muerte lo hayan nublado u oscurecido.

En las transparentes noches de Quito, con él tejimos y destejimos los sueños y mitos de nuestra remota mocedad. Discurría ese diálogo libremente con la complicitad de las altas estrellas, volviendo aún más exacta la verdad de esa enmohecida sentencia de Terencio, conforme con la que "ninguna cosa humana nos era ajena". Aquella inquietud universal, aquella pasión ecuménica de hurgar y penetrar en la raíz de las cosas para descifrar su mensaje, aquella esperanza rectificadora del mundo infundían a nuestro diálogo una forma proteica que nunca se parecía a sí misma.

En esa edad moza y luego en la edad madura, después de cada ausencia, el encuentro con Miguel Angel

León era un inventario de descubrimientos mentales y de hallazgos de la sensibilidad estética. Razón lógica y poesía se rescoldaban a través de esa plática infinita en el aire de Quito, tan propicio a la meditación y al revuelo intelectual que invita a mirarlo todo sub specie aeternitatis.

La inteligencia de Miguel Angel León, ajena a toda formación sistemática y a toda disciplina de erudición, extraía de la propia cantera todos sus materiales, ufana de bastarse a sí misma. La observación directa y el conocimiento intuitivo le eran suficientes para sus construcciones en las que había siempre un sentido de sorpresiva temeridad y de permanente peripecia. Ello estaba asociado a su infalible instinto creativo, a su maestría natural de acertar con la imagen poética que era el secreto de su halago y la representación de su imaginado macrocosmos. Así su poesía que nunca quiso alcanzar su madurez porque el poeta desdeñaba los rigores del oficio, ofrecía como virtud compensatoria su apariencia y consistencia de substancia virgen, de piedra no pulimentada pero no por esto menos grande y patética, de río desbordado que no obedece sino a su desig-nio torrencial y que menosprecia arremansarse en su lecho.

En Miguel Angel León, no es menester buscar la obra hecha y derecha porque la suya vale apenas como el destello de un todopoderoso numen que rehusó darse en plenitud. Esta negligencia venía justificada en el ancho orgullo del poeta, ya que nada le repugnaba más que la gloria antológica o académica a veces adquirida en las almonedas literarias.

Esta propia estimación traducía por otro costado su honestidad intelectual que supo preservarla celosamente como el patrimonio peculiar de su ética castellana.

tan adusta y severa, porque el poeta que era un hidalgo estimaba más su hidalguía que su poesía y regustaba más su arisca soledad que las endebles famas del mercado de las letras.

Como ciudadano de su patria, Miguel Angel León fue hombre de su tiempo y la misma levadura de rebelión que obraba en su poesía le incitó a comprender que su Ecuador, todavía feudal en su estructura socio-económica, debía extirpar sus inquietudes ancestrales para que la democracia política convalezca a su verdad. Adelantado de la justicia social, recio personero de una doctrina que pugna por el rescate de la dignidad humana y la progresiva elevación de las clases desposeídas, no renegaba de la libertad porque sin ella la justicia degenera en esclavitud.

Durante largos años, en total entrega a sus tareas educativas, León alimentó con su sabiduría y ejemplo a sucesivas generaciones de su ciudad natal. El tiempo había consolidado su autoridad intelectual y su voz era escuchada con emoción admirativa porque su juicio, animador de su conducta, abundaba en penetración y diamantina franqueza e incidía valientemente en todos los problemas. Jamás ese juicio se ablandó por las manidas razones de la complacencia que suele frustrar a las mejores individualidades, porque le era extraña la tentación del éxito fácil que se refugia en la calculada publicidad, moneda corriente de tanta y tanta celebridad parroquiana.

He ensayado trazar en breves rasgos el retrato de un "hombre", en la noble y humanística acepción del vocablo. Y si su caudalosa poesía pertenece por su alto linaje a lo esencial de las letras ecuatorianas en la presente centuria, la firmeza y lealtad de sus convicciones políticas y su apostolado educativo se juntaron a aqué-

lla como fisonomías complementarias de su vigorosa personalidad.

Al Ecuador auténtico hay que buscarlo en hombres de su estirpe intelectual. Es lastimoso que a León no le haya cabido un escenario más dilatado que le permitiese mayores rendimientos, pero esta circunstancia no desmedra la significación de su obra fructificada en el silencio de su provincia andina, en donde la cordillera duplica su majestad cósmica transmitiendo al hombre la identidad de su gesto.

Una década después de su muerte, cómo anhelaríamos reanudar con él nuestro diálogo inconcluso. Malvenido su perecimiento que ahogó su voz y nos privó de su presencia. Pero la afección de la amistad puede por lo menos trocar ese diálogo en soliloquio porque le hemos sobrevivido y esas altas estrellas de Quito que nos escucharon sigilosus con sus oídos siderales, todavía perciben el mensaje de Miguel Angel León, audaz ballestero de la imagen poética en la que se cifra la más pura y trascendental interpretación del mundo.

París, a 15 de Enero de 1952.

GONZALO ESCUDERO

*Yo os lo digo: hace falta tener
un caos dentro de sí, para poder
dar a luz una estrella...*

Federico Nietzsche.

*El fin del arte no es la verdad,
sino la complicada belleza.*

Oscar Wilde.

A L O N D R A

A la belleza no se llega, siempre se está por llegar. El misterio nos anuncia la obra perfecta. Cada minuto espera al otro que viene. Para el que escribe la obra perfecta no llega nunca. ¿Tal vez para los demás? Pero cada día nuestros corazones se adornan como palacios y nuestros oídos perciben la música ambigua y lejana del poema esperado; y salimos a la puerta de nuestro YO; a veces nos engañamos: Es él; y, al poema que pasa, le hemos dicho "entre". Hemos regado de rosas nuestras almas. Es él. Va tan bien vestido! Nuestros cuerpos se han inclinado para besar su manto... Mas, no, no es él. Otro vendrá, de ojos más azules y cutis más blanco. Y volteamos la hoja como una puerta. Y el pobre poema vive encerrado en el libro, como en un camarín de nácar, sin ventanas para ver el cielo ni rendijas por donde entre la luna.

En algunas tardes, mis pupilas y las pupilas del amigo, han venido a ver mis poemas. (Todos aquellos que viven encerrados en la jaula de la estrofa, suspendida en el dintel de la página). Y mis labios les han hecho cantar. Pobres aves, antes cantaban mejor. Y ésta que tenía plumajes de pavo real, se ha descolorido. Y aquélla. Y toda esa banda que la cogí hace veinte

meses, ya no canta bien. Y aquél. Y aquel poema pequeño que, en una noche de luna, le cogí en las manos de mi novia. Es tan vulgar.

¡Qué dolor! Cada día soy otro. Lo que hice ayer no me gustará mañana. Y a todos esos poemas antiguos hoy les he arrojado al fuego. Esos que sintieron el calor de mis células cerebrales; que tienen algo de mi sangre y algo de la vida de mi madrecita buena.

Yo he visto, indiferentemente, emocionarse la llama y palpar como mi corazón. Yo he visto volar el cadáver negro de mis poemas, como aves de otro mundo. Les he visto temblar y subir hacia mi rostro pálido como manos implorantes de niños muertos. Yo he visto nacer, de las páginas que revoloteaban en el fuego, una enredadera de humo. Y es mi consuelo saber que mis poemas, que no cantaban bien, se hicieron humo, antes de salir al sol. Y es mi consuelo saber que en las moléculas de humo, como urnas azules, subieron mis partículas de alma y hoy estarán en las nubes y mañana en las rosas.

LECTOR:

Te presento mi pequeño libro. Mis poemas quieren salir al sol. Tienen miedo de morir como los otros. Hoy cantan bien. ¿Pero mañana? Cuando otras células hayan sustituido a las que les crearon. ¿Quién sabe? Cuando otros mundos, los mundos que vienen encerrados en el cofre de las horas, se rieguen en mi espíritu. No será lo mismo.

Recíbele en tus sentidos; y tú, muchachita, Novia Eterna, déjale dormir en la memoria.



Mi libro será una sinfonía. Siempre quise hacer de mi vida una sinfonía. He cantado todo y quisiera cantar en todos los idiomas. Odio las estaciones. Siempre voy de viaje. No me gusta ver lo visto. Entre las figuras la que más amo —a pesar de Azorín— es el Símil. El Símil, es la figura por excelencia, duplica el paisaje y exalta la emoción. El lenguaje es imperfecto y sólo se pueden dar ciertas sensaciones mediante sugerencias. El Símil es la fontana azul de la Sugerencia. Su objeto no es sólo el de subrayar analogías para clarificar conceptos; es el de crear otro mundo paralelo al existente; es el de buscar relaciones inéditas entre las cosas y bañar las cosas de un efluvio de subjetividad; es el de reconcentrar en una chispa de sol el alma de una nebulosa.

Los espíritus nuevos, no pudiendo diluirse en un lenguaje nuevo, tienen que valerse del Símil para transmitir su acervo emocional. Así como los atardeceres de mayo palpitan de nubes policrómicas, mi libro palpita de símiles, entre ellos vuelan mis poemas, que tienen alas de hipérbole y sistema nervioso de paradoja.

La Imagen es una mujer y como buen latino, amo su virginidad. Me gustan las imágenes coronadas de azahar y vestidas de blanco, las que aún han permanecido intocadas. Y comprendo que para el Arte, no hay cosas pequeñas porque he visto que una gota de agua puede reflejar el azul, con toda su colmena de astros.

Miguel Angel León.

EL VIENTO

El viento, como un ciego va buscando las puertas.
El viento por las noches en la calle tirita
y se entra a las alcobas como se entran las muertas
personas familiares que vienen de visita.

El viento es un fantasma. Tremola la bujía
de miedo, y como un niño se acurruca en la sombra.
El viento es un fantasma y de pavor enfría
la estancia. El viento nombres desconocidos nombra.

Nos trae el olor fresco de las vecinas frondas;
desata las cortinas de la estancia callada
y las cortinas vuelan, como dos crenchas blondas,
sobre el áurea cornisa de la puerta asustada.

Mueve los lamparones como largos badajos,
contorsionando sombras en el tapiz obscuro.
¿Qué insectos misteriosos zumban, y qué escarabajos
invisibles arañan las espaldas del muro?

La ventana, entreabierta de luna, parpadea.
Da alaridos el viento entre los rendijones;
abre los libros, lee, cierra, gime, hojea
y se arrastra buscando algo por los rincones...

EL AGUA

El agua fluye,
el agua huye
por la campiña
y va cantando bajo la fronda
como una niña.

El agua huye sobre la gualda
alfombra de hojas de los eneros
y va cogiendo,
dentro su falda,
rosas marchitas, luna y luceros.

El agua corre por la campiña.
El agua llega,
y a tientas busca el verde estanque
como una niña
que fuera ciega.

El agua sueña, bajo la sombra;
en torsos blancos, flores y nidos.
El agua nombra
nombres de amantes desconocidos.

LA NEBLINA

La neblina ha vestido de ensueño las cosas;
por las nocturnas calles va pasando quedo
y, a través de las verdes ventanas temblorosas,
la neblina hace llorar a los niños de miedo.

La neblina es el alma de estrellas diluídas;
o es que se riega el cielo igual que una fontana.
Las farolas, tal vez, son lágrimas caídas
de los ojos del sol que salió esta mañana.

Arquea la neblina, como un felino, el lomo
bajo la mano suave del silencioso viento,
y nos hace invisibles y misteriosos como
personajes ambiguos de algún absurdo cuento.

E L F U E G O

El fuego araña el aire negro de la estancia,
y cual gato diabólico, hacia el tejado brinca.
Tremola de coraje, se arremolina de ansia.
El fuego hasta en la piedra sus finas garras hinca.

Como un labio beodo bebe sombras, a tragos;
luego se desparrama en mil lágrimas rojas;
luego, cual sauce loco, sobre los quietos lagos
de la noche, hace caer sus cristalinas hojas.

Chirria el fuego, mordiendo como una fiera el suelo;
se inclina al latigazo del viento que le reta
y, cual sierpe se ovilla para picar el cielo.

Como una cabellera, al viento, se desgrena,
se revuelve, se arrastra, palidece, se aquieta
y muere como un mártir abrazado a la leña.

L A T I E R R A

Tierra, mariposa estelar,
de un ala de azabache y otra de marfil;
en el rosal del zodiaco te he visto volar
vestida de Enero, de Agosto, de Abril...

Mariposa vestida como las danzarinas,
he visto desplegarse tus velos y chalinas
de nubes de colores, bordados por el sol.
He visto los aplausos de luz de las estrellas.
He visto tus peinetas de arco-iris; arrebol.

He sentido tu aliento
y te he visto danzar
con la melena suelta del viento
y los ojos abiertos del mar.

Mariposa estelar de un ojo de luna;
acaso los astros niños, con sus manos de tul,
quieran cogerte; acaso, el infinito prenda
tu cuerpo en el tapiz de su vivienda azul.

M I S R I M A S

Mis rimas distienden caminos finitos
por donde van almas de lirios y lilas;
mis rimas que tienen esencias de esquilas,
de ojos dormidos y labios marchitos.

Mis rimas diluídas en lagos morenos,
tendrán un misterio de tardes y lluvias;
serán de paisajes y cielos ajenos
lunas moribundas y estrellitas rubias.

OH! LA VOZ PENUMBROSA...

Oh! la voz penumbrosa de los viejos pianos
que pronuncian nombres románticos:
Lucía, Ligia, Beatriz....
Como de una flor de música he visto de sus manos
flotar la Rapsodia Húngara de Liszt.

La despedida. Tiemblan pañolitos lilas
en largos andenes y en blanco puerto.
Siento pasar por mi corazón sus pupilas
como las manos por un teclado muerto.

Ausencia. Los versos que hube escrito,
para que de estrellas mi dolor se alfombré,
con los ojos cerrados y a media voz recito.

Bajo la tarde y bajo los paisajes lejanos
¿oyes?... Han aprendido a pronunciar su nombre
las flautas y los pianos.

DOS ALAS HAN CAIDO...

Dos alas han caído sobre mi corazón,
blancas, como las manos de Ella.
Mi poema en sus labios es como una oración
en los labios azules de una estrella.

Mi alma se desmaya en su pupila morena,
como en una alfombra de pensamientos muertos.
Siento aletear los rizos de su melena
que es un coro loco de mariposas de ámbar.

Languidez. Mi párpado se inclina
como para rezar en la penumbra de nuestro Abril
una lágrima como una lámpara ilumina.

Palidez. Su mano sobre el corpiño
inmóvil como un Cristo de marfil,
y en mis ojos la ingenuidad de un niño.

UNA ESPUMA DE MUSICA FLOTA

Una espuma de música flota
por el silencio perfumado...
Caen las palabras gota a gota,
del verso del corazón.

Las pupilas se curvan exageradamente.
¿Van a dar a luz algún dolor?...
¿Será una estrella?... ¿Una rima?...

Van a dar a luz una flor
líquida.
Cierra los ojos para oír mejor
la música.

PRESENTIMIENTOS

Estas miradas y estos cariños
no son sólo tuyos;
hay en tu sonrisa la sonrisa
de todos los niños
que duermen en Tí.

Tu voz como una brisa,
llena de polen fragante,
vuela por mi jardín.

¿Qué misteriosa es tu voz?
¿Somos un mar de almas futuras;
acaso en nuestra sangre tiemble
el germen de algún Dios?
¿Serán estas caricias y estas ternuras
la aureola de algún sol?

No es sólo tu corazón
el que tiembla de amor en las noches:
son las almas futuras
de todos los niños
que duermen en Tí.

SE DERRAMA EL SILENCIO...

Se derrama el silencio de este jardín de seda.
Tus pupilas como aves silenciosas han vuelto.
Enciendes la estrella de tu lágrima, y tu lágrima rueda
por las nubes nocturnas de tu cabello suelto.

Revuelan mariposas de alas iluminadas;
y como en tu pupila hay rocío en la rosa.
En tu cabello duermen estrellas apagadas.
¿O es que de cada lágrima nació una mariposa?

Es un milagro que hace Amor, cuando mojas
de estrellas tus pupilas y cuando en tu cuello hago
caer mis besos cansados como caen las hojas
del rosal, en las ondas enlunadas del lago.

Mi alma como una lámpara de perfume, enciendes.
Hay la estela en tu labio de una sonrisa muerta
y la estrella de plata de tu llanto suspendes
en la noche cerrada de tu pupila abierta.

S U S M A N O S

Manos morenas,
manos pequeñas,
donde alcanza apenas
el temblor de un beso.

Alas de libélulas,
manojos de trigo,
manos que persigo
con mis manos locas.

Manos pequeñas,
hechas para hilar
el copo de la luna
y coger estrellas.

Manos ahuecadas
en forma de cuna;
manos olorosas,
manos pequeñas
que llevan escritas
en sus rayas rosas
mi buena ventura.

Guarda tus manos
que ninguna arruga
se pose en ellas,
y sólo sepan de su armonía
mis besos y tus pianos.

Guarda tus manos
en el cofre cerrado
de estas manos mías,
y así nos vea la aurora
y así nos llegue la muerte.

L E N G U A L E V E

Rostro de malva o de nieve

Labios:

aureolas de paroxismo

Oh! el vaivén de tu lengua leve
que, como una ala, riza la piel del abismo
del instinto.

Lengua leve,
plinto
de Afrodita,
pétalo de llama,
sandalia del ensueño.

Lengua, rosa de palabras
que dice palabras de rosa.
Suave como una espuma
de esencia. Lengua milagrosa.

Germinan
semillas de sol
en tu temblor.
Me iluminan
de fiebre tus ondulaciones
y hacen brotar canciones
como ojos de felinos
y estambres de flor.

LA PUERTA CERRADA

La noche grita,
grita la noche en mi oído
y como un árbol de estrellas
todo el cielo tiritita.

Mi palabra se pierde
como un niño en la sombra;
la puerta cerrada muerde
entre sus dientes mi alma.

Mis manos como dos huracanes
hacen temblar sus maderos;
el alma de mil volcanes
palpita en mis arterias.

Como una boa el silencio
a mi cuerpo se ovilla;
alzo la cara al cielo
y grito un nombre.

Ni un rayo de luz me aclara;
están negras las rendijas;
el viento araña mi cara;
el frío pone en mi labio un gesto
parecido a la sonrisa.

Mi palabra se pierde
como un niño en la sombra;
la puerta cerrada muerde
entre sus dientes mi alma.

LA JARDINERA

Las mariposas titiriteras
abaniquean en sus mejillas;
las mariposas color de ojeras
color de labios y manzanillas.

Las crenchas rubias sobre su seno
como dos manos se mueven locas
y los claveles en el descote
mueren de fiebre como dos bocas.

Sus ojos sabios, locos y flavos
de opaco nácar en camarines;
sus ojos locos han hecho esclavos
a los bulbules y a los jazmines.

Sus leves párpados revolotean
como libélulas en las corolas
sus labios ríen con risas leves
como se ríen las amapolas.

Su alma es perfume de aristocracia
en los nectarios de sus pupilas;
hay su carne, carne de acacia;
y sus arterias, sangre de lilas.

Son sus pies gráciles dos golondrinas
dejan al paso doradas huellas.
Bajo el sol rubio, sobre su cuerpo
lloran las frondas verdes estrellas.

LA FUENTE PEQUEÑA Y CLARA

En la fuente pequeña y clara,
sombreada de rosas de fuego,
han puesto una piedra para que lavara
la hija mayor del labriego.

A la fuente pequeña y clara
por el camino angosto, la pastorcilla
viene todas las tardes para
llenar su cántaro de arcilla.

En la fuente pequeña y clara,
antes que el novio la mire,
viene a mirarse la cara
la hija mayor del labriego.

Y cuando el otoño dispara
rosas, en el agua tranquila,
la fuente pequeña y clara
parece un Mantón de Manila.

YO NACI PARA VIVIR

Yo nací para vivir una vida tranquila,
para ser bueno como los campesinos;
levantarme con la voz de la esquila
y andar con mi perro por todos los caminos.

Para tener una novia sencilla,
que todas las tardes baje con su cántaro a la fuente

y al pasar el río sentir cómo se ovilla
en nuestros pies desnudos la corriente.

No es para mí esta vida vulgarmente extraña,
yo nací hermano de la Estrella y la Flor.
Mi alma debió ser una caña
musical en los labios de algún viejo pastor.

RENOVACION

Abre bien la ventana
que no quede un residuo del aire de ayer,
que se renueve todo con este aire de la mañana
lleno de risas de niño y voces de mujer.

Está el sol tan joven y tan contento
que parece un canario, en el jardín
y es en las rendijas hasta el viento
una sonrisa, un leve *si* de violín.

Abre la ventana
que se entre toda la mañana,
con su sol juguetero y sus gorriones...

Así, bien abierta,
que se llene la estancia con la esencia
suave de magnolias que respira la huerta.
La mañana tiene la gracia de la inocencia
porque es el día niño.

Estábamos tan tristes anoche: aun en el ambiente
flota sangre de palabras. Se siente:

el aire humedecido por los ojos de Ella;
ojos de ángelus, ojos llenos de almas de campana.

Abre la ventana
que no quede una huella
del aire de ayer;

que se renueve todo con este aire de la mañana,
lleno de risas de niño y voces de mujer.

A LOS HOMBRES DE NUESTRA AMERICA

ANTIFONAS DEL TRIUNFO

I

Salid a los jardines de vuestro yo. En la calma
de una tarde ilustrada de claveles y rosas;
que vuestro verso vaya con dos alas de alma
volando por el alma dormida de las cosas.

Extraiga su secreto; traduzca su palabra,
y en la estrofa bruñida por un áureo haz de luz,
la Emoción y el Ideal hacia nosotros abra
sus brazos dulces como los brazos de una cruz.

Sus brazos redentores que tienen la actitud
de dos alas en vuelo. Poned en la armonía
toda la escala clara de vuestra juventud.

Se extienda como la onda hertziana vuestra voz.
Haga cada palabra despertar un día
y el espíritu sea como un eco de Dios.

II

La mano de la guerra su signo ha estampado
con pedazos de arco-iris en una hoja de luto;
haced de cada espada una esteva de arado;
haced de cada lanza un árbol que dé fruto:

Que en el trabajo el biceps robustamente se hinche,
y que la vida cante la canción del esfuerzo,
y que el Potro del Crimen se encabrite y relinche
fuertemente domado por la brida de un verso.

Yo he visto derramarse una rubia cascada
de sol a cada golpe de vuestra vieja azada.
Vosotros en las manos lleváis todo un Abril.

No desprecies la rosa, la canción y la mies
que se te ofrecen. Hombre de una estirpe viril
el mundo se arrodilla para besar tus pies.

III

Sobre la caravana de nuestros albos montes
iremos hacia el Triunfo con ágil pie seguro;
los ojos taladrando los cielos del futuro
con el ansia en la mano de amasar horizontes.

Derrita el agua regia del sudor todo el oro
de nuestros campos vírgenes. Los saltos de agua hir-
vientes
darán su alma a las ruedas. Se hará el cielo sonoro
de aviones y de voces de fábricas y fuentes.

Somos la raza fuerte: nuestras fibras nerviosas
son como los bejucos glaucos de la montaña
que ha perfumado el viento con esencia de rosas.

Se siente en nuestras manos el suave olor fecundo
de la arcilla mojada; la América su entraña
abra como un cofre de perlas sobre el mundo.

IV

Que sea el Verbo como una flor que cantara;
no hagáis de su armonía mercado ni derroche.
Transmutad en estrella vuestra lágrima clara
y así vuestro dolor dará luz en la noche.

Su polen de astros riegue vuestra pura canción
y caiga sobre el surco del alma la semilla;
haced una sonrisa de cada corazón
como el sol hace rosas de un pedazo de arcilla.

Y así tendréis el alma como un cesto lleno
de magnolias de Mayo y libélulas de luz;
encended vuestra lámpara y sea el mundo bueno
y sencillo como una palabra de Jesús.

LA ALONDRA DE LA PAZ

La Alondra de la Paz en el cenit azul
diluya su canción llena de luz de aurora
y arranque de las nubes un pedazo de tul
para enjugar los ojos de la tierra que llora.

Ya no hieren el aire los negros alaridos
de las madres ansiosas; no hay llanto en las pestañas
del niño; ya en los campos no se oyen los ladridos
de la Guerra, y florecen rosas en las cabañas.

Las ciudades llagadas por los rojos cañones
desperezan sus fábricas tardas y enmohecidas.
Cuántos puestos vacíos!, y aún las oraciones
y las lágrimas vuelan por las tumbas floridas.

Loemos a la Alondra que nace con el día
y es un girón de plumas que ha caído de la luna.
en el oído del mundo, su clara melodía
tiene el arrullo suave de una canción de cuna.

En el Mes de la Paz, (1918).

A MEDIA VOZ

Cantar con el alma lunada de dolor;
las manos que tiemblan de frío,
manos que no tocaron las sedas de una flor,

manos que en vano
quieren volar como aves
hacia la luna;
manos que perdieron todas las llaves
de la fortuna.

Los ojos opacos y enlagrimados,
que todo el negror de la vida
llevan en sus ojeras;
ojos cansados,
ojos dormidos
y de tanto llorar enrojecidos
como una herida.

Los labios que gimen,
abiertos de hambre,
y son como el estambre
de la flor del crimen.
Labios sin amor
de los niños sin cuna;
labios que no supieron decir una canción
y nunca besaron una
cruz, ni un corazón;
labios sin juventudes
cuyas sonrisas son
como los bordes blancos de los ataúdes.

VERTIGO

Cantar la mejor canción
con rimas recogidas en la tarde,

con la voz oída en el corazón
de la sombra.

La canción que arde
como un ascua en los labios,
la canción que se crispa
y en el alma se prende
como una avispa
de luz.

Cantar la canción loca
y descoyuntada,
cantar todo
y no cantar nada
y llevar en la boca
una estrella apagada.
Cantar porque canta
la sangre en la arteria
y sentir en la garganta
un loco torbellino
de rimas deshojadas.

Retorciéndose al cielo
temblarán mis versos como flancos
de mujeres en celo
y pondré en mis canciones
todas las virtudes
y todos los ludibrios
y he de cantar
hasta que los labios se hagan blancos
y los ojos se hagan vidrios.

Que no quede en el corazón
ni una gota
de canción;

porque yo sé que mi pluma
es una arteria rota
en el filo de la luna.

E L E G I A

El padre de la casa ha muerto . . .
Hoy le llevaron en la carroza;
los ojos dieron lágrimas y el huerto
dió su mejor rosa.

Lívidos espectros andan por la casa.
El perro el silencio hiere con aullidos:
Nadie va al mercado ni enciende la brasa.

Todo lo acabaron en droguería;
hoy día
nadie va al mercado ni enciende la brasa.
Va a morir de astenia su mejor hija.
Ayer llevaron a la prendería
la última sortija,
el reloj de mesa y hasta los espejos.

Y busca y busca la absurda mirada
qué llevar hoy día . . .
¡Oh los muebles viejos! ¡Oh los muebles viejos!
ya no valen nada.

La hermana mayor cogida de sus hermanas
más pequeñas mira sin rosas el huerto
y gime al ver cómo las campanas
que lloran, no lloran por el recién muerto.

DESDE LA PROVINCIA

Quiero cambiar mi vida, vida que me aletarga,
vulgarona y panzuda sin mujeres ni vino;
partir de la provincia en algún tren de carga;
llegar al mar e irme de paje o de marino.

Anclar en cualquier puerto, —con tal que éste no sea
de Norte América ni de ningún país inglés—
por calles y callejas errar y cuando lea
Necesito un muchacho; entre, sirva: un día, dos, tres . . .

Y si me destituye mi patrón, muy severo,
por holgazán, por bardo, por noble y por engreído,
me haré músico, pintor, bolchevique, torero.

Cuando como una cifra que ya no vale tache
la muerte mi existencia, rebuznará algún leído:
Su vida fue la vida de Guzmán de Alfarache.

SENDERO NEGRO

Anda más despacio, más queda
Nunca han sonado tanto nuestros pasos.
La noche nos ha bebido los ojos, tengo miedo
que no volvamos a ver. Cómo se ha hecho pedazos
la luna entre las zarzas de la sombra.

¿Oyes? Alguien habla a nuestro oído;
una voz opaca nuestros nombres nombra;

cerca de nosotros un ser desconocido
anda. Mujer, en vano
extiendes a los lados tu temblorosa mano.

¿Hablas? No, nunca has hablado así...
¿Es tu voz? A ver, dame tu mano. Dí, dí
¿Eres tú? Temo: tus manos no eran tan frías.
¿Acaso, acaso eres un espíritu? ¿Por qué vías
inéditas me llevas?

Mujer, nos han bebido los ojos
ni tú ni yo hemos conocido este mundo.
Algo cae sobre mi rostro. ¿Es tu cabello? ¿Son manojos
de nubes perfumadas? Este túnel profundo
de la noche; esta cueva llena de misterio, temo
que se desmorone sobre nuestros hombros.

La tierra está suave aquí. ¿Es tierra? No,
hemos pisado un cuerpo humano y sin embargo
no se queja; debe tener los ojos abiertos: hay dos fos-
forescencias
¿serán dos ojos o dos fuegos de San Telmo?

HA CERRADO LA LAMPARA LOS OJOS

Ha cerrado la lámpara los ojos.
Andan las palabras en puntillas.
En el espejo roto brillan manojos
de lunas amarillas.

El viento hace chirriar los libros
como cigarras.

Alguien toca la puerta...
¿Son manos o son garras?

Estoy solo y sin embargo
han soplado la brasa.
En caballos de humo equitan
llamas saltimbanquis...
Yo no sé qué pasa:
es que se mueve el espejo
o es que de miedo tiritan
todas las cosas...

Este frío que siento en la frente
¿es frío o es labio
de algún espectro amigo?

Los ojos de los muertos
vienen en estuches
de sombra y de silencio.

Sombra. Silencio.
Danza en el cuadrante el minuto eterno
mil ojos vidriados de cadáveres
como mil piedras preciosas del infierno
caerán sobre mis manos.

Ha cerrado la lámpara los ojos.
Andan las palabras en puntillas.
La noche de mi estancia es un vestido trágico
manchado con sangre de luna y de estrellas.

EL BLANCO PIANO SE ABRE...

El blanco piano se abre. La sombra larga
de la ventana cae sobre él como una cruz.
Enferma de cansancio y de color se aletarga
sobre la vieja alfombra la vespertina luz.

El blanco piano se abre. Las sombras temblorosas
de las hojas caen sobre el teclado quieto.
Son manos que recorren las escalas; manos angustiosas.
Oyes... No. Es una música en secreto.

Espectros de armonías revuelan por el viento.
Hacen reverencias en el lago las palmas.
Me contagia el silencio del piano y siento
en mi alma un temblor de almas.

H I P E R E S T E S I A

Tiemblas, y tus cabellos locos se derraman
como garfios de sombra en tu carne jugosa.
Mis manos hogueras de cinco llamas llaman
el mármol de tu cuerpo hasta ponerlo al rosa.

Extendida a mis pies como una blanca alfombra
tiemblas; con tus temblores versos de angustia plasmó.
Tu labio es un sendero de sangre hacia el espasmo
eres un surtidor de fiebre entre la sombra.

Mi boca como un sello en tu boca se graba
y en las morbideces de tu seno caldeado
mi pupila, ampolleta de vértigos, se clava.

Hincado en tí como una garra de escalofrío
me extinguiré; mis nervios como un humo rosado
irán en espirales de beso al vacío.

TORTOLA VALENCIA

Son sus ágiles piernas dos rayos de luna
en la noche negra de su leve traje.
Se riegan sus cabellos, y son una laguna
de rizos en el aire.

Los brazos retorcidos en espasmos divinos;
temblorosos y elásticos los musicales flancos.
Nos clavan sus sortijas sus cien ojos felinos;
y los pies revuelan como dos lirios blancos.

En su danzar arcaico brilla una gracia nueva.
Es una enredadera de estrellas que se crispa.
Fiebre de Lucifer y besos de Dios lleva.

Contorsionando vértigos y rayos en las manos,
es una ascua vestida de mujer. Son dos chispas
de abismos rutilantes sus dos ojos gitanos.

En mil novecientos veintiuno había escrito yo:

Mientras tus poetastros arcaicos, ignorantes de las palpitaciones actuales, sueñan con el retorno de la literatura al pasado, como los ómnibus abandonados en la carretera, esperan que pase la época del automóvil y aeroplano, surge

M A D R U G A D A

El sol brilla como un timbre en la puerta del día.

El tiempo aplasta el sol: suenan las campanas y los pájaros

Por el callejón de la hora
entramos al día.

La luz hace nacer las cosas.

Como una flauta en los labios de la Aurora
se llena de música de alondras la vía.

Hay en sus bordes rosas
y se mueven como dedos
en los huecos de la caña.

De los montes vuelan plumas de neblina.

El río como una lágrima
suspendido en la pestaña
del bosque,

cuelga en el barranco.

Y con el pico al cielo,
sobre un árbol de nube,
el nevado aletea
como un pájaro blanco.

Llueve:

tiene en el horizonte el día
las ventanas abiertas a la noche.

HUEQUEAN EL CIELO...

Huequean el cielo birabarquines de humo,
en la pipa de mi verso fumo
el opio de una lágrima.

Las nubes son un vuelo de palomas albas.
Llueven sobre mis manos las olorosas malvas
pequeños trozos de luna.

El cielo está rosado
como una manzana del paraíso.
Mi frase es un collar de crepúsculos formado
con ojos de mujer.

Mi palabra se prende en la estrella
y es un colibrí.
Todas las noches, de ella,
extraigo mil.

Mi novia ha venido a verme en el jardín.
¡Oh! Cómo han caído gotas de agua sobre su traje:
en ellas se refleja todo el paisaje,
y es lo mismo que si estuviera ornada
con horizontes.

Angelus, hora salpicada de voces de campana,
caes sobre la tierra
como una flor de plumas.

C A T A C L I S M O

El volcán con las fauces abiertas
ladra a la luna que pasa;
el sonido abre las puertas
y como un niño tiembla toda la casa.

Por el negror profundo
vagan hombres como palabras de Poe;
el cataclismo roe, roe
y como una fiera sacude el mundo.

Las nubes se derrumban sobre nosotros.
Truena y luego
las estrellas se encabritan como potros
crinados de fuego.

La garra del relámpago brilla
en el lomo negro de la nube.
¡Oh no poder cerrar el cielo como una sombrilla
para que lluevan astros!

SOY UN VASO, BEBEME

Labios, fontana de almas,
ojos saltarines:
canarios en jaula:
palabras de los jardines,
mejillas de madrugada.
Manos,
suaves como labios,
labios como estambres
de una flor de sol.

Senos, pipas de nácar
para fumar espasmos.
Mujer, breviario
para leer oraciones
en los infiernos.

Ojos, incendio de esmeraldas
en el carbón de las pestañas.
Cielo lila;
este cielo ha nacido de tus ojeras.

Quedaron tus lágrimas
como puntos suspensivos
en el azul de mi alma.

“Soy un vaso, bébeme”
no dejes de mí una gota.

EST A N O C H E

Esta noche ha traído en su ojal
una media luna.
—A ella le parece que es la noche elegante
como un novio vestido de negro.

Ella estaba en la noche bajo el rosal.
La ví toda cubierta de pétalos blancos
que la creí desnuda.

¡Oh! la noche se fué
por más que cerrábamos los ojos para detenerla.
Cuántas palabras tuyas se lleva:
tal vez después de un siglo Dios
las convierta en luceros.

Era de ver. Los picos nevados
mordían las estrellas como fresas.
Los picos de occidente se bebieron
como un jugo de estrellas, la noche.

INSTANTANEA

Se hunde el sol con tal fuerza en el fondo del mar ...
que hace salpicar
el agua hasta los cielos
y aquellas, que decís estrellas,
no son más que gotas
del agua salpicadas.

Por eso a las estrellas no las veréis brillar
mientras el sol no se hunda en el fondo del mar.

JAULA DORADA

Jaula dorada: Canario.
Evocación de madrugada: Sol, brisa.
Jaula dorada: incensario
de armonía
bajo la sonrisa
de la puerta.
Canario:
llama de sol que danza
entre un humo de música:
loanza
del jazmín en la huerta.

Pico: grano de trigo.
Ojos: rocío de estrella.
Canario, buen canario amigo
de la mañana y de sus manos de Ella.

PAISAJE EN SONIDO

Hacen vibrar las *erres* las férvidas cigarras
en las ágiles cuerdas de sus élitros rítmicos.
Por el río rocoso van roncando bizarras
las monótonas linfas, arcaicos versos hímnicos.

El surtidor de fina garganta de alabastro
yergue gorgoriteando su columna jibosa
y un sonido se siente, cercano, como el rastro
del fino leve vuelo de vaga mariposa.

Se deslizan las brisas ceceantes por las secas
frondas de los arbustos que hacen absurdas muecas.
Bajo las parras charlan mirlos condescendientes

preciosas picardías a las hembras galanas,
mientras mustias murmuran las murriáticas fuentes
y en sus crótalos croan las cloróticas ranas.

LA SEDA AZUL...

La seda azul del agua temblante se deshila.
Los rosales parece que hablan como en un cuento.
La fontana es el pétalo de alguna estrella lila
que sobre este jardín ha deshojado el viento.

Hay espumas de sol en las nubes vecinas.
Las aves se han robado notas de la orquesta.
De las frondas inmóviles se encumbran las neblinas
como globos azules de algún día de fiesta.

La brisa mueve el blanco campanario de rosas.
Como una hoguera negra la sombra del ramaje
titila en el azul de las aguas unciosas.

Los gorriones encienden el silencio con risas.
Se inclina como un párpado la sombra, en el paisaje.
Y el sol entre los picos de nieve se hace trizas.

LAS HOJAS SE ESTREGAN...

Las hojas se estregan,
cual dedos que hilaran un hilo sutil.
Por el estanque dormido navegan
dos gansos de viejo marfil.

La Venus destaca su blanco perfil
del fondo del parque sereno
y un lindo lucero, tenorio, de Abril
le besa, temblando, su seno.

La luz de la luna en las ramas se quiebra
y el ancho vial de los álamos leves
parece vestido con pieles de cebra.

Un rosal se mueve como leve cuna.
Caen los pétalos como caen las nieves.
Ruisseñores leen versos en la luna.

N A V I D A D

(Exégesis del niño)

Los niños que han ido a la escuela,
y han visto el Portal de Belén
y han oído contar a la abuela
de los Reyes Magos y cien
leyendas y consejas,
sonríen y en su sonreír claro
sueñan en jugar con el
Niño Jesús y los querubes
haciendo rodar el aro
de la luna por las nubes.

Y creen
que las estrellas son,
pompitas de jabón
que el Niño ha soltado en la noche.
Y al ver cómo se revientan
en los picos nevados
sueñan en ir sobre ellos.
Y volverán trayendo,
en el hueco de sus sombreros,
un bouquet de luceros
azules y temblorosos.

HOY HE TENIDO VERGUENZA DEL DIA

Hoy he tenido vergüenza del día
y he cerrado la puerta.
Qué bien se está en esta estancia sombría
que parece el alma de una estrella muerta.

Es el día en la rendija
una larga línea de cristal.
Han tocado la puerta
 ¿Quién va?
 ¡Ah!
 es el rosal
 de la huerta.

No, no abriré la puerta
y cómo voy a abrir
si tengo el rostro tan pálido
los ojos llenos de lágrimas
si me mirarán todos
de una manera extraña!

Hoy he tenido vergüenza del día
y espero que venga la noche
para abrir la puerta.

MI LIBRO

Para escribir mi libro
encuadernaré la sombra,
con una punta de estrella
escribiré mi rima.

Y mi libro empastado de luna,
temblará en manos de la muerte.
Tendrá los párpados cerrados
como los de un ciego,
porque mi libro será escrito
para no leerlo en la vida...
Y habré acabado todas las puntas de estrella
y no habré acabado de escribir *Mi libro*.

E P I L O G O

Vivo como en un jardín entre los escombros
de mi juventud sin historia;
todo lo he borrado con una alzada de hombros
y amo más a mi perro que a la gloria.

El dolor, en mi pecho, el dolor ya no vive:
todos los velos cayeron ante mis ojos claros;
mi corazón es un papel rugoso donde escribe
un muchacho travieso versos locos y raros.

Y he de morir de joven. Es tan triste esperar
que por falta de aceite se termine la lumbre;
para mí la vida es como una costumbre
que hoy, mañana —¿quién sabe?— la habré de abandonar.

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - ECUADOR

1953

Cuadern 67

Dr. BENJAMIN CARRION,
Presidente.

Dr. JULIO ENDARA,
Vicepresidente.

Dr. ENRIQUE GARCES,
Secretario General.

MIEMBROS TITULARES:

SECCIONES:

SECCION DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES:

Dr. Pío Jaramillo Alvarado.
Dr. Humberto Garcia Ortiz.
Dr. Luis Bossano.
Dr. Eduardo Riofrío Villagómez.
Dr. Alberto Larrea Chiriboga.
Dr. Alfredo Pérez Guerrero.

SECCION DE CIENCIAS FILOSOFICAS Y DE LA EDUCACION:

Sr. Jaime Chaves Granja.
Sr. Fernando Chaves.
Dr. Carlos Cueva Tamariz.
Dr. Emilio Uzcátegui.

SECCION DE LITERATURA Y BELLAS ARTES:

Dr. Benjamín Carrión.
Sr. Alfredo Pareja Diez-Canseco.
Dr. Ángel F. Rojas.
Dr. César Andrade y Cordero.
Sr. Jorge Icaza.
Dr. José Antonio Falconí Villagómez.
Sr. José Enrique Guerrero.
Sr. Francisco Alexander.

CIENCIAS HISTORICO-GEOGRAFICAS:

Sr. Carlos Zevallos Menéndez.
Sr. Jorge Pérez Concha.
Sr. Isaac J. Barrera.
Sr. Carlos Manuel Larrea.

SECCION DE CIENCIAS BIOLOGICAS:

Dr. Julio Endara.
Prof. Jorge Escudero.

SECCION DE CIENCIAS EXACTAS:

Padre Alberto Semanate.
Dr. Julio Aráuz.
Ing. Jorge Casares. L.

SECCION DE INSTITUCIONES CULTURALES ASOCIADAS:

Dr. Rafael Alvarado.
Sr. Roberto Crespo Ordóñez.
Dr. Rigoberto Ortiz.

Sr. HUGO ALEMAN,
Prosecretario — Secretario de las Secciones